



KATE AUSTEN

UN BESO EN LA TOSCANA

Un viaje memorable por Nueva York, París y la Toscana para encontrar la felicidad y el amor.

Click
EDICIONES

Índice

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[I PARTE. Tempestad en Nueva York](#)

[Capítulo I. Una fiesta en Los Hamptons](#)

[Capítulo II. Después del primer beso](#)

[Capítulo III. No es lo que parece](#)

[Capítulo IV. Un cumpleaños para olvidar](#)

[Capítulo V. Hay reencuentros que matan](#)

[JACK](#)

[II PARTE. Bajo el sol de París](#)

[Capítulo VI. Soñar con manzanas](#)

[Capítulo VII. La frutería de Pier](#)

[Capítulo VIII. París contigo](#)

[Capítulo IX. El pez koi](#)

[III PARTE. Amanecer en la Toscana](#)

[Capítulo X. El Manhattan Medieval](#)

[Capítulo XI. Entre vides y barricadas](#)

[Capítulo XII. La Fiesta de la Uva](#)

[Capítulo XIV. El cielo de medianoche](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

**Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura**

■

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicac
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales: Explora De

Un beso en la Toscana

Kate Austen



Te levantas una mañana como si fuese otra cualquiera, sin saber que ese día te va a cambiar la vida. Ahora que ya ha pasado todo, en alguna ocasión me he preguntado si borraría ese día si tuviese la oportunidad. Pero después de reflexionar durante demasiado tiempo, sigo sin encontrar una respuesta que me satisfaga. Porque si no hubiese ocurrido entonces, podía haber acontecido otro noviembre, o un junio, o un septiembre, en otro lugar o con otra persona, pero hubiese sucedido. Y te asaltan las dudas: «Un diciembre, con otra persona, en otra ciudad, quizá habría salido bien. Pero entonces no sería una experiencia tan intensa, tan enriquecedora, y yo seguramente no sería la persona en la que me he convertido».

Le das vueltas y más vueltas. Se convierte en un círculo cerrado del que no consigues salir. No merece la pena atormentarse con hipotéticos futuribles. Hay que aceptar y afrontar que todo lo que ocurre y acontece en tu vida, es por algo.

I PARTE

Tempestad en Nueva York

Capítulo I

Una fiesta en Los Hamptons

Cuando subí a ese helicóptero iba a conocerlo. En realidad, yo me había fijado en él tiempo atrás porque frecuentábamos el mismo ambiente, y teníamos algunos amigos y conocidos en común. También sabía que iba a estar en el helicóptero del padre de Alexa que nos llevaría hasta Los Hamptons. Ella se había encargado personalmente de organizar el traslado por aire de todos los invitados a su fiesta que se lo habíamos pedido. Incluso alguna de mis amigas íntimas, que ya lo habían tratado en alguna ocasión, tenían una opinión definida sobre él:

—Es guapísimo, un chico atento, muy educado y aunque no nos hemos relacionado demasiado con él, tiene pinta de ser buena persona; no hay más que mirar su cara para comprobarlo. Pero es demasiado tímido y poco hablador. Le cuesta mucho socializar con los demás; cuando le das un poco de confianza se desenvuelve mejor, aunque no esperes demasiado.

Esa es la impresión que causa a los demás, ahora lo puedo asegurar, pero de esta descripción no me quedo con más de tres o cuatro palabras.

Cuando llegamos al helipuerto y tras el obligatorio saludo de cortesía, él subió de al aparato y se sentó en el asiento de la derecha. Inmediatamente después se puso a mirar por la ventanilla con esa expresión tan particular como de perdido y desamparado. Avancé lentamente hasta sentarme, no recuerdo si en el asiento de al lado, o en la fila de enfrente. Lo que sí recuerdo es que me senté cerca de él porque le estuve observando unos instantes durante el camino.

La mayor parte del trayecto lo pasó mirando fijamente por la ventanilla con esos ojos tan misteriosos que siempre parece que te quieren decir algo, pero nunca averiguas qué. Cuando llegamos a nuestro destino, como nos acompañaba Alexa, nuestra anfitriona, esperamos a que ella bajase para dirigirnos los tres juntos hacia su mansión, el lugar donde iba a tener lugar la fiesta que nos había hecho desplazarnos hasta Los Hamptons, el refugio estival favorito de la alta sociedad neoyorquina a la que pertenecía mi familia, una de las estirpes más poderosas y adineradas del país. Somos propietarios de numerosas bodegas alrededor del mundo, hoteles de lujo e inmuebles de alto standing. Mi abuelo, Patrick Mountbatten, es desde hace décadas uno de los hombres más influyentes de los Estados Unidos.

El terreno que poseían allí los Bridgestone, los padres de Alexa, era tan grande que habían habilitado espacio para que los helicópteros pudiesen aterrizar. Era algo habitual en las mansiones de la zona. Villa Mountbatten, nuestra propiedad de Los Hamptons, también disponía de helipuerto. Mi madre y mis abuelos lo utilizaban a menudo.

Mientras caminábamos el corto espacio que nos separaban de las escaleras que daban acceso al jardín posterior de la residencia de los Bridgestone, él se dirigió a mí por primera vez:

—No te había visto nunca con Alexa, Victoria.

—Pues salimos juntas a menudo —respondí observando su perfil de reojo. Era realmente

atractivo.

El resto de la conversación se desarrolló entre mi amiga y Jack, aunque él siempre contestaba con monosílabos o poco más. No daba la sensación de ser un hombre demasiado hablador.

Era media tarde y la gran fiesta que había organizado Alexa tendría lugar al día siguiente, así que mi amiga y yo habíamos pensado salir a tomar algo por Sag Harbor, una de las localidades más animadas de la zona. Le comentamos a Jack que teníamos planeado ir tomar unas cervezas, por si le apetecía nuestra compañía. Fuimos a instalarnos en nuestras respectivas habitaciones y después de asearnos, Alexa y yo disfrutamos de un Martini en el porche principal de su residencia que ofrecía unas espléndidas vistas al Atlántico. El resto de invitados iría llegando a lo largo de la tarde o del día siguiente.

A última hora de la tarde las dos nos acercamos a Sag Harbor como habíamos previsto, pero Jack no apareció. Nosotras dos merodeamos por las terrazas de alrededor —muy concurridas a esas horas— para tomarnos unas cervezas. No me acordé de él durante el resto de la noche. Pasó desapercibido para mí en ese momento, o al menos eso creí, pero las personas nos equivocamos con mucha más frecuencia de la que creemos.

Realmente nunca he llegado a saber si fue ese día cuando él quedó en mi subconsciente o me fijé en él posteriormente, porque sé que no me impactó a la primera; tampoco me llamó demasiado la atención ni intenté darle conversación o atraer su atención, aunque le consideré un hombre atractivo desde el primer momento que lo vi.

Y, sin embargo, ¿cómo es que recuerdo cada detalle de ese día? Asiento que ocupaba, vestimenta que lucía, nuestro primer intercambio de palabras... Nunca he logrado descubrir si era ocho o quince de noviembre, pero sí estoy segura de que era viernes. Ahora no sé si a los helicópteros y a los viernes les tengo cariño, odio intenso, me traen desagradables recuerdos, forman parte del pasado, convivirán con mi futuro o me resultan tan indiferentes como cualquier día de la semana y cualquier otro medio de transporte.

Aquel dichoso noviembre yo tenía veinticuatro años y no tenía claro qué hacer con mi vida. Acabó mi etapa universitaria en Columbia y mi posgrado en Harvard. Nunca tuve claro si quería obtener una licenciatura porque no lo necesitaba: mi familia poseía una fortuna considerable. Yo tenía la vida resuelta, así como mis descendientes durante varias generaciones. Éramos propietarios de algunas de las bodegas más prestigiosas de Napa, Burdeos, Borgoña, Toscana y Jerez desde hacía décadas. En los últimos años habíamos adquirido terrenos en dos regiones vinícolas en alza: Chile y Sudáfrica.

También poseíamos varios hoteles y resorts de lujo en algunas de las localizaciones exóticas más apetecibles del mundo como Saint Barth, República Dominicana, Cancún, Tulum, Maldivas y Key West. Desde hacía unos años también nos habíamos introducido con éxito en el negocio inmobiliario de alto standing.

Fue mi abuelo, el admirado, todopoderoso y en ocasiones temido Patrick Mountbatten, uno de los prohombres más influyentes y respetados de Manhattan, el que decidió diversificar nuestro negocio tradicional —el vino— para invertir en la compra y explotación de inmuebles. Y lo hizo con mucho tino porque él tenía un talento innato para las finanzas y los negocios.

Una de sus primeras grandes adquisiciones que hizo fue uno de los edificios más codiciados del Upper East Side, un rascacielos de casi trescientos metros, cuyas últimas plantas se habían convertido en nuestra residencia familiar en la ciudad. El resto del inmueble acogía algunas de las oficinas principales de nuestro emporio, apartamentos y viviendas de lujo solo accesibles a personas con muy alto poder adquisitivo, y los mejores restaurantes y sucursales de las más

exclusivas firmas de moda y boutiques del panorama internacional.

El rascacielos era conocido por todos como Torre Mountbatten —competía en prestigio y prestancia con la Torre Trump— y en el ático tenían lugar las convocatorias y eventos más especiales de Nueva York. De su organización se encargaba mi abuela, Rosemary Borgia, una de las damas más distinguidas de la sociedad estadounidense, y según afirmaba la mayoría, la mejor anfitriona del país.

Por todo ello dudé si cursar una carrera universitaria o vivir de las rentas, podía permitírmelo, pero finalmente me quise formar por si alguna vez quería participar en la toma de decisiones de los múltiples negocios de los Mountbatten. Ahora que había finalizado mi periplo entre las aulas me encontraba un poco perdida porque realmente no tenía claro —de momento— hacía donde quería focalizar mis esfuerzos, mi tiempo y mi futuro.

Tras algún amorío de juventud sin importancia, también había dejado atrás una relación sentimental que me hizo descubrir el amor, sentir sensaciones que no sabía ni que existieran y me ayudó a entender la psicología masculina. Es un hombre al que de vez en cuando recuerdo, pero no fue el amor de mi vida. Ni siquiera se acercó. Además, llegué a la conclusión de que manteníamos una relación que era una como una droga y de las drogas hay que desengancharse, de lo contrario hay muchas posibilidades de que te destruyan.

Nunca he considerado que tuviésemos una relación destructiva, pero sí demasiado intensa entre dos personas a las que su grado de independencia y sus ansias de comerse el mundo no les permiten concesiones desde el punto de vista emocional.

A veces supones que una relación termina en el momento en que te alejas físicamente de la otra persona, pero dentro de ti siempre permanecen los recuerdos. Las vivencias más íntimas podemos sobreentender que te las arranca la muerte: yo quiero creer que, si son realmente profundas, permanecen después de esta vida. Desafortunadamente todavía no había llegado mi momento de sentir algo parecido.

* * *

Después de aquella primera toma de contacto en la fiesta que Alexa celebró en Los Hamptons había coincidido con Jack varios fines de semana, ya que frecuentábamos los mismos eventos, lugares y teníamos varios amigos comunes. Nuestras familias también se conocían puesto que su padre era un bróker de reconocido prestigio, de los que solía intervenir en las grandes operaciones de Wall Street. Desde que nos conocimos nos saludábamos, habíamos intercambiado algunas frases intrascendentes y poco más. Me enteré por Alexa —quien siempre estaba al tanto de todos los rumores y novedades de Manhattan— que él había retomado su actividad social en la noche neoyorquina hacía pocos meses, puesto que acababa de finalizar una relación sentimental un tanto complicada.

Durante tres años había estado saliendo con una especie de neurótica manipuladora, depresiva por invención, un personaje peculiar capaz de recurrir a cualquier estrategia para retener lo que consideraba suyo. No es una descripción subjetiva porque haya podido sentir rencor por ella con el paso del tiempo, cualquier persona que la haya conocido puede corroborar mi opinión. A su favor he de confesar que con truco o sin truco, jugando limpio o sucio, ella consiguió cosas a las que yo ni me acerqué.

A Jack esa relación la marcó el carácter o quizá moldeó definitivamente una personalidad propia, pero lo que sí es evidente es que dicha experiencia le influyó considerablemente. La imagen que obtuvo de las mujeres fue negativa; eso es algo que hacemos a menudo las personas, pero que no deja de ser muy injusto: juzgamos, tratamos los acontecimientos y vivimos las nuevas experiencias influenciados por el pasado, según nos fue con otros que son ajenos a los que nos rodean en el presente; sin embargo, estos suelen ser a menudo infravaloradas o pagan los platos rotos de lo que hicieron aquellos.

Es como si nos colocásemos un muro de autodefensa para futuros enemigos que ni siquiera sabemos si lo son, solo porque otros nos ganaron la batalla o nos dejaron demasiado malheridos para aguantar otro ataque más. Y de esta forma, cerramos la puerta, negamos oportunidades a personas que realmente lo merecen. Yo he sido víctima de esta peculiar filosofía, pero lo terrible es que aprendes a ser verdugo con el tiempo.

* * *

Ocurrieron una serie de circunstancias que hicieron que Jack y yo nos fuésemos viendo cada vez más a menudo. Él finalizó su relación más intensa y yo la mía casi al mismo tiempo y nuestros respectivos amigos visitaban el mismo local de moda a menudo. No era el típico bar de copas porque solo se podía acceder por invitación personal de sus relaciones públicas o si ocupabas una de las suites del exclusivo hotel en cuya azotea se ubicaba.

Crystal, así se denominaba este exclusivo espacio, tenía unos cien metros cuadrados y su barra era alargada y amplia. Lo mejor eran sus altas cristaleras desde donde se podían contemplar unas vistas de 360 grados de la ciudad de Nueva York. En su interior coincidíamos a menudo las mismas personas: las nuevas generaciones y los miembros más jóvenes de la alta sociedad de Manhattan. También lo frecuentaban numerosas celebrities: a menudo coincidíamos con Cameron Díaz, Ryan Gosling, Leonardo DiCaprio y Ricky Martin con su marido. También se habían dejado caer por allí en alguna ocasión Bella Hadid, Kendall Jenner y Ben Affleck con Ana de Armas antes de su ruptura.

Solíamos llegar a primera hora de la noche y a menudo salíamos de allí a altas horas de la madrugada. Como el grupo de clientes fijos era reducido, nos llegamos a sentir casi como en casa, a media luz, bailando como locos, poniendo la música que nos apetecía e incluso pasando a la barra a servirnos cada uno nuestras copas, ya que los camareros en un ambiente tan amigable y restringido, se mezclaban con los clientes. Y tenían orden de hacerlo puesto que la facturación que conseguían con nosotros cada noche era muy elevada. Por ejemplo, mis amigas solían consumir dos o tres botellas de Dom Pérignon Rose Vintage.

Yo todavía no me había sentido atraída por Jack o aún no lo sabía ciertamente, pero sí me fijaba en él y le miraba constantemente. Se colocaba en una esquina al lado de las cristaleras y me llamaba la atención porque apenas hablaba ni se movía. Podía pasarse dos horas tranquilamente en el mismo lugar tomándose una copa o con los brazos cruzados, observando a todo el mundo.

La primera ocasión en la que recuerdo haberme recreado en él a conciencia, fue durante la noche de fin de año, en la que coincidimos en la misma fiesta, casualmente celebrada también en la residencia de Los Hamptons de Alexa, quien no dejaba de organizar eventos en los últimos

tiempos. Me acerqué a felicitarle el año y me llamó la atención su aspecto totalmente informal, sin chaqueta, sin corbata y con la camisa desabrochada. Resultaba evidente que había algo de Jack que siempre atraía mi atención. Era un chico peculiar y según le miraba más, llegaba a la conclusión que o tenía mucha personalidad, o el resto del mundo no iba con él. No me equivocaba en ninguna de las dos cosas.

* * *

Pasaron las semanas más frías del año sin grandes contratiempos. El invierno en Nueva York era especialmente crudo, con temperaturas bajo cero, vientos gélidos azotando los rostros y las manos, ventanas y los tejados permanentemente recubiertos de hielo, carámbanos suspendidos de tejados y azoteas, y algunas nevadas que dejaban las calles cubiertas por un manto blanco. Después de un par de escapadas a las estaciones de esquí de Vali y Aspen, en Colorado, regresé a la Gran Manzana y no me privé de alguna de las actividades típicas que repetíamos año tras año como patinar sobre hielo entre rascacielos en el Rockefeller Center, montar en trineo en Central Park, tomar un chocolate humeante y espeso en City Bakery o cenar deliciosos raviolis en Da Silvano acompañados por un buen vino italiano de la familia. Los Nobile de Montepulciano cosechados por los Mountbatten, eran de los mejores vinos toscanos del mundo.

También solía acudir con mi madre, Alice Mountbatten —una celebridad en la alta sociedad y una de las mujeres más admiradas del país por su mecenazgo filantrópico y cultural— al Russian Tea Room para tomar el té acompañado de caviar y blinis. Era un establecimiento con techos cubiertos de hojas de oro de 18 quilates e inaugurado en la década de los años 20 del siglo pasado, un lugar siempre repleto de rostros conocidos y que frecuentaban las damas más distinguidas, casi todas ellas conocidas de mi abuela Rosemary.

Yo estaba valorando a qué podía dedicarme en el año que acababa de comenzar y todavía no había tomado ninguna decisión al respecto. Manejaba diversas posibilidades, entre ellas entrar a trabajar durante una temporada en alguna de las empresas Mountbatten para conocer y comprender los entresijos de nuestro emporio, pero de momento no me decidía por ninguna.

Mientras disfrutaba de los encantos de la estación más fría y tomaba una determinación respecto a mi futuro, llegó el fin de semana era carnaval. Mis amigas y yo decidimos disfrazarnos con un atuendo gracioso e idéntico. Iba a ser prácticamente imposible reconocernos con nuestras túnicas, sombreros y caretas de brujas, a no ser por detalles mínimos como el color de los ojos o la forma de andar.

Durante gran parte de la noche, estuvimos tomando el pelo a todo el que se nos acercaba, la mayoría conocidos, sin que nadie adivinase nuestra identidad. En cuanto llegamos al Crystal lo vi. Quizá inconscientemente le iba buscando y por eso mi vista reparó en él nada más entrar.

También iba disfrazado, pero con la cara descubierta y recuerdo que ese fue el momento en que realmente pensé «tiene una cara preciosa». Aquella fue la persona de la que me enamoré y de la que me podía haber enamorado aún más si él hubiese puesto más de su parte, con esa cara melosa y su mirada traviesa, con su aire de despistado, su tímida sonrisa y su presencia discreta, pero que no pasaba desapercibida.

No sé lo que ocurrió después, si Jack cambió y se endureció, si lo que cambió fue su actitud hacia mí o si siempre había sido un monstruo y yo no quise darme cuenta. Pero yo nunca me

hubiese enamorado de un ser despreciable y constantemente llego a la misma conclusión: él pone la cara que quiere que le veamos y da la imagen de sí mismo que le conviene, consiguiendo que todos piensen que es como quiere hacer creer. En el fondo y tras mucho devanarme los sesos, terminé por suponer que lo que prevalece de él es su atormentada personalidad.

Fue un carnaval cuando descubrí que a ese chico le quería para mí y también ese mismo día percibí que yo también le interesaba; leí en sus labios como preguntaba a un amigo que quién de las cuatro chicas disfrazadas de bruja era yo. Pero ¡qué ironía! Jack no necesita un carnaval porque siempre va disfrazado de lo que no es.

A pesar de su aparente distanciamiento del resto del mundo, cada vez se acercaba más a mí lo cual me halagaba mucho. Cuando charlábamos, cosa que ocurría cada vez más habitualmente, yo iba descubriendo a una persona diferente: sus ideas, su forma de pensar, su trato, su tranquilidad, su imperturbabilidad y su mirada, siempre su mirada... A la mayoría de la gente una persona como Jack les resulta incomprensible y les inquieta. A mí me ocurre todo lo contrario, me atraen irresistiblemente. Supone un reto llegar hasta el fondo de personalidades tan complejas; cuanto más voy desgajando, más atrapada en ellos me voy quedando.

Pero lo de este chico con el tiempo llegó demasiado lejos: se convirtió en una obsesión para mí el hecho de sentirme impotente ante una personalidad tan retorcida y extravagante. Cuando transcurridos varios meses alcancé a entenderlo todo, no supe describir exactamente la mezcla de sentimientos que me invadieron. Debió ser algo así como rabia y decepción porque él juega a ganar para sí mismo, su persona y sus circunstancias. En realidad, solo se trataba de un pobre infeliz, acomplexado y atormentado. Pero eso yo todavía no podía saberlo.

* * *

Cuando el lunes abrí los ojos me sentí eufórica. Durante el fin de semana de carnaval había vuelto a experimentar un cosquilleo en el estómago con solo advertir la presencia de un hombre, algo que no me ocurría desde hacía meses, concretamente desde que se marchó Erick, mi ex. La etapa de total desinterés por el sexo masculino parecía terminar para mí; por fin me atraía alguien y además una persona que parecía interesante, como no podía ser de otra forma según mis preferencias. Aunque era temprano, me apetecía bailar. Puse música y empecé a moverme con tantas ganas y energías como si fuese sábado por la noche y estuviese en la discoteca. Vivía en la planta cincuenta y siete de Torre Mountbatten, un espacio que pertenecía por completo a mi madre. Casi mil metros cuadrados en pleno corazón de Manhattan con unas vistas de infarto.

La planta de arriba era propiedad de mi tío Edward, pero ahora no vivía allí, sino en Washington porque era Gobernador del Estado por el Partido Republicano y se rumoreaba que en las próximas elecciones le iban a proponer como vicepresidente en caso de ganar en las urnas. Y las dos últimas, la cincuenta y nueve y el ático —que tenía una de las terrazas más grandes y esplendorosas de la ciudad—, eran la residencia oficial de mis abuelos, Rosemary y Patrick.

Mi madre ya no vivía allí porque se había trasladado junto a su gran amor —Otto Clark, un hombre encantador y el director del Times Today, uno de los diarios de información general más leídos de Estados Unidos— a un precioso edificio en el West Village, posiblemente la zona con más encanto de la Gran Manzana. Ese coqueto barrio repleto de pequeñas tiendas de toldos de colores, suelos empedrados, arquitectura de fachadas bajas y su característico estilo afrancesado

y europeo.

Mi hermano Jon tenía un apartamento con entrada independiente en la planta cincuenta y siete, pero apenas lo utilizaba en los últimos tiempos porque vivía con su novia Grace —la hija mayor de Otto— en un precioso loft a pocas manzanas de Torre Mountbatten. Así que ahora las únicas inquilinas de esa planta éramos mi hermana Tessa y yo. Ella era mi gemela —yo era la mayor puesto que había llegado al mundo cinco minutos antes—, aunque tampoco la veía demasiado porque durante los últimos años viajaba por el mundo y solo recalaba en Nueva York cuatro o cinco veces al año. Ella había tenido una adolescencia y juventud rebelde y problemática, y ahora que se había enderezado, se había convertido en una mujer de espíritu nómada que detestaba permanecer quieta.

Físicamente éramos idénticas —nos parecíamos muchísimo a nuestra madre; de hecho, parecíamos dos clones de ella cuando tenía nuestra misma edad—. Pero no nos comportábamos como las típicas gemelas que todo lo hacen juntas y están súper unidas. De hecho, nunca lo habíamos estado. No nos llevábamos mal, pero tampoco manteníamos una relación fluida. Correcta, cercana, hablábamos a menudo, pero no nos confesábamos nuestros secretos ni contábamos la una con la otra para todo.

Sin embargo, con mi hermano Jon yo tenía una fabulosa relación. Cenábamos juntos todas las semanas, nos telefoneábamos casi a diario, pasábamos fines de semana juntos en la residencia familiar de Los Hamptons y hasta organizábamos escapadas a algunos de los hoteles propiedad de los Mountbatten. Además, su novia Grace me agradaba muchísimo y nos teníamos mucho cariño. Ella le hacía muy feliz y formaban una pareja perfecta. Grace nos acompañaba en casi todos nuestros planes y lo pasábamos genial los tres juntos. Había trabajado en Vogue durante varios años, pero ahora contaba con un cargo destacado en la Casa de la Cultura Mountbatten, el proyecto más destacado y personal de mi madre dedicado a fomentar la cultura, la lectura, las letras y la literatura.

Tras la noche de Carnaval, Jack y yo cada vez nos veíamos más, hablábamos a menudo y nos encontrábamos con mucha frecuencia; era evidente que queríamos estar juntos, solo era cuestión de tiempo o de encontrar el momento adecuado para ello, momento que yo suponía lejano tanto por su falta de iniciativa como por la mía. Lo que en principio consistían en conversaciones nocturnas en el Crystal, se fue convirtiendo en un ir a comer, quedar a tomar un cóctel a media tarde acompañarme de tiendas por la Quinta Avenida o dar largos paseos por Central Park, en muchas ocasiones acompañados de Valiente, el bulldog de mi hermano Jon, un perro al que adorábamos toda la familia y que ya comenzaba a estar viejito.

Era toda una estrella en Instagram: @valientethebulldog contaba con más de medio millón de seguidores en Instagram. A mi madre le encantaba disfrazarlo y comprarle los complementos más exclusivos, y no eran pocas las ocasiones en las que había posado junto a él en sesiones de fotos y en reportajes para la prensa.

Recuerdo con cariño aquella etapa inicial con Jack. El tiempo me ha enseñado que no hay que desaprovechar ninguna de las oportunidades ni de los instantes que vivimos, por muy insignificantes que creamos que son. Quizá, lo que nosotros consideramos minucias, con el paso de los años se convierte en algo especial y maravilloso o puede que realmente sea algo intrascendente, pero será irrepetible, porque cada momento de nuestra vida solo ocurre una vez. Cada instante es diferente y no volverá nunca; podrá ser parecido, mejor o peor, en el mismo sitio y con las mismas personas, pero no será el mismo.

Por eso cuando a veces nos damos cuenta de lo importante que puede ser cada «pequeña

insignificancia» ya es demasiado tarde para otra cosa que no sea el recuerdo. Nunca más lo podremos disfrutar, ya no lo podremos revivir.

Me sentía bien a su lado. Era atento, amable, un hombre de pocas palabras y demasiado prudente. Pero se trataba de unas cualidades que me resultaban fascinantes. Sobre todo, porque muchos de los herederos de la alta sociedad del Upper East Side eran jóvenes inmaduros, caprichosos, soberbios o carentes de encanto. Y muy previsibles en su forma de ser, pensar y actuar; hasta en sus gustos y forma de vestir. En el fondo a Jack le consideraba un chico especial, diferente a todos ellos.

A pesar de la privilegiada posición económica de su familia le gustaba ir siempre en vaqueros, con camisetas viejas y zapatillas deportivas; no le importaba utilizar el metro para sus desplazamientos por la ciudad e idolatraba la comida basura. Prefería las hamburguesas del Shake Shack del Madison Square o un ramen en Chinatown, que cualquier exquisitez elaborada por los chefs con estrella Michelin.

En la ciudad el invierno finalizaba oficialmente con una celebración de lo más alegre que sacaba a cientos de miles de habitantes de la Gran Manzana a la calle e indicaba que la primavera estaba a punto de nacer: el mayor desfile de San Patricio del mundo. Los neoyorquinos llenábamos la Quinta Avenida de animación, alegría, color verde y de sonido de gaitas para rendir homenaje a la ascendencia irlandesa, a la vez que no se paraba de brindar con cerveza.

Mi hermano Jon y yo nos habíamos impuesto una tradición adicional cuando llegaba ese día: siempre terminábamos esa jornada tan festiva tomando unas pintas en The Spotted Pig, el mejor pub irlandés de la ciudad. Más de un año habíamos coincidido con Bono, el vocalista de U2, brindando para conmemorar la celebración más representativa de su Irlanda natal.

Pero esa nueva primavera que llegaba esta vez iba a coincidir, sin yo saberlo aún, con el comienzo de un período glacial en mi mundo interior. Aquella noche a Jack y a mí nos dio tiempo a hablar durante horas. Desde que llegué, algo más tarde que él, nos sentamos en unas banquetas de diseño, no del Crystal como de costumbre, sino en un dúplex en el cual estábamos invitados aquella noche a una fiesta. Pertenecía a los Harrods, los propietarios de las fábricas que proveían de cereales a más de la mitad de Norteamérica. Cerca de los amplios ventanales pude observar cómo un grupo de invitados pedía un selfie a Priyanka Chopra y Nick Jonas. Nos acomodamos en un chaise longue situado en una habitación anexa al salón más concurrido, y entre copa y copa, hablamos de nosotros, nuestros proyectos, nuestros amigos...

Una conversación de lo más normal entre dos personas que se gustan, pero que no hablan nunca demasiado, no dicen una palabra de más. Es una de las pocas cosas que teníamos en común: no nos gustaba que se nos conociera demasiado, tampoco el hablar de lo que sentimos. Generalmente siempre es más profundo, más intenso y especial lo que no se dice a lo que se dice. Los pensamientos más ocultos, más íntimos, quedan en el interior de uno mismo. Siempre me ha acompañado esa filosofía que pocas personas comparten.

A la gente le gusta contar más de la cuenta, saberlo todo, presumir de lo que hace o lo que tiene, preguntar indiscreciones, contar intimidades y cuando no tienen más que contar porque ya lo han mostrado todo, se inventan cosas o se van a buscar en la vida de los demás; simples parlanchines, libros abiertos, aburridos, sin ningún misterio. Y justo, delante de mí, tenía a una persona que no solo demostraba ser parecida a mí en su reserva, sino que quizá llevaba esa forma de ser y actuar hasta el límite.

Con el tiempo descubrí que esa era el único rasgo común en nuestro carácter, el ser los mejores confidentes de nosotros mismos y celosos guardianes de nuestra intimidad. Y es que,

hasta de las más pequeñas conversaciones, Jack no sabía dar una respuesta concreta y las palabras más simples las podía convertir en un complicado laberinto. Era un maestro en la técnica de hablar dos horas seguidas y no haber dicho nada. Casi sin darnos cuenta y sin haber parado de charlar durante casi cuatro horas, algo inusual en él porque se mostró participativo, llegó la hora de volver a casa.

—Son las tres de la madrugada y me tengo que marchar. Mañana no puedo disfrutar demasiado de la cama porque he quedado para tomar el brunch con mis abuelos. Es una costumbre en nuestra familia: disfrutamos juntos del brunch un par de veces al mes si estamos todos en Nueva York. Lo bueno es que solo tengo que subir dos plantas para encontrarme con ellos.

—¿Te espera el chófer, Victoria?

—No, vine con mi amiga Alexa ¿y tú?

—Sí, pero he llegado con mi hermano y habíamos quedado en regresar los dos juntos. Está por aquí, vamos a buscarle para que me deje el coche y te acompañe a casa.

—Podemos ir caminando, Torre Mountbatten está a cuatro manzanas. Tardaremos un cuarto de hora o poco más. Pero no hace falta que molestes a tu hermano ni que me acompañes. Puedo avisar al chófer de Alexa o llamar a un Uber.

—Es igual, si vives tan cerca te acompaño, iremos dando un paseo, pero tengo que avisar a Rick para que me espere hasta que vuelva. Vamos a buscarle.

Tras dar dos vueltas completas al dúplex, abarrotado de gente y con un ambiente que me resultaba asfixiante, le encontramos con algunas copas de más revolcándose en los sillones que había al fondo del salón más concurrido con una niña muy mona, la cual no debía llegar ni a los dieciocho recién cumplidos. Ambos presentabas todos los síntomas de encontrarse bajo los efectos del alcohol.

Nos miró con recelo por haberlo interrumpido y Jack nos presentó. Cuando se levantó del sofá para saludarme pude observar a un hombre de impresionante atractivo. Calculé que sobrepasaba el metro noventa de estatura, era extraordinariamente guapo y su cuerpo estaba tan bien proporcionado que parecía la imagen viva de una estatua griega. Su aspecto físico era perfecto.

El parecido entre los hermanos resultaba notable, aunque los rasgos dulces de Jack se convertían en agresivos, varoniles y hasta salvajes en la cara de Rick. También diferían en la forma de vestir, muy cuidada y elegante en Rick, y por supuesto, en sus modales. Se mostraba tan arrogante, impresentable, prepotente y demostraba tal soberbia, que cualquier atractivo que pudiese llegar a despertar su estupenda presencia quedaba eclipsado por sus pésimos modales.

—Rick, te presento a mi amiga Victoria.

—¿Cómo se me ha podido escapar esta monada? Aunque su rostro me resulta familiar... ¿Desde cuándo la conoces, Jack? Querida, no pierdas el tiempo con mi hermano mayor. Además de ser muy soso, no sabe dar a las mujeres lo que necesitan. Sin embargo, yo soy un experto. Te voy a ofrecer algo por lo que muchas chicas pagarían: pasar un rato a solas conmigo.

Lo decía con una voz desagradable y mirando de reojo a la niña que un minuto antes estaba sobando entre los cojines. Esa odiosa conducta y el continuo desprecio a los demás es la única actitud que conoce. Rick es pura maldad. No tiene amigos verdaderos, ni los tendrá jamás. Solo personas que se acercan para intentar aprovecharse de él, algo que le resulta totalmente indiferente porque no entiende ninguno de los verdaderos sentimientos humanos.

Sería capaz de matar si fuese necesario para sus intereses. Y en tal caso lo haría por encargo

porque no tendría ni el suficiente coraje ni el suficiente valor para hacerlo personalmente. La valentía le viene grande. Durante el tiempo que permanecí en su entorno, no llegué a conocerle ni una sola virtud por mérito propio porque lo único bueno que tenía, ese físico tan imponente, le venía impuesto por cuestiones genéticas.

—Mi hermano es un poco bromista y en las fiestas se pone un poco tonto, pero no es mala persona. Ya lo conocerás, es muy inteligente —intentaba disculparle Jack—. Además, Rick es mi mejor amigo y confidente.

—Es igual, vámonos —contesté mecánicamente, con el propósito de alejarme cuanto antes de aquel asqueroso ser.

—Rick, voy a acompañar a Victoria a su casa, espérame hasta que vuelva para que regresemos juntos tal y como habíamos quedado. Ella vive muy cerca de aquí. Calcula que estaré de vuelta en una media hora o poco más.

Rick se limitó a gruñir en señal de afirmación porque había comenzado a besuquear de nuevo a la niña del sofá. Cuando salimos del dúplex todavía daba vueltas a las palabras pronunciadas por Rick. No podía ser cierto que alguien hubiese dicho aquello en serio. Lo quise achacar a que estaba un poco borracho, porque era imposible que una persona pudiese dar una impresión tan nefasta en apenas diez segundos. Rick era capaz de eso y de mucho más.

La temperatura esa noche era agradable, pero yo sentía pequeños escalofríos por la brisa fresca del exterior en contraste con el sofocante ambiente de una casa repleta de gente. Jack me pasó su brazo por la cintura y me atrajo hacia él, mientras caminábamos despacio a lo largo de una larga avenida y entre una hilera de árboles que conducían hacia mi casa. Mi cuerpo sintió mi calor, pero mi intuición sospechó peligro.

Aunque alejé esa sensación de mi mente y me centré en las traicioneras mariposas que cosquillean el estómago. Según pasaban los minutos y nos acercábamos a mi edificio, me sentía más atrapada por el tacto de aquellas manos que me acariciaban los brazos y la espalda cariñosamente, muy despacio, muy suavemente, para no ofender.

Cuando llegamos a la puerta que da acceso al inmenso lobby de Torre Mountbatten, me di la media vuelta y nos quedamos frente a frente. Las caras se situaron a la misma altura, mis ojos fijos en los suyos, su boca en línea con la mía. Acercó esos labios tan carnosos y suaves y me besó, un simple roce que yo convertí en un apasionado beso. A continuación, nos acariciamos, abrazamos y besamos durante largo rato, aunque de una forma pura e ingenua. Era cariño más que deseo lo que nos estábamos transmitiendo.

Yo estaba encantada de sentir los latidos de su corazón mientras él pasaba sus manos una y otra vez entre mi pelo. Fueron unos instantes muy tiernos; volvimos a sentir esa sensación en varias ocasiones, pero en nuestros sucesivos encuentros nunca existió mi inmensa ilusión de esos primeros instantes. Su extraño comportamiento, que se fue haciendo palpable conforme intimábamos más, me fue robando esa ilusión a trocitos hasta que la hizo desaparecer por completo.

Cuando llegó la hora de despedirnos nos abrazamos tan fuerte que casi no podía respirar y Jack besándome en la mejilla me dijo:

—¿Nos veremos esta semana?

—Por supuesto; nos llamamos y ya organizamos algún plan sobre la marcha.

Me quedé en la puerta hasta que desapareció físicamente porque emocionalmente nunca había estado a mi lado. Jamás sería capaz de involucrarse afectivamente con nadie, pero eso yo todavía no podía saberlo. Acababa de pasar una noche prometedora al lado de un chico guapo,

cariñoso y aparentemente encantador. Durante unos momentos volví a ser feliz entre los brazos de un hombre. Por fin había cruzado la barrera. Tenía totalmente superada la ruptura con Erick, pero me faltaba el paso definitivo de besar y acariciar a otro. Lo acababa de conseguir, volvía a ser libre.

Erick era el pasado, Jack representaba mi presente.

Erick había desaparecido, Jack acababa de estar apretado contra mi pecho.

Erick vivía en otra ciudad, Jack y yo coincidíamos casi a diario.

Erick representaba una relación tóxica, Jack me podía hacer feliz.

O eso pensaba yo, pero no podía estar más equivocada.

Capítulo II

Después del primer beso

Cuando me metí en la cama el agotamiento pudo más que las emociones: caí dormida en pocos minutos. A la mañana siguiente analicé fríamente la situación y veía pros por todas partes y casi nada en contra. Jack me gustaba, yo a él también y lo que había pasado entre nosotros hacía pocas horas me demostraba que era un chico dulce. Me parecía increíble que el momento que deseaba desde hacía meses se acabase de cumplir. Había disfrutado con el contacto físico de un hombre que no era Erick.

Pasé un domingo muy agradable entre mi entusiasmo personal y el fabuloso brunch que había preparado mi abuela Rosemary. Era la mejor anfitriona de la ciudad y posiblemente del país entero. Nadie organizaba los eventos —multitudinarios o reducidos— como ella. Cuando regresé a la planta cincuenta y siete sonó el teléfono. Era Angie, una vieja amiga a la que veía poco, pero con la que me llevaba muy bien. Mi optimismo le debió de poner en alerta acerca de que alguna novedad acechaba y procedió con al interrogatorio de rigor.

—Victoria, por casualidad no habrá vuelto Erick, ¿verdad? Estar pletórica un domingo de resaca que deberse a excelentes noticias.

—La felicidad la proporcionan muchas más cosas que un hombre.

—Por supuesto, querida. Eso se sobreentiende y se da por hecho.

—Pero en este caso tienes razón. Erick no ha vuelto, pero he conocido a un chico encantador.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro! ¿Quién es?

—Se llama Jack, ronda la treintena, es muy atractivo, o por lo menos a mí me lo parece: moreno con unos ojos que derriten, un poco tímido, buena persona, poco hablador. De momento me encanta estar a su lado, me siento muy bien. Por ahora solo tiene un pequeño defecto conocido, un hermano pequeño excesivamente guapo, pero insoportable, un auténtico imbécil.

—¿Jack Jones? —Además de por mi vaga descripción, le había reconocido por la mención a su hermano.

—Sí, ¿le conoces? —pregunté sorprendida— «Millones de personas viven Nueva York y Angie tiene que conocer al chico que me gusta ¡increíble!» recapacité. Aunque al final todos mis conocíamos y yo nos solíamos mover en el restringido círculo de las élites de Manhattan.

—A él personalmente no, pero mis padres y los suyos coinciden a menudo. De todas formas, los Jones son una familia muy nombrada. Y su padre es uno de las personas más influyentes de Wall Street.

—Sí, ya lo sé.

—Victoria, ¿estás con él?

—Bueno, nos estamos conociendo, todavía no es nada. Por cierto, el aspecto y costumbres de Jack son todo lo contrario a los herederos del Upper East Side que nos rodean...

—Tienes razón, he escuchado comentar a mis padres alguna vez que Jack es un chico despreocupado por las cuestiones materiales, incluso que es una persona solitaria e introvertido; pero parece que Rick está obsesionado por el dinero, el éxito y el estatus social. Creo que el padre le lleva preparando desde pequeño para que sea su sustituto al frente de los negocios familiares, dicen que es inteligente, con mucho carácter. Del tercero, el menor, apenas sé nada. Debe de estar todavía en la universidad.

—A Rick le conocí el sábado y ya te he dicho que me pareció un impresentable.

—Por tu bien deberías aguantarle e intentar caerle bien, porque son unos hermanos muy unidos, van juntos a casi todas partes. Si quieres esta semana cuando la vea pregunto a mi madre; ella seguramente estará al tanto de todos los chismes y cotilleos de esa familia. Coinciden en cenas y diversas convocatorias. Además, tienen varios amigos comunes. Es posible que también traten con tu madre.

—Pregúntala si quieres, pero a mí lo que realmente me interesa es Jack; sus circunstancias personales y familiares supongo que las iré conociendo según avance nuestra relación. Prefiero escuchar intimidades de su boca que conocer los rumores que circulen por ahí, porque es posible que estén exagerados y no reflejen la verdad fielmente.

—¿Pero no te pica ni un poquito la curiosidad, Victoria?

—Lo que voy sabiendo de Jack me encanta, lo demás no me interesa tanto. De todas formas, no hay nada serio entre nosotros; nos estábamos conociendo. Te mantendré al día respecto a la evolución de esta relación. Ya sabes que me gusta ir despacio.

—Y haces bien, querida. Pero permíteme que te dé un pequeño consejo: deberías dejar de creer en los príncipes azules.

—Es que existen, Angie. Fíjate en mi madre; encontró a Otto que es el perfecto protagonista de un cuento de hadas.

—Victoria, ya sabes aquello de que hay que besar muchas ranas antes... ¡Tu madre lo encontró después de tres matrimonios y algunas aventuras muy sonadas!

—Siendo fieles a la realidad, lo conoció veintiocho años de su reencuentro. Fue su primer amor. Mejor aún: es el gran amor de su vida. Pero lo que te quiero decir con esto es que las historias de amor perfectas sí existen. También puedes fijarte en mi hermano Jon y Grace. Son completamente felices juntos.

—Ay, Victoria, Victoria... ¿No has escarmentado lo suficiente con tu fallida historia con Erick? Continúas venerando al amor verdadero y al romanticismo. De momento disfruta de esta nueva situación, como bien dices. Has encontrado a alguien después de un tiempo, pues aprovecha mientras puedas y no te crees expectativas que nadie sabe si se cumplirán.

—Angie, ya sabes que no es que crea en el amor como el motor de mi vida, al menos a las puertas de mis veinticinco años. ¡Ni mucho menos! Tengo unas metas personales a las que no pienso renunciar; también ambiciones, ganas de conocer, experimentar y probar. Pero quien esté a mi lado, con el que comparta mi intimidad, debe ser una persona por la que sienta algo más que una simple atracción: necesito que me transmita sentimientos. Por eso hablo con tanta convicción.

—Todavía eres fiel a tus propios valores. Eso está muy bien, solo espero que las decepciones que la vida va trayendo, no te hagan cambiar de parecer.

—Tampoco hace falta ponernos melodramáticas. Tan solo estoy comenzando una relación que puede salir bien o mal. Eso solo el tiempo lo dirá, así que no me voy a comer la cabeza.

Ese domingo ya podrían haberme dado la peor de las noticias o haberme hecho el más

desagradable de los comentarios, que mi estado de optimismo no hubiese disminuido en absoluto.

* * *

Después de nuestros primeros (y únicos) besos, dejé de ver a Jack en el Crystal, el lugar donde solíamos coincidir y al que acudíamos frecuentemente con nuestros respectivos amigos. Como deseaba saber de él, decidí acercarme hasta Columbia, la universidad donde estaba realizando un posgrado de finanzas. Acudía por las tardes a diario, excepto los viernes.

Me dirigí hacia allí convencida de mi propósito, pero insegura ante la reacción de Jack por mi inesperada presencia. Sin embargo, me quedé con las ganas de encontrarme con él porque cuando estaba cerca de la puerta principal, surgieron en mi interior una serie de preguntas para las que no tenía respuestas: ¿se incomodaría ante mi presencia? ¿Se sentiría acosado por alguien a quién simplemente está conociendo? ¿Me tomaría por una osada al invadir su territorio? Él no me había buscado ni llamado ni invitado, así que tal vez mi aparición en su espacio vital resultara totalmente inapropiada.

Me planteé la situación en sentido inverso; es decir, si Jack, de repente, apareciese en Torre Mountbatten sin avisarme previamente. Es posible que en una situación así yo creyese que su presencia estaba fuera de lugar en aquella etapa inicial de una relación en ciernes. Aunque siendo sincera conmigo misma, yo dudaba que lo había ocurrido entre nosotros pudiese denominarse relación: se trataba tan solo de un tanteo, un acercamiento. Por otra parte, debía reconocer que su presencia no me desagradaría: en realidad me halagaría que una tarde, de improviso, me comunicaran desde el lobby que tenía una visita y cuando me comunicasen su nombre se tratase de Jack Jones. Eso me daba a entender que él me gustaba y mucho.

Sin embargo, yo no tenía claro hasta dónde alcanzaba su entusiasmo hacia mí. Si sus sentimientos no estaban claros y yo me precipitaba en mis actos, existía la posibilidad de obtener el efecto contrario: acabar estropeando lo que yo intuía podía llegar a ser una bonita historia. Por tanto, debía dar la vuelta y dejar a un lado esas apariciones imprevistas para cuando tuviese plena certeza de su interés por mí.

Mientras me alejaba de las instalaciones de la universidad de Columbia, recapacité sobre ese impulso que me había llevado hasta el mismo lugar de trabajo de Jack. No permitiría que mis futuras relaciones se basasen en lo acontecido en el pasado. «Cada persona es diferente. Que Erick y yo alcanzásemos una gran complicidad y una química tan fuerte, no quiere decir que deba repetir paso por paso cada etapa vivida o cada experiencia compartida. No puedo pretender moldear a otro chico según los gustos o actitudes. Aquello pasó y nada será igual porque ni Jack ni nadie actuarán como Erick. Cada persona es única. Ese desconocimiento de lo que está por venir conlleva la posibilidad de llegar a disfrutar de cosas extraordinarias. Dejaré que cada nueva persona que pase por mi vida me enseñe su propia manera de ver las cosas».

Teóricamente aquellas consideraciones eran las correctas, pero llevarlas a la práctica resultaría más complejo. Todavía no había superado mi adicción a Erick. Entre nosotros no había ocurrido nada traumático y desagradable: simplemente disfrutamos de una relación intensa durante más de un año, pero éramos demasiado jóvenes para comprometernos y estábamos tan enganchados el uno con el otro que no era del todo sano. No me dolía tanto su ausencia (la tenía

más que superada) sino la imposibilidad de encontrar a otro hombre con el que compartir tanta complicidad y disfrute como con él.

A la larga descubrí que una primera relación tan intensa e inolvidable resulta contraproducente. Poner el listón tan alto desde temprana edad constituían una dificultad añadida para cualquier pareja posterior. A este problema real, yo tendría que sumar la insoportable apatía de Jack por la vida, su desgana por la calidez en la intimidad, sus pensamientos inaccesibles, la aspereza en las conversaciones sobre aspectos trascendentes entre dos personas jóvenes. Pero los sinsabores con él todavía no habían hecho acto de presencia.

En cualquier caso, determiné haber actuado de la forma correcta. No era oportuno irrumpir en su vida cotidiana si él todavía no me ha invitado a hacerlo. Con la seguridad de haber evitado una situación incómoda volví a casa y me cociné un buen steak con patatas asadas; me relajaba ponerme ante los fogones de vez en cuando. Siempre lo hacía mientras saboreaba uno de nuestros vinos: en esta ocasión elegí un amontillado de Jerez.

Como postré me decanté por una caja de bombones que no pude evitar comprar cuando pasé por delante del escaparate de Roni Sue's Chocolates, una de las mejores pastelerías de la ciudad. Sus chocolates y mazapanes hechos a mano, en el mismo obrador, siempre destacaban entre las mejores de Nueva York, y sus piruletas Tea&Honey Lollipops con sus sorprendentes sabores de té, chile o beicon eran un capricho muy demandados por los paladares más sibaritas, entre los que me encontraba yo misma.

* * *

Al comienzo del siguiente fin de semana yo estaba convencida de que me restaban pocas horas para volver a ver a Jack en nuestro punto de encuentro habitual, el Crystal. De vez en cuando no podía evitar pensar que las últimas dos semanas eran las únicas en las que no habíamos coincidido desde que empezamos a quedar. Se trataría de una simple casualidad que después de nuestro íntimo acercamiento, no nos hubiésemos encontrado. No iba a ser tan mal pensada como para creer que él, voluntariamente, había decidido cambiar su itinerario habitual para no cruzarse conmigo.

No había motivo ni razón para ello. A no ser que se hubiese arrepentido de lo que pasó a las puertas de Torre Mountbatten. Pero unos simples besos y unas cuantas caricias no eran causa suficiente para un cambio de costumbres o una desaparición, no al menos entre personas adultas.

Antes de salir había estado hablando con mis amigas, decidiendo sitio y hora para cenar antes de tomar unas copas. Tras mucho discutir si nos apetecía más tomarnos la langosta con wasabi y salsa de pimienta de NOBU o su famoso bacalao negro o, por el contrario, tapear especialidades españolas en el Mercado Little Spain del chef José Andrés y los hermanos Adrià, nos decantamos por esta última opción ya que aquella noche nos apetecía algo más informal.

El jamón, las croquetas, la tortilla de patata, el pisto y los huevos rotos, eran una auténtica delicia. También había descubierto allí una bebida que me apasionaba, el vermut. En cuanto nos acomodamos, me di cuenta del cuál iba a ser el tema de actualidad de aquella noche: Jack Jones. Parecía que aquel viernes me tocaba ser la protagonista, muy a mi pesar, porque todavía no estaba preparada para dar respuestas concretas. Fue Alexa la que inició la conversación:

—Queridas, Victoria tiene novedades sentimentales que contarnos...

—¿Quién es él? —preguntó Jenny, alguien con quien no coincidía frecuentemente, pero a la que tenía aprecio—. Chica, solo te he perdido la pista un par de meses. Pero si estoy otro mes más sin saber de ti me hubiese puesto al día de tu vida por las revistas del corazón...

—Alexa, Angie y Jenny: no exageréis, por favor. Jack y yo solo hemos tonteado un poco. Me gusta, pero tengo que conocerlo más a fondo para saber si quiero profundizar en esa relación; supongo que a él le ocurrirá lo mismo.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo es? ¿Cuándo y cómo le has conocido? Parece que la única que está marginada por sus propias amigas soy yo —comentó Jenny, inquieta ante su desconocimiento de la situación.

—Jack Jones —se apresuró a contestar Alexa, que parecía más entusiasmada que yo misma—. Es un hombre atractivo, educado y atento. A mí me encanta para Victoria.

Decidí que era el momento de poner los puntos sobre las íes porque la interesada era yo y todavía no tenía nada claro con respecto a nuestra situación.

—Vamos a aclarar las cosas para que luego no haya malentendidos. Primero, el día que tenga una relación seria y estable seré la primera en decírselo a las personas que crea conveniente, entre ellas por supuesto, vosotras.

—Entendido, ya sabemos que eres prudente y discreta. Peeero... cuéntenos qué tal con él ¿habéis pasado ya a algo más que las palabras y las miradas?

—Un poquito, pero todavía es pronto para intentar definir la situación; ni yo misma sabría cómo describirla. Estoy deseando que lleguemos al Crystal para verlo. Supongo que estará en la esquina del fondo, como cada viernes.

—¿Por qué dices que lo supones?

—Porque no lo sé con certeza. Él va habitualmente allí todos los fines de semana, coincidimos a la misma hora desde hace pocos meses, pero desde hace un par de semanas no lo he visto allí ni un solo día.

—Mal asunto.

—Seguro que volveremos a coincidir...

—¿Y Erick? —Alexa me conocía muy bien y sabía que aquella era una página que yo había pasado en mi vida. Pero preguntó para cerciorarse.

—Pues supongo que estará muy ocupado y feliz navegando por todos los mares y océanos del mundo con el velero de su familia. Ya sabéis que su mayor pasión es el mar y las aventuras en destinos exóticos.

—Sabes que no es eso lo que te estoy preguntando.

—Pues Erick sigue aquí dentro —dije señalando mi cabeza—. Pero es un recuerdo agradable. Nuestra relación fue dulce, pero demasiado intensa y adictiva. Aunque a veces lo echo de menos, no es un hombre con el que yo fuese a ser feliz a la larga.

—Ese Jack lo va a tener difícil. La química que tenías con Erick es difícil de conseguir —sugirió Alexa.

—Lo es, sin duda.

—Todas quedamos sorprendidas por tu ruptura con Erick —comentó Jenny—. Pero ya es pasado. O debería serlo...

—Sinceramente, hacíais muy buena pareja —era Angie quien hablaba ahora—. Se os veía muy felices juntos. Vuestra compenetración en cualquier momento era envidiable. Saltaban chispas. Casi todas hubiésemos apostado que con Erick terminaba tu viaje en la búsqueda del príncipe azul.

—Si os soy sincera, yo también lo pensaba. Pero ya veis. Las cosas no siempre salen como las planeamos. Y ahora estoy segura de haber hecho lo correcto al alejarme de él. La vida nos da sorpresas una y otra vez y debemos estar preparadas para sortearlas. Esa es la actitud. Seguir adelante, levantarnos ante las dificultades y seguir luchando por conseguir nuestras metas.

—Victoria, quiero una respuesta sincera para lo que te voy a plantear. —Temía las preguntas trascendentales de Alexa. Seriedad en sus palabras implicaba dificultad para dar respuestas por mi parte.

—Si Erick un día de estos regresa con la intención de retomar vuestra relación y te confiesa su amor, ¿qué harías?

—No lo sé. —Era muy sincera con esa escueta respuesta porque realmente no tenía ni idea.

—Sí lo sabes. Siempre lo analizas todo, muchas veces incluso antes de que ocurra, y tienes muy claro cómo manejar cada situación de tu vida, hasta las más insignificantes; no creo que algo tan importante lo hayas pasado por alto. Eres calculadora y seguro que en estos meses has cogido lápiz y papel, has dividido un folio en dos, lo has encabezado con la frase «Reconciliación con Erick» y en la columna de la derecha has escrito los pros de un volver a empezar, y en la de la izquierda, los contras.

—Me conoces demasiado bien, pero, aunque no lo creas, esta vez no se ha dado el caso de un análisis profundo sobre mi comportamiento ante esa supuesta situación. Al principio dudaba. Pero el tiempo ha pasado y mis prioridades han cambiado.

Jenny, Angie y Alexa asumieron la veracidad de mis palabras. Para suavizar un poco la profundidad a la que habíamos llevado una cena de viernes por la noche entre amigas, cambiamos el ritmo de la conversación hacia temas más frívolos. Charlamos durante un buen rato más y cuando pasaba la medianoche decidimos que era el momento de acercarnos a Crystal.

Ellas estaban expectantes por coincidir con Jack y yo deseosa de volver a verle. Conforme subíamos en el ascensor de alta velocidad que nos dejaba en la misma puerta de acceso al exclusivo local, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Lo interpreté como una buena señal: cuando un cosquilleo baila por mi estómago es que me interesa la persona que me hace sentir ese hormigueo.

Al entrar, todavía no había mucha gente en el interior del local, el bullicio comenzaba aproximadamente una hora más tarde. Con un simple golpe de vista debido a la escasez de personas, pude comprobar que Jack no se encontraba entre los clientes más tempraneros. Era lo usual, su grupo de amigos no aparecía por el bar hasta pasadas la una y media: faltaban todavía más de cuarenta y cinco minutos.

Mientras se iba acercando el momento ansiado por todas nosotras, nos fuimos animando con la música y las copas. Alexa, que era la única que conocía a Jack, me dejó en paz, pero Jenny que solo sabía de él de oídas por la popularidad de su familia, no dejaba de bombardearme con preguntas de todo tipo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis. Está a punto de cumplir veintisiete.

—Tenéis una diferencia de edad ideal. Envejeceréis juntos, al mismo ritmo, y vuestros relojes biológicos marcharán al compás —bromeó mientras daba un sorbo a su gin-tonic de Hendricks con la imprescindible rodaja de pepino.

—Ni siquiera sé si esto seguirá hacia delante un solo día más y tú hablas de envejecer juntos. Cuánto os gusta jugar con el futuro cuando todavía no está trazado el presente.

—¿Y cómo le conociste?

—Las primeras palabras que crucé con él fueron en un helicóptero.

—Puro glamur, comenzó bien la cosa.

—Fue el día de la fiesta que Alexa organizó en Los Hamptons en otoño. Tú no pudiste ir.

—Sí, ya me acuerdo. Justo ese fin de semana yo tenía una boda en Cape Cod.

—Utilizamos en el mismo trayecto el helicóptero que la familia de Alexa puso a disposición de los invitados para trasladarnos desde Nueva York y ahí nos presentamos. Posteriormente empezamos a coincidir Crystal, tenemos algunos amigos comunes y cada día que nos veíamos, hablábamos más a menudo; luego surgió un troteo descarado. Y finalmente una noche en la puerta de Torre Mountbatten, después de una fiesta en el dúplex de los Harrods, se decidió a dar el paso definitivo.

—¿A qué llamas tú paso definitivo?

—Solo a besarme, no seas mal pensada.

—¿Y qué sensaciones te provoca?

—La primera impresión es muy buena, pero eso no es significativo porque todos los comienzos son bonitos. Me atrae su físico, pero destacaría de él su prudencia, su calma, transmite tranquilidad. Da la sensación de ser buena persona, aunque retraído.

—¿Le conoces relaciones anteriores?

—Sería, una. Parece ser que larga y tormentosa. Me han contado que la chica con la que estuvo durante casi cuatro años no andaba muy bien de la cabeza. Tras hacerle la vida imposible a Jack con todo tipo de chantajes emocionales y amenazas, acabó incluso siendo tratada por psicólogos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde aquello?

—Unos meses, más o menos coincide su ruptura de la mía con Erick.

—Está todo demasiado reciente para ambos.

—La verdad es que sí, en eso tienes razón. Yo también lo he pensado.

—¿Y él ha superado esa experiencia?

—No habla de aquello, a mí tampoco me interesa demasiado su pasado y por eso no pregunto.

—Espero por tu bien que no te repercutan a ti las posibles secuelas de aquella traumática relación.

Pese a estar muy centrada en la conversación que manteníamos, no podía evitar mirar de reojo la puerta de entrada, esperando el ansiado momento de la aparición de Jack. A la una y veinticuatro minutos mi pulso comenzó a acelerarse al percatarme de la llegada de su grupo de amigos. Empecé a avisar a mis amigas con la vista y unos leves movimientos de cabeza señalando hacia la puerta.

La primera persona que entró en el Crystal fue el impresentable de su hermano Rick acompañado de su chulería innata. Su forma altanera de caminar y el modo despectivo de mirar a los demás, asqueaba a cualquiera que le observase. Detrás de él, uno tras otro, el resto de amigos habituales con los que salían los fines de semana. De Jack ni rastro.

Jenny y Alexa estaban tan impacientes como yo para que hiciese acto de presencia era el causante de mi nueva ilusión. Entretanto, yo mentalmente me repetía una y otra vez «puede estar aparcando el coche si no han venido con chófer; o seguramente estará saludando a algún conocido que se ha encontrado en la calle, se puede haber retrasado por algún motivo y ha quedado aquí un poco más tarde».

Justificar no es la solución. Afrontar la realidad del modo más objetivo e imparcial es el

camino. Y cuanto antes, mejor.

—Y bien —decía Jenny señalando con la cabeza al grupo con la intención de que les indicase la identidad de Jack.

Yo continuaba en silencio, en una especie de trance involuntario ante tan desagradable sorpresa.

—¡Ya sé! —exclamó, con los ojos totalmente abiertos y devorando con la mirada el impresionante aspecto físico de Rick—. ¡Es guapísimo! Dijiste que era un chico muy mono, pero en ningún momento indicaste que se trataba de un auténtico adonis. Está bárbaro, Victoria.

—Ese al que miras es Rick, su hermano. Jack no ha venido.

Las risas y el alboroto de hacía unos segundos se transformaron en silencio. La expresión de mi cara no señalaba precisamente alegría. ¿Por qué no estaba allí? En los últimos meses casi no fallaba a su cita en Crystal. ¿Por qué precisamente había dejado de acudir los fines de semana posteriores a nuestros besos? ¿Me estaría evitando? Alexa intentó dulcificar la tensa situación.

—Puede estar enfermo o de viaje. ¿Por qué no le llamas mañana y se lo preguntas?

—Porque no estoy segura de que quiera hablar conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si él no me ha contactado a mí, no veo la razón por la que yo tenga que hacerlo. Quizá Jack no tenga intención de llamar porque no le interesa; por lo tanto, tampoco pienso hacerlo yo.

—Tú y tu exagerado orgullo —me reprochó Alexa—. Le has descrito como un chico tímido e introvertido. Nos has contado que acaba de salir de una relación traumática. Es posible que necesite una ayuda, alguna señal por tu parte que le indique que puede seguir hacia delante. Todas las personas no tienen tu seguridad ni tu firmeza de carácter. Si ese chico te importa, debes poner de tu parte y no mostrarte tan inflexible y cabezota como acostumbras. Si tuvo una experiencia sentimental negativa, necesita ayuda para superarla.

—Todos pasamos por rupturas duras tarde o temprano y no vamos por ahí provocando lástima, huyendo o dejando a un lado nuestros comportamientos y hábitos usuales.

Aunque intenté ser convincente con esas palabras pronunciadas con cierta dureza, lo cierto es que las razones expuestas por Alexa me dieron qué pensar a lo largo de los siguientes días. Sin embargo, dar el brazo a torcer no era una de mis principales virtudes.

Quizá fuese cierto lo que mi amiga intentaba hacerme ver: no debemos extrapolar nuestra personalidad más allá de nosotros mismos. Hay que facilitar las cosas a quién más trabajo les cuesta conseguirlas. Yo era afortunada por poseer una personalidad firme, pero no era justo para los demás pretender que todo el mundo siguiese mi patrón.

* * *

Volví a casa decepcionada, pero con la seguridad de que, si no había sido durante esa noche, al día siguiente Jack se dejaría caer por nuestro local favorito. Pero a pesar de mis expectativas el sábado siguiente nos volvimos a encontrar con los amigos de Jack, tanto en el Crystal como en una discoteca de moda a la que acudimos a bailar de madrugada, pero él seguía sin aparecer.

Me crucé un par de veces con Rick y le saludé distraídamente, ya que no me apetecía mantener una conversación, por muy insignificante que fuese, con semejante individuo. La que sí

pasó por mi cabeza fue la posibilidad de preguntarle dónde estaba su hermano. Pero inmediatamente recapacité y consideré que no resultaba apropiado. No debía aparentar estar ansiosa por verle. No quería demostrar más interés por él que el que Jack pudiese mostrar por mí.

Su ausencia lo que venía a demostrar era indiferencia. Me contuve los deseos de abalanzarme sobre cualquier amigo suyo para obtener información y me dediqué a reír y bailar, poniendo la mejor cara posible cada vez que alguno se encontraba relativamente cerca de nosotras, por si se lo contaban. Aunque sinceramente ni siquiera tenía la certeza de que los amigos de Jack supiesen que nos gustábamos; y dada la extrema reserva de este chico, también dudaba de si sospechaban siquiera de nuestro escarceo.

El que sí miraba descaradamente era Rick, lanzándome pícaras sonrisas e insinuantes miradas hasta que alcanzó tal estado etílico que terminó tumbado encima de una mesa. Dos amigos tuvieron que arrastrarle hasta la salida mientras medio local contemplaba tan bochornoso espectáculo.

* * *

Habían transcurrido dos fines de semana más desde la cena en el Mercado Little Spain con mis amigas sin saber absolutamente nada de Jack. No dio señales de vida ni llamó y los fines de semana posteriores tampoco se dejó ver por los circuitos habituales de la noche de Manhattan. Seguía coincidiendo sus amigos y su hermano, pero Jack, o se había ido a vivir a otra ciudad, o se mantenía encerrado en su casa viendo Netflix y HBO los sábados por la noche.

De repente me sacudió una oleada de pánico «¿y si se ha marchado de aquí y ahora vive en otra ciudad?». Un distanciamiento lo podía superar, pero dos seguidos era demasiado hasta para la voluntad más férrea. Aunque solo eran conjeturas. Jack debía seguir tranquilamente viviendo en la casa familiar y asistiendo a sus clases de posgrado en la universidad de Columbia. Seguramente habría olvidado el color de mis ojos, mientras yo como una imbécil, me torturaba una y otra vez intentando averiguar los motivos de tan extraño comportamiento.

Otras veces me asaltaba la idea de si no existiría una mujer en su vida, con la que salía asiduamente y yo fui para él un simple desliz. Pero aquella era una idea absurda. En los últimos meses habíamos coincidido todos los fines de semana, yo observando cada movimiento suyo, cada conversación y la única chica con la que pasaba del saludo era conmigo. Jamás le vi, no ya tontear, sino ni siquiera hablar con amigas. Las últimas semanas habíamos compartido demasiado tiempo juntos, paseando, charlando, momentos que él hubiese dedicado a su pareja si ésta hubiese existido.

Otra posible opción era que Jack siguiese obsesionado con la dichosa ex. Me había conocido, habíamos tonteado, pero a la hora de la verdad, se había dado cuenta de que estaba enamorado de la otra, que quería volver junto a ella y que mientras me besaba a mí, no podía sacar de su cabeza a Monique —así se llamaba ella—; una mujer que, aunque desequilibrada, le había absorbido el cerebro sin remedio. Tras haberlo intentado conmigo, había descubierto que prefería volver a lo malo conocido.

La incertidumbre es dura. Prefiero la verdad, por muy dura y cruel que sea a permanecer en la ignorancia. Sin embargo, con su extraño comportamiento me encontraba desorientada y todas las posibilidades, por muy disparatadas que fuesen, rondaban continuamente por mi cabeza. Lo

analizase desde donde lo analizase, la ausencia de Jack era absurda, a no ser que existiese un motivo para mí desconocido por el cual él hubiese decidido permanecer oculto.

Pero si dicha causa no existía, el hecho de que un joven sano y cuerdo de veintiséis años, decida cambiar de itinerario habitual, dejar de salir con los amigos, romper con sus hábitos los fines de semana y permanecer encerrado en casa, más que desconcertante se convertía en ridículo, por lo menos desde mi percepción de la juventud.

Lo que en el fondo me estaba carcomiendo por dentro eran las dudas. Mis dos últimas relaciones eran un fracaso. Primero Erick —aunque la ruptura fue consensuada me dolía igual— y ahora Jack. Mi único amor me había conocido profundamente, habíamos salido y entrado juntos hasta el aburrimiento, viajado por medio mundo, y tras tantas experiencias intensas e inolvidables, habíamos roto. Pero Jack no había tenido tiempo ni de intuir siquiera mi auténtica forma de ser y ya se marchaba de mi lado. ¿Qué era lo que hacía mal? ¿Qué me faltaba o qué me sobraba? Siempre había tenido la impresión de ser una mujer agradable en el trato, dinámica, hasta divertida.

Pero parecía que el género masculino no debía opinar de igual manera sobre mí. O al menos los hombres con los que me había relacionado. Quizá ese fuese el meollo de la cuestión. El problema no estaba en mí, sino en mis erradas elecciones. Disponía alrededor de cientos, de miles de hombres, y yo me encandilaba con los más conflictivos. Me enorgullecía de mis aciertos, pero es posible que hubiese llegado la hora de hacer análisis y una constructiva autocrítica. No había estado acertada escogiendo compañeros en el amor.

Me machacaba demasiado con todas estas reflexiones, pero llegado a un punto, tenía que retroceder. Cualquier chica se hubiese fijado en Erick. Alto, esbelto, piel de porcelana, dedos delgados, suaves, elegante, educado, un perfecto gentleman en atenciones hacia su chica, responsable, inteligente y muy cultivado en ciencias doctas como literatura, filosofía o arte. Y cualquier mujer no hubiese dejado pasar a Jack. Atractivo, interesante, discreto, con encanto, misterioso, y para las interesadas, una auténtica joya, porque era heredero de una fortuna considerable; aunque quedaría reducida al ser dividida entre tres hermanos, no por ello dejaba de ser tentadora.

No podía torturarme por haberme fijado en dos hombres así. ¡Casi todas los hubiésemos hecho! Entonces debía ser que me fallaba la intuición. Al haber trascendido del aspecto físico, debí darme cuenta de sus, a posteriori, acusadas rarezas, de la posibilidad de comportamientos y reacciones extrañas ante el compromiso, de la ambición y egoísmo de uno, y los posibles complejos y miedos del otro. Debí anticiparme a sus espantadas, debí pisar antes de ser pisada.

Así pasé muchos días, intentando encontrar respuestas a preguntas que se escapan a la lógica, en una búsqueda de explicaciones vanas cuando entra en juego la esfera de los sentimientos y la psicología, cuando rebuscar en la profundidad del alma de los que han sido heridos solo devuelve dolor y desengaños. Y lo peor, algo que tardé en comprender: la extrema exigencia personal, la obsesión por la perfección es destructiva, porque nunca se alcanza.

¿Por qué culparnos de los errores injustificables de otros? Si Erick ya no estaba a mi lado, él era tan culpable como yo de que nuestra relación no hubiese tenido un final feliz. O simplemente no había culpables: a veces las historias se terminan porque es lo más conveniente para las partes interesadas. Y si Jack demostraba comportamientos extraños, él era el único responsable de no asumir sus problemas si los tenía. Ni yo, ni ninguna otra persona, sea hombre o mujer debería cargar con las culpas de los demás. Eso tarde mucho tiempo en asumirlo. Y, por desgracia, otras muchas personas jamás abrirán los ojos a la culpabilidad ajena. Desafortunadamente, la espiral

de amargura que provoca el responsabilizarte del sufrimiento proveniente de la inestabilidad de parejas inapropiadas es interminable.

Mi estado de ánimo había decaído y mi euforia personal parecía estar bajo mínimos. Me sentía mal. No era justo, pero no por ello podía dejar de evitarlo. Una relación puede salir mal, es normal, las cosas no siempre se desarrollan como nos gustaría. Pero cuando dos situaciones sucesivas y en tan poco tiempo son muy similares, con igual persona de protagonista —desgraciadamente yo— te da que pensar que quizá cierto porcentaje de responsabilidad me perteneciese.

Mis relaciones con la familia, amigos y conocidos de los Mountbatten —que se podían contar por cientos debido a nuestra activa vida social—, eran realmente satisfactorias. Además, yo conservaba amistades desde la infancia y continuamente ampliaba mi círculo. Síntoma evidente que mi capacidad de relacionarme era excelente, mi personalidad era aceptada y mi trato hacia los demás el correcto.

Siempre me había sentido admirada y querida por aquellos que me conocían; así pues, el comportamiento de dos hombres no debía de hacer mella en mi autoestima. Estas acertadas reflexiones me conducían a corroborar mi hipótesis de hacer una mala elección en las compañías. Y de ser poco avisada para reconocer personalidades atormentadas.

Aunque otra duda planeaba sobre mi conciencia. Sentía predilección, incluso obsesión, hacia lo extraño, lo desconocido, lo oculto, lo inusual, lo desconcertante, lo anormal, lo diferente. Ese morbo por todo aquello que se salía de los cánones, podría incluir la atracción por los hombres difícilmente clasificables. En el fondo, la parte de mi posible porcentaje de responsabilidad radicaba en la fascinación que sentía por aquellos que se caracterizaban por ser portadores de rasgos poco comunes, de comportamientos diferenciados, de secretos inconfesables, de ahí también mi fascinación por personajes cuya forma de ser y actuar se alejaban de los estándares habituales.

* * *

Y de repente Jack. No podía creer a mis ojos. Allí delante, a escasos diez metros, él estaba en su rincón favorito del Crystal, mirándome y sonriendo como si tal cosa. Hacía semanas que parecía que haber sido abducido por los extraterrestres, y en ese preciso momento, sus ojos clavados en mí, provocaban ese cosquilleo tan habitual cuando algo te inquieta. Esa aparición, tan repentina como inesperada, me había desconcertado. En pocos segundos pasé del alboroto propio de un viernes por la noche, a una desazón debida a mi falta de experiencia para tratar con personas que parecen tener complejo de fantasma o una predisposición innata para jugar al escondite.

La última vez que nos vimos compartimos un tierno e íntimo momento que daba pie a pensar que acababa de nacer una hermosa relación. Me equivoqué. Lo único que conseguí tras esos sentidos besos fue su ausencia. Había dado demasiadas vueltas a las razones de ese comportamiento, incluso había sido injusta conmigo misma achacando su espantada a algún comentario inoportuno o alguna actitud inapropiada que le hubiese desagradado. Y ahora, cuando había aceptado su pérdida, él reaparecía como si tal cosa.

¿Cómo debía reaccionar? No sabía cómo afrontar la situación. Por una parte, no encontraba

lógico acercarme y hacer como si nada hubiese pasado, y por otra, no me apetecía que él descubriese el disgusto que había provocado su ausencia. Sería mostrar por las claras que sentía por él más de lo que se merecía. Eso jamás. Si había sido capaz de superar sin mayor contratiempo la ruptura con Erick, sabría sobrellevar con la máxima dignidad una situación ni de lejos comparable a aquel episodio de mi vida. La amargura por dejar marchar al que había sido hasta la fecha, mi único amor, no era comparable a una posible relación con una persona que me atraía.

Decidí dejar actuar a Jack. Era lo más sensato dadas las circunstancias. Y lo que hizo me sorprendió porque estaba acostumbrada a su timidez, a su aparente inseguridad y a su habitual falta de iniciativa. Vino directamente hacia mí y me dio dos besos mientras con un brazo rodeaba mi cintura.

—¿Cómo estás, Victoria? No te imaginas las ganas que tenía de verte.

—No serán tantas las ganas cuando no has vuelto por aquí. Dejarse caer por Crystal era lo que más propiciaba que pudiésemos vernos a menudo. Y no hablemos ya del teléfono móvil: te conecta de manera inmediata con cualquier persona y desde cualquier parte del mundo... Por llamada, videollamada o WhatsApp. Increíble, ¿verdad?

Aunque me había propuesto no demostrárselo, mi molestia era palpable. Primero reaparece como si tal cosa, inmediatamente después de entrar yo por la puerta se dirige hacia mí sin dudar, y las primeras palabras que pronuncia denotan cierta nostalgia por no habernos visto. Me imaginaba que me daría algún tipo de explicación o cualquier excusa, aunque fuese una de las típicas y poco creíbles; pero no pasó nada de eso.

Jack ignoró mi pregunta, no exenta de reproches, y yo no pude obtener ninguna información que resolviese mis dudas sobre su particular comportamiento. Por el contrario, él se comportaba como si el día que nos besamos hubiese sido la noche anterior.

—Victoria, te invito a una copa y charlamos. ¿Te parece?

—Está muy bien que charlemos, pero las conversaciones se van haciendo más fluidas y se adquiere más confianza con tu interlocutor cuando son frecuentes. Para que algo sea frecuente se debe repetir a menudo en el tiempo.

La ironía es uno de mis fuertes, pero Jack se hacía el despistado para no tener que entrar en el juego.

—Estoy de acuerdo contigo, algo es frecuente cuando se produce con regularidad.

«¿Me estará tomando el pelo?» No pude evitar esa sensación ante la respuesta guasona de Jack. Dado el aspecto formal y la seriedad con la que me contestaba, él debía decirlo convencido ¿Realmente no se daba cuenta de dónde quería yo ir a parar o era tan inteligente como para hacerse pasar por tonto?

Así era Jack, un enigma, un misterio, una rareza y yo había tenido la «suerte» de que se cruzase en mi camino. Volví a intentarlo porque yo no me doy por vencida fácilmente.

—La regularidad, la frecuencia de las conversaciones, llámalo como quieras, en última instancia depende de la voluntad de las personas.

—Te encuentro muy trascendental hoy, me gustaría que hablásemos de cosas más triviales, por ejemplo ¿qué tal si me cuentas acerca de tus próximos planes?

Era listo, sin duda. Había sabido cambiar de conversación en el momento justo, esquivando mis preguntas sin inmutarse. Así que me tuve que rendir. Tras tres o cuatro intentos más sin

obtener ninguna pista sobre su paradero en las últimas semanas, fui consciente de haber cedido a sus quites.

El resto de la noche resultó maravillosa. Jack se comportó de la forma que yo esperaba del chico que me había conquistado meses atrás; atento, caballeroso, encantador, inteligente, prudente y con ese punto de misterio que le hacía irresistible. A medida que pasaban las horas decidí que quizá esa repentina desaparición que me había traído de cabeza, pudiera deberse a causas ajenas a mí.

Una mala racha personal, problemas personales, algún imprevisto en el posgrado, ¡qué sé yo! Cualquier cosa valía para disculpar al adorable chico que tenía delante demostrando un interés desmesurado hacia mí. Fuese cual fuese el motivo que le había tenido alejado de mi lado, estaba claro que la causa no era yo. El interés que se advertía en su cara cuando me miraba, lo descartaba. Un buen indicativo para conocer cuánto le gustas a un chico es observar la forma en la que te mira. Y él lo hacía con devoción en aquel momento.

Las personas merecen segundas oportunidades, todos nos equivocamos, es humano y hasta necesario. Jack no se había comportado de la forma más acertada, pero tenía mucho tiempo por delante para rectificar. No sería yo quien se lo impidiese. Tras una noche llena de risas y confidencias, le invité a la última copa en mi casa. Estaba nerviosa ante un posible rechazo, pero debía arriesgarme y Jack aceptó encantado. Tras las dudas y el resbalón inicial, esta vez sí podía encontrarme en el comienzo de mi segundo gran amor.

¿Cuántos grandes amores tienen cabida en la vida de una persona? Era una pregunta que hacía a menudo y sobre la que nadie sabía darme una respuesta satisfactoria. Obviando los amores platónicos que todos veneramos en nuestros sueños...

Pero Jack no era una ilusión o algo ficticio con lo que fantaseaba mi mente. Le estaba tocando, escuchaba su voz cuando me susurraba al oído, nuestras manos estaban entrelazadas y en pocos minutos también lo estarían nuestras lenguas. Deseaba su calor y sus caricias después de tantas semanas de incertidumbre e incompreensión. A pesar de mis expectativas, la noche resultó tranquila. Transcurrieron las horas entre música, cálidos abrazos y felicidad compartida. No hubo sexo, solo besos y caricias. Dormimos juntos y en ningún momento surgió la posibilidad de ir más allá, al menos en nuestra primera gran noche.

Jack no se decidió a traspasar la barrera y yo tampoco quise tentarlo. Me impresionó su capacidad de aguante, que un hombre no ceda a los impulsos de su cuerpo, a sus deseos, es admirable. Que el capacitado para conseguirlo sea el que está entre tus sábanas, consigue enamorarte un poquito más. Quizá en algún momento de la larga noche pensé en tomar la iniciativa, pero al final mi cabeza decía que era más prudente tomarnos las cosas con calma porque me pesaba la hasta ahora conducta imprevisible de Jack.

La noche resultó satisfactoria. El erotismo, la ternura y el cariño a veces son más placenteros que el puro sexo, especialmente en los comienzos, cuando todavía no se ha adquirido la suficiente confianza para desnudar tu cuerpo y tu alma.

Despertarme a su lado fue hermoso, aunque inevitablemente me asaltó el recuerdo de aquellas mañanas en las que el cuerpo de Erick, pegado al mío, me proporcionaba un calor más que físico, en las que sus buenos días arrancaban mi sonrisa más sincera y en las que un café recién hecho acompañado de una flor que él cortaba de cualquiera de las macetas que decoraban sus balcones, me esperaba en mi lado de la cama después de salir de la ducha como a él le gustaba, con el pelo empapado y peinado hacia atrás y una simple toalla blanca como indumentaria.

Nada de esto ocurrió esa mañana, pero al menos me encontraba cómoda compartiendo mi despertar con Jack. «Con el tiempo llegaré a sentir de nuevo esas sensaciones, esta vez con él. Solo es el principio, nos estamos conociendo». Me repetía para convencerme que todo merecería la pena.

Recordé la primera noche que dormí con Erick. Me desanimó comprobar que tenía cada momento de aquel mágico amanecer guardado en mi memoria y que cada instante resultó maravilloso. También rememore que, aunque en aquella ocasión tampoco hubo sexo, sí existió la complicidad suficiente para mostrarnos tal cual, con plena libertad de cuerpo y alma, que el amor se desprendía en cada beso, en cada palabra, en cada sonrisa, que un ambiente de armonía y plenitud nos envolvía. Que pude ser yo misma mostrándome tal cual, sin reparos ni miramientos, que reímos a carcajadas tan sonoras y ruidosas que se nos debió oír hasta en Tombuctú y que me desperté pensando que aquel hombre era alguien que merecía mucho la pena.

«Pero todas las personas no son iguales. Lo que se vive con cada uno es irrepetible. Nunca es justo comparar. Aquello no se volverá a repetir porque Erick es único, todos somos diferentes y hay que valorar de cada uno lo mejor que puede ofrecerte sin pensar en otras experiencias que ocurrieron en diferentes circunstancias, en otras etapas. Hay que saborear lo que la vida te ofrece en cada momento sin caer en exceso en el pasado. Momentos que fueron importantes entonces, pero que ahora no pertenecen ni tienen cabida en tu presente».

Mentalmente reflexionaba sobre aspectos trascendentales, mientras acurrucada entre el cuerpo de Jack sentía su respiración.

—Nos veremos esta semana —me aseguró Jack cuando se despidió con un dulce beso en la mejilla.

Me hubiese apetecido darle una contestación contundente del tipo «eso si no te da por jugar al escondite otra vez», pero consideré que estaba fuera de lugar después de una bonita noche en compañía. Opté por algo más suave:

—Estaré deseando que sea posible disfrutar de un nuevo ratito a tu lado.

—Estoy seguro que nos veremos muy a menudo —susurró mientras cortésmente tomaba mi mano y la besaba con delicadeza ya a punto de marcharse.

Cerré la puerta y apoyé todo mi cuerpo contra ella mientras suspiraba y cerraba los ojos para mantener fresca la imagen del chico que acaba de salir de mi casa, con la duda de si algún día él volvería a cruzar ese umbral.

Debía olvidarme de su desliz y ser optimista. Aunque la intensidad de las sensaciones que Erick me produjo quizá no las volviese a sentir jamás, con Jack de nuevo sentía la ilusión de una relación. Creía estar segura de desearle y me sentía a gusto a su lado. Aunque tampoco debía precipitarme. Una única noche de amor no significa nada. Pero algo en mi interior me decía que aquello no iba a quedar así, que entre Jack y yo existía la química suficiente, que iríamos a más.

Sin embargo, mi desconfianza hacia él pesaba, no podía disfrutar plenamente del momento porque la primera noche que estuve a su lado, cuando nos besamos cariñosamente cerca de las puertas que daban acceso a Torre Mountbatten, también me había encontrado ante un hombre dulce, atento, cariñoso, el mismo con el que acababa de compartir mi casa, el mismo que desapareció sin dejar rastro y el mismo que presumiblemente podría repetir un comportamiento tan extravagante. No debía hacer planes basados en la incertidumbre.

En los próximos días ya se vería si Jack y yo avanzábamos o si la inestabilidad de ese chico era algo patológico. Si él en un momento determinado decidió apartarse, estaba claro que ahora quería retomar lo que dejamos apenas iniciado. Si sus desapariciones volvían a repetirse, podía

preocuparme. Si se trataba de algo puntual, se debía a las debilidades humanas y a los ciclos anímicos por los que pasa cada persona.

Capítulo III

No es lo que parece

Llevaba dándole vueltas todo el día «esta tarde me voy a acercar al campus de Columbia. Le daré una sorpresa». Me apetecía tanto verle y nuestra noche juntos había sido tan satisfactoria, que superé el miedo que me provocaba la idea de un posible rechazo por su parte. Pero debía vencer ese temor si quería estar a su lado, y de eso estaba totalmente segura. Tenía que ir en su busca. Cuando calculé que era la hora ideal, le pedí a uno de los chóferes de la familia que me acercase hasta la puerta de entrada.

A partir de ahí continué a pie porque me gustaba caminar por el campus. Rodeada de grupos de estudiantes, con sus libros y cuadernos de apuntes en la mano; o tumbados en el césped tomando el sol; o aguzando el oído para escuchar sus conversaciones poniendo a parir a tal o cual catedrático por las osadas preguntas del examen que supuestamente no aprobaría nadie. Y cómo no, observando los anuncios de próximas fiestas pegados en cualquier papelera y en todos los troncos de los árboles.

A veces envidiaba a Jack por seguir conviviendo con aquel ambiente, lleno de jóvenes ávidos por descubrir, aprender, ansiosos por comerse el mundo y con tremendas ganas de experimentar, repletos de esperanzas y de buenas vibraciones. No pasaron ni cinco minutos desde mi llegada cuando lo vi; iba con sus viejos vaqueros gastados y descoloridos, una camiseta azul marino, un jersey —también azul— atado a la cintura, la mochila a la espalda y esa cara con su característica expresión de desamparo que le hacía tan irresistible como enigmático, dotándole de un aire tan vulnerable como atractivo.

Esta vez no había fallado, estaba allí, en su ambiente, haciendo su recorrido rutinario, sin escondites ni extravagancias. La inquietud de las últimas semanas había sido una equivocación por mi parte, porque parecía que no tenía que ver conmigo. No huía de mi presencia; debió ocultarse por cualquier circunstancia o situación personal que le impulsó a actuar de esa manera. Cuando se dio cuenta de que me encontraba a pocos metros de distancia, sonrió tímidamente y se dirigió hacia dónde me encontraba despacio, dándome un ligero beso en la mejilla al acercarse a mi lado.

—Hola, Victoria. ¡Qué sorpresa! Me alegra verte. ¿Cómo estás?

—Bien, encantada de estar aquí.

—He tenido un día duro, con mucho trabajo. ¿Te apetece pasear?

—Me parece estupendo. Hace muy buena tarde y así respiraremos aire más puro.

—Se me ocurre una idea... ¿Te gustan los helados?

—Me encantan.

—Conozco un sitio cerca de aquí en el que hacen los mejores de la ciudad. Son caseros. Además, si quieres, te lo cubren de virutas de chocolate o de nueces caramelizadas o de crema

caliente de chocolate blanco...

—¡No sigas hablando y llévame ya a esa heladería!

Caminábamos muy despacio mientras voluntariamente nuestros cuerpos se iban acercando más a cada paso. Inesperadamente, aunque sin mucha convicción, Jack tomó mi mano y agarrados, estuvimos caminando a paso lento, muy cariñosos, durante cerca de media hora hasta que llegamos al establecimiento donde he probado los más deliciosos helados de toda mi vida. Se trataba de un local pequeño, aunque acogedor, en el que destacaba una decoración desenfadada, colorista y alegre.

Escogimos la mesa más apartada, la del fondo, ubicada en una pequeña esquina, la de más difícil acceso. Los camareros iban ataviados con graciosas bermudas de surfista y camisas de flores y palmeras, con lo lejano que aún estaba el verano, me pareció original y atrevido. Hasta me invadió repentinamente una añoranza por mi estación favorita.

Jack eligió por los dos. Para mí, helado de dulce de leche con crema de café caliente que, al contacto con la temperatura del helado, formaba una costra deliciosa que crujía al morderla; para él, sabor de papaya tropical con trozos de fruta confitada por encima. Disfrutamos como niños intercambiando nuestros helados y jugando con las cucharillas, las cuales nos servían también para acariciar nuestros labios.

Se nos pasó el tiempo en un momento, sin advertir que ya había oscurecido y que las mesas de alrededor ya estaban recogidas. Hubiese alargado ese momento indefinidamente. Charlamos sobre nuestra infancia, una de las pocas veces que he escuchado a Jack hablar relajado, tranquilo, reímos hasta que nos dolieron las mandíbulas, nos miramos con deseo y hasta nos acariciamos por debajo de la mesa.

Por un breve instante creí haber retrocedido en el tiempo: los meses en los que Erick teníamos tanta química como ganas de exprimir la vida. Inmensa armonía, igual confianza, casi se podía hablar de máxima compenetración. Pero solo fue un espejismo. Lástima que Jack determinase la terrible elección de escoger como forma de vida el camino de la amargura y de las sombras.

Pero todavía nos quedaban algunas tardes maravillosas... Con ternura recuerdo la noche que en mi apartamento cocinó para mí tortitas cubiertas con nata y sirope de chocolate. Él lo hizo todo, las preparó, me las partía, las metía delicadamente en mi boca, y después ya juntos, nos encargamos de esparcir la nata hasta por las paredes de la cocina.

Durante el resto de la semana fui a buscarlo todos los días al campus porque así me lo pidió él. Esperaba a que yo llegase para dedicarnos mutuamente lo que quedaba del día. Inolvidable la puesta de sol las orillas del Hudson, acurrucados bajo un enorme árbol de hojas finas sobre cuyo nombre no nos poníamos de acuerdo, observando los destellos multicolores que iban coloreando el cielo de tonos anaranjados, rosados y violetas mientras nuestras manos no se despegaban de la piel del otro.

Jack parecía feliz, al menos su cara mostraba expresión de satisfacción y las palabras que me dirigía estaban repletas de cariño. ¿Cómo entender que una encantadora criatura pueda convertirse en un ser oscuro? ¿Cómo asimilar que a alguien a quién se le brinda amor y compañía, prefiera dolor y soledad? ¿Cómo olvidar momentos únicos para evitar que te inunde la pena que proporciona la incompreensión?

Después del ocaso en las orillas del Hudson hubo más tardes, más paseos bajo la luna, más helados de papaya, más bailes sensuales hasta la madrugada, y cada uno de esos días, compartidos junto a quien parecía un chico sensato, equilibrado, dulce, aunque con su punto de

característica timidez, casi me hicieron superar la relación de juventud perfecta, mi añoranza por Erick. Casi.

Pero Jack jamás me permitió que profundizase en su interior, en sus sentimientos, en su pasado, en su forma de pensar, en sus expectativas, en sí mismo. Su coraza de protección era infranqueable. Aunque lo cierto es que pasaban los días y si bien nuestra relación evolucionaba para mejor, su hermetismo se mantenía intacto.

Lo que en principio parecía misterio, se iba convirtiendo en un inconveniente. Porque uno de los peores enemigos para afianzar una relación es la falta de comunicación.

* * *

Aquella tarde, cuando lo vi acercarse caminando hacia mí torpemente con las manos metidas en los bolsillos, me pareció que estaba especialmente guapo. Jack me gustaba mucho. Su leve contacto con mi mejilla que podía intuir como un proyecto de beso —ni siquiera un beso en sí mismo—, una actitud recurrente fruto de su inseguridad, me llenó de satisfacción.

—Holaaaaaa, te he echado de menos, hace varios días que no vienes por aquí ¿te ha ocurrido algo?

—Nada importante, he estado bastante ocupada ayudando a mi abuela con la organización del próximo evento que va a celebrar en Torre Mountbatten.

—¿Otra fiesta en el ático?

—Así es. Es una mujer incombustible a pesar de acercarse a los ochenta años...

—Lo sé. Todos en el Upper East Side la admiran y envidian a partes iguales.

—Espero llegar a su edad con la misma energía.

—Seguro que lo haces. Lo llevas en los genes...

—Puede que tengas razón. Mi madre lleva el mismo camino. Algún día de estos te la presentaré.

—Estaré encantado de conocerla. Alice Mountbatten es toda una institución.

—Lo es...

—¿Sabes una cosa? Quiero que sepas que cuando salgo de las clases del posgrado si no estás esperándome, es como si me faltase algo al final del día. —Lo dijo con naturalidad y a mí me gustó escucharlo.

Lo dijo en un tono de voz muy tenue, casi imperceptible, y con los ojos clavados en el suelo. Al levantar la mirada y encontrarse con la mía noté como se ruborizaba excesivamente. A punto de cumplir los veintisiete y su comportamiento era más propio de la pubertad que de la madurez. Contrastaba su carácter con la seguridad y la altanería de Erick, pero a ambos les encontraba ventajas e inconvenientes.

Admiraba el poderío de Erick, su claridad de ideas, su forma de desenvolverse por la vida, su inconformismo, su ambición, pero también sabía apreciar la modestia de Jack, su respeto hacia los demás, los instintos de protección que despertaba en mí, su infinita dulzura. Odiaba el individualismo de Erick, de igual modo que no me atraían en absoluto la indecisión, conformismo y aparente apatía de Jack.

Por eso agradecí sinceramente aquellas palabras que demostraban su interés hacia mí, con el reconocimiento añadido de saber lo que le costaba mostrar su afecto hacia los demás, aunque

hubiese preferido que las hubiese pronunciado con más contundencia y mirándome fijamente a los ojos.

—A mí también me apetece pasar tiempo contigo, aunque, por desgracia, no siempre es posible coincidir a diario. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—Pues estoy realmente agotado.

—¿Qué te parece si encargamos cocina japonesa, elegimos una buena película en la Smart TV y nos tiremos en la sala de proyecciones de mi casa?

—Me parece excelente idea.

Seguimos al pie de la letra mi proposición, aunque apenas prestamos atención a la película, más por cansancio que por otra cosa. Acurrucados en los butacones que emulaban los asientos de un cine, nos hacíamos continuos mimos, caricias, yo escuchaba los latidos de su corazón, me recreaba con su piel... Esa noche por primera vez me desnudó y besó cada parte de mi cuerpo, aunque de forma torpe, como si tuviese poca experiencia, algo que yo suponía incierto al estar reciente la ruptura de una relación de cuatro largos años.

Pero me resultaba placentero sentir el calor de su cuerpo. Tenía un torso de adolescente, delgado, sin vello, con formas rectas y poco desarrolladas, pero su piel era muy suave y sus brazos cálidos. Permanecimos juntos durante varias horas, como cada vez que compartíamos tan tiernos momentos, sin llegar a más, algo que me apetecía.

Aunque yo no me atrevía a dar el primer paso. Si él no quería ir más lejos sus razones tendría; por el momento iba a respetar su postura. Además, todavía no existía la suficiente confianza entre nosotros para plantearle el tema y yo tampoco sabía con certeza si llegada la hora de la verdad, estaba preparada del todo para entregarme a otro hombre, el primero después de Erick.

Deseos me sobraban, aunque de iniciativa yo andaba más bien escasa; además, me encontraba ante un hombre que, aparentemente, no priorizaba el sexo en una relación. O, al menos, era capaz de controlar al máximo sus impulsos. Lo que a otras mujeres le parecería halagador «no me quiere solo para el sexo» a mí empezaba a incomodarme «¿no seré lo suficientemente atractiva para él?». Pese a ello, los momentos compartidos eran satisfactorios. A secas.

Jack se marchó a dormir a su casa y yo apenas pude pegar ojo haciéndome un montón de preguntas. Fui testigo de cómo los primeros rayos de sol se colaban por las cristaleras de la planta cincuenta y siete de Torre Mountbatten y solo fui capaz de dormir tres o cuatro horas. Pero dejando de lado el cansancio y la falta de sueño, me encontraba muy bien junto a Jack. Debía centrarme en esa relación, redescubrir la vida en pareja y apostar por él. Si ese chico necesitaba un empujón para tomar decisiones, sería yo quien se lo diese.

—¿Y cómo te ha ido? —preguntó Alexa con curiosidad. Me había telefoneado para quedar a comer a los pocos minutos de marcharse Jack. Así que le confesé que habíamos pasado la noche juntos.

—No estoy segura. Lo que sí puedo decirte es que creo que se han despertado en mí ilusiones que creía olvidadas.

—¿A qué te refieres?

—La curiosidad por una relación nueva, el proceso de conocimiento mutuo entre los dos, la incertidumbre acerca de qué pasará, de cómo se desarrollarán los acontecimientos, el deseo de que todo prosperase entre nosotros...

—Y de si esa atracción que sentís puede evolucionar hacia algo más serio. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Lo mejor de todo es que he podido comprobar que el mundo de las relaciones

felices no finalizaba en Erick...

—Algo que ya te habíamos advertido tus amigas.

—Cierto. Pero han tenido que transcurrir demasiados meses para ser consciente de que existen más hombres en el mundo de los que idealizamos sin que sean merecedores de semejante honor.

—Cuando las cosas están recientes todo duele más.

—Eso es verdad. Pero ahora creo que me estoy liberando al descubrir que el hombre al que idolatrabas, no es más que uno más entre un millón, tan imperfecto, vulnerable y lleno de defectos como cualquier otro, y que la admiración por cualquier cosa, en muchas ocasiones, solo depende del color del cristal desde el que se mire.

—Tampoco te fustigues, Victoria. También hay que valorar que el primer gran amor es el más especial. No es un tópico sino una realidad. Con el tiempo se llega a amar de otras maneras, puede que más intensas, pasionales, convenientes o complementarias, pero nunca se vuelve a querer de forma tan desinteresada como la primera vez.

—Y si se tiene la suerte de ser correspondido hasta el máximo y vivir una maravillosa historia, ese dichoso amor puede marcarte.

—Como ha sido tu caso con Erick...

—Así es. Pero en el fondo debo sentirme orgullosa por haber tenido la suerte de haber alcanzado tanto en el primer intento.

—Me parece que es un buen razonamiento. Tú ya has disfrutado de algo que muchos persiguen a lo largo de toda una vida y para su decepción y amargura no logran conseguir.

—Y aunque ya lo dejé atrás, sé que es lo mejor para mi futuro. Pero guardaré para siempre un recuerdo imborrable.

—Quédate con todo lo bueno del pasado, que ha sido mucho. Pero a partir de ahora dedícate a disfrutar de la novedad. Agradece lo que has vivido y focalízate en el futuro. Ya sabes...

Debí haberme dado cuenta antes, pero el inmenso vacío que Erick dejó en mi alma lo impidió. Ahora que la herida empezaba a cicatrizar, con la esperanza de que jamás volviese a sangrar, me alegraba de haber encontrado a la primera lo que otros no son capaces de conseguir a lo largo de toda una vida. Ese debía ser el camino a seguir, la actitud ante el futuro: felicitarme por mis éxitos y aprender de mis fracasos, ser consciente de los errores cometidos y arrepentirme de los no cometidos.

Con esta halagüeña perspectiva me dispuse a comenzar lo que ya había decidido que sería la siguiente etapa en mi vida.

* * *

Desafortunadamente las cosas no suelen salir como las planeamos. Jack también tenía mucho que decir en esta etapa. Cuando decidí seguir adelante en mi relación con él, descuidé involuntariamente el hecho de que una pareja es cosa de dos, y que por mucho empeño que ponga una de las partes, dicho esfuerzo resulta inútil si no se cuenta con la colaboración del otro implicado.

Pasaban las semanas y aunque continuábamos viéndonos a menudo, nada se había afianzado. Yo seguía acudiendo de vez en cuando a la salida de sus clases de posgrado y los fines de

semana volvíamos a encontrarnos al seguir frecuentando el Crystal. Nuestra comunicación no era tan suficientemente fluida como a mí me gustaría, debido a su extrema reserva, a su exagerada introversión y a su carácter escurridizo.

Me intentaba consolar con los típicos argumentos y lo que era peor, con una total y errónea convicción de que Jack cambiaría con el paso del tiempo. Las personas no cambian: eso es algo que deberíamos tatuarnos a fuego, aunque nos empeñemos en creer lo contrario. Nuestra relación no evolucionaba, no prosperaba. Se mantenía estancada, aunque ya habían pasado varios meses, demasiados.

Aunque nos veíamos frecuentemente, no existían normas ni rutina y, por supuesto, cualquier tipo de obligación mutua estaba descartada. En el acercamiento afectivo se podían advertir ciertos progresos, pero más bien lo achacaba al cariño que se adquiere hacia una persona con la que compartes parte de tu tiempo que al hecho de que creciese la intensidad de nuestros sentimientos.

De vez en cuando Jack pasaba la noche en Torre Mountbatten. Cenábamos, cocinaba, otras veces encargamos la cena —le encantaba la gastronomía asiática en todas sus modalidades: tailandesa, china, vietnamita, japonesas...—; a menudo veíamos algunos capítulos de nuestras series favoritas en la Smart TV, y después de los besos y abrazos de rigor, dormíamos juntos.

Como él empezaba sus clases en la universidad por la tarde, solía remolonear en la cama hasta bien entrada la mañana; se quedaba adormilado entre las sábanas mientras yo le contemplaba. Cuando llegaba su hora, él se daba una ducha, se tomaba el café que yo preparaba en una cafetera italiana —nunca me han gustado las cápsulas— y se marchaba. Nada extraordinario.

Una cualquiera de esas noches, mientras jugábamos, empezamos a tocarnos hasta que la excitación alcanzó un punto insostenible. Creí que había llegado el momento, que podía estar preparada al fin para entregarme a otro hombre, y por su expresión, por los signos que descubría en su cuerpo, las ganas que yo suponía reflejadas en su cara, intuí que él estaba pensando lo mismo que yo. Me comporté de una forma espontánea. Formulé mi deseo en voz alta convencida de la aceptación y la conformidad de Jack.

—Me apetece hacer el amor contigo.

Imaginaba a continuación una tórrida escena de desenfreno y pasión, con Jack retirando el pelo de mi cara, sujetándolo en forma de coleta a mi nuca, para besarme locamente mientras con una mezcla de lujuria y delicadeza me hacía suya y yo me dejaba llevar. Nada de eso ocurrió, su contestación lejos de parecerme cortante o fuera de lugar, resultó inaudita.

—Eso no es necesario.

No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Qué no era necesario que un hombre y una mujer se comportasen como tales? ¿Qué no era necesario culminar de la mejor forma posible una unión? ¿Qué no era necesario dejar fluir las necesidades más vitales de nuestros cuerpos? ¿Qué es lo que no era necesario?

Lo dijo de una forma tranquila, sin darle la mayor importancia, como si fuese la cosa más normal del mundo que una pareja que se gusta, que vive asiduamente momentos de intimidad, renuncie a la máxima expresión de su relación. Como venía siendo habitual en vez de enfrentarme a él, de preguntarle el porqué de esa decisión, de esa manera de pensar, sus motivos a esa negativa, de conversar, intercambiar pareceres, callé, no mostré interés por sus razones. Una vez más me dejaba llevar por el sin sentido de su retorcida o atormentada —que no sabía por cuál de los adjetivos decantarme— personalidad.

El resultado era también el mismo de siempre, me tocaba reflexionar en silencio, intentando analizar lo inexplicable y maldiciéndome por encontrarme en un callejón sin salida en el que me había metido solita. Tan culpable era yo por mis silencios como él por los suyos. La diferencia era que yo omitía las palabras voluntariamente. Él seguramente ni las tenía.

* * *

Se acercaba mi cumpleaños y se me ocurrió que aquel año podría celebrar una gran fiesta por múltiples motivos, pero principalmente porque me apetecía. Llamé a Alexa para hacer una celebración conjunta ya que ambas habíamos nacido con dos semanas de diferencia.

—Alexa, he pensado que este año podíamos celebrar el cumpleaños a lo grande.

—Me parece bien. Ya sabes que este año estoy proactiva con todo tipo de fiestas y celebraciones... ¿Se te ha ocurrido algo especial?

—Me gustaría hacer un evento muy sonado.

—¿Multitudinario?

—Mmmm, no lo sé...

—¿En cuántas personas estás pensando?

—En muchas...

—Entonces lo organizamos en Los Hamptons. Además, en esta época del año ya podemos organizarlo en los jardines.

—¿En tu residencia o en la mía, Victoria?

—Prefiero en la tuya, si no te importa. Ya sabes que si lo hacemos en Villa Mountbatten mi abuela va a querer encargarse todo.

Nuestra residencia de Los Hamptons era una de las más espectaculares. Tenía varias hectáreas que contaban con bosques, arboledas y terrenos colindantes. Su imponente fachada clara con arquitecturas de estilo victoriano, era continuamente fotografiada por turistas y visitantes para compartir su imagen en Instagram. Y no me extrañaba porque parecía una mansión de postal. En su interior acogía varios dormitorios, cuartos de baño, salones y un comedor con capacidad para veinte personas que solía estar muy concurrido durante los meses de verano. Por supuesto no le faltaban porches, cenadores y piscina exterior e interior. A mí encantaba escaparme allí siempre que podía.

—Tienes razón. Aunque tenemos que reconocer que si se encarga Rosemary nuestro cumpleaños se convertirá en el más espectacular de las últimas temporadas. Se hablará de la celebración durante semanas y los medios de comunicación se harán eco de todo lo que allí acontezca.

—¿Y queremos eso?

—No, solo nos apetece pasarlo bien.

—De hecho, queremos pasarlo muy bien. Con eso será suficiente.

—Aunque he de reconocer que si se le pedimos a tu abuela que lo organice, igual nos sorprende con una actuación de Beyoncé, Jennifer López, Sting... O de Madonna...

—Beyoncé, Sting y Jennifer López estaban contratados para sucesivas fiestas de Navidad. Pero lo de Madonna fue completamente espontáneo.

—¿En serio?

—Sí. Ella estaba invitada a una de las fiestas de Navidad en Torre Mountbatten, una de las primeras que se celebró allí. Y de repente cogió el micro, le dio instrucciones al pianista con respecto a los acordes y se puso a cantar Like a Virgin. Fue en los años 90 y los asistentes enloquecieron...

—No me extraña. Lástima que por aquel entonces no hubiera móviles con cámara. Oye, si tu abuela es capaz de traer a Coldplay a nuestra fiesta de cumpleaños, le cedo encantada toda la organización...

—No creo que ellos se presten a actuar en fiestas privadas.

—¿Cómo que no? Chris Martin amenizó la fiesta nocturna que tuvo lugar tras la boda de la hija del dueño de Zara, Amancio Ortega.

—Ay, tienes razón. Se me había olvidado. Lo sí que recuerdo con claridad de aquel enlace son los vestidazos de Valentino que lució la novia... Pues ya sabes, Alexa, todavía estás a tiempo de dejar en manos de mi abuela el evento.

—No, no, déjalo. No quiero que se nos escape de las manos. ¿Vendrá tu hermana Tessa? ¿Y Jon y Grace?

—Ellos dos seguro que no pueden venir porque tienen un compromiso en nuestra bodega de Napa con uno de nuestros clientes principales y la cita estaba cerrada desde hace tiempo. A Tessa la invitaré, pero dudo que pueda acompañarnos. Ahora está haciendo un programa de retreat en Kamalaya. Se va a quedar durante un mes como mínimo.

—¿Kamalaya? ¿El complejo donde Elle MacPherson se sometió a un tratamiento détox intensivo?

—Exacto. Allí mismo. Está situado sobre un acantilado rodeado de manantiales en la isla de Koh Samui, una de las más bonitas de Tailandia.

—Según he escuchado, es un santuario del bienestar y se guía bajo los principios de la filosofía holística y la autoconciencia.

—Así es. Todos sus retiros están orientados al bienestar integral de mente, cuerpo y alma. Tessa me ha contado por teléfono todos los detalles. Cuando quieras nos apuntamos a uno.

—Pues no me parece mala idea, la verdad. Tu hermana siempre me sorprende: se lo está montando de maravilla. Por cierto, ¿invitarás a Jack?

—Por supuesto. Le diré que vaya a la fiesta con los amigos que él quiera.

—¿Qué tal con él? ¿Alguna novedad desde la última vez que hablamos?

—O muchas, la verdad. Me gusta un montón, pero la relación no acaba de consolidarse, debido en parte a la desconfianza que tiene hacia todo. Nunca sé lo que piensa o lo que siente, apenas conozco su pasado, sus inquietudes o algo tan simple como lo que apetece hacer en cada momento...

—Vamos, que está muy encerrado en sí mismo.

—Exacto. Pero cada día me apetece más estar con él. Ir despacio también tiene sus ventajas y si su actitud se debe a experiencias anteriores, le ayudaré a superarlas con cariño y paciencia. No todos tenemos la misma fortaleza.

—Te veo muy segura, espero que te vaya bien con él.

—Es un buen chico y tiene muchas cosas que merecen la pena; esperaré.

—Bueno, me parece bien si es lo que realmente deseas.

—Oye, vamos hablando a lo largo de la semana para organizar los preparativos y concretar la lista de invitados. Seguro que hay muchos que coinciden en las dos listas.

—Seguro. Yo más o menos lo tengo claro. Invitaré a unas cincuenta personas. ¿Y tú?

—Más o menos al mismo número.

—Ya sabes que al final acudirán más porque los invitados se presentan con más acompañantes de los que confirman.

—Cuento con ello.

Alexa y yo nos pusimos de acuerdo en seguida con respecto a los detalles de la celebración del cumpleaños y comenzamos con los preparativos. El resto de la semana transcurrió tranquilo y esa tarde acudí a buscar a Jack a la salida de sus clases de posgrado en Columbia.

—¿Te gustan las fiestas? —le pregunté antes de cursar la invitación.

—A veces —respondió él indiferente.

Aunque me iba acostumbrando a la ambigüedad de cualquier respuesta que saliese de su boca, a veces me exasperaba esa particular costumbre de no hablar claro ni siquiera ante la más simple e inocente de las preguntas. ¿A qué tenía tanto temor?

—Vamos a ver, las cosas gustan o no. Me encantaría que alguna vez hablases abiertamente de lo que te apetece, de lo que quieres y si me apuras, aunque creo que eso ya sería pedir demasiado, de lo que piensas. Supongo que a estas alturas debes tener claro que soy una persona en la que puedes confiar, que te aprecia y que nunca te haría daño, al menos intencionadamente.

Lo dije con sentimiento, con convicción, con la rabia de quien se siente herida por una desconfianza de la que no es no merecedora. Pero Jack no se dejaba intimidar y jamás cambiaba su forma de proceder o de actuar. Parecía estar entrenado en el arte de las evasivas.

—Las fiestas en general suelen estar bien.

Mis críticas palabras habían sido inútiles, contestó a mi primera pregunta pasando por alto las que más interés tenían para mí. Decidí insistir.

—Me parece muy bien que te gusten las fiestas, Jack. Y más ahora que voy a organizar una, pero lo que no me parece tan bien es tu negativa a mantener conversaciones, si no demasiado íntimas, sí al menos algo más que superficiales con la persona con la que creo, y corrígeme si me equivoco, estás viviendo algo especial.

—No es necesario que te enfades por eso. Cuéntame eso de la fiesta que vas a organizar.

Era imposible intentar reconducir una conversación con él. Me limité a responder su pregunta dejando para otro día el intento de profundizar qué era lo que se escondía detrás de aquella actitud esquiva.

—Dentro de dos semanas es mi cumpleaños y como coincide la fecha con pocos días de diferencia con el de Alexa, hemos decidido hacer una pequeña fiesta con amigos. Hace tiempo que no lo organizamos a lo grande y nos apetece una bonita celebración.

—¿Cuántos cumple?

Jack sabía perfectamente cuál era mi edad, de igual modo que también conocía las respuestas de la mayoría de las preguntas que formulaba, pero esa era otra de las cosas que formaba parte de su personalidad. Le gustaba jugar a hacerse el tonto, siendo una persona ciertamente inteligente y observadora. Yo, de momento, no quería entrar a formar parte de un juego que me desesperaba, por lo que optaba por seguirle la corriente. Al final siempre me llevaba a su terreno.

—Cumpló veinticinco.

—¿Y qué se siente?

—Pues cuéntamelo tú que ya has pasado por esa edad.

—Es que a mí los años no me importan.

Estuve a punto de preguntarle qué era lo que a él realmente le importaba, pero consideré que no era el momento oportuno porque mis contestaciones estaban siendo en cierta manera

cortantes, y podría encontrarme con algún comentario desagradable. Así que había llegado el momento de suavizar la situación.

—Organizaremos una gran cena en su residencia de Los Hamptons con muchos tipos de comida, música, baile, bebida hasta el amanecer... El lugar donde nos conocimos tú y yo, por cierto.

—¿Y va a ir mucha gente?

—Hemos calculado que unos cien, pero ya sabes cómo son estas cosas. Al final termina por aparecer más gente de la que confirma su asistencia.

—¿Me vas a invitar?

Me daban ganas de abofetearle para ver si así espabilaba. ¿Pero hacía esas preguntas en serio o es que le gustaba llevar a la gente al límite? Intentaba mantener la calma para no hacer alguna tontería del tipo de abalanzarme sobre él, empujarle contra una pared y hacerle el amor salvajemente —si es que él sabía lo que era eso, que dados sus antecedentes hasta lo dudaba— mientras le repetía una y otra vez que me gustaba más que nadie, para ver si esa idea se le metía de una vez en su cabecita y dejaba de comportarse como una ameba.

Armada de paciencia intenté ser dulce, para ver si por ese camino avanzábamos algo.

—Tú serás mi invitado principal. Además, puedes llevar a todos los amigos que quieras.

—Gracias, seguro que a ellos les entusiasmará la idea. Se lo diré también a Rick, suele animar mucho este tipo de celebraciones, es un chico muy divertido.

—Sí, claro, puedes traerle también a él —dije, aunque mis pensamientos reales eran—: «Mantén a ese cretino tan lejos de mí como sea posible, y por favor, contrólale porque no quiero que estropee mi fiesta cuando esté tan borracho como para olvidar hasta su identidad».

Lo que terminaba por fastidiarme del todo era la admiración que Jack sentía por su hermano. No podía asimilar que un chico de sus características apreciara a otro que carecía del más mínimo atisbo de humanidad y saber estar. Para mí era una demostración palpable de la fuerza de la sangre.

—Te llevas muy bien con Rick ¿verdad?

—Somos prácticamente de la misma edad y hemos crecido a la vez. De pequeños jugábamos al fútbol, estudiamos en el mismo colegio y desde que nos llegó la edad de salir, siempre lo hemos hecho juntos. Somos cómplices y amigos además de hermanos.

—Pero sois muy diferentes —era mi forma diplomática de decir— «pero tú podrías llegar a ser amoroso y completamente encantador si te lo propusieses, y él es odioso por naturaleza».

—Él es más extrovertido, ambicioso, divertido, gamberro, popular y como mujer, ya habrás observado que también es mucho más guapo. Tiene un encanto y un físico que le hacen irresistible a los ojos de cualquiera. A su paso vuelven la cabeza desde las más jóvenes hasta señoras bien entradas en años.

—Pues yo no te cambiaría por él ni aunque me volviese loca —dije mientras acariciaba suavemente su mejilla.

Esa reacción pareció gustarle porque inmediatamente me atrajo inesperadamente hacia él, rodeándome fuertemente con sus brazos, mientras me daba un apasionado beso. En esos momentos me olvidaba de sus rarezas y su incomprensible forma de ser, mientras crecía en mí la esperanza de conseguir una relación sólida entre ambos. Pero eran simples momentos de felicidad que se desvanecían tan pronto como retornábamos a cualquier conversación o situación cotidiana.

Pero mientras me abrazaba y besaba sentía esperanza por conseguir liberar a ese hombre del

fortín en el que voluntariamente había decidido encerrarse, manteniendo alejadas la confianza. Seguía siendo torpe e infantil en nuestros momentos de intimidad, lo cual lejos de incomodarme, avivaba en mí nobles sentimientos. Lo que empezaba a preocuparme era su nula predisposición a ir más allá de los simples besos y caricias porque como no era necesario...

—¿Por qué te gusto?

Sorprendida ante esa inesperada pregunta, formulada cuando aún estaba saboreando su beso, tardé unos instantes en reaccionar.

—Pues por muchas cosas, Jack.

—¿Me las cuentas?

—Claro. Eres un hombre atractivo, pero lo que más me atrae de ti es que eres único, nada que ver el resto, o al menos, lo que he conocido hasta la fecha. Esa forma de actuar tan discreta, tu serenidad, la prudencia que siempre te acompaña, y sobre todo la imposibilidad real de llegar a conocerte en profundidad por la extremada reserva que demuestras en todo momento, hacen de ti un hombre interesante y hasta cierto punto enigmático. A mí me gustan los retos, de ahí la elección por personas que destacan sobre los otros, que pueden aportarme algo de lo que carezco, que me obligan a esforzarme e incluso a superarme.

Enseguida me arrepentí por mi sinceridad, pero ya era demasiado tarde. Acababa de abrirle mi corazón y lo único que obtuve a cambio fue silencio en principio y un absurdo comentario después.

—Tengo hambre, te invito a una hamburguesa.

—Una hamburguesa —repetí mecánicamente mientras no daba crédito a su indiferencia, a pesar de que le acababa de abrir (en parte) mi corazón.

—Hoy iremos al Napking Burger. Me apetece disfrutar de la jugosidad de su carne. Me encantan las Burger que chorrean. ¡Ah! Y pediremos una ración extra de guacamole.

Lo hubiese estrangulado allí mismo. No me resultaba fácil expresar lo que llevaba dentro y él me lo agradecía como si no hubiese escuchado mis sentimientos. Por un momento la rabia se impuso a la cordura y estuve a punto de mandarle a paseo, a él y a su incomprensible mundo propio. En última instancia decidí contenerme y dejarlo pasar.

Podía enfrentarme a cualquiera, podía tener tanta capacidad como el que más para enfrentarme a las adversidades y si Jack tenía un extraño carácter —o su comportamiento se debía a algún propósito en particular— yo podía ignorar sus rarezas para salirme con la mía.

Ese fue uno de mis errores, dejarme atrapar en una espiral de despropósitos, donde cada uno ponía su granito de arena para construir una montaña de incomprensión. El orgullo me cegó para terminar por promover la incomunicación, el alejamiento progresivo y el aislamiento, para favorecer el daño compartido en vez del beneficio mutuo.

Desafortunadamente, mi obcecación por la consecución de lo imposible era un rasgo característico de mi personalidad porque yo era una tozuda vocacional: cuanto más difícil me lo ponían, más crecían mis ansias de conseguir lo que estaba fuera de mi alcance. Sufría por su incomprensible apatía, por su incapacidad de abrirse a los demás; pero, ante todo, por la impotencia que me causaba no saber cómo tratar a alguien que ni siquiera permite que lo conozcas de verdad.

No me permitió demostrarle lo que llevaba dentro: mi alegría, mi entusiasmo, mi calor, mis ganas de complacerle y disfrutarle le hubiesen servido para mucho, puede que para enfocar su vida de otra manera. Pero él escogió el camino equivocado. Y yo me cansé de luchar por la salvación de un alma atormentada.

Capítulo IV

Un cumpleaños para olvidar

—¡Hey, amiga! ¡Qué buenísima idea habéis tenido con organizar esa fiesta en Los Hamptons! Se va a convertir en la inauguración oficial de la temporada estival entre la élite de Manhattan. —Era Jenny quien me acababa de telefonear.

—Sí, la fecha es ideal. Primer gran evento del verano...

—En breve vas a tomar el relevo de tu abuela como mejor anfitriona de la ciudad.

—Uffff, eso son palabras mayores. Sustituir a mi abuela lo veo improbable. Rosemary es única.

—Pues yo siempre he pensado que tú eres una perfecta heredera. Te imagino en un futuro recogiendo su testigo como la mejor anfitriona de Manhattan.

—¡Te lo agradezco! Pero de momento prefiero mantenerme al margen... Oye, hemos concretado el sábado día quince, a partir de las ocho de la tarde, ¿te viene bien?

—Sí, sí, ya me había confirmado Alexa el día y la hora. Y no te olvides de invitar a Rick...

A Jenny, el mediano de los Jones le parecía guapísimo. Realmente lo era, por mucho que yo le detestase.

—Tranquila que no se me va a olvidar, más que nada porque irá acompañando a Jack. Pero ya sabes lo que opino de él: es un auténtico cretino.

—Lo sé, pero eso no implica que contemplar su anatomía se convierta en una distracción realmente agradable. Por cierto, ¿alguna novedad con Jack?

—Nada especialmente interesante, sigue en su línea: sin hacer grandes concesiones, pero sin meter la pata en exceso. Está ahí, su presencia es constante, pero desearía que se involucrase más, que mostrase más abiertamente sus emociones. Quizá me estoy precipitando y él sea más sensato queriendo llevar lo nuestro de una forma más calmada.

—Sinceramente no creo que te estés precipitando, lleváis varios meses juntos ya. Recuerda que cuando llevabas el mismo tiempo con Erick, estabais tan volcados el uno en el otro que hasta daba miedo.

Erick, hacía varios días que ese nombre no acudía a mi mente tras mi firme decisión de recordar lo mejor de mi pasado sin que pesase demasiado en el presente.

—Tienes razón, Jenny. Pero eso nunca volverá a ocurrir ni con Jack ni con nadie porque lo que viví con Erick es único. Como cualquier otra historia entre una pareja: lo que sucede entre dos personas no se repetirá nunca.

—Eso es cierto; y, además, hay que reconocer que la química entre Erick y tú desde el primer día no es lo usual.

—Pero pese a ello el balance final no es positivo porque ni siquiera tanta unión nos sirvió para seguir juntos.

—Puede ser. Porque, al fin y al cabo, después de lo maravillosa que parecía tu relación con Erick, se terminó. Y cada uno se alejó del otro para seguir con su propia vida. Es posible que con Jack todo resulte mejor, aunque las cosas en un principio no se están desarrollando como desearías.

—Espero ganarme su confianza y su cariño, aunque él no lo está poniendo fácil.

—Puede que todavía no haya superado del todo su ruptura anterior o que esa relación le haya condicionado para ser más precavido respecto a las mujeres ¿qué sabes sobre esto?

—Absolutamente nada porque él nunca ha sacado el tema.

—¿Y por qué no se lo preguntas tú directamente?

—Porque no pienso obligarle a que me hable de cosas que no quiere; tiene que salir de él; es Jack quien tiene que estar preparado para abrirme su corazón, sin forzarlo.

—A lo mejor necesita un empujón. Tú tampoco eres una mujer sencilla de primeras...

—Puede ser.

—Y por lo que cuentas se trata de un chico introvertido y encerrado en sí mismo. Incluso es posible que le hayan hecho mucho daño. Necesitará comprensión y ayuda en vez de una cabezota al lado empeñada en no dar nunca su brazo a torcer; a una brutita que evita tomar iniciativas si el otro no ha caído rendido a sus pies. Recuerdo que algo de esto ya te lo sugirió Alexa en nuestra cena en Little Spain.

—No me da sensación de que sea un chico indefenso, más bien parece demasiado inteligente, creo que me pone a prueba constantemente.

—A veces nuestras intuiciones no son certeras.

—Y a veces sí, Jenny. Oye, creo que nos estamos poniendo muy trascendentales y de lo que se trata es de irnos preparando para disfrutar de la primera gran fiesta del verano.

—Es verdad, Victoria. Al final terminamos hablando de nuestros problemas con los hombres sea cual sea el tema que inicia nuestras conversaciones.

—Creo que es inevitable.

—Y que en el fondo nos gusta... En fin, no se te olvide invitar a Rick, por lo que más quieras.

—Tranquila, Jenny. Con lo que le apasionan las juergas y las mujeres guapas, no fallará.

Los siguientes días los pasamos muy atareadas con los preparativos. Resultaba divertido organizar festejos. Decidimos tirar la casa por la ventana y decoramos hasta la piscina con un manto de flores, al más puro look peliculero y siguiendo el consejo de mi abuela, que adoraba que cualquier evento estuviese decorado por miles de flores en cada rincón. Era una de las principales clientas de las floristerías más prestigiosas de Nueva York. Tardamos más de cuatro días en realizar todas las peticiones para el servicio de catering y contratamos a una de las mejores agencias de relaciones públicas para que se encargase de todos los detalles y de coordinar a los más de cien invitados.

Los jardines de la residencia de la familia de Alexa en Los Hamptons eran inmensos, como la mayoría de los de la zona, aunque no tan grandes como los de Villa Mountbatten que hasta contaban con un lago artificial. Se situaban entre la verja que daba la bienvenida y la fachada principal de la casa, que estaba rodeada por numerosa vegetación, plantas de todo tipo aún cuajadas de flores a pesar de haber finalizado mayo y varios árboles cuyos troncos fueron iluminados con farolillos de colores.

Dispusimos una barra al fondo donde se servían las bebidas, montaron otra exclusiva de champán y una tercera de tequilas en bandera, al estilo mexicano: con sangrita y jugo de limón.

También dispusimos varias estaciones de comida: tailandesa —la favorita de Alexa y una de las preferidas de Jack—, mediterránea —mi predilecta—, bocados japoneses y otra de dulces y chocolates pensando en los más golosos. También contratamos a un maestro parrillero argentino para que asase en las brasas todo tipo de carnes y guarniciones.

La piscina se encontraba a mano derecha cubierta por las flores, se colocaron mesas en los laterales para quien quisiese permanecer sentado de vez en cuando alumbradas por muchas velas de diversos tamaños. Un DJ de moda se encargaba de amenizar la fiesta con los temas más animados y actuales. La organización de la fiesta había absorbido todo mi tiempo a lo largo de la última semana.

Jack participó muy activamente en todo el proceso. Me sorprendió gratamente su predisposición y sus ganas de ayudar. Desde el lunes habíamos quedado todas las tardes de esa semana antes de la hora habitual y me acompañó de buena gana para hacer todas las gestiones, compras y llamadas necesarias junto a mis amigas. Incluso colaboró activamente aportando sus ideas. Era la primera vez que lo veía tan comunicativo; e incluso en ciertos momentos, diría que hasta entusiasmado. ¡Y todo se debía a la celebración de mi cumpleaños!

Aquella fue una semana esperanzadora porque le sentía completamente volcado en mí. Sabía la ilusión que mis amigas y yo habíamos puesto en el cumpleaños y procuró que se cumpliesen nuestras expectativas; estuvo tan servicial que ellas decidieron que yo debía darle una oportunidad y que mis comentarios sobre él habían sido duros e injustificados. Me acusaron de crítica, inconformista y demasiado exigente, aunque no tuvo que pasar demasiado tiempo para que ellas rectificasen y me diesen la razón.

Alexa, Jenny y yo decidimos quedarnos la noche de la fiesta a dormir en Los Hamptons. En realidad, llegamos allí el sábado por la mañana para empezar a supervisar al personal encargado de la organización que había comenzado a trabajar a primera hora. Los invitados estaban citados a las ocho de la tarde, cuando se iniciase la caída del sol, pero nosotras ya estábamos impacientes desde la hora del café. Nos empezamos a arreglar sobre las seis, y tras muchas idas y venidas llegó la ansiada hora.

La mayoría de los invitados fueron puntuales y llegaron a la hora en la que estaban citados en la invitación, excepto Jack y sus amigos.

—Esto es cosa de Rick, seguro —le comenté a Alexa—. Le encanta dar la nota y ser el centro de atención. Por supuesto, se siente lo suficientemente especial como para no llegar a la misma hora que los demás. Esperará a que todos estén dentro para que cuando él aparezca, miren, admiren y remiren su cuerpazo modelado por un entrenador personal con el que practica a diario.

—Mira que le tienes una manía... Apenas le conoces.

—Le conozco lo suficiente para haberme dado cuenta que es alguien indeseable. La arrogancia, la soberbia, la vanidad y la chulería son atributos que se perciben a simple vista

—Te puedes equivocar. Tus comentarios sobre Jack no han sido demasiado positivos durante todos estos meses y parece que estabas equivocada. Al menos, en parte —me replicó mi amiga.

—Soy realista y cuento lo que ven mis ojos. La primera interesada en que Jack sea como aparenta ser soy yo, pero eso no es así y por tanto no os voy a mentir.

—¿Ves cómo eres muy exigente?

—No pienso dar mi brazo a torcer tan pronto. Estos últimos cinco días no van a borrar varios meses anteriores.

Estaba tan enfrascada en la conversación que apenas me daba cuenta de que en los jardines ya estaban muchos de los invitados. Cuando advertí su presencia, fui saludando a uno por uno y

cuando finalicé de besar a la mayoría, unos amigos de Grace y Jon me entregaron en su nombre un gigante oso de peluche —con más altura que yo— envuelto en celofán y anudado por un enorme lazo rojo. Mientras acariciaba una y otra vez el mullido osito, se iban sucediendo más saludos y felicitaciones del resto de amigos de una u otra anfitriona, quienes no paraban de llegar y la fiesta comenzaba a tomar ambiente.

Habíamos tenido suerte con el tiempo, porque no llovía y apenas si soplaba una brisa que se agradecía en el ambiente. Los minutos iban pasando y de Jack y sus amigos no había ni rastro, por lo que empezaba a impacientarme e incluso a ponerme nerviosa. Jenny se acercó para interesarse por el retraso.

—¿Se puede saber dónde está Rick? Bueno, y Jack... Ya casi ha llegado todo el mundo.

—Eso me gustaría saber a mí. Se habrán retrasado o no encuentran la residencia, es la primera vez que vienen a la mansión de Alexa.

—Supongo que les habrás indicado el camino correctamente.

—Les he enviado las mismas coordenadas que a los demás y el resto ha llegado sin problemas. Además, supongo que tienen Google Maps. O lo más probable es que les traiga hasta aquí uno de los chóferes de su familia.

El maestro parrillero comenzó a colocar sobre las brasas las chuletas, los solomillos, brisket de Black Angus, salchichas y cerdo ahumados, panceta, costillares, pork belly, así como una gran cantidad de verduras y patatas asadas como guarnición. El agradable aroma que desprende la carne sobre las lumbres impregnó los jardines y me abrió el apetito. Pero yo, en vez de estar pendiente de comprobar la evolución de tan succulentos bocados sobre la parrilla, estaba más preocupada por volver la cabeza una y otra vez hacia el camino de entrada que daba acceso al jardín, esperando impacientemente la llegada de Jack.

Cuanto más pasaban los minutos más se acrecentaba mi nerviosismo. Eran cerca de las nueve y cuarto cuando empezamos a devorar la abundante comida que habían preparado. Estaba deliciosa, pero yo apenas probaba bocado porque tenía un nudo en el estómago que no me permitía comer. A esas horas de la noche ya habían llegado absolutamente todos los invitados excepto el más importante para mí. No había fallado nadie, pero presentía que la única ausencia era la que me iba a provocar un inmenso vacío a pesar de estar rodeada de decenas de amigos y conocidos.

Cuando más angustiada me encontraba pude ver cómo acaba de hacer acto de presencia, con la cabeza erguida y la pose desafiante, Rick Jones. Jamás pensé que pudiese sentir tanto alivio al divisar la figura de alguien a quien despreciaba profundamente. Observé cómo los ojos de Jenny se iluminaban y me regalaba la mejor de sus sonrisas. Tras Rick uno tras otro, el resto de los amigos con los que Jack compartía sus salidas nocturnas.

—Tom, Gerard, Sam...—iba yo enumerando mentalmente.

Y de repente ya no entró nadie más detrás de ellos. Aguanté fijamente la vista hacia esa dirección porque faltaba Jack, era el único que quedaba por llegar. Unos segundos después mis temores se confirmaron. Jack no iba a acudir a mi fiesta de cumpleaños. Fue por un instante, pero creí estallar de rabia y la ira casi hace que mis ojos fuesen asaltados por un reguero de lágrimas.

Aunque me contuve, respiré hondo mientras me convencía de que alguien tan despreciable no merecía amargarme una noche tan alegre; tampoco sería justo que faltase el respeto con mi desolación a todos los que sí habían acudido. Por ellos debía permanecer contenta y amable. Mientras, intentaba mantener mi compostura y conseguir que ni el más mínimo rictus de desagrado modificase la expresión risueña de mi cara, Rick se acercó a felicitarme. Mi

determinación de no nombrar a su hermano fue tan firme como mi decisión de permanecer imperturbable.

—Bonita fiesta, Victoria —dijo mientras acercaba sus pegajosos labios a mis mejillas para besarme—. ¿Conoces a mis amigos? Ven que te los presento.

—No es necesario, Rick ya nos hemos tomado alguna copa juntos en otras ocasiones —le respondí dirigiéndome hacia cada uno de ellos mientras me besaban para felicitarme y yo cortésmente devolvía el saludo.

—Allí al fondo tenéis la barra, os servirán lo que os apetezca. Hay otra especial de champán y una de tequila, por si lo preferís. Sobre las brasas están las bandejas con la carne recién hecha. Os debéis de dar prisa para que no se enfrien, el maestro parrillero las está elaborando al estilo argentino.

—Huele de maravilla.

—Creedme, la carne está deliciosa. También hay estaciones de comida tailandesa, mediterránea y japonesa, así como otra de dulces y chocolates. Comed y bebed cuanto queráis, estáis en vuestra casa. Dentro de un rato me acercaré a vuestro grupo y os presentaré a algunas de mis amigas, porque supongo que aquí no conocéis a mucha gente.

—Impresionante despliegue. Enhorabuena.

—Gracias.

—Victoria, eres una perfecta anfitriona y te agradezco que nos vayas a presentar a tus amigas, porque a simple vista ya he divisado dos o tres invitadas que me han llamado mucho la atención.

«¡Le odio! ¡Qué asco me da! ¡Es repugnante!». Esas palabras retumbaban con intensidad en mi cabeza, pero yo mantenía una agradable sonrisa ante lo que suponía para él era una gracia y para mí un comentario machista y prepotente. En cuanto ellos se dirigieron hacia la barra, Angie, Alexa y Jenny, corrieron hacia mí con la consabida pregunta en los labios.

—¿Dónde está Jack?

—No lo sé.

—¿No te lo ha dicho Rick? —me preguntaba Alexa mientras la absoluta extrañeza de su cara era claramente visible.

—Ni él me lo ha dicho ni, por supuesto, yo se lo he preguntado.

—Vamos a ver, me estás diciendo que Rick y los demás están aquí por Jack, se presentan sin él y no te dan la más mínima explicación sobre su paradero.

—Exactamente. Rick y los otros están aquí porque yo les he invitado, a través de Jack, pero son mis invitados. Si ese cerdo no ha venido porque no le ha dado la gana, no seré yo quien me interese por su ausencia delante de sus amigos. Mostraré una total indiferencia. Ni preguntaré por él ni saldrá de mi boca su nombre ante su hermano y compañía.

—Creo que le ha debido pasar algo —decía Jenny muy convencida—. Lleva varios días volcado con nosotras y esta fiesta. Ha colaborado en todo, nos ha ayudado desinteresadamente y se lo ha pasado en grande con los preparativos. Bromeaba sin parar con nosotras mientras repetía una y otra vez lo bien que nos lo íbamos a pasar esta noche. Le ha debido pasar algo, seguro.

—Bienvenidas al peculiar mundo de Jack. No voy a justificar su ausencia, le conozco mejor que vosotras. Seguramente a última hora le ha dado una de sus paranoias mentales; o le han acechado sus fobias hacia las reuniones de amigos; o, simplemente, no le ha dado la gana venir

sin tener en cuenta el daño que me puede hacer, a mí o a cualquiera. A veces pienso que tras esa aparente débil fachada se esconde un ser inhumano.

—¿Me estás diciendo que ese hombre ha preferido quedarse en su casa sin salir un sábado por la noche antes que acudir a un fiestón en Los Hamptons a la que asisten todos sus amigos y en la que se celebra el cumpleaños de la mujer con le gusta? ¡Anda ya! —Alexa no salía de su asombro.

—Seguramente —dijo con cierta melancolía.

—Pues una cosa te voy a decir, Victoria: al final vas a tener razón y ese Jack debe tener problemas mentales, ¿no?

—¿Entendéis ahora mis reproches hacia su comportamiento y mi falta de seguridad? No es un afán de perfeccionismo o un inconformismo lo que me lleva a dudar de Jack, sino la ambigüedad que desprende y sus sorprendentes reacciones, casi nunca dentro del ámbito de lo que podíamos definir como normalidad. Y que conste que no me gusta poner limitaciones a esa palabra.

—Yo he estado con él estos días y me ha parecido un chico encantador, educado, servicial, buena persona, le debe haber ocurrido algo —afirmaba Jenny, incrédula ante mi convencimiento de que nada le había ocurrido por no asistir, sino que solo se debía a su voluntad el no estar allí aquella noche.

Yo, aun siendo consciente de mi gran pesar, no podía dejar de observar divertida las caras de incompreensión y las muecas de sorpresa que no cesaban en los rostros de mis amigas.

—Me resisto a creer que este chico no haya venido porque no le haya dado la gana —comentaba Alexa con total convencimiento.

—Por una parte, me alegra su espantada para que confiéis más en mí cuando os cuento las cosas. Jack es así.

—En cuanto empiece a hablar con Rick —decía Jenny mientras me miraba con cara de— preséntamelo ya.

—Sí, no te preocupes que ahora mismo vamos para allá —la interrumpí.

—Pues bien, en cuanto me presentes a Rick le preguntaré por su hermano.

—Ni se te ocurra, va a pensar que estoy desesperada porque Jack no está aquí.

—Lo estás —dijo Alexa con tal convicción que no dejaba posibilidad de réplica.

—Sí, pero una cosa es que lo esté y otra es que lo demuestre. Ellos solo van a ver a una chica feliz, bailando y cantando con todos los amigos que han venido a su cumpleaños. Me divertiré como el que más y no pararé de charlar y atender a todo el mundo durante lo que queda de noche.

—Pero, Victoria, se trata de una pregunta de lo más normal y además la hago en mi nombre. Jack ha estado con nosotras varias veces durante esta última semana, es lógico que después de todo lo que ha colaborado me interese por el motivo de su ausencia esta noche, igual que si lo pregunta Alexa, que también ha compartido muchas horas con él en estos días.

—Muy bien, vamos hacia allí a presentarte a ese «príncipe» que te atrae y que te aseguro se convertirá en sapo en menos de cinco minutos.

Al fin Jenny pudo conocer a Rick. Los dejé allí en animada conversación mientras yo me propuse apartar de mi mente tanto como me fuese posible la ausencia de Jack. Pero no podía, me acechaban una y otra vez preguntas de las que no sabía las respuestas y cada nueva pregunta que surgía, acrecentaba mi angustia.

«¿Por qué no ha venido? ¿Dónde estará? ¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Le habré ofendido o

hecho daño involuntariamente para que se haya vengado de esta cruel manera?». Esta vez era peor; hasta aquel día intentaba justificar su extraño modo de ser, ahora me estaba culpando de algo completamente ajeno a mí.

Al cabo de un rato Jenny se acercó para confirmarme lo que yo ya sabía.

—Tenías razón, Victoria. A Jack no le ha ocurrido nada. No ha venido porque no le apetecía, se ha quedado en casa viendo una película. Para mí es incomprensible que alguien prefiera quedarse solo viendo la televisión antes de acudir a una de las fiestas más animada de la temporada en Los Hamptons.

—Eso te pasa porque no lo planteas desde la óptica de un personaje peculiar; lo haces desde tu perspectiva, la de una mujer joven, alegre, con ganas de divertirse. —El tono de mi voz delató cierta tristeza y Jenny se dio cuenta de ello.

—¿Estás bien?

—Pues no. Esta semana había sido una de las mejores entre los dos desde que nos conocemos y había empezado a ilusionarme con la posibilidad de una relación consolidada y no meros encuentros y desencuentros. Pero una vez más estaba equivocada. Con él nunca acertaré.

—Podía haber sido peor si en vez de quedarse en casa hubiese salido por ahí o hubiese quedado con otra.

—Ese no es el problema. Creo que me estoy enganchando a un inestable y a un egoísta, a una persona encerrada en sí misma incapaz de ver más allá de sus narices y de compartir con los demás lo mejor que uno lleva dentro, si es que él lleva algo, que lo dudo seriamente.

—Todavía estás a tiempo de alejarte de él.

—Creo que ya es demasiado tarde —entonces cambié bruscamente el rumbo de la conversación—. Venga, vamos a seguir bailando.

—Tienes razón, no es momento de comerte la cabeza. Vamos a divertirnos hasta que salga el sol.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con Rick?

—Es un imbécil y un vanidoso; también en eso tenías razón. Aunque para un rato podría pasarlo por alto...

—Me gustaría tener tu capacidad para no mezclar el físico con los sentimientos, pero soy incapaz.

—Quizá hoy sea un buen momento para empezar.

—Ufff, créeme, hoy sería el peor día de todos...

Eran cerca de las cinco de la madrugada y nadie se había marchado aún. Los invitados no paraban de bailar, de moverse y de conversar de unos corros a otros. La gente se estaba divirtiendo a lo grande y yo me alegraba de veras, aunque en el fondo solo quería que se marchasen de una vez para quedarme sola y dejar de fingir que estaba siendo una noche maravillosa, cuando en realidad se asemejaba a una mala pesadilla por culpa de Jack. Me acerqué por la barra y vi que prácticamente se habían terminado las provisiones, lo que supuso un alivio.

Efectivamente, en apenas media hora la mayoría de los presentes empezaron a abandonar la mansión, más por agotamiento que por otra cosa, porque la escasez de alcohol a esas horas no parecía importarles demasiado. Los incombustibles permanecieron de pie hasta cerca de las siete de la mañana, para mi desesperación, pero lo peor todavía no había llegado. Mis amigas y yo nos quedábamos allí, por lo que intuía que me esperaba una sesión de confidencias femeninas acompañando al desayuno. Y, efectivamente, tal y como me temía, nada más quedarnos solas comenzó el interrogatorio. Alexa lo inició sin preámbulos ni medias tintas.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Absolutamente nada.

—¿No vas a llamar dentro de un rato a ese impresentable para que te dé una explicación?

—No me gusta pedir explicaciones para no provocar que luego me las puedan pedir a mí.

—También tú tienes algo de culpa en lo que te pasa porque exiges lo mejor de los otros sin poner nada de tu parte, esperas recibir el máximo sin involucrarte lo suficiente y solo das cuando primero has recibido. Dejas en manos de la parte contraria la evolución de tus relaciones.

—Pero yo nunca dejo tirada a la gente.

—Desde luego que no lo haces. Pero eso no es suficiente.

—Lo que hoy ha hecho Jack no tiene excusa; independientemente de asuntos personales o de relaciones de pareja. Es una falta de respeto hacia Victoria. Incluso me atrevería a afirmar que es una falta de cortesía y de educación hacia todas nosotras.

—Alexa tiene razón, pero debe haber un motivo oculto por el cual ese chico parece tener una doble personalidad, de chico encantador un viernes pasa a ser un personaje siniestro el sábado — Jenny continuaba creyendo que la forma de actuar de Jack se debía a algo que desconocíamos no a un simple antojo.

—Si nos ponemos en ese plan es posible que se trate de un enfermo, un bipolar.

—No desvariemos —dije—. No hay nada oscuro detrás de él —«bueno, igual es impotente o un gay incapacitado para salir del armario y por eso no da más de sí con las mujeres en la intimidad»—. Eso pensaba mientras afirmaba en voz alta: es un hombre sano e inteligente que ha crecido en un entorno privilegiado, en el seno de una familia que le ha proporcionado más cosas materiales de lo que la mayoría puede permitirse; su padre es uno de los hombres más influyentes de Wall Street; le han colmado de caprichos desde la infancia, y que yo sepa, ninguna gran desgracia ha acontecido en su vida; únicamente los problemas usuales a los que miles, millones de personas se enfrentan a diario en el mundo. Personas, por cierto, que carecen de sus medios económicos ni a sus infinitas posibilidades.

—Tú eres quien mejor le conoce de todas, nosotras únicamente hemos coincidido con él a lo largo de la última semana, luego debemos hacerte caso. Pero pese a ello, Victoria, no olvides que no existe la verdad absoluta y que es posible que existan cosas que tú no sepas sobre Jack, o simplemente que todas las personas no somos iguales, la mayoría carecemos de la fortaleza innata que te caracteriza. Lo que tú superas sin apenas esfuerzo, otros no lo consiguen ni en años.

—Tiene razón en muchas cosas excepto en una —aclaré—. A mí también me cuesta superar los problemas, pero no los arrastro de por vida ni permito que los contratiempos arruinen mi alegría o mis ganas de disfrutar. Sabéis lo que me dolió la ruptura con Erick, pero no he ido llorando por cada esquina ni pagando sus culpas con los demás. Los que se compadecen de sí mismos, el único sentimiento que me inspiran es lástima. Si Jack pertenece a este grupo, jamás podré ser feliz a su lado porque nunca podré admirarle, cualidad indispensable en la persona a la que entregue mi amor.

—Enfócalo de otra manera en vez de ser tan drástica. Quizá Jack sí pueda hacerte feliz, pero debes darle la oportunidad de hacerlo, prestarle ayuda para superar un problema si es que lo tiene. No es justo pretender estar siempre al lado del más fuerte.

—Tienes razón, Alexa, quizá yo sea un poco egoísta. Pero lo que hoy ha hecho Jack es incomprensible por no decir imperdonable. Sean cual sean los motivos, si es que los hay para actuar de tan inexplicable forma, yo no soy la culpable; por tanto, no debería haberse ausentado de un evento que habíamos preparado juntos con tanto cariño.

Seguimos hablando sobre el tema hasta bien entrada la mañana. Yo estaba muy dolida. Era consciente de haber comenzado a querer a Jack. Aún no le amaba con locura ni era imprescindible para mí, pero notaba como crecía en mi interior un sentimiento hacia él que trascendía del deseo o de la atracción. Pero quizá, si era capaz de hacerme estas faenas, yo no le interesase tanto como él a mí. Y cada estaba más segura de que no era un hombre conveniente para mi futuro.

Cuando estás ilusionado por alguien intentas pasar el mayor tiempo posible a su lado, no prefieres quedarte solo en casa un sábado, hablas a menudo por teléfono, mantienes interminables conversaciones, haces lo posible por aumentar el contacto físico, no te muestras indiferente, casi neutro, al acercarte a tu chica, no pones límites al deseo: ¡te dejas llevar por él!

Decidí darme un tiempo antes de volver a verle. Sabía que tarde o temprano volvería a buscarle, pero debían pasar unas semanas antes de sentirme preparada para ponerme frente a él. Si alguna vez estuve demasiado enganchada a Erick, ahora me daba la sensación de que estaba enredada en una relación tóxica. Y tan dañino era lo uno como lo otro. Sabía que había llegado el momento de tomar decisiones.

Capítulo V

Hay reencuentros que matan

Ocurrió una noche de verano cualquiera, un tiempo después de la fiesta de Los Hamptons. Él me telefoneó como si no hubiese ocurrido nada y al escuchar su voz casi se me cae el iPhone de las manos.

—¿Te apetece cenar esta noche en mi casa? —Su proposición me pilló totalmente desprevenida. Ante mi silencio —fruto de mi perplejidad— él propuso otras posibles alternativas sobre la marcha.

—La verdad es que el sitio me da igual, Victoria. Lo que me apetece es verte. Así que, si se te ocurre algún lugar mejor para quedar o te apetece otro plan, no tienes más que decirlo.

—Tu casa... —repetí con la cabeza a punto de estallarme.

—Sí, nunca has estado. Si embargo, yo he amanecido en la tuya en muchas ocasiones.

—¿Y tus padres? ¿Están de viaje? —Seguía tan asombrada que casi no podía razonar. Me sorprendió su proposición. No era propio de él plantearme una pregunta importante de forma tan directa.

—Así es. No volverán a Nueva York hasta dentro de una semana. Están navegando unos días por islas Caimán y por los Caicos.

—Mañana tengo que madrugar... —mentí, mientras intentaba, sin éxito, poner orden en mi cabeza.

—Si te viene mal, lo dejamos para otro día.

Dejar las cosas para otro día con Jack podía significar para dentro de dos meses o para otro siglo. Incluso para mi próxima reencarnación, así que me arriesgué.

—Está bien. Pero te advierto que en cuanto te lo pida, me tendrás que traer de nuevo a Torre Mountbatten.

—Por supuesto, te llevaré cuando quieras. En una hora te recojo. ¿Te da tiempo?

—Sí, dentro de una hora estaré lista.

Y allí estaba él a la hora acordada. Subí a su deportivo rojo. Con la capota descubierta, el viento golpeando mi cara y el pelo revuelto moviéndose hacia todas las direcciones por la velocidad, me sentía libre. Pero con Jack a mi lado esa sensación de libertad se recortaba al saberme atrapada: era un curioso contraste, libertad exterior y una especie de jaula interior.

Durante los escasos treinta minutos que tardamos en llegar a su casa apenas hablamos. Él se limitaba a sonreírme y yo aprovechaba para cerrar los ojos y respirar hondo. En un descuido me acarició la mano, suavemente, de pasada, pero fue suficiente para que sintiese un leve escalofrío recorriendo la espalda.

La llegada a su casa me impresionó. Estaba acostumbrada a visitar palacios y las residencias de las familias más adineradas de América, pero la mansión que tenía delante era un derroche de

lujo: quedaba claro que los Jones les gustaba la ostentación.

Estaba situada en la exclusiva zona de Alpine, el lugar donde se ubicaban las residencias de las grandes fortunas que prefieren disponer de grandes jardines rodeados de bosques y arboledas, en vez de vivir en las imponentes construcciones verticales del corazón de Manhattan. A Jack no le agradaba semejante despliegue de lujo y no daba importancia al hecho de vivir en semejante construcción, más parecida a un palacio de las mil y una noches que a una residencia familiar.

Las luces apagadas significaban que todo el servicio dormía y que podíamos movernos con relativa tranquilidad por allí. Aparcamos el coche al lado del de Rick —otro deportivo de último modelo—. Jack tomó mi mano y muy juntos, hablando en susurros para no hacer ruido y aprovechando para acercar más y más nuestras caras, me condujo hacia la parte posterior de la residencia.

Los jardines eran tan inmensos que si olvidaba que me encontraba en Alpine, podía suponer que estábamos paseando por Central Park. Subimos por un pequeño sendero hasta situarnos en un recodo en el que admiré un árbol que supuse centenario por su majestuosidad y por el gran tamaño de sus raíces, algunas de las cuales sobresalían del suelo. A mano izquierda, estaba ubicado un banco de mármol blanco de estilo inglés en el que Jack me invitó a sentarme.

Yo tenía miles de preguntas que hacerle, especialmente quería que me explicase su ausencia en la fiesta de mi cumpleaños. Pero el ambiente incitaba al romanticismo y los dos nos contagiábamos de él. Entonces decidí dejar los reproches para más tarde. Jack me besaba mientras acariciándome muy lentamente, recorría cada rincón de mi cuerpo. Debió transcurrir cerca de una hora desde que nos habíamos sentado en el banco y allí permanecemos, perdiendo la noción el tiempo entre mimos. Si ese hombre sabía encandilar, ¿por qué evitaba hacerlo?

No fui consciente del momento en el que nos levantamos, pero el siguiente recuerdo que tengo es la delicadeza con la que él me tumbó sobre el suelo, esponjoso por la cantidad de hierba que lo cubría y húmedo por el efecto del rocío. Elevé mis ojos hacia el cielo y lo descubrí cuajado de estrellas, con una luminosa luna llena que iluminaba todo mi campo de visión, teñido de tonos azabache y plateados.

Después de descalzarme y colocar cuidadosamente mis sandalias bajo el banco de piedra en el que habíamos olvidado el paso de los minutos, deslizó su mano sobre mi hombro bajando al mismo tiempo el tirante de mi vestido, primero un brazo, luego el otro, hasta desnudarme por completo, despacio, recreándose en cada movimiento.

Sabía lo que iba a pasar, había llegado el momento que deseaba desde hacía semanas, el que Jack parecía había evitado. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión? Yo no tenía miedo, ni temblaba, solo disfrutaba del momento. Se demoró en exceso, pero había merecido la pena esperar.

Ni en mis pensamientos más optimistas podía haber imaginado un entorno tan romántico: sobre la hierba, bajo un árbol centenario y a la luz de la luna llena, con cientos de estrellas como testigos. Nos amamos intensamente, mirándonos a los ojos, con las manos entrelazadas. Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío, su respiración entrecortada, sus jadeos interminables, su placer, un placer ajeno que a mí también me llenó de gozo.

La primera vez que me entregué a Erick, las dudas de la inexperiencia impidieron mi plena satisfacción; la primera vez que me entregaba a Jack, las dudas de las circunstancias ensombrecieron un momento que podía haber sido pleno.

No pregunté cómo se sentía, aunque me moría de ganas por saberlo, no le confesé todo lo que me pasaba por mi cabeza porque consideré que no era el momento adecuado para las

recriminaciones; estaba emocionada por sentirle tan cerca, pero no le propuse la conversación que tanto necesitaba simplemente porque no era el momento oportuno, aunque parte de mí anhelaba intentarlo. Pero allí, recostados el uno sobre el otro, observando las luces del alba, olvidé al extraño que era para mí e idealicé lo que pudimos llegar a ser.

Al oeste, presente aún la oscuridad de la noche que iba tornando del negro hacia el azul; y por el este, la claridad, en forma de tonos salmón y anaranjados que anunciaban la salida del sol en forma de cegadora bola de fuego. Demasiada felicidad; breve, pero embriagadora.

Mi experiencia ya me había enseñado acerca de la necesidad de disfrutar cada acontecimiento como si fuese el último, por si realmente lo era. Comprendí que podía llegar a enamorarme de Jack. No iba a ser un amor ciego; conocía sus limitaciones. Y yo era muy consciente de lo problemático de su carácter; pero aquella mañana, deseaba permanecer eternamente a su lado.

Nada dura para siempre, aunque hay instantes que deseáramos alargar indefinidamente. Parar el reloj, olvidarnos de todo y de todos, abandonarnos sin retorno en los brazos de la persona amada. Desconectar de la realidad para regocijarnos en un mundo propio que acabamos de crear. Todo eso era lo que me pedía mi cuerpo, algo tan utópico como habitual en cada corazón.

El mío estaba latiendo al ritmo de la respiración de Jack, o eso creía yo, cercana al éxtasis, en una locura de amor, pasajera, pero tangible. Me hubiese fugado con él a cualquier mundo si me lo hubiese pedido, quizá porque el único atisbo de razón que sobresalía por alguna parte de mi maltrecho sentido común en aquella madrugada de julio, me indicaba que esa unión entre los dos jamás reaparecería. Pero a las seis y media de la mañana, estábamos tan apretujados y concentrados el uno contra el otro, que lo demás no existía.

Por unos breves instantes dejé de lado las consecuencias de caer rendida en los brazos de un ser tan imprevisible como misterioso. Nada cabía en mi cabeza, excepto él. El silencio fue un excelente acompañante mientras duró aquella comunión íntima. Cuando Jack rompió ese silencio, terminó el hechizo. Nunca volvimos a compartir la complicidad que nos envolvió durante unas inolvidables horas que ya forman parte de mis recuerdos.

—Tenemos que marcharnos, el personal de servicio está a punto de levantarse para preparar el desayuno y adecentar los jardines. Lo hacen a primera hora.

Se acabó. ¿Merecían unas pocas horas de satisfacción el sufrimiento de semanas?

—Pero ven, quiero enseñarte algo antes de que nos marchemos.

Bajamos el corto camino en el que se escondía el pequeño escondrijo —lugar que nunca volví a pisar— y antes de dirigirnos hacia el coche, Jack me invitó a subir por unas escaleras que daban acceso a la fachada principal de la casa. Desde ese señorial mirador me recreé con la majestuosa silueta que presentaban las torres y picos de Nueva York al alba y en la lejanía.

Aún se mantenía en calma la intrépida ciudad, reflejando sobre sus tejados los tonos pastel de esas tempranas horas, apoyada en el hombro del hombre que besaba deliciosamente mi nuca, contemplaba una inédita estampa neoyorquina, la de una panorámica de postal a tamaño natural. Era tan perfecta que parecía estar retocada por trucos profesionales para conseguir unos efectos ópticos deslumbrantes.

En realidad, lo que observaban mis pupilas era un simple amanecer, engrandecido por mi estado de euforia, mostrando los mismos contrastes que la naturaleza puede ofrecer cada mañana, pero pocas veces apreciamos.

—Apoyado en esta barandilla he disfrutado de decenas de amaneceres —me confesó—. Pero ninguno he sentido tan hermoso como el de hoy, será porque te tengo entre mis brazos.

Unas horas antes esas palabras las hubiese catalogado como algo cursis, ahora las sentía gloriosas. Aunque hubiese preferido no escucharlas... Lo que fue una experiencia maravillosa mientras duró, se convirtió en la nada unos minutos más tarde. La despedida fue fría, glacial. La culpable esta vez, fui yo. Todavía pesaba su ausencia en mi fiesta de cumpleaños que no había querido sacar a colación durante el transcurso de nuestro reencuentro, de una maravillosa noche de verano.

Por eso quise adelantarme a cualquier comportamiento estrambótico de Jack, a cualquier posible evasiva o rechazo por lo que pudiese venir después. En el coche hice un repaso mental de la situación que se avecinaba. Cuando llegamos a Torre Mountbatten abrí la puerta del coche, me bajé, cerré dando un sonoro portazo y me dirigí hacia las puertas giratorias que daban acceso al lobby dando grandes zancadas.

No dije ni adiós. Ni esa simple palabra de cortesía que ofreces a cualquier desconocido que se cruza en tu camino. No le miré mientras cerraba la puerta del coche ni, por supuesto, volví la cabeza al introducirme en el edificio. A cualquier animalito callejero lo hubiese tratado con más cariño que a él.

¡Dios mío! Es que ni le miré ni a la cara... ¿Y yo era la persona que luego se atrevía a juzgarle por sus extraños comportamientos? Acababa de caer en lo que yo tanto había criticado, pero multiplicado por mil. ¿Cómo me hubiese sentido yo, si después de amarnos, él hubiese dado media vuelta, largándose sin una mirada, sin abrir la boca, sin una palabra de afecto, un simple hasta luego, o un amable cuídate?

Pasé el fin de semana encerrada a cal y canto. Casualmente, esos días una ola de calor azotó toda la Costa Este. Los termómetros subieron hasta los cuarenta grados y la meteorología permitió que excusase mi ausencia en las salidas del fin. La mentira fue creíble, pero el auténtico motivo de mi aislamiento era la necesidad de tener un par de días de soledad para reflexionar sobre todo lo acontecido. Era tal mi estado de ánimo, que ni siquiera retiré las cortinas durante todo el fin de semana. Lo pasé en la oscuridad, en penumbra, sin sentir los rayos de ese sol que tanto necesito, el mismo sol que había visto nacer esa misma mañana en sus brazos.

Tenía la cabeza hecha un lío. Cerraba los ojos rememorando aquella madrugada, cada sensación, cada estremecimiento. Pero la incertidumbre me mantenía en vilo. Para completar el cuadro de caos mental que me bombardeaba, me culpaba una y otra vez por mi «delicada» despedida.

Fueron horas convulsas. No llegaba a ninguna conclusión, no veía salida. Daba vueltas una y otra vez a lo mismo y no encontraba ni un solo argumento favorable a la situación en la que me encontraba inmersa. En realidad, sí existía una, y muy grande. Jack.

Lo que sucediese entre nosotros a partir de ahora dependería de muchas cosas, pero el vínculo se había estrechado hacia una unión definitiva o una ruptura anunciada. No podríamos volver a aparecer y desaparecer uno de la vida del otro a nuestro antojo, no debíamos continuar fomentando la incomunicación como norma, no avanzaríamos hacia ningún lado potenciando la discontinuidad como característica principal de nuestra relación.

¡Qué ingenuo puede llegar un ser humano cuando está enamorado, viendo solo lo que quiere ver, escuchando solo lo que quiere oír, obviando la realidad tanto como le conviene para adaptarla a sus deseos! ¿Cómo podía yo, a esas alturas de mi historia, albergar esperanzas acerca de que aún existiese alguna posibilidad de que lo nuestro funcionase?

Aunque la realidad se encargó de abofetearme sin piedad apenas unos días después.

* * *

Como continuaban las altas temperaturas, aquel viernes mis amigas y yo decidimos tomarnos una copa en una de las terrazas de moda situada junto a las orillas del río Hudson. Yo estaba residiendo de lunes a viernes en nuestra residencia familiar de Los Hamptons; solía hacerlo todos los años durante finales de julio y gran parte de agosto. Pero algunas noches del fin de semana volvía a Manhattan.

Cuando nos acercamos a la terraza elegida, vi en los alrededores el espectacular deportivo rojo de Jack aparcado en doble fila, bajo un árbol. Así que estaba segura de su presencia antes incluso de acceder a la terraza. Era la primera vez que lo iba a ver desde la fabulosa noche que pasamos en su casa de Alpine.

La terraza era muy grande y el espacio consistía en una interminable sucesión de superficies dedicadas a la diversión. Numerosas barras, animación en directo, varias pistas de diferentes ritmos —latinos, caribeños, tecno-pop, reggaetón...— jardines con mesas al aire libre, áreas dedicadas a variados puestos de street food, espectáculos en vivo, y hasta expertos en piercing y tatuajes que trabajaban a demanda, sin olvidar los espacios dedicados a la venta de complementos de última moda.

A mí tanto bullicio, jaleo y semejante concentración de seres humanos me ponían los pelos de punta, pero los argumentos que repetían mis amigas para convencerme de la necesidad de acudir por allí, eran coherentes y hasta comprensibles —que si es verano, que si los establecimientos cerrados no son para la temporada de calor, que así vemos caras diferentes a las usuales, que si ya tendremos bastante Upper East Side en los próximos diez meses, bla, bla, bla.

En cuanto cruzamos el umbral que daba ¡al fin! acceso a los jardines de la terraza el bullicio era la tónica predominante. Jóvenes y no tan jóvenes, iban de un lado para otro, empujando, saltando, a veces incluso corriendo, siempre gritando o al menos riendo, con las copas en la mano, los más valientes empapados tras darse un chapuzón en una piscina iluminada con potentes focos, los enamorados exhibiendo fogosidad ante un público que no reparaba en el cariño de terceros, ocupados como estaban en su propia diversión.

Nos dirigimos hacia la barra más cercana para pedir algo. Algo que, por supuesto no conseguimos a la primera, sino que tuvimos que esperar el turno correspondiente. Eso significaba tener a unas cuantas personas por delante, cada una de las cuales pedía para todo un grupo, en ocasiones formado por más de diez; lo que se tradujo en que los estresados dos únicos camareros de esa concurrida barra —el más atractivo, por cierto, sin camiseta y mostrando un torso espectacular— sirvieron unas cuantas copas antes de reparar en nuestra presencia.

Después de saborear tranquilamente un cuarto de copa, a la par que nos recreábamos con los espectaculares abdominales, acentuados por una sugerente sensualidad y una piel extremadamente bronceada del camarero exhibicionista, comenzamos a movernos por aquí y por allá. Pese al caos reinante y la cantidad de gente que nos rodeaba, dar con Jack fue más fácil de lo que había supuesto.

Estaba tan agobiada por tan caótica escenografía, que fue Alexa quien me dio un codazo que hizo crujir mis costillas. Me señaló con la cabeza unas escaleras frente a la barra en la que nos encontrábamos y lo que vi me revolvió el estómago y renovó de repente una sensación olvidada desde hacía mucho tiempo: los terribles celos.

Allí estaba Jack —guapísimo— sonriendo abiertamente y sentado junto a una morena

desconocida, no muy atractiva, o al menos a mí no me lo parecía. Se trataba de una chica huesuda, con unos brazos esqueléticos, un pecho insignificante, casi infantil, cara angulosa y alargada, un tono de piel demasiado claro que le confería un aspecto de enferma convaleciente e iba vestida con un conjunto poco favorecedor, nada femenino: unas bermudas pasadas de moda en un tono azul que parecía descolorido.

Era la primera vez que observaba a Jack entablando conversación con una mujer que no fuese yo misma, o alguien de mi entorno, y no me gustaba nada lo que veía debido al modo en que se estaba desarrollando la conversación. Él se encontraba pletórico, locuaz, comunicativo, participativo, sin atisbo alguno de su característico hermetismo. Incluso demostraba una actitud abierta y risueña. Una permanente sonrisa en sus labios y la forma tan expresiva de gesticular, me tenían asombrada.

Permanecí unos minutos aturdida porque no daba crédito a lo que veían mis ojos. El impacto era doble. Entre los múltiples obstáculos posibles entre él y yo, jamás incluí a otra mujer. Pero lo que nunca pude imaginar era que tendría que llegar a ser testigo presencial —y no parte implicada— de la mejor actuación social de Jack.

En ese preciso momento daba la impresión de ser un hombre divertido, alegre, sociable, buen conversador, encadenando palabra tras palabra con tanta rapidez como soltura. Debí permanecer inmóvil y petrificada durante un buen rato hasta que otro codazo, esta vez de Jenny, me devolvió a la realidad.

—Pues ahí tienes a tu queridísimo Jack. ¿No le vas a decir nada?

—¿Cómo voy a interrumpir ahora? ¿Le habéis visto? Parece otro. Llevo meses a su lado intentando sonsacarle las palabras y resulta que ahora soy testigo de la más intensa de sus conversaciones. Y con una perfecta desconocida.

—Vamos, Victoria, no te pongas melodramática. Solamente están hablando, será una amiga.

—Noel no tiene amigas.

—Pues será una conocida. O un familiar.

—Él es introvertido, impenetrable me atrevería a asegurar. Es incapaz de mantener una charla coherente con sus allegados ¿cómo os explicáis el derroche de verborrea que estamos presenciando?

—¿Quieres decir que no piensas acercarte a saludarle siquiera?

—Mientras mantenga esa actitud tan extrovertida con esa chica, no.

Jack no se había percatado de mi presencia. ¿Cómo iba a hacerlo si solo tenía ojos para su partenaire? Estaba preparada para casi todo, pero me impactó ser testigo de cómo él era capaz de entregarle a una desconocida algo tan simple, pero que yo no había sido capaz de sonsacarle en casi un año: ¡una conversación distendida!

Me empecé a encontrar mal, muy mal anímicamente, aunque me mantuve serena ante los ojos de todos. Tenía buena capacidad de autocontrol. Hablaba con unos y con otros mostrando una falsa sonrisa. Porque estaba segura de que nadie podía entender lo que me estaba pasando. No era el hecho de que estuviese compartiendo el rato con otra chica lo que me desconcertaba, sino la forma en que lo estaba haciendo, y sobre todo, su actitud positiva y abierta.

Alguien en unos pocos días, unas horas o quizá unos minutos si la acababa de conocer esa misma noche, estaba sacando la mejor parte de Noel, algo que para mí había permanecido oculto. Posiblemente él se encargó premeditadamente de ocultármela, durante mucho tiempo, casi un año.

Y vi la luz. Al fin. Así de sopetón. Porque sí.

—Ya es demasiado tarde. Se acabó —murmuré completamente segura de lo que acababa de decir.

Mis palabras resultaron premonitorias. A los pocos minutos se desencadenaron rápidamente los acontecimientos, pero de forma radicalmente opuesta a como a mí me hubiese gustado. Jack se dio cuenta de que yo me encontraba allí, a escasos tres o cuatro metros de distancia. Nuestras miradas se cruzaron. Percibí odio en sus ojos. Eso me gustó porque era la primera vez que no reflejaban indiferencia, apatía, que su mirada no estaba vacía sino repleta de carga emocional.

Permanecimos unos segundos con la vista fija, clavada el uno en el otro. El mundo se paró. Hubo un intercambio de sensaciones y sentimientos sin cruzar palabra. Al fin Jack me transmitía algo, aunque yo no lograba llegar al fondo, no era capaz de identificar esa expresión dura y severa que penetraba en lo más profundo de mí.

Pero lo que sucedió a continuación me partió el corazón. Fue como si un cuchillo recién afilado cortase de cuajo mis ilusiones. Sentí frío, hielo en las entrañas y una explosión de rabia que salía disparada hacia el infinito, hacia la nada, que en aquel momento creí alcanzar con solo extender mi mano. Algo en mi interior estalló en mil pedazos con la certeza instantánea que no podría volver a recomponerlo.

Él, sin dejar de mirarme de un modo extraño, no exento de una perceptible mezcla de picardía y cólera, pasó su brazo por el hombro de aquella escuálida mujer, la atrajo hacia sí despacio, como a cámara lenta y posó suavemente los labios sobre su boca convirtiendo ese primer contacto en un cálido beso, no apasionado, pero sí cálido. Retiró su cara de aquella mujer tan lentamente como la había acercado y volvió a mirarme, es posible que con una expresión triunfante. No podría asegurarlo porque lo desagradable de la situación me impedía acometer cualquier análisis certero.

Inmediatamente después, repitió cada movimiento, esta vez alargando el beso que esa chica recibía de una forma pasiva. Entretanto, yo no podía mover ni la más insignificante de mis articulaciones debido a la impresión que me estaba causando aquella escena. Sentí asco, náuseas, puede que hasta ganas de vomitar, de gritar, de maldecir, de salir corriendo lejos, muy lejos, hasta que mis piernas aguantasen, de darme cabezazos contra una pared, de pegar certeros puñetazos hasta que mis nudillos sangrasen o su cabeza se desprendiese con violencia de su cuerpo; de saltar desde un avión sin paracaídas y aplastarle con la virulencia provocada de mi caída en picado; de lanzarme con impulso desde el cráter de un volcán hacia el centro de la tierra y provocar una erupción que convirtiese a ese malnacido en simples cenizas.

No hice nada de eso. Con una sangre fría escalofriante y una gran fuerza de voluntad me limité a dar media vuelta para terminar la copa que tenía a medias. Sin más, continué charlando tranquilamente con el grupo que me acompañaba aquella noche de finales de agosto.

JACK

Intentar explicar la naturaleza de Jack a personas que no le hayan conocido es complicado porque es la contradicción hecha hombre.

A veces nuestra mente da forma a los conceptos intangibles; todos hemos visto como la muerte es representada por un esqueleto con amplia túnica negra y tétrica guadaña en mano; el averno se imagina como un lugar de aspecto asfixiante, tonalidad rojiza, rodeado de humo y vapores, calderos repletos de líquido viscoso hirviendo, con fuego, mucho fuego: llamaradas ardiendo en cada rincón mientras desagradables lamentos no dejan de implorar la salvación de sus almas. El cuerpo, la cara, la voz, las formas y maneras de Jack serían la perfecta imagen de la contradicción, y en ocasiones, hasta del desasosiego y la desesperación.

Nació en una familia rebosante de dinero. Sus bisabuelos eran adinerados, sus abuelos ricos, sus padres millonarios y en las generaciones venideras serían multimillonarios debido al talento de su padre para predecir los movimientos de la bolsa y llegar a convertirse en un gurú de Wall Street, en una inteligencia privilegiada para saber invertir con acierto y multiplicar el dinero no solo para sí mismo sino para los que contrataban sus servicios a golpe de talonario y cheques en blanco.

Jack creció en Alpine, en una mansión espectacular rodeado de bosques y jardines, y de todos los lujos posibles. La casa se componía de tres plantas con una inmensa superficie y estaba rodeada de un magnífico porche cubierto de estilo colonial, desde el cual se contemplaban las más bellas vistas de la Gran Manzana desde la distancia. En él se organizaban exclusivas cenas en las noches de primavera y cócteles en las tardes estivales, eventos indispensables entre lo más selecto de la ciudad.

Los jardines eran inalcanzables para la vista, y la variedad de flores, plantas y árboles que lo adornaban le convertían en un lugar delicioso para relajarse. La piscina exterior a la que se accedía mediante una elegante escalera de mármol, estaba rodeada de columnas de estilo clásico. Por supuesto la mansión de los Jones disponía de pista de tenis, piscina cubierta, gimnasio, caseta de invitados, bodega, una carpa para organizar fiestas y un servicio compuesto por un cocinero, tres jóvenes filipinas para atender las labores del hogar, jardinero, chófer, mayordomo y en la infancia de los hermanos —Jack era el mayor de los tres, todos varones, aunque con escasa diferencia de edad entre ellos—, una niñera para cada uno.

No le faltó ningún capricho desde su infancia; los mejores juguetes primero, los más elitistas colegios después, coche de moda para iniciarse en el arte de la conducción y deportivo de lujo al cumplir los veintipocos. Pese a ello, Jack era una persona accesible e incluso le gustaba desplazarse en metro por la ciudad para evitar atascos. El dinero para él era superfluo. Nunca supo valorarlo ni apreciarlo en su justa medida porque era innato a sus ascendientes, estaba ahí, en los bolsillos de su familia desde que llegó al mundo y seguiría allí cuando lo abandonase.

Era un chico muy atractivo: moreno, con unos bonitos, aunque inexpresivos ojos negros, una cara dulce, alto y esbelto. Inteligente, responsable e interesado en su formación. A priori parecía tenerlo todo para ser feliz y disfrutar de la vida, pero las apariencias en este caso distaban enormemente de la realidad, porque Jack era un ser inseguro, acomplexado y atormentado.

Habitamos un mundo de contrastes, donde a menudo la vida se nos muestra injusta con todo tipo de personas y situaciones. Lo que algunos no consiguen en toda una vida de sacrificio, otros lo poseen desde la cuna sin esfuerzo, por el solo hecho de haber nacido. Pese a las facilidades que algunos disfrutan, no son capaces de alcanzar la felicidad. En vez de valorar lo que la vida les ha regalado y que otros contemporáneos suyos no alcanzarán ni en sueños, desprecian tan valioso privilegio y se dedican a vagar por el mundo de las dudas y de la infelicidad.

Otros, sin embargo, con pocos medios y mucha ilusión, consiguen una vida plena y dichosa; disfrutan los instantes, maravillándose con cada pequeño detalle diario: una sobremesa con los seres queridos, un atardecer, el olor a tierra mojada, el primer diente de un hijo, un beso robado, una estrella fugaz, un esperado WhatsApp, el murmullo constante de las olas, el arco iris después de la tormenta, un abrazo, escuchar una melodía que trae recuerdos, despertar cada mañana al lado de la persona amada, el florecer de una rosa, un cielo azul, el sol, un buen libro, los reencuentros, una noche de pasión, un almendro florido, una conversación íntima, cantar y bailar hasta el agotamiento, acariciar un cachorro recién nacido, la sonrisa de un niño, saborear un chocolate caliente, recibir un regalo sorpresa, la brisa del mar...

Sensaciones tan simples como intensas que requieren optimismo para ser percibidas, que están al alcance de todos, pero que para su desgracia particular, algunos son incapaces de apreciar. Jack estaba en una edad en la que ya había vivido lo suficiente como para incorporarse a uno de los dos grupos: el de las personas que deciden gozar y disfrutar de su vida o el de los frustrados crónicos. Él, debido a su posición y oportunidades, debía haberse decantado sin dudar por el primer grupo, pero vagaba en un mundo propio, inaccesible para los demás: estaba siempre tan perdido, tan ausente, tan distante, que era desesperante para las pocas personas que podían acercarse, aunque de lejos a su interior, ver como no se decidía a salir de su cascarón, de su drástico hermetismo.

Su complejo de inferioridad era casi insultante debido a todo lo que poseía y a las oportunidades que la vida le había regalado. ¿Pero es que no se daba cuenta de que tenía al alcance de la mano casi todo lo que la mayoría de las personas desean y muy pocos consiguen? ¿Cómo podía vivir en ese aislamiento estando siempre rodeado de gente? Quizá estaba tan vacío por dentro que ni siquiera era consciente de su manera de desperdiciar la juventud.

La relación con sus hermanos era extravagante. Jack tenía veintisiete años, Rick veintiséis y Tobías veinte. Debido a la escasa diferencia de edad, especialmente entre los dos mayores, compartían amistades, salían juntos los fines de semana, se confiaban sus pequeños secretos y estaban muy pendientes el uno del otro, siempre unidos ante los demás.

Pero mantenían una extraña, insana y hasta obsesiva rivalidad. Si uno se fijaba en una chica, el otro tenía que adelantarse en conquistarla; si uno aprobaba todos los parciales, el otro se dejaba la piel por superar dichas notas en los siguientes exámenes, si Rick era capaz de aguantar jugando al tenis tres horas ininterrumpidamente, Jack tenía que llegar a cuatro o viceversa; así hasta en los más insignificantes detalles.

Cuando uno triunfaba, el otro no se alegraba en absoluto, sino que le hervía la sangre para superar cuanto antes lo conseguido por el otro. Constituía una competitividad enfermiza que crecía con el tiempo. Jack era el favorito de su madre, sentimiento no solo correspondido por él, sino que su comportamiento podía servir de perfecto modelo para psicólogos como un ejemplo real y hasta exagerado del complejo de Edipo. Para él, Marianne era la mujer por excelencia: la más bella, la más tierna, la mejor persona que existía en el mundo. Estaba convencido de que jamás conocería a ninguna mujer que se acercase ni de lejos a las cualidades de su maravillosa

mamá.

Rick se compenetraba perfectamente con su padre, eran compatibles en carácter y forma de ser, pensar y actuar. Estos favoritismos entre padres e hijos, hacían que el interior de Jack albergase una fobia hacia su padre y que Rick se mostrase siempre indiferente ante su madre por la clara predilección que demostraba hacia su hermano mayor. Además, Rick estaba siendo formado por su padre para hacerse con el control del imperio familiar en el futuro, tarea para la que desechó a Jack por no carecer de firmeza y determinación.

A Rick, arrogante, seguro y ambicioso, le consideraba el heredero deseado, el joven capaz de convertirse en el tiburón de las finanzas que Wall Street reclama. Siempre le tenían al tanto de la marcha de cada uno de los negocios y conocía los entresijos de la Bolsa: desde los catorce años había pasado gran parte de sus ratos libres entre los despachos y salas de reuniones de su padre. Los últimos veranos los pasó trabajando junto a él para tener una idea global del funcionamiento de los mercados.

Cuando terminó la carrera se marchó un año al extranjero para perfeccionar el francés y español, y para adquirir los mayores conocimientos posibles sobre mercados internacionales. En la actualidad estaba cursando el más prestigioso MBA del país y el padre tenía programado que a lo largo del siguiente año se incorporase definitivamente a la disciplina diaria de Wall Street.

Mientras el patriarca y el hermano se dedicaban al mundo de los negocios, Jack prefería la tranquilidad del hogar y la compañía de su madre. La realidad era que él tenía un sentimiento de culpabilidad que le traspasaba el alma. Estaba obsesionado porque consideraba que el origen de los problemas de su familia se encontraba en el momento de su nacimiento. Sus padres estaban representando un papel, viviendo una farsa en lo que a su matrimonio se refería. Aunque permanecían juntos más por comodidad que por otra cosa, su amor, si es que alguna vez llegó a existir, se había roto al poco tiempo de iniciar su convivencia.

La razón de su casamiento fue el embarazo de ella; con dieciocho años recién cumplidos y a los pocos meses de conocer a su futuro marido, quedó embarazada de Jack. Las dos familias, pertenecientes ambas a la alta sociedad de antaño y esclavos de una estricta y obsoleta moralidad, determinaron el matrimonio inmediato de los padres de Jack, para preservar la reputación de ella y demostrar la caballería de él.

Louis, su padre, algunos años mayor que Marianne, su madre, había viajado, conocido a otras mujeres, tenía experiencia en la vida. Sin embargo, ella, pasó de la protección paterna a la dependencia de su marido. A los veinte ya era madre de dos hijos, pasó de la adolescencia a las responsabilidades de una vida adulta casi sin darse cuenta.

Se distanciaron a los pocos meses de la boda y nunca se volvieron a encontrar como pareja. Marianne representaba el papel de solícita esposa, aunque tampoco tuvo demasiadas oportunidades de conocer otras alternativas. Había sido educada para lo que la mayoría de las mujeres de otras épocas: para ser una perfecta señora de su casa y buena madre para sus hijos. Pero su marido, Louis, ocupado siempre con el vaivén de Wall Street y entregado a sus viajes de negocios, no renunció jamás a entradas y salidas continuas, ni por supuesto, a múltiples aventuras con otras mujeres, muchas de ellas bajo previo pago.

Debido a su estatus, mantenían una intensa vida social; en este tipo de actos y reuniones, representaban la imagen de un matrimonio modelo. Pero Jack desde niño, observaba la infelicidad de su madre, resignada a un papel impuesto desde su juventud. Cuando conoció el auténtico motivo de la boda de sus padres, se sintió el único culpable de aquel teatro. Si él no hubiese nacido, sus padres podían haber vivido de acuerdo a sus deseos y no según las

obligaciones morales impuestas por sus familias. Y podrían haber encontrado al verdadero amor de su vida por separado.

Esta idea le tenía atormentado desde la adolescencia; él no tenía que haber nacido, no fue deseado, era un accidente, su nacimiento solo había servido para crear dolor y desilusiones. Su madre perdió la oportunidad de conocer a un hombre que la amase de verdad, su padre no pudo escoger a la mujer que le hubiese hecho feliz y sus hermanos tampoco habían tenido la satisfacción de crecer en una familia unida, todo porque Jack había nacido.

Nunca llegó a comprender que él era la consecuencia y no la causa de un descuido de juventud, y se culpaba de las decisiones ajenas que otros tuvieron que tomar ante su llegada a este mundo. Todo ello, unido al carácter introvertido e inseguro de Jack le terminaron por convertir en una persona complicada e inaccesible para los demás.

Para completar su aislamiento afectivo, la primera chica con la que se emparejó —tampoco sentía demasiada atracción física hacia las mujeres, el sexo para él era más obligación que devoción— resultó ser una desequilibrada mental que lo único que buscaba era su dinero y escalar por la vía rápida en el escalafón social de Manhattan. Aunque al poco tiempo de estar juntos Jack se percató que las cosas no funcionaban entre ellos, la idea de herir sentimentalmente a una mujer y hacerla sufrir como su padre a su madre, le hicieron aguantar a su lado durante más de cuatro años.

No podía caer en el mismo comportamiento que él tanto odiaba y criticaba, no sería justo ni ético, por lo que se mantuvo junto a una manipuladora que cada vez que tenía la sospecha de que Jack quería romper con ella se inventaba crisis nerviosas, amenazando incluso con la posibilidad de un suicidio que nunca hubiese sido capaz de llevar a cabo; era simplemente su monstruosa forma de retenerle, de manipular psicológicamente a una persona de voluntad débil, fácilmente impresionable ante el sufrimiento ajeno.

Si Jack dudaba de los efectos del afecto, del cariño y del amor incondicional por su experiencia familiar, esta relación terminó con sus posibilidades de llegar a amar a alguien.

Estudió finanzas por tradición familiar, aunque él detestaba Wall Street y lo que significaba: las grandes corporaciones internacionales, la ingeniería financiera, engordar las grandes fortunas que ya lo son o convivir con el tipo de personajes que pululaban por ese mundo de ambiciones desmedidas, competitividad extrema, egos inflados y dinero a espuestas.

Lo que realmente a Jack hubiese elegido era una existencia monótona, sin ningún tipo de aspiración ni responsabilidad: levantarse diariamente bien entrada la mañana, pasear a los perros, limpiar la piscina, sentarse en la mesa a esperar que el servicio le sirviese la comida, dormir la siesta, acompañar a su madre el mayor tiempo posible y dedicarse a meditar sobre su desgracia de ser humano no deseado, de hombre culpable de desgracias e infelicidad ajenas. Obviamente, según su errada visión de la realidad.

Así iba transcurriendo una vida sin vocación de disfrute, desaprovechada por las dudas, el rencor, la falta de voluntad, la indecisión, la culpabilidad, la apatía, la inseguridad. Su futuro había sido hipotecado y condicionado por sus extraños traumas a un pasado que no era el suyo y del que ya nadie se acordaba, excepto él mismo.

Victoria, muy a su pesar, acabó comprendiendo que un hombre que no se acepta a sí mismo jamás sería capaz de hacer feliz a una mujer.

II PARTE

Bajo el sol de París

Capítulo VI

Soñar con manzanas

¿Por qué París? No existe una razón concreta; podía haber sido Roma, Praga, Viena, Berlín, Nueva York, Bogotá, Ciudad de México, Canberra o cualquier otra. Simplemente me apetecía desconectar, alejarme, desaparecer. Además, no necesitaba compañía; es más, prefería hacer ese viaje en soledad, tranquilizar mis ánimos y cortar radicalmente con la vorágine emocional que me había golpeado en los últimos tiempos. Si hubiese viajado al lado de cualquier persona de mi círculo, las conversaciones hubiesen versado de forma inevitable sobre los temas y protagonistas de siempre. Y eso era algo que quería evitar a toda costa. Necesitaba evadirme de cualquier cosa que pudiese recordarme a Jack. Y quizá también fuese un buen momento para poner en orden mis ideas con respecto a mi futuro.

Yo era muy consciente de hacia dónde se dirigían mis pasos: si había algo de los negocios familiares que me atraía, era sin duda el mundo del vino y toda la actividad relativa a nuestras bodegas. Aunque esas gestiones a mi hermano Jon se le daban de maravilla. Él llevaba de manera prácticamente personal Napa y Jerez. Las bodegas de Borgoña, Burdeos y Toscana las supervisaba mensualmente, aunque había especialistas y directores que se encargaban del día a día, al igual que en las regiones de Chile y de Sudáfrica en las que nos habíamos adentrado más recientemente.

El otro ámbito de actuación que me llamaba la atención vinculado a la familia, eran nuestros mecenazgos y patrocinios culturales. Todo había empezado más de tres décadas atrás con una Casa de la Cultura que inauguró mi madre cerca de Central Park. Desde su nacimiento se convirtió en el punto de encuentro de lectores, editores y escritores noveles.

Cuando volvió con Otto, el hombre que había sido su gran amor de juventud y con quien se reencontró de nuevo veintiocho años más tarde cuando sus respectivos hijos mayores se enamoraron, retomó la actividad cultural en otra sede cercana mucho más grande. Y, por supuesto, con más fuerza, recursos, contactos y conocimientos que cuando era una veinteañera.

En pocos años la nueva Casa de la Cultura Mountbatten se había convertido en todo un referente de las letras en el continente, hasta el punto de que bajo su paraguas se había comenzado a organizar la feria del libro más importante de América, solo superada por la de Guadalajara; aunque esta última se dedicaba íntegramente a la literatura en español. Y la que había impulsado mi familia se centraba más en las obras escritas en inglés, aunque sin descartar otras lenguas y el talento internacional.

Yo estaba segura de que esta escapada me iba a ayudar a tomar decisiones que quizá había demorado más de lo recomendable. No sabía exactamente lo que iba a encontrarme en este viaje a París —nunca había viajado sola y sin más compañía que mi maleta y mis tarjetas de crédito—. Tampoco tenía la certeza de que la experiencia fuese de mi agrado: quizá desde el primer día

estaría maldiciendo mi idea de largarme sin nadie que me acompañase. Podría sentirme desamparada; o peor, aburridísima. Pero merecía la pena intentarlo. Y para que todo resultase más aventurero (o disparatado) no había comprado billete de vuelta.

El plan, a priori, me ilusionaba, ahora quedaba por comprobar el resultado. Tenía muchas ganas de aterrizar en París, pero ya se sabe que basta con tener grandes expectativas hacia algo para que termines por decepcionarte si no resulta ser como habías previsto. Mientras que las cosas espontáneas, las repentinas, las no planeadas, suelen ser las mejores y más sorprendentes.

Los días anteriores a la partida me tomé las cosas con mucha calma. No perdí el tiempo con preparativos innecesarios ni me dediqué a hacer compras de última hora. Tampoco me inquietaba la idea de recalar en un lugar desconocido. Miles de personas lo hacen diariamente y el resultado de sus experiencias suele ser muy enriquecedor, tanto social como culturalmente. Lo único que me agobiaba eran las recomendaciones, especialmente las de mi abuela —«ten cuidado, no intimes con desconocidos; frecuente lugares turísticos y céntricos; no te quedes curioseando hasta horas tardías; no salgas por las noches; evita lugares solitarios o sospechosos; no lleves demasiado dinero encima, los objetos de cierto valor que nunca estén visibles» — aunque comprendía su lógica preocupación.

Mi hermana Tessa —que era mucho más aventurera y desarraigada que yo— me animó a emprender el viaje. Ella llevaba dos años dando la vuelta al mundo para redimir, en parte, una adolescencia y una juventud extravagante y rebelde. Excepto durante una corta temporada, yo había sido siempre más centrada y tranquila que ella. Y a mis padres esta aventura que yo estaba a punto de emprender no les desagradaba del todo, pese a que el hecho de que su hija permaneciese sola en un país extranjero durante un tiempo indefinido, les preocupaba un poquito, como es lógico.

Ojeé algunas guías, pregunté a conocidos que habían visitado la ciudad con anterioridad, pero tampoco presté demasiada atención porque no quería días programados, sino dejarme llevar por la improvisación, el factor sorpresa y, sobre todo, por mis deseos de cada momento.

Si paseaba por algún sitio con encanto, pues me quedaría todo el tiempo que considerase necesario; si saboreaba algún humeante café en una de las terrazas típicas mientras observaba a los transeúntes y me apetecía una segunda taza, pues la pediría. Pero despreocupada por el paso del tiempo porque a continuación tuviese que ir a tal o cual lugar que me hubiese propuesto de antemano. Ya me acompañaban el estrés y ajeteo diario de Manhattan, así que evitaría que esta escapada a París se convirtiese en más de lo mismo.

Como desconocía que era lo que realmente pretendía encontrar allí, decidí que al menos disfrutaría de la ciudad que durante siglos había maravillado a gentes de toda clase y condición, una urbe ascendida a la categoría de la más romántica del mundo, descrita tantas y tantas veces como la más elegante, la más monumental, la considerada por muchos como la más espléndida de Europa. Tenía especial ilusión por navegar a través del Sena al atardecer, cuando el juego de luces del sol ocultándose produce unos efectos deslumbrantes, mientras nace la noche. Era una de las únicas cosas que planeé de antemano, lo demás llegaría por sí solo con el paso de los días.

La noche anterior a la partida no estaba especialmente excitada, ni siquiera tranquila; sinceramente, mi estado se acercaba peligrosamente a la apatía «síntoma de que todavía me encuentro bajo la influencia de mi desagradable experiencia con Jack. ¿Cómo puedo sentirme tan indiferente ante un viaje tan estupendo? ¿Pero estoy tonta o qué me pasa?» —me recriminaba una y otra vez.

Me desperté con la misma sensación de dejadez con la que me había acostado. Recogí el

equipaje mecánicamente, no presté demasiada atención a la ropa que llevaría puesta durante el trayecto y llegué al aeropuerto cuando anunciaban por megafonía el cierre de los mostradores de facturación de mi vuelo, la mitad del cual pasé ausente y la otra mitad adormilada bajo los efectos de un Orfidal. Gracias a Dios, empecé a sentirme mucho mejor desde el mismo momento en que pisé suelo francés. A través de la ventanilla del taxi que me llevó desde el aeropuerto al hotel, reconocí el encanto y la grandiosidad de una impresionante y monumental ciudad ante mis ojos.

Mis abuelos y mis padres habían insistido en que me alojase en los hoteles típicos que solía frecuentar la familia: el Plaza Athénée, el Crillon o el Ritz. Mi padre, William Battenberg, era uno de los mayores magnates inmobiliario de la Costa Este y propietario de numerosos inmuebles —especialmente en Florida—, tenía ascendencia aristocrática europea. Miembro de un linaje centenario, estaba emparentado con el príncipe Felipe de Edimburgo y con la reina Sofía de España. Él me había facilitado una interminable lista de sus contactos en la zona; listado que en un principio yo no tenía intención alguna de utilizar.

Él fue el segundo marido de mi madre; el primero fue el padre de Jon, su gran amigo de la infancia, un hombre que murió joven en un accidente de avión cuando mi hermano era un niño. El matrimonio de mis padres había sido un desastre desde el principio, pero de esa unión nacimos Tessa y yo, las gemelas Battenberg Mountbatten. Lo cierto es que ahora ellos dos se llevaban de maravilla, mucho mejor que cuando estaban casados, y nos reuníamos a menudo para celebrar ocasiones especiales o para comer juntos.

Tampoco hice caso a «mis mayores» acerca de sus consejos sobre el alojamiento. Justamente buscaba lo contrario a replicar lo que hacía habitualmente en Nueva York. Me encantaba el lujo y vivía rodeado de él, pero quería que este viaje en solitario supusiese una experiencia completamente diferente en todos los aspectos. Ya habría tiempo de alojarme en los hoteles de cinco estrellas en sucesivas visitas a la capital de Francia.

El lugar donde me iba a alojar se ubicaba cercano a la Place St.—Germain, uno de los barrios más animados de París —se desarrolló alrededor de una abadía— y que ofrece por el este la imponente presencia de la Torre Eiffel, los Inválidos y el Parlamento, al que se podía acceder cruzando el Sena a través del Pont des Arts, un puente peatonal desde el que se disfrutaban excelentes panorámicas del río y de sus riberas. Cúpulas, puentes, esculturas, bóvedas, artesanales soportales, artísticos balcones, extraordinarias fachadas: todo esto pude descubrir en mi primer contacto con la ciudad.

El hotel tampoco me defraudó. Era justo lo que estaba buscando: bien situado, pequeño, acogedor y con encanto. Escogí el Beaux Monnaies un edificio de dos plantas, con doce únicas habitaciones, regentada familiarmente, pero decorado con buen gusto, una comida casera deliciosa y un servicio tan esmerado que la costumbre consistía en servir el desayuno en la cama a la hora indicada por el cliente.

La fachada tenía influencias de la arquitectura de principios de siglo y nada más traspasar la entrada te envolvía un ambiente romántico, dominado por tonos suaves. Predominaban los colores salmón en todo su abanico cromático, y el ambiente se complementaba con suelos de madera, mobiliario de época, sillones aterciopelados y coloridas flores frescas en todos los rincones.

La habitación que me asignaron, la número dos, muy luminosa y espaciosa, correspondía a la segunda planta, lo que se traducía en un techo abuhardillado; como colofón disponía de un espléndido balcón con barrotes de hierro forjado. No podía ser más diferente a los rascacielos de

hormigón, cristales y aluminio que gobernaban Manhattan.

Tiré instintivamente la maleta sobre la cama, cubierta por una impecable e inmaculada colcha blanca almidonada y me asomé al balcón. Bullicio, animación, risas, alegría, movimiento en St. Germain. Más fachadas, balcones, marquesinas, vistosos toldos y concurridos cafés. Todo eso tenía ante mí de un simple golpe de vista.

—París... ¡¡¡Esto me gusta!!! —grité a pleno pulmón a la vez que sacaba la cabeza y medio cuerpo por el balcón.

Sin perder el tiempo, me di una ducha rápida, me puse ropa y calzado cómodo y con el pelo aún mojado —sentía de manera insistente las gotas que me caían desde las puntas resbalando sobre mis hombros— bajé de dos en dos los escasos escalones que me separaban del lobby.

En mi primer atardecer en París, simplemente, pasearía, admiraría y disfrutaría. Para eso estaba allí. Siempre con la silueta visible de la torre de hierro, símbolo de la ciudad, me dediqué a deambular por la zona anexa al hotel antes de que anocheciera, mi única pretensión de aquellas horas era una primera toma de contacto. Me marcharía pronto a la cama, estaba agotada por el cambio horario y quería reservar mis energías para el día siguiente, el primero que pasaría íntegramente en París. Aunque yo todavía no podía saberlo, aquel inocente paseo iba a ser trascendental para mi futuro.

Decenas de bares, cervecerías, cafés, heladerías y brasseries abarrotaban calles y aceras. Pero no eran el único tipo de establecimientos a los que se iba acercando la gente antes del anochecer. Pude distinguir en mi corto paseo otros tantos de cocina tradicional francesa, restaurantes chinos, tailandeses, iraníes y hasta africanos, consecuencia de la gran cantidad de inmigrantes que a diario recalcan en este hermoso lugar llenos de esperanza e ilusiones por comenzar un futuro esperanzador.

Los pubs que aparecían ante mis ojos tampoco desmerecían en diversidad: ingleses, irlandeses, vanguardistas, clásicos... Cualquiera tendencia servía para atraer la atención de los viandantes. Curioseando, no pude dejar de echar un vistazo a uno que presentaba lo que me pareció una extraña peculiaridad, mostrar el suelo cubierto de lo que parecía arena. Cuando me acerqué lo suficiente, pude advertir que no se trataba de lo que yo había imaginado, sino que lo que ocultaban las baldosas era serrín.

En los días sucesivos llegué a comprobar que es muy típico de los locales en los que se degustan vinos traídos de todos los viñedos franceses. Mi familia era bodeguera y yo debería conocer todas estas costumbres vinculadas al mundo de vino. Me recriminé a mí misma no estar al tanto. Seguro que mi hermano Jon conocía de sobra esta costumbre parisina.

Las terrazas que rodeaban las decenas de plazas se iban abarrotando a medida que se ocultaba más y más el sol, mientras la temperatura comenzaba a descender hasta tornarse agradable, dando tregua por unas horas el calor sofocante que impera en el octavo mes del año.

Desde una esquina, dos jóvenes violinistas —su aspecto y edad me hicieron pensar que rondaban mi edad— se esmeraban con sus instrumentos, esperando como contraprestación unas monedas depositadas en la funda de cuero colocada bajo sus pies. Reproducían una melodía capaz de hacerme olvidar por unos instantes cualquier cosa mientras me recreo con esos acordes maestros: el canon de Pachelbel.

El joven de la izquierda, de constitución menuda, con pantalones cortos y camisa a rayas, absorto en su música, concentrado; el de la derecha moreno, muy guapo, rasgos latinos, hoyuelo en la barbilla, pómulos marcados, miraba amablemente a todo aquel que se paraba a escuchar, mientras sus manos se desplazaban cuidadosamente entre las cuerdas. Durante breves segundos

nuestras miradas se cruzaron, sosteniéndolas ambos fijamente; me sonrojé, agaché la cabeza en un arrebato de timidez y continué calle abajo.

Seguí caminando, observando cada detalle con mucha atención durante al menos una hora, transcurrida la cual regresé al hotel antes de que cerrasen el comedor, puesto que tenía hambre y la reserva incluía las cenas. La sala, no muy grande, disponía de diez mesas, todas redondas, aunque con diferentes tamaños. Al fondo, un tablero rectangular, alargado, provisto de cestas de fruta variada y de tablas de quesos y embutidos, todos ellos presentados de manera apetecible. A esas horas no quedaba nadie cenando, así que tenía todo el comedor a mi disposición.

Me dirigí a una de las mesas más pequeña, recogida en una esquina. Se acercó a atenderme una señora de unos cincuenta años, regordeta y simpática, ataviada con un gracioso mandil bordado. Era la dueña del establecimiento, que chapurreaba algo de inglés debido a la atención continua que dispensaba a turistas provenientes de aquí y de allá, según conseguí entender tras algún intento fallido. Sopa de verdura y lenguado con patatas panaderas, muy ricos los dos platos, preparados al estilo casero, y de postre, una gran porción de tarta de manzana.

Con el estómago satisfecho y los pies doloridos dormí del tirón casi diez horas hasta que un suave toc—toc terminó con mis horas de descanso. Había indicado en recepción que a las nueve en punto me sirviesen el desayuno para partir, a eso de las diez de la mañana, a patearme las calles parisinas.

Una atractiva chica que supuse hija de la señora del mandil por su enorme parecido, abrió la puerta a indicación mía y con un «bon jour» jovial y enérgico colocó cuidadosamente la bandeja con mi desayuno en una pequeña mesita cercana a la ventana, la cual abrió con mucha destreza asomando la cabeza y saludando frenéticamente con la mano a algún conocido que se encontraba en la plaza en aquel momento. Me deseó buen día y se marchó cerrando con cuidado la puerta. Tenía unos veinte años, una larga melena con bucles, algunas pecas salpicando sus mejillas y mucha gracia al caminar.

Me desperecé varias veces antes de saltar de la cama y darme una ducha, sin olvidar mirar por la ventana. Lo que descubrí me disgustó porque el cielo estaba encapotado, con un desalentador color gris, anunciando lo que podía convertirse en una desagradable tormenta de verano, aunque algunos claros dejaban escapar discontinuos rayos de sol.

Desayuné con mucha calma —el café y el croque madame estaban deliciosos— observando cualquier cosa que se moviese a través de la ventana, hasta que finalmente me decidí a salir al balcón con la taza todavía humeante en la mano. La calle, muy animada a pesar de ser temprano, ya invitaba a que te incorporases a su ambiente. No tardé ni diez minutos en hacerlo.

Con leggings, unas sneakers de Chanel regalo de mi padre, camiseta de tirantes y una mochila de Louis Vuitton a la espalda, me dispuse a afrontar tres días que fueron de órdago por la cantidad de lugares que visité y las interminables caminatas que sufrieron mis benditos pies, que terminaron doloridos con unas ampollas molestas y estratégicamente situadas, de manera que notaba su presencia a cada paso que daba.

El primer día no dejé de admirar dos de los símbolos de París. Me dirigí desde el hotel directamente hacia Notre-Dame, enclavada en la Ile de la Cité, la mayor de las islas del Sena, ejemplo clave del gótico, repleta de arbotantes, rosetones, arcos entrecruzados, la aguja central de más de noventa metros. Lo que más me llamó la atención: sus características, inquietantes, pérfidas y monstruosas gárgolas. La mejor panorámica de esta joya pude observarla desde el muelle de Montebello.

Desde allí no resistí la tentación de acercarme a la Torre Eiffel, que a mi entender no es más

que un armonioso amasijo de hierro en comparación con las maravillas que se pueden descubrir en París. Hay dos cosas que me impresionaron de esta visita: las monumentales vistas que se observan desde la cima, en el tercer y último nivel, y la impresión que provoca colocarte en el suelo, justo en el centro de la torre, dirigiendo la mirada hacia arriba, sintiéndote indefenso ante tales bloques simétricos de material y toneladas de metal sobre tu cabeza.

Sin embargo, al llegar la noche y entrar en juego la lograda iluminación es cuando esa construcción férrea se convierte en una delicada y luminosa torre de cristal sobre el cielo de París. Es como una Cenicienta hecha torre.

El segundo día mi locura fue en aumento porque en un arrebato de —quiero fundir mi cuerpo con esta ciudad— que casi se convierte en —he reventado mis piernas entre sus calles— caminé desde el Teatro de la Ópera, uno de los más templos líricos más representativos del mundo, hasta el Arco del Triunfo, de donde nacen doce avenidas radiales que confluyen en equidistancia casi exacta hacia la plaza Hernán de Gaulle. Entre punto y punto, no dejaba de regocijarme con todo aquello que se cruzaba en mi camino, que se traducía, entre otros, en el palacio que alberga el Louvre, su explanada posterior que nos muestra el pequeño Arco del Triunfo, el llamado del Carrusel, la Plaza de la Concordia exhibiendo en el centro el obelisco egipcio procedente del templo de Luxor. Reliquia a la que hacen permanente compañía los impresionantes deportivos y descapotables de lujo del aparcamiento del Hotel Crillon.

Por supuesto, me deleité con los interminables Campos Elíseos, majestuosos, con la silueta del más nombrado arco triunfal del mundo siempre al fondo, sus jardines laterales y las elegantes galerías comerciales ubicadas a lo largo de sus miles de metros de extensión.

Todo esplendoroso para mis ojos, pero nefasto para mis extremidades inferiores que estuvieron a punto de sufrir un justificado colapso. Esa fue la causa que me llevó a estar en cama hasta bien entrada la mañana del tercer día, dedicando las horas centrales a comer sentada durante más de dos horas, disfrutando de un café vienés repleto de nata que removía con gusto en una concurrida terraza.

Por la tarde visité únicamente Les Invalides, un imponente edificio cuya fachada alcanza casi doscientos metros a la larga que fue construido para el reposo de los veteranos de guerra. La iglesia, con un techo dorado visible desde distantes puntos de la ciudad, cobija los restos de Napoleón, enterrado como el de un faraón, en seis ataúdes, en el interior de una espectacular tumba de pórfito rojo, ubicada en el centro de una cripta circular.

Me impresionaron gratamente los cañones de bronce que aparecen en cada rincón, y uno en especial, del que conseguí una magnífica fotografía al contraluz en el que se ve en primer plano la implacable pieza de artillería, y tras el arco de la ventana por la que asoma el morro hueco del cañón, la cúpula dorada de la iglesia del Dome. Tras echar un vistazo a la célebre escultura de Rodin, comprendí que ya era la hora de retirarme si no quería pulverizar definitivamente mis maltrechos pies.

Aproveché que tenía que bajar a cenar al comedor para salir de nuevo a la calle; esta vez para comprar tiritas en alguna farmacia próxima para evitar que las rozaduras de mis talones fuesen a más. Llevaba pocos metros de trayecto cuando me asaltó una agradable melodía de violines. Recordé a los dos jóvenes cuya interpretación del canon de Pachelbel me había sorprendido, y la curiosidad hizo que siguiese a esa música hasta tener de frente a sus causantes.

Allí estaban el chico menudo, esta vez con vaqueros y camisa blanca, con el pelo despeinado y expresión risueña, y el guapo morenazo de pómulos marcados con una camiseta azul que mostraba a una exuberante chica de cómic, unos pantalones anchos y una demoledora sonrisa

adornando su cara. Me paré en seco y permanecí por unos minutos en el corro que se formaba a su alrededor, embelesada por los acordes y por el insinuante hoyuelo de la barbilla del guaperas, hasta que las directas miradas que intercambiábamos ambos, me ruborizaron de nuevo y decidí proseguir mi camino en busca de la farmacia más cercana.

Esa noche dormí del tirón y soñé con manzanas.

Capítulo VII

La frutería de Pier

Llevaba varios días comiendo de manera poco saludable, atiborrada de hamburguesas, bocadillos, salchichas, patatas fritas, pizzas y bollería parisina: así que mi estómago revuelto pedía una tregua. En una de las ocasiones que paseaba al anochecer por los alrededores de St. Germain, me había llamado la atención una pequeña frutería que exponía en la calle su mercancía: frutas tradicionales, manjares exóticos y verduras de la huerta con una presentación cuidada, a pesar de tratarse de un establecimiento de barrio.

Se mostraban las alcachofas, los tomates, las lechugas, las coliflores, las escarolas, los calabacines y hasta las sandías, en cestas de mimbre, perfectamente ordenadas, dibujando figuritas, mezclados con las papayas o las guayabas. Influenciada por el sueño de la noche anterior, me vino a la cabeza el cesto de rojas manzanas de piel brillante de la pequeña tienda del toldo a franjas amarillas y encaminé mis pasos hacia allí dispuesta a comprar una bolsa repleta de fruta fresca. Tan ensimismada estaba con la visión de naranjas, melocotones y demás delicias, que no era consciente de nada que no tuviese que ver con el festín sano de vitaminas que iba a degustar en breve.

El problema llegó a la hora de pagar ya que la comunicación entre aquel amable anciano recostado en una silla de mimbre tras el mostrador y yo, era nula, a pesar de nuestra mutua predisposición hacia un entendimiento. A mi pregunta de cuánto le debía en inglés, con signos e incluso utilizando la mímica, él me respondía con otra pregunta en francés que resultaba incomprensible para mí. A mi espalda escuché una voz extranjera, pero que pronunciaba con buen acento el idioma de Shakespeare.

—Te está preguntando si deseas una bolsa de papel para llevarlo con más comodidad.

Al girar la cabeza para comprobar la identidad de mi amable traductor, me encontré con una agradable sorpresa. Allí estaba el guapo chico del violín, con una gorra haciendo sombra a sus expresivos ojos, una llamativa camiseta roja con chillones dibujos, amplias bermudas —era evidente que le gustaba la ropa ancha— y deportivas en sus pies.

—Te conozco —dijo inmediatamente sin darme tiempo para reaccionar—. Te he visto pasear estos días por los alrededores y a veces te paraste a escucharnos. Eres sensible a la música.

—Sí, yo también te reconozco; eres el chico que toca de maravilla el canon de Pachelbel.

—Y tengo un nombre. Soy Hernán.

—Yo Victoria.

—Me gusta tu nombre.

«Y a mí me gustas tú» —fue lo que pensé, pero él continuó hablando sin darme tiempo para pronunciar algo amable ante su halago.

—Al escuchar el batiburrillo de palabras que estabas intentando transmitir al pobre Pier, me he dado cuenta de que estabas en apuros y que no hablas ni una palabra de francés. ¿De dónde eres exactamente?

—De Nueva York.

—¿Y tú?

—De Madrid.

—Tengo ganas de regresar a España. Me encanta tu país.

—Hay pocos países tan bonitos y diversos en el mundo como el mío, sin duda. Y tú, ¿qué haces en París? Turismo, estudios...

—Estoy pasando aquí unos días de vacaciones.

—No vas acompañada en tus paseos nocturnos.

—Es que he venido sola.

—Me gustan las chicas con iniciativa y espíritu aventurero.

Hernán no se cortaba. En menos de cinco frases de conversación en común ya me había hecho partícipe de dos cosas más que le gustaban. La sinceridad es una de las virtudes que más aprecio en las personas y así se lo hice saber.

—Creo que hemos empezado con buen pie. Te invito a un café si no tienes nada mejor que hacer.

—Bueno, realmente, sí tengo muchas cosas que hacer; por ejemplo, continuar conociendo esta maravillosa ciudad que me está fascinando a cada paso nuevo que doy, pero estaré encantada de que me invites a ese café.

—Se me ocurre otra idea mejor, si a ti te parece bien. Te acompañaré hoy en las visitas que tengas programadas por París; de paso te puedo servir de guía, conozco muy bien estas calles y te puedo mostrar rincones especiales, con encanto, de esos que no aparecen en los típicos folletos turísticos.

La idea de Hernán me entusiasmó. Tenía la certeza de que ese chico debía ser interesante. Además, hasta la fecha no conocía a nadie que tocara el violín por las esquinas para sacarse unas monedas; y no debía hacerlo por necesidad, porque su gorra, su reloj e incluso sus bermudas eran de marca y de las más caras; seguro que podía aportarme una visión diferente a la que me rodeaba en el Upper East Side. Y, ciertamente, no podía negar que su inmenso atractivo ponía las cosas más fáciles. Al añadido de un rostro agraciado, se intuía una espalda ancha y unos brazos musculosos bajo la camiseta.

«Este chico es muy guapo; uff, quizá demasiado» —me repetía con mayor convicción a cada nueva revisión que le echaba de arriba a abajo, cada vez con más frecuencia y menos disimulo.

—Mi amigo Antonio y yo nos alojamos en un pequeño hostel que está en la calle paralela. Me gustaría pasarme por allí a dejar las bolsas de mi compra, y de paso, invitarle a venir con nosotros. Te caerá bien, es un chico muy simpático.

—¿Es el que toca el violín contigo?

—El mismo.

Hernán, en un gesto de caballerosidad, me pidió permiso para llevarme la bolsa llena de manzanas. Al inclinarse para recoger la fruta, el brusco movimiento subió unos pocos centímetros la manga de la camiseta, dejando al descubierto un tatuaje en su brazo derecho. Era una especie de dragón o animal mitológico muy bien trazado, de vivos colores, retocado con

tinta negra en todos los bordes y del tamaño aproximado de una caja de cerillas.

Caminamos unos cien metros en silencio hasta alcanzar un gran portón que daba acceso a un pequeño patio con un pozo en el centro.

—Este es el hostel donde nos alojamos. Las habitaciones son muy sencillas, pero es acogedor, limpio, bien situado y barato. Sube, Antonio estará despierto.

—Prefiero esperarte aquí en el patio.

Había que ser precavida. Acababa de conocer a ese chico y no era prudente subir a su habitación a los diez minutos. Por muy bien que tocase el violín o muy educado que pareciese, nada sabía acerca de él. Era más seguro mantener las distancias. De momento...

—Como prefieras; subiré yo solo. ¿Quieres que deje tus compras de fruta arriba?

—Sí, como vamos a estar todo el día caminando será mejor ir cómodos. La recogeré cuando volvamos, mi hotel está muy cerca. Pero espera, voy a coger una pieza, llevo dos días encaprichada con el sabor de las manzanas.

Después de elegir una al azar de la bolsa, me apoyé en una pared aprovechando los rayos de sol del mediodía; desde aquel primer día de nubes grises la meteorología estaba siendo benévola conmigo. Saqué un pañuelo de papel, limpié concienzudamente la manzana y en cuatro o cinco bocados acabé con ella, el tiempo justo para ver aparecer a Hernán acompañado de un chico menudo, cuyo aspecto ya me resultaba familiar. Vino directo hacia mí, me plantó dos sonoros besos y se presentó.

—Hola, soy Antonio.

—Encantada, yo soy Victoria.

—Me gustaría acompañarte a conocer París, pero hoy no me encuentro demasiado bien, estoy un poco acatarrado y prefiero pasar un día tranquilo para no empeorar. He bajado a saludarte porque me ha dicho Hernán que había conocido a la chica de las trenzas —el día que quedé ensimismada por las notas del canon iba así peinada—. Es que ya te habíamos echado el ojo, te gusta pararte a escucharnos.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —le sugerí—. Por pasear no aumentará tu resfriado.

Me había caído muy Antonio, era delgaducho y desgarrado, pero tenía mucha gracia y su carácter parecía simpático y extrovertido.

—Lo siento más que tú, seguro, pero hoy no es un buen día. ¿Cuánto tiempo te queda en París?

—Todavía no tengo billete de vuelta.

—Eso suena fenomenal. Entonces tendrás tiempo de hartarte de mí, si Hernán no mete la pata antes. Es un buen chico, ya lo verás, pero cuidado con él. Tiene mucho éxito con las mujeres...

—Buenoooooooo, creo que entonces no tendremos problemas. Mi única idea al venir a París es perderme entre los encantos de la ciudad. Sin más.

—Pues entonces que os divirtáis y espero volver a verte, Victoria.

—Seguro que sí, mi hotel está muy cerca de aquí. ¡Coincidiremos!

Tras despedirnos tres o cuatro veces más, porque Antonio era muy hablador, Hernán y yo empezamos a caminar sin rumbo fijo. Tenía un perfil perfecto, con una nariz y una barbilla que parecían cinceladas por las manos del mismísimo Bernini. Hacía tiempo que no conocía a un chico tan guapo, ni siquiera de esos que te cruzas por la calle, vuelves la cabeza instintivamente y te quedas paralizada del asombro. Aunque yo tenía la sensación que ese chico tenía más cosas que aportar que un físico espectacular.

—¿Dónde vamos? —pregunté intrigada.

—¿Qué has conocido hasta ahora de París?

—Los lugares más típicos y turísticos, el París monumental y grandioso para que te hagas una idea.

—Era lo que imaginaba. ¿Te apetece conocer algún lugar en concreto o me das carta blanca?

—¿Cuántas veces has estado aquí?

—Este es mi tercer verano.

—Pues creo que en ese caso no tendré nada que objetar a cualquier sitio que me lleves.

—Mi elección es quedarnos por los alrededores y mostrarte lo mejor del Barrio Latino. Callejear, caminar y dejarte influenciar por el ambiente bohemio que se respira entre estas callejuelas ¿qué te parece? ¿Algo que añadir?

—Nada; al contrario, creo que es una excelente idea. Estos días, a pesar de haber caminado en exceso, también he pasado muchas horas bajo tierra, recorriendo largas distancias en metro.

—París hay que recorrerlo a pie.

—Estoy de acuerdo. Además, he comenzado conociendo las zonas más alejadas, pero estamos en uno de los barrios con más encanto del mundo. ¡Ayúdame a descubrirlo!

—Desde luego que la mejor forma de explorar esta ciudad, es caminar, observar, pararse, recrearse, volver a mirar lo que ya has visto, pero desde otra perspectiva, admirar cada ángulo, cada visión, cada sombra. La primera vez que vine quedé maravillado, pero la grandiosidad de París hace posible que conforme más la conoces, más te enamores. Me sigue sorprendiendo que cada lugar que he conocido, me parece mejor la segunda vez que lo visito.

—¿Te gusta el arte? —Obviamente era una pregunta retórica formulada hacia quien vive de la música y habla con esa expresividad al referirse a unas calles, a unas piedras, a unas esquinas.

—¡Mucho! Y en cualquiera de sus manifestaciones: la arquitectura, la escultura, la pintura, la literatura, y desde luego la música.

—Entonces París es una ciudad ideal para ti. Quizá por eso repites...

—Sin duda. Pero la peculiaridad de este lugar también reside en la mezcla exótica que proporcionan las gentes llegadas de todo el mundo; en lo cosmopolita de sus diferentes distritos; en el contraste del lujo más chic de algunas zonas con las estrechas calles y las construcciones aún medievales de otras; en las contradicciones artísticas como la edificación del Louvre encabezada por la pirámide de cristal; en la intensa vida nocturna de este barrio que pisamos, en los espectáculos musicales que incluyen desde conciertos de jazz hasta los más clásicos...

—¡Vaya! Es obvio que te apasiona la ciudad que pisamos.

—Podría seguir contándote cientos de cosas que he ido descubriendo a cada paso, en cada instante. Hoy te vas a empapar del Barrio Latino y te enamorarás de él para siempre.

Lo decía con entusiasmo y me gustaba que así fuese, él se creía lo que estaba contando.

—¿Por qué se llama así? —me aventuré a preguntar aún a riesgo de poner a mi improvisado guía en un aprieto.

—En el año 1215 tuvo lugar la fundación de la primera Universidad de Francia, aquí en París, agrupando a los diversos estudiosos que se reunían por los alrededores desde el siglo anterior. El nombre original es Quartier Latin y es debido a que hasta bien entrado el siglo dieciocho, la lengua oficial de estudio era el latín, forma de hablar que utilizaban también aquellos universitarios en sus tareas cotidianas.

—¿Y tú cómo sabes tanto? ¿Lo has aprendido leyendo, estudiando o callejando por aquí?

—¿Tengo pinta de ratón de biblioteca?

—Sinceramente, no.

—Los tres veranos que he pasado aquí no los he utilizado únicamente para disfrutar o interpretar música; intento involucrarme en todo lo que hago. Eso incluye conocer la cultura y la mentalidad de las personas que habitan los lugares donde paso una temporada.

—¿Hablas francés?

—Nunca lo estudié, pero mis estancias en Francia me han servido para conseguir comunicarme en esa lengua. Desconozco la escritura o la gramática, pero entiendo bien a la gente cuando me habla y yo me hago entender.

—¿A qué te dedicas?

—Soy estudiante de música, finalizo este año el último curso del conservatorio. Aunque me considero un proyecto de artista. O un artista en proyecto...

—¿Y eso?

—También dibujo viñetas, caricaturas, cómics... En mis ratos libres me gusta escribir, espero poder publicar algún día. Pero por encima de todo, amo la música.

—¿Tocas en la calle a menudo?

—¿Tienes la grabadora escondida en la mochila?

—¿Cómo dices? —su extraña pregunta me había descolocado.

—¡Esto parece una entrevista, me estás bombardeando a preguntas!

—¡Oh, disculpa! Tienes razón, quizá te ha molestado mi excesiva curiosidad. —Me avergoncé un poco por mi descaro. Hernán me tranquilizó inmediatamente.

—No te preocupes, era un simple comentario. Me gusta la gente directa, natural, sin dobleces. Si te apetece saber algo, lo preguntas, sin más —con una sonrisa que encandilaba se dispuso a satisfacer mi curiosidad—. Tocar en la calle es una excelente forma de conocer mundo.

—¿De verdad?

—Sí. Estos tres últimos veranos me he pagado las estancias por Europa con el dinero conseguido a través de nuestras serenatas callejeras, y encima, hemos regresado a España con unos euros extra.

—¿Y qué haces el resto del año?

—Durante el invierno, también me gusta tocar al aire libre, por vocación. Es una manera de compartir mi música, de sentirme escuchado, ya que aún no tengo un auditorio a mi disposición. Es muy gratificante contemplar cómo la gente se siente identificada con lo que está escuchando.

—¿Y eso cómo llegas a apreciarlo?

—A veces, se dejan llevar por lo que oyen; incluso sus rostros expresan ciertas emociones, como la que tú no disimulaste la otra noche. Eso no tiene precio. Y ahora llega mi turno, tú ¿a qué te dedicas?

—Creo que no te va a entusiasmar. De momento, a nada.

—Eso suena fatal.

—Lo sé.

—Pero, entonces ¿de qué vives? No tienes pinta de indigente, precisamente.

—¿Queda fatal decir que de la fortuna familiar?

—La verdad es que sí. ¿Eres una niña rica?

—Me temo que sí...

—¿Muy muy rica?

—¿Qué tal si dejamos ese tema aparcado hasta que nos conozcamos mejor?

Hernán sonrió. Captó la indirecta y a continuación, formuló una invitación.

—De acuerdo. Nada de mentar a esas niñas ricas que viven de la fortuna familiar. ¿Qué tal

ese café prometido?

Habíamos deambulado por las callejuelas de la zona sin prestar demasiada atención al panorama porque estábamos muy centrados en nuestra conversación.

—¿Prefieres un local famoso como el Aux Deux Magots, conocido porque entre su clientela se encuentran celebridades como Hemingway, o uno desconocido para la gran mayoría, pero muy apreciado por mí?

—Sin dudarle me quedo con la segunda opción.

Caminamos unos pocos metros más, hasta doblar una esquina y adentrarnos en un estrecho callejón de pequeñas y edificaciones antiguas, al fondo del cual se apreciaban unas mesas bajo un toldo con solera, macetas floridas colgadas en la pared y mobiliario de madera antiquísima. Como la temperatura era agradable, nos quedamos en la terraza.

Antes de acomodarnos, Hernán me invitó a echar un vistazo al interior. Era un local de dimensiones reducidas, muy recogido, pero coqueto. Estaba decorado con antigüedades y en vez de las típicas mesas y sillas, cómodos sofás aterciopelados servían de asiento a los clientes. Las tazas y platos que se usaban para servir los cafés se guardaban en vitrinas de antaño, que se abrían y cerraban cada vez que alguien pedía una infusión y las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de volúmenes antiguos, de los de coleccionista, que estaban a disposición de los clientes mientras degustaban una taza de café elaborada al estilo antiguo, en puchero.

Hernán me explicó que le gustaba pasar allí varias horas para ojear aquellos libros, observar detenidamente cada ilustración y acariciar las tapas de piel desgastada, mientras sucesivas tazas de café iban cayendo una tras otra en su estómago.

—Este sitio es visitado permanentemente por intelectuales, filósofos, escritores y actores.

—Desde luego su aspecto así lo demuestra. Es precioso. Tiene alma. En Nueva York es complicado encontrar establecimientos con tanta historia y personalidad.

—En general es lo que caracteriza a la zona de St. Germain des Prés. Se respira cultura en el ambiente, aunque supongo que tanto silencio, sin música de fondo, con todos absortos en la lectura o en sus propios pensamientos, puede llegar a aburrir a alguien que viene a conocer la parte lúdica de París, alguien que prefiere el ocio y la diversión para sus vacaciones.

—Si lo dices por mí no es el caso. Me gustan la variedad y los contrastes. La mejor forma de conocer las cosas es llegar hasta el fondo y no conformarse con tantear únicamente la superficie. Me gusta el bullicio y la fiesta, pero también encuentro interesante otro tipo de ambientes. Este café es realmente encantador.

—¿Por qué has venido sola a París? ¿Huida? ¿Aventura? ¿Desafío? ¿Escapar de tu zona de confort?

—Veo que te has tomado al pie de la letra lo de la entrevista y ahora es tu turno...

—No tienes por qué contestar si no quieres.

—No hay nada que ocultar. Simplemente me apetecía desconectar de todo y pasar unos días alejada de la rutina y del entorno habitual. Dejar atrás lo que me rodea en mi cotidianidad y disfrutar de mí misma. Quizá hacer planes de futuro...

Obviamente omití un pequeño detalle de nombre Jack, si bien es cierto que el resto de mis palabras eran sinceras. Ambos reímos y charlamos en aquella terraza durante un buen rato. Debí transcurrir más de una hora hasta que nos levantamos, prometiéndonos mutuamente que volveríamos por allí alguna otra tarde antes de mi regreso a Nueva York, cuya fecha desconocía.

Comimos en un pequeño restaurante sin entretenernos demasiado, ya que Hernán me aseguraba que le quedaban muchas cosas por enseñarme. Seguimos el recorrido a través de las

estrechas calles, a paso lento, porque en cada librería, en cada terraza, en cada fachada, en cada comercio, él señalaba algo con el dedo y yo observaba atenta, admirada, impresionada.

Nuestra siguiente parada fue en la Sorbona, la universidad francesa más reconocida. El centro de estudios tenía sus puertas abiertas y una vez dentro, descubrimos cierto movimiento de alumnos y profesores. No me extrañó. Finalizaba agosto y los exámenes de septiembre, estaban a la vuelta de la esquina.

Hernán me guio de la mano, a grandes zancadas, a través de un largo pasillo que desembocaba en un aula semicircular, con los pupitres en diferentes niveles hasta alcanzar el nivel de un antiguo suelo de madera. Un enorme encerado presidía el epicentro del aula y amplias cristalerías dotaban a la estancia de gran luminosidad.

—¿A que es preciosa? Es una de mis estancias favoritas.

—¿Conoces otras?

—Sí, la verdad es que he merodeado mucho por aquí y me he colado en cualquier compartimento que tuviese la puerta abierta. En esta época la universidad comienza a estar concurrida, matrículas, gente estudiando en la biblioteca, consultas a los catedráticos... En mis incursiones tras estos muros he conocido a numerosos estudiantes no solo franceses, sino de muchas otras partes del mundo.

Fue inevitable. En algún momento debía reaparecer la figura de Jack. Y fue precisamente al traspasar las puertas de la Sorbona, invadir sus aulas, hablar de exámenes, alumnos y profesores, lo que trajo a Jack —y a su posgrado en Columbia— irremediablemente a mi memoria. Desde mi llegada a París apenas si había reparado en él. La expectación, la novedad y mi hiperactividad habían prevalecido más que cualquier otra cosa.

No quería parecer triste delante de Hernán, quien amablemente se había ofrecido a acompañarme por todos los itinerarios que conocía, pero me desanimé al recordar al alma en pena que me había agenciado como simulacro de pareja. Sabía que jamás volvería a relacionarme con Jack (ni lo merecía ni me apetecía), pero justo en ese momento sentí un ataque de añoranza: pensé que me gustaría que él estuviese en París, conmigo, a mi lado, disfrutando de su compañía, descubriendo juntos cada detalle de la ciudad que pisaba.

En la Gran Manzana, París, Hong Kong o en la Luna, los sentimientos que albergaban las personas se mantenían intactos. Por mucha tierra que se ponga de por medio, lo que llevabas dentro, en cada uno permanecía. La distancia no es el olvido cuando hablamos de sensaciones profundas, arraigadas en el fondo del alma. Era consciente de que aquellos sinsabores provocados por Jack se habían quedado al otro lado del Atlántico, pero no conseguiría borrar en solo unos días todo lo que había ocurrido. Afortunadamente el ataque de melancolía fue efímero y la voz de Hernán me sacó de mi ensimismamiento. Chasqueó sus dedos delante de mis ojos y comentó.

—Hey, Victoria, parece que te has ido a otro lugar.

—La universidad me trae a la memoria momentos felices, todavía recientes.

No era esa la razón de mi repentina paralización, pero tampoco le estaba mintiendo. Esas mesas, esos pasillos, los estudiantes, las mochilas, los apuntes en la mano, la gente sentada en el suelo compartiendo impresiones, los tabloncillos de anuncios, los bedeles y cada uno de los objetos que nos rodeaban entre aquellas paredes de piedra, también traían recuerdos demasiado cercanos.

—Pues la expresión que mostraba tu cara no era exactamente de felicidad.

Hernán parecía un chico intuitivo. Aun así, no me apetecía en aquel momento hacerle un croquis de las diferentes etapas por las que había atravesado mi corazón en los últimos tiempos.

—Echaba de menos a ciertas personas con las que compartí momentos preciosos. Pisar un campus trae recuerdos a mi cabeza. Pero, ¿qué tal si volvemos a esas calles que me quedan por descubrir de la mano de un genial cicerone?

Él era listo. Captó que no quería continuar con esa conversación. Sin hacer una sola pregunta, cogió mi mano —gesto espontáneo—, conduciéndome hasta la salida. Nuestros ojos se habían acostumbrado a la tenue luz que reinaba tras los muros de la Sorbona y nos deslumbró un sol cegador, que en aquellas horas del día lucía en todo su esplendor.

—No era mi intención ponerte nostálgica.

—Muy al contrario, este tour parisino está resultando mucho mejor de lo esperado.

—¡Me alegro! Vamos, ven, cerca de aquí se encuentra un lugar con bonitos jardines que te reanimarán en cuanto los pises.

* * *

Volvimos a pasear entre estrechas y concurridas calles, con sus pequeños restaurantes de todas las nacionalidades, el olor penetrante a especias, a guiso, a comida recién hecha, las cervecerías, las tiendas de antigüedades, las terrazas que adornaban cada esquina. La temperatura era mucho más elevada que los días precedentes y el cuerpo de Hernán lo notaba. Algunas gotitas de sudor comenzaban a resbalarle desde su frente. Así que al llegar a una pequeña plaza, presidida por una fuente de piedra con esculturas de animales marinos cuyas bocas escupían numerosos chorros de agua fresca, él sin pensárselo dos veces, aligeró su paso y se dirigió directo hacia allí.

En un rápido movimiento, se deshizo de su camiseta dejando al descubierto un torso de impacto. Abdominales perfectamente marcados —pura fibra—, cintura de avispa, brazos fuertes y anchos hombros. Los pantalones azul marino, de talle muy bajo, dejaban entrever un vientre plano, un ombligo centrado, redondo, pequeño, y una bien definida línea de vello que se perdía en los límites de lo prohibido. Se dejaba llevar, olvidando mi presencia, mostrando una naturalidad abrumadora en cada uno de sus actos.

Empapó su cuerpo con el agua que tomaba con las manos y resbalaba entre sus dedos, y al final optó por meter la cabeza debajo del chorro que expulsaba el líquido con más fuerza y presión.

Se incorporó enérgicamente, sacudió su pelo de izquierda a derecha, salpicándose de gotas diminutas que salían despedidas hacia todas las direcciones, y su cuerpo moreno —ya de por sí llamativo— mojado se convertía en muuuuuy sexy, provocativo, un auténtico espectáculo para cualquier ojo femenino.

—¿No te gusta el agua?

—Solo me refrescaré un poco la cara y las manos —balbuceaba aturdida por la exhibición de anatomía que acababa de presenciar, a la vez que de forma lenta y torpe echaba agua sobre mí.

Hernán continuó hacia nuestro siguiente destino con la camiseta en la mano, para secarse con la suave y calurosa brisa que soplaba en aquellos momentos. Pude observar caras de admiración hacia él y de envidia hacia mí en cada mujer que nos cruzamos durante los pocos metros que nos separaban del palacio de Luxemburgo. El torso desnudo de Hernán llamaba la atención. Él parecía ajeno a tanta expectación, o quizá, ya se había acostumbrado a ser el centro de las

miradas.

—¿Dónde me llevas ahora?

—A los Jardines de Luxemburgo.

—¡Genial! Tengo ganas de conocerlos.

—Son como un refugio de paz entre este barrio de tanto movimiento y calles tan congestionadas. Están cuidados con mucho esmero y pertenecen al palacio del mismo nombre, levantado por encargo de Maria de Médicis.

—Los tentáculos de los Médicis fueron alargados...

—Pero siempre con muy buen gusto... El palacio tiene claras influencias de su tierra natal, Florencia. Lo rodean arboledas en forma de pequeños bosquecillos, parterres, flores, estatuas, la mayoría de las cuales fueron erigidas durante el reinado de Luis Felipe, en el siglo XIX. Te gustará.

Hernán tenía razón. Se respiraba paz y tranquilidad en aquellos jardines, a pesar de estar concurridos por turistas y parisinos. Padres enseñando a sus hijos a volar las cometas, jóvenes tirados por cualquier rincón orientando su rostro hacia el sol para broncearse, visitantes exhaustos descansando en las terrazas y sillas que se encuentran a lo largo del parque... Y lo que más llamó mi atención: un estanque octogonal de aguas claras, en el que familias enteras hacían navegar pequeños barcos de vela en miniatura, réplicas muy perfeccionadas que se movían con ligereza imitando los movimientos de sus hermanos mayores entre las olas del mar.

Nos sentamos en el borde mientras yo observaba el recorrido de los veleros en el lago y el de las brillantes cometas en lo alto, decorando el azul del cielo con graciosos movimientos y vivos colores. De vez en cuando, de reojo, no renunciaba a continuar recreándome con ese torso perfecto que tenía tan cerca que podría haber acariciado con solo extender una mano.

—Me alegro de que te hayas cruzado en mi aventura francesa —le confesé en un arranque de sinceridad—. ¡Eres todo un descubrimiento, Hernán!

Él no contestó, se limitó a sonreírme tímidamente, con una visible expresión de agradecimiento. A pesar de su imponente aspecto, hasta el punto de poder resultar intimidador ante ciertas personas, me encontraba delante de un chico prudente. Así me lo habían demostrado algunas de sus reacciones y la elegancia con la que esquivó el tema de los recuerdos que me traía estar en un campus al intuir cierta incomodidad por mi parte. Era amable y educado, sabía dar conversación sin llegar a ser indiscreto, pero evitando los silencios, la parte de la comunicación favorita de Jack.

El español tenía personalidad. Estaba recostado en el borde del estanque y jugueteaba con los dedos metidos en agua, dibujando círculos o salpicando a los diminutos barcos de vela que se acercaban peligrosamente. El tatuaje destacaba entre su piel morena.

—¿Por qué te lo hiciste?

—Por estética. Ahora me arrepiento.

—¿De habértelo hecho?

—No, de que las razones fuesen meramente decorativas.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tuviese ahora que dibujarme, lo haría por algo que mereciese la pena, algo que tuviese algún significado en mi vida, algo inolvidable por lo que inyectarse tinta bajo la piel, algo que te haya dejado marcada el alma, y por ello, tenga sentido marcarse también el cuerpo.

—Hablas con mucha convicción.

—Es que la vida sin sentimientos no tiene valor, es lo mejor que poseemos las personas.

¿Por qué se cruzó en mi camino un ácrata sentimental como Jack y no pudo hacerlo alguien con las características de Hernán? ¿Por qué existiendo gente capaz de hacernos felices topamos en más ocasiones de las recomendables con los más problemáticos e inadecuados? ¿Por qué nos fijamos en los que menos riqueza interior tienen, cuando hay gente por ahí deseosa de regalar su alma?

Capítulo VIII

París contigo

Descansamos en los jardines hasta el ocaso. Hernán me relató anécdotas de sus numerosos viajes y acerca de su interesante forma de vida, en continuo movimiento, ávido por conocer y experimentar a través de una forma real, de sus propias vivencias y no mediante libros o teoría. Conocía media Europa; tocaba su música todos los veranos por las calles de las más hermosas ciudades desde los veinte años, presumiendo de tener amigos en más de una decena de países.

Su familia era muy tradicional y hubiesen preferido una profesión más convencional para él y una vida menos nómada, pero terminaron por aceptar que tenía talento, que la música se le daba muy bien y que le hacía feliz. Ahora estaban muy orgullosos del artista de la casa.

Mostró una fuerte inclinación por la cultura y las manifestaciones artísticas desde la infancia. Se palpaba su predilección por la música, la danza y la literatura, pero un talento natural unido a una férrea disciplina impuesta por su propia fuerza de voluntad, le convirtieron en un virtuoso del piano y el violín, instrumentos que dominaba a la perfección, aunque por razones logísticas solo nos deleitaba con su arte por las calles a través del segundo.

También tocaba la guitarra y la armónica, aunque según se encargó de enfatizar, solo de manera amateur, más de oído que con técnica. No se había planteado cómo encaminar su futuro, se consideraba muy joven, tenía veintiocho años, y de momento, quería seguir aprendiendo, continuar con su tradición de conocer mundo.

Su espíritu era libertino y sus ansias de explorar y compartir crecían con la edad, según me confesó. Adoraba España, aunque se sentía un ciudadano de todas partes y el contacto diario con gente desconocida, las sonrisas de aquellas personas anónimas que compartían sus acordes durante unos segundos, le llenaban de satisfacción.

—Y ahora cuéntame cosas de ti.

—Pues sinceramente te vas a aburrir muchísimo.

—Ay, es verdad. Que vives de la fortuna familiar.

—¿Cómo lo ves? —pregunté muerta de vergüenza. Entre la gente de mi edad del Upper East Side era algo común, pero fuera de ese universo artificial en el que nos movíamos las élites neoyorquinas, la cosa cambiaba considerablemente.

—Negro, muy negro. ¡Eres muy joven! ¿Por qué limitarte tan pronto a una vida fácil y trazada por los logros de tus mayores?

—No todos somos como tú. Lo que has definido como espíritu libertino se puede sustituir por carácter acomodado, burgués, pijo o cualquier otro adjetivo acorde al ambiente de cada cual.

—Supongo que las trayectorias vitales de cada cual y el lugar donde crecemos, influye. Pero insisto: eres demasiado joven para amoldarte a un determinado estilo de vida.

—Eso no es ni bueno ni malo, es otra forma de vivir que seguro que sabes respetar, dada tu

predisposición al gusto por la variedad.

—Por supuesto, no me gusta juzgar a nadie, no es sano ni justo. Pero por lo poco que te conozco, me da la impresión de que tienes muchas más cosas que aportar que gastar el dinero de tu familia. Algo te gustará, ¿no?

—A ver, no me malinterpretes. Claro que quiero hacer cosas. De hecho, me lo he planteado. E incluso este viaje es mi particular punto de inflexión para tomar decisiones al respecto. Hay actividades vinculadas a mi familia en las que sé que podría colaborar. Que deseo colaborar, de hecho.

—¡Cuéntamelas!

—Aunque ahora los negocios de mi familia están muy diversificados, el negocio tradicional de los Mountbatten, ha sido el vino. Tenemos bodegas y viñedos desde hace décadas en Napa, Toscana, Burdeos, Borgoña y Jerez. Ahora estamos invirtiendo también en las regiones vinícolas en alza de Chile y Sudáfrica.

—¿Tú perteneces a la familia propietaria de la bodega Mountbatten de Jerez?

—Así es. ¿La conoces?

—Claro, vuestros vinos son toda una institución en España. Como los Osborne, González Byass, Domecq, Tío Pepe o William & Humbert.

—Mi hermano mayor, Jon, además de supervisar con acierto otros negocios, dirige personalmente las bodegas de California y las de Jerez. Sin embargo, me he planteado pasar una temporada en las de Francia o en las de Italia. Aprender todos los secretos de la enología y la viticultura pisando el terreno.

—Así es como verdaderamente se aprende, con la experiencia y sobre la tierra.

—Lo sé. Pero hay otra actividad desarrollada por mi familia que también me llama mucho la atención y que está vinculada con la cultura; concretamente con las letras y la literatura.

—Eso suena fenomenal. ¿De qué se trata?

—De la Casa de la Cultura de los Mountbatten. Fue fundada por mi madre, que es ahora quien la dirige junto con Otto Clark, el gran amor de su vida, quien es también director del Times Today. Es una historia preciosa. O, al menos, a mí me lo parece.

—Estoy deseando escucharla. ¿Me la cuentas?

—¡Claro! Todo empezó hace más de tres décadas, cuando yo ni siquiera había nacido. Mi madre, Alice Mountbatten, era una lectora voraz en su juventud. Leía más de cuarenta libros al año; le gustaban todo tipo de géneros literarios y mi abuelo hasta le habilitó un espacio adecuado para que crease su propia biblioteca en la residencia familiar.

»Ella tuvo la idea, junto con Otto. Él era su novio de entonces y a quien conoció precisamente por «culpa» de un título universal, El Principito. Se les ocurrió crear una Casa de la Cultura para llevar la lectura a personas con pocos recursos y a gente de todas las edades que no tuviese un fácil acceso a los libros: niños, jóvenes, mayores y ancianos. Inauguró la que fue la primera sede, muy cerca de Central Park, en un local que le cedió mi abuelo.

»Mi madre se encargó de todo: habilitar el local, contactar con editores, autores noveles, diseñar los programas, encontrar patrocinadores, organizar encuentros, clubs de lectura, mesas redondas... Debido a su empeño y a su esfuerzo, enseguida el proyecto se convirtió en un éxito y en un referente de la lectura en Nueva York. Un punto de encuentro literario para un público heterogéneo: lectores que no podían comprar libros por su cuenta o que buscaban compañeros de tertulias literarias, editores consagrados, escritores que se habría camino... Consiguió en un año más de lo que muchos consiguen en una década.

»Pero la vida de mi madre se complicó demasiado y abandonó el proyecto cuando atravesó un período personal muy doloroso. Dejar la Casa de la Cultura también coincidió con su ruptura con Otto Clark, quien era, podíamos decir, el otro 50 % de este proyecto. Pero cuando después de veintiocho años ella volvió a reencontrarse y a reconciliarse con Otto, el que había sido su gran amor de juventud, ambos decidieron retomar la actividad cultural que antaño pusieron en marcha con tanta ilusión.

»Buscamos otra sede situada muy cerca de la que fue la original (esta ahora la ocupaba un Starbucks y no pudieron recuperarla) y volvieron a poner en marcha la Casa de la Cultura Mountbatten. Solo que ahora tenían más experiencia, recursos, contactos y conocimientos que cuando eran veinteañeros. Además de fomentar la lectura entre los más desfavorecidos, como entonces, comenzaron a proporcionar mecenazgo a jóvenes talentos literarios, a expandir sus encuentros con autores de prestigio en el panorama internacional, a realizar road shows itinerantes por otros estados del país e incluso intercambios culturales con Europa.

»En pocos años la Casa de la Cultura Mountbatten se ha convertido en todo un referente de las letras y ante la envergadura que estaba adquiriendo el proyecto, fue cuando ambos se decidieron a organizar la Feria del Libro más importante de América, solo superada en prestigio y asistencia por la de Feria Internacional de Guadalajara. Aunque ya sabes que la feria mexicana se centra sobre todo en la literatura en español y la que ha fundado mi madre, sin dejar de lado otras lenguas y talentos, se focaliza en las obras en inglés. Ahora quieren idear el modo de proteger la prensa escrita del avance imparable de la digitalización.

—Impresionante, Victoria. ¡Por supuesto que conozco esa feria! ¿Así que Alice Mountbatten es tu madre?

—Ella misma, sí.

—La admiro mucho por poner en práctica semejante iniciativa, por fomentar la cultura entre todos los públicos y por apoyar a los escritores y sus obras. Pero, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—Después de escucharte no comprendo cómo todavía no te has decidido a formar parte de proyectos tan extraordinarios. Y tienes la suerte de que, si tú quisieras, ni siquiera tendrías que elegir.

—¿Qué quieres decir?

—Que podrías aprenderlo todo sobre el mundo del vino mientras colaboras en las iniciativas culturales de tu familia. Eres una privilegiada y deberías aprovechar las circunstancias que te rodean en vez de darle tantas vueltas a lo que te apetece hacer. Actúa más y duda menos, Victoria.

* * *

Al anochece paramos a cenar en un sitio típico francés, con decoración vintage, en el que Hernán me animó a probar los famosos escargots. Al principio deseché la idea porque para mí eso que veía en el plato eran caracoles de los que se arrastran por el suelo. Cuando los sirvieron con sus conchas incluidas, me produjeron cierta aversión, pero ante la insistencia de Hernán y una vez probado el primero, no paré. El aderezo estaba delicioso y la textura era muy suave. Para acompañar, mi gourmet particular pidió un cremoso queso blando, muy rico, un buen vino, y de

postre crepés. Un menú genuinamente local.

Yo reflexionaba una y otra vez sobre el consejo que me había dado porque sabía que él tenía toda la razón. Una mujer con una situación tan privilegiada como la mía debería estar poniendo en marcha iniciativas productivas y desde hace tiempo. No solamente tenía oportunidades sino la capacidad de elegir. Y hasta de simultanear, como él se había encargado de señalarme.

Durante la cena Hernán no paró de contarme experiencias que había vivido a lo largo del Viejo Continente, recordando con cariño y describiendo con palabras amables cada uno de los países que había visitado, acordándose de cada una de las personas con las que había compartido días de música —y de otras cosas que quizá algún día te cuente— lo que interpreté, no sé si erróneamente como —esta es la parte privada de mis andanzas, variadita también.

Hacía continua referencia a la amistad, a la convivencia, al compañerismo, a las relaciones humanas, pero no insinuó ni una palabra acerca del amor, del sexo o de la pareja. Yo tampoco quise hablar sobre esos temas, así que no llegué a saber si su corazón lo ocupaba alguna madrileña, parisina, belga, italiana, alemana, austriaca, inglesa, senegalesa, todas ellas a la vez, o por el contrario si ese corazón estaba tan libre como su mente de prejuicios.

No le imaginaba manteniendo una relación larga y estable en medio de tanto vaivén, pero acabó reconociendo que también necesitaba los meses de invierno en familia, jugando y peleando con sus hermanas pequeñas, tranquilo, asistiendo a sus clases en el conservatorio, practicando con los instrumentos cinco horas diarias, algunos días hasta la madrugada.

Y comiendo caliente bajo un mismo techo, algo que le aportaba equilibrio y reserva de energías para los cuatro o cinco meses restantes que pasaba de acá para allá, con la mochila y el violín a cuestas, el traqueteo de los vagones del tren, las habitaciones desordenadas de hostales y residencias de estudiantes, las cenas a deshora y la falta de sueño, que acababan formando terribles bolsas bajo sus ojos que junto con los cuatro o cinco kilos que perdía en esa temporada le conferían un aspecto descuidado, casi famélico, según sus palabras.

—¡Eso no es cierto! Te he conocido lejos de casa y tu aspecto es divino...

Se me escapó. Aunque Hernán no le dio la menor importancia al piropo, yo me apuré por mi pequeña osadía. No estaba intentando tener nada con él, simplemente disfrutaba de su compañía, pero tenía ojos en la cara y el chico estaba estupendo, hasta el punto de que las mujeres volvían descaradamente la cabeza a su paso.

Aunque me fastidiase reconocerlo, el impresentable de Rick y él se daban un aire: penetrantes ojos negros, boca sensual, óvalo anguloso, aspecto varonil... El hermano de Jack medía algunos centímetros más, pero la amabilidad, frescura y la arrolladora personalidad de Hernán, distaban mucho de la soberbia y malas maneras del mediano de los Jones, afortunadamente.

Como colofón a un día inolvidable, acudimos a un club nocturno de jazz en el que, entremezclados con variopintos personajes, disfrutamos entre humo y copas del animado ambiente hasta altas horas de la madrugada.

Pasamos por su hostel para recoger la fruta que había comprado por la mañana en la tienda de Pier y que había propiciado nuestro afortunado encuentro. Subimos sigilosamente las escaleras ya que a esas horas todo estaba en silencio. Abrimos despacio la puerta de su cuarto porque allí dormía su amigo Antonio, y sin despertarlo, salimos tan cuidadosamente como habíamos entrado.

Hernán me acompañó a mi hotel, que se encontraba a escasos cinco minutos de distancia. Caminábamos a un ritmo tranquilo, y yo no tuve más que palabras de agradecimiento por tan magnífico día.

—No sé cómo darte las gracias. Ha sido una jornada fantástica. Tú eres fantástico.

—No exageres, tengo unos defectos tan grandes que si los descubrieses saldrías corriendo ahora mismo.

Siguieron unos momentos de silencio, los únicos después de largas horas de interminables risas y conversaciones. Yo quería formular la inevitable pregunta: ¿volveremos a vernos? Pero no me atrevía y quedé paralizada por la inseguridad. Hernán debió adivinar mis pensamientos porque pronunció la frase mágica, no en forma de pregunta sino de rotunda afirmación.

—Quedan muchas cosas de París que me gustaría enseñarte.

—Me encantaría que lo hicieras.

—Iremos por partes, aunque en los próximos días no podré dedicarte tiempo de día y de noche. Hoy ha sido una excepción. Necesito ingresos para pagar mi alojamiento, mi comida y el billete de regreso a España.

—Claro, por supuesto. Faltaría más.

—Al atardecer, Antonio y yo tenemos una cita ineludible con las calles, con los turistas, los viandantes, con nuestros violines y vuestras monedas. Podemos dedicar las mañanas al turismo y después del mediodía tú sigues a tu aire y yo te abandono por mis cuerdas y las partituras. ¿Te parece?

Me pareció perfecta su propuesta y la acepté de inmediato. Bendita suerte la mía. Hernán era una persona sencilla, sincera, sin más pretensiones que poner en práctica lo que le gustaba y disfrutar de lo que le rodeaba. Seguía una pauta simple, pero admirable: ser fiel a sus principios. Se despidió sin más, y yo me quedé en la puerta del hotel observando de reojo cómo se alejaba ese cuerpazo que guardaba en su interior un tipo estupendo, hasta que dobló la esquina y desapareció de mi campo de visión.

Aunque lo cierto es que durante mi estancia dejó de lado su disciplina y terminó por acompañarme a lo largo de varias noches y sus respectivas madrugadas.

* * *

Los días en París al lado de Hernán fueron una delicia. Descubrí a un ser humano excepcional. Después de atravesar un período tan tormentoso como que me había tocado padecer tras la ruptura con Erick y el tiempo que perdí con un hombre tan retorcido y atormentado como Jack, esos días al lado de Hernán revitalizaron mi confianza y me demostraron que sí es posible toparse con algunos hombres buenos.

Aquellas jornadas en compañía de un tipo rebosante de optimismo y energía, portador de valores tan importantes como la alegría de vivir, la lealtad, la amistad, el compañerismo o la fidelidad a un estilo de vida, se convirtieron en inolvidables. Nuestras fluidas conversaciones versaban sobre cualquier tema, algunos controvertidos como política y religión, otros interesantes como literatura o filosofía, algunos más banales como cotilleos generales, deporte o intercambio de cultura musical, ya que él, además de ser un profesional de los clásicos, estaba al tanto de todas las nuevas tendencias, declarándose admirador incondicional de las corrientes alternativas y más radicales para sus ratos de ocio. En fin, un melómano en toda regla.

Demostraba en cada palabra un profundo respeto por las opiniones, modos de pensar, actuar y vivir ajenos, así como una curiosidad insaciable hacia los temas que desconocía. Aburrirse a su

lado era imposible. Además de nuestras interminables charlas, Hernán era travieso, juguetón, le encantaba gastar bromas continuamente y sentía predilección por todo tipo de actividades al aire libre. Durante los días que compartimos, también nos dedicamos a montar en bicicleta, a jugar a los bolos, al billar y al ajedrez, a practicar footing matutino, acudimos a una fiesta de disfraces y asistimos a cualquier concierto del que tuvimos noticia.

Incluso admiramos entusiasmados la representación de un par de obras de teatro alternativo realmente buenas. Pura delicia. No surfeamos por el Sena para no llamar demasiado la atención, porque otra de sus pasiones era bailar sobre las olas, sin olvidar el esquí, que practicaba desde los cinco añitos.

También destacaba en las noches de fiesta. Más de una y más de dos, bailamos hasta el amanecer, salimos del club de jazz con el cielo clareando para terminar lo que habíamos empezado un martes a la hora de la cena, un miércoles a la hora del desayuno. Lo hacíamos en cualquier café devorando brioches y omelettes variadas acompañadas de un café bien calentito, mientras continuábamos riendo y bromeando con las mismas ganas que al inicio de la velada.

Durante aquellas interminables noches probamos exóticos cócteles, bailamos sin parar cualquier tipo de melodía como si en ello nos fuese la vida, cantamos en lo más alto de la tarima de un concurrido Karaoke, combatimos en una feroz guerra de agua ni más ni menos que entre los chorros de las fuentes del Trocadero —las que adornan e iluminan las mejores vistas de la Torre Eiffel— a riesgo de ser descubiertos por algún gendarme —claro, que aquello le daba más emoción al asunto—, decidimos lanzarnos en plancha a otra fuente cualquiera hasta acabar empapados, para finalizar con una guerra de camisetas mojadas.

Me llevó a conocer Le Baron Rouge, en la zona de la Bastilla, un lugar siempre animado y muy apreciado por los parisinos e ideal para probar buenos vinos. Entre sus estanterías encontré varias etiquetas de los vinos Mountbatten de las regiones de Burdeos y Borgoña. Acompañamos la bebida —por supuesto, le invité a que probase los vinos franceses de mi familia— con deliciosos quesos y patés de la zona.

También nos dedicamos a probar los auténticos croissants franceses y algunos de los mejores panes recién horneados de la ciudad en Du Pian et des idées. Y disfrutamos de buena conversación alrededor de una mesa en La Closerie des Lilas, en varios cafés de la zona de Montparnasse y en el café Flore, en Saint—Germain. Todos ellos contaban con un encanto especial y habían sido punto de encuentro de escritores famosos y de intelectuales a lo largo de las décadas.

Me llevó a conocer La Brasserie Lipp, una de las cervecerías más antiguas de París, un establecimiento de aspecto y decoración vintage. Por sus salones se habían citado a lo largo de las décadas, políticos, escritores e intelectuales. Allí comimos foie gras casero, selección de quesos franceses y lenguado meunière.

No me prive de invitarle a tomar el brunch en Kong, uno de los sitios más exclusivos para disfrutar de esta costumbre dominical. El famoso diseñador Philippe Starck era el responsable de la decoración de este luminoso restaurante rodeado de cristaleras que ocupaba las dos últimas plantas de Kenzo, frente al Point Neuf.

No era uno de los sitios a los que Hernán acudiría por propia iniciativa, pero a mí me apetecía conocer también el típico un lugar para ver y ser visto: ambientazo, gente guapa y con unas vistas fabulosas sobre el Sena. Yo tomé tostadas de aguacate, huevos benedictinos, y baguetes con mantequilla y mermelada; él una enorme hamburguesa de carne de buey y pancakes con siropes variados. Fue mi jornada parisina más neoyorquina y eché de menos los brunchs

dominicales que organizaba mi abuela un par de veces al mes.

Por último, en nuestra vorágine de visitas parisinas, Hernán me llevó de excursión a Fontainebleau, un enclave imprescindible. Nos acompañó su amigo Antonio.

—Pocos lugares hay en Francia tan impresionantes como Fontainebleau, residencia de soberanos franceses, desde Francisco I hasta Napoleón III. No te puedes marchar sin conocerlo —me había dicho. Como siempre, me alegré de hacerle caso.

En su interior descubrí una increíble colección de boiserías, estucos, pinturas del Renacimiento y techos de madera esculpida. Me llamó especialmente la atención el Musée chinois creado para la emperatriz Eugenia y los jardines que se fundían con el bosque.

Los tres nos alojamos en la Hôtellerie du Bas Bréau, un establecimiento con mucho encanto situado en los alrededores cuyos muros habían acogido a numerosas celebridades a lo largo de su historia. En su coqueto restaurante con chimenea se podían degustar las especialidades de la región y fue, precisamente allí, donde disfrutamos de la mejor comida que probé durante mi estancia en París: pato salvaje, perdiz, jabalí y faisán —absolutamente deliciosos todos ellos—, acompañados de ensalada y verduras cultivadas en los huertos cercanos. Por supuesto regado con una de las mejores añadas de las bodegas Mountbatten de la región de Borgoña.

* * *

La gran sorpresa que me tenía reservada París no era los grandes tesoros que acogen sus calles, sino un español muy especial. Había descubierto a un magnífico hombre que me estaba encandilando, aunque de en vez en cuando una molesta lucecita se encendía de manera intermitente en mi interior: Jack.

Algo normal porque todo lo que me había ocurrido junto a él estaba todavía muy reciente. Así que me propuse apartarlo de mi mente en cuanto su rostro se materializaba entre mis recuerdos. A veces lo conseguía y otras no. Era consciente de que me encontraba en una de las ciudades más bella del mundo, conociendo el lugar de la mano de un acompañante ideal, y no debía dejarme influenciar por la memoria de un indeseable. Pero afortunadamente se trataba de momentos efímeros: en cuanto me reponía de los inevitables instantes de debilidad, continuaba disfrutando de nuestra locura de actividades. Pero lo que iba teniendo cada vez más claro era que jamás volvería a perder el tiempo con Jack; tampoco con hombres parecidos a él. No merecía la pena.

Me impresionó el Sagrado Corazón y todas las calles que lo rodeaban, como el barrio de los pintores, que no es más que una pequeña plaza rectangular en la que desembocan calles angostas y empedradas, repleta de artistas bohemios, pinceles, plumillas, caballetes, acuarelas, óleos y turistas posando. Posaban para un pintor que elegían al azar con el objetivo de conseguir un retrato aceptable o simplemente, un recuerdo egocéntrico de su paso por París. Pero yo siempre he considerado que los souvenirs son necesarios: forman parte del ritual y la liturgia de cualquier viaje.

Fuimos al encuentro del Sagrado Corazón atravesando alguno de los barrios con más presencia árabe y africana de todo París. Una mezcla de argelinos, marroquíes, musulmanes y demás nacionalidades, se cruzaban con nosotros, la gran mayoría ataviados con la indumentaria típica de sus países de origen, en un intento de mantener lo más característico de su tierra lejos de

ella. Sus atuendos ofrecían una estampa colorida y exótica que contrastaba con la típica imagen de alta costura y última moda que suponemos vamos a encontrar —y encontramos— en una de las cunas de la elegancia.

La subida a la basílica en lo alto de la cima de la colina de Montmartre nos dejó exhaustos, pero con la recompensa de alcanzar la imponente estructura de la iglesia. Nos costó ascender a través de la larga escalinata de diminutos e infinitos escalones. Esta iglesia tan representativa supone una fusión original por las mezclas que se dan en su arquitectura y por la clara influencia oriental en la forma de sus blancas cúpulas. Su campanario guarda una preciada reliquia, una de las campanas más pesadas del mundo que sobrepasa las diecinueve toneladas de peso. Su interior, oscuro, recogido, adornado con valiosas esculturas, así como el colosal mosaico bizantino que sobresale en la cúpula y las galerías de vidrieras, nos animaron a unos íntimos momentos de recogimiento.

Incluso encendimos velas a no sé qué santo, con la interesada petición a cambio. Chocaba la imagen desenfadada de Hernán, con su camiseta de una amenazante fiera mostrando afilados colmillos, las amplias bermudas caquis atiborradas de inservibles bolsillos y su barba de dos días —que lejos de afearle, le conferían un aspecto de malote encantador—, con la devoción mariana con la que rezaba ante la imagen de plata de la Virgen María con el Niño. No se cortaba a la hora de mostrar abiertamente sus pensamientos, sus sentimientos, de hacer lo que le salía del corazón y de ser él mismo en cualquier situación. Hernán era auténtico.

A su comportamiento desinteresado él no le daba la mayor importancia.

—El mundo está lleno de gente como yo, incluso mucho mejor, que deciden compartir y enseñar lo que saben por el solo placer de hacerlo. Yo también he vagado por lugares desconocidas en los que personas que no me habían visto nunca y que seguramente jamás volverán a hacerlo, me abrieron de par en par sus brazos, sus hogares y hasta sus corazones—. Ese era su argumento cuando yo le preguntaba acerca de su actitud abierta y generosa.

Hernán había supuesto una grata sorpresa. Aportaba una frescura inusual comparado con la gente que habitualmente me rodeaba: los conocidos de toda la vida de la familia, mis amigos del Upper East Side, las grandes fortunas de Manhattan y del resto de Estados Unidos, altos cargos demócratas y republicanos, magnates del petróleo, la tecnología o de los medios de comunicación, aristócratas europeos amigos de mi padre...

En general me relacionada con personas cuyos comportamientos estaban trazados según unas pautas comunes, con unas metas previsibles y parecidas. Me parecían almas, hasta cierto punto, rígidas. Disfrutaban de un estilo de vida despreocupado, fácil y en más ocasiones de las recomendables, no exento de egoísmo y frivolidad. Presumían de un estatus privilegiado y se creían intocables, agraciados por la varita mágica del dinero y el poder. Pero en el fondo la mayoría de ellos no eran tan especiales como se creían.

Sabía que cuando mi viaje terminase —dos breves días faltaban para aquello porque yo ya había tomado una decisión sobre mis planes y mi próximo destino— cada uno de nosotros reanudaría sus vidas, y como Hernán me advertía por su experiencia adquirida en anteriores viajes, puede que no volviésemos a coincidir jamás.

Madrid y Nueva York, donde se encontraban nuestras residencias habituales, estaban a poco más de siete horas de vuelo. Existía la posibilidad de que en alguna ocasión nos visitásemos, pero nunca volvería a ser igual. También a nosotros, como a Ilsa y a Rick, siempre nos quedaría París.

Capítulo IX

El pez koi

Evitamos hablar sobre ese momento, el de la despedida, y obviamos comentar que nos quedaban apenas unas pocas horas para compartir en mutua compañía. Simplemente nos dedicamos a aprovechar el tiempo al máximo, de igual forma que lo habíamos hecho durante los últimos días. Su cercanía estaba suponiendo un revulsivo en mi complicado mundo interior de los últimos tiempos.

El día anterior a mi marcha pasamos la mañana en Montparnasse, que debe su nombre a la montaña que los griegos dedicaron a Apolo, el dios de la belleza. Barrio cultural y artístico, como tantos otros que ya habíamos visitado, y que acogía entre sus bulevares centros para el estudio de la escultura y de la pintura, más teatros, clubs nocturnos y el archiconocido café La Coupole frecuentado en otros tiempos por celebridades de la talla de Picasso o Matisse.

Hernán tenía especial interés en que ascendiésemos al ático de la torre Montparnasse.

—Quiero que permanezca en tu memoria una panorámica única cuando te alejes de esta ciudad —me dijo—. Para mí es la mejor stampa de París. Desde lo alto de la Torre Eiffel se observa la ciudad, pero sin su símbolo. Sin embargo, desde la Montparnasse obtendrás la imagen completa, una maqueta real a tamaño natural, y como extra, un vertiginoso viaje de breves segundos a través del ascensor de alta velocidad de una de las torres más altas de Europa; es como subir en la montaña rusa sin estar en el parque de atracciones.

Como siempre tenía razón. La mañana, clara y despejada, contribuyó a nuestro propósito. Una cola de turistas aguardaba en la puerta; un señor uniformado con un traje rojo aterciopelado nos indicó que había llegado nuestro turno y nos permitió el paso tras pagar en taquilla los euros correspondientes. Después, otros tantos minutos de espera hasta introducirnos en el ascensor. Y, allí, casi sin darme cuenta, en lo que dura un apretón de manos (el que Hernán me dio mientras yo sentía mi estómago en la boca por la impresión del veloz ascenso), ya estábamos en la última planta de la torre.

El ático, descubierto, sin techos, cristales o ventanas, elevado a cientos de metros del suelo, impresionaba. Las vistas sobre París y decenas de kilómetros alrededor, era majestuosa. Me acerqué a uno de los bordes, sacando mi cuerpo hasta sobrepasar el pecho por encima de la barandilla, cerré los ojos y respiré hondo, una vez y otra, hasta que una sensación de poder y libertad me invadió por completo.

Creía estar en la cima del mundo, sentía que podía acariciar con las yemas de mis dedos el cielo coloreado de celeste, abandonando las preocupaciones e incertidumbres muchos pisos por debajo. El oxígeno allá arriba me parecía más puro, y la brisa que acariciaba mi piel, más fresca, más suave. París aparecía ante mis ojos como una fotografía de estudio, escogiendo los encuadres a mi antojo.

A mi lado una especie de príncipe azul muy particular, de los que sabes que no te van a traicionar: era sincero, valiente y muy apuesto. Y no se trataba de un caballero de los que rescata a una dama en apuros —ni él se sentiría cómodo en ese papel—, sino de un hombre que escucha, apoya y anima a una mujer cuando lo necesita, que comparte sus ilusiones, se alegra de sus éxitos, que respeta sus deseos, a la vez que le incita a que ella sea capaz de sacar al exterior todo lo mejor que guarda dentro.

Cuando más distraída estaba disfrutando de las panorámicas y de una gran sensación de libertad, Hernán sacó una cajita de su bolsillo y me la entregó. Estaba envuelta en papel de regalo. La abrí con mucha ilusión —los obsequios inesperados son los que más sorprenden— y dentro me encontré un precioso colgante que pendía de una cadena de plata. Era la figura de un pez lacado en azul con filigranas y pequeños detalles pintados en varios colores.

—Es un pez koi.

—¿Un pez koi? —pregunté intrigada. No lo había escuchado antes.

—Tiene un significado importante en la cultura china. Simboliza el triunfo y la prosperidad fruto de la perseverancia. Proviene de la leyenda de la Puerta del Dragón. Se dice que un pez koi nadaba río arriba, contracorriente, superando cascadas y otros obstáculos para alcanzar la cumbre de la montaña. En lo más alto se ubicaba dicha Puerta del Dragón. Cuando el koi llegó a la cima, los dioses —premiando su esfuerzo— lo convirtieron en dragón, una de las criaturas más poderosas y especiales en esa cultura.

—Y supongo que tu leyenda tiene moraleja...

—Te lo quería entregar aquí, en la cima de París. Se dice que el ascenso del koi significa triunfar en la vida. Tú eres como el pez. Estás buscando tu camino, has sorteado dificultades, nadado contracorriente, pero todavía no te has transformado en todo lo que puedes llegar a ser. Estás atravesando tu particular senda vital para convertirte en la más valerosa de los dragones.

—Hernán, gracias. Es uno de los regalos más bonitos que me han hecho en toda mi vida. Voy a conservar este koi como la más preciada de las joyas.

—Pero lo más importante es que alcances tu cima. Estás a punto de acariciarla...

—Y cuando lo haga voy a tener muy cerca mi precioso koi azul. Y recordaré al hombre que me lo regaló.

Me dieron ganas de besarlo, pero me contuve. Y cuando él me puso la cadena de la que pendía ese pez alrededor del cuello, sentí un escalofrío placentero que me inundó de paz. Allí arriba, en lo más alto de la torre Montparnasse, sentí que casi podía volar, que flotaba por encima del bien y del mal, que podía dejarme llevar donde mi instinto me llevase. Y me sentí más cerca de otros mundos que del propio suelo que pisaba.

Por la tarde volvimos al pequeño café de libros antiguos con tapas de piel usada y de café de puchero que visitamos el primer día que salimos juntos por la ciudad. Esta vez dejamos atrás la terraza y nos colocamos en uno de los sillones más alejados de la puerta. Nos aguardaban horas de conversación y una inevitable despedida.

—Y tú ¿qué esperas de la vida? —le pregunté con curiosidad al hombre más aventurero que había conocido, poseedor de cierto lado salvaje que le confería un irresistible magnetismo. Posiblemente, me hubiese vuelto loca en cualquier otra etapa de mi vida.

Hasta ahora las respuestas que había obtenido a esa misma pregunta en los hombres que había conocido en mi ambiente endogámico de Manhattan eran monotemáticas. Satisfacer perspectivas profesionales, crear una familia —más por obligación que por devoción—, comprarse la casa (o casas) de sus sueños, conducir un coche (o varios) de no sé cuántos

caballos, cazar el animal más grande, tener un velero (o un barco de muchos metros de eslora) para surcar los mares del mundo, y acumular muchos ceros en la cuenta corriente. Cuantos más, mejor. Y, por supuesto, coleccionar conquistas femeninas, disfrutar de la compañía de bellas mujeres de medidas perfectas. La mayoría de las veces para presumir o competir, más que por propio interés.

—No he creado grandes expectativas alrededor de mi existencia. Simplemente me dedicaré a vivir según mis necesidades, preferencias y gustos de cada momento.

—Pero algo habrás planeado.

—Me gusta la música y he aprendido a tocarla. No concibo la vida sin viajar y por eso me las ingenio para pasar cuatro o cinco meses al año en el extranjero. Considero indispensable la comunicación y el intercambio de ideas e intento poner de mi parte para conocer nuevos amigos. Todo es mucho más simple de lo que a veces parece; procuro que esto no se me olvide nunca.

»Yo no necesito grandes cosas para ser feliz —recalcó—. No soy ambicioso ni materialista, y por eso, creo que vivo en un estado de algo cercano a lo que se denomina felicidad. ¿El futuro? Todavía no ha llegado, cuando lo haga sabré afrontarlo, siempre dentro de mis posibilidades y de mi modo de vida.

—Hernán, no puedo creer que no tengas sueños.

—Claro que los tengo, pero no son ostentosos. La gente identifica sueño con utopía, con logros y metas inalcanzables. Yo intento vislumbrar lo que sé que puedo conseguir. Sueño con países que no he visitado, con conocer personas interesantes, con melodías que se acercan a una obra maestra, y luego, me esfuerzo para viajar a ese lugar, para cruzarme con ese desconocido o para ensayar incansablemente con infinitas combinaciones de notas musicales.

—Guauuuu, ¡qué bonito!

Hernán sonrió abiertamente y le quitó importancia a una forma de ser que a mí me parecía fantástica.

—Sí, es satisfactorio vivir como yo lo hago, pero también tiene inconvenientes, es poco práctico, te lo aseguro —tras una breve pausa, preguntó él— ¿Con qué sueñas tú?

—¿Con toda sinceridad? En estos momentos me estoy replanteando todos mis sueños.

—¿Y qué hay del amor, de la familia, de los hijos...?

—Respecto a tu primera pregunta te diré que ahora estoy escéptica porque todos los candidatos a «príncipe» me salieron rana. Y los hijos, de momento, no están en mis prioridades. Pero sí me gustaría tenerlos mucho más adelante.

—Eres muy joven para renegar de los hombres y de las relaciones —me dijo mientras me guiñaba un ojo.

—Nunca he idealizado la opción típica de conocer al hombre de mis sueños para formar la pareja perfecta y vivir en armonía hasta el fin de los días. Si lo encontrase, sería perfecto, pero supongo que existen maneras alternativas de alcanzar la plenitud.

—Aunque en el fondo, como a todos, te tienta la idea...

—¿A ti también, Hernán? —intenté desviar la conversación hacia su tejado. Me ponía nerviosa hablar de esos temas con él, en general con cualquiera, pero a su lado sentía esa intimidad peligrosamente tentadora.

—Tampoco me lo he planteado seriamente. Oigo, escucho, observo, leo y supongo que la vida en pareja es complicada, pero cuando todos caen en lo mismo desde el inicio de los tiempos, será que merece la pena.

—Pero hay tantas formas de amar...

—En eso tienes toda la razón. ¿Cuál sería para ti la forma de amar más atractiva?

—No depende tanto de la forma como de los actores.

—¿Te gustaría protagonizar una especie de romance épico?

—No, creo que de momento una historia tan bestial me queda grande.

—Nada que otros hayan podido alcanzar debe parecerse imposible de conseguir para tu propia vida. Recuerda al pez koi...

—Lo voy a tener muy presente de ahora en adelante, te lo prometo.

—Y no olvides que lo que hay detrás de cada historia, de cada gran episodio, como bien has señalado, son personas, voluntades, actitudes, ganas, empeño, ideas, sentimientos. Eso es lo que da la fuerza. No hay historias excepcionales, sino personas excepcionales que las hicieron posibles.

—Tú eres una de ellas.

—Gracias, Victoria. Lo que acabas de decir es muy bonito.

—Creo que no me había encontrado con alguien tan sensato, tan auténtico, con una escala de valores tan bien definida en toda mi vida. Tienes algunas de las cualidades que más admiro. Sinceridad, valentía, personalidad, fidelidad a ti mismo, ganas de aprender, de experimentar, de probar, de explorar, alma cosmopolita, desapego al excesivo materialismo, una sensibilidad muy desarrollada, confianza en las personas, eres generoso y desinteresado. Lo mejor de toda mi estancia en París ha sido cruzarme en el camino con alguien como tú.

Y era cierto. Él, como era habitual, trasladó mis entusiastas palabras a un plano más real.

—Siempre es halagador escuchar palabras tan positivas acerca de uno mismo. Pero no te equivoques.

—¿Qué quieres decir?

—Que hemos compartido días de vacaciones en una ciudad maravillosa. Todo ha sido bonito. Ocio, libertad de horarios, dinero extra para gastar, intercambio de pareceres y opiniones entre personas sin compromisos ni obligaciones mutuas; lo de estos días es una vida ficticia. En una convivencia cotidiana descubrirías defectos y manías, días buenos y malos, como lo de cualquier otra persona.

—Eso es cierto, pero el fondo de las personas permanece, no varía según los cambios de humor o las dificultades diarias.

—Si me hubieses conocido en otro ambiente, lejos de París, muy probablemente me hubieses descrito como un pirado excéntrico con un violín a cuestas y un futuro incierto.

—Es posible —le contesté de forma dubitativa, mientras analizaba lo que Hernán me acababa de puntualizar.

—Aunque, en París y en cualquier parte, todo depende del color del cristal con el que se mire.

—Remató Hernán, quien a pesar de su edad, demostraba una sabiduría y una templanza fuera de lo común.

* * *

Se acabó París. Hacía tan solo unas semanas, el viaje de ida había estado cargado de apatía e indiferencia. Escogí un destino al azar para desaparecer de no sabía exactamente qué, aunque gran parte del peso de mi angustia provenía de un pirado que absorbió mi energía y hasta mi

alegría: Jack Jones. Ahora, el próximo vuelo que iba a tomar, estaba plagado de tristeza por lo que dejaba atrás, pero lleno de esperanza y expectación por todo lo que estaba por venir.

La capital francesa ahora simbolizaba para mí un lugar idílico, absoluta libertad, desconexión total de preocupaciones, el impulso que necesitaba para tomar decisiones, la leyenda del pez koi y un cicero que además de descubrir ante mis sorprendidos ojos los mejores rincones de la Ciudad de la Luz, me había enseñado que existen muchas maneras alternativas de vivir la vida, todas válidas.

Hernán me había abierto la mente a nuevas inquietudes. Mi estilo de vida ni era el único ni, por supuesto, el mejor. Ese era el más preciado recuerdo que traía en el equipaje de mi inolvidable estancia en París y una lección de respeto al prójimo muy bien aprendida.

Hernán y yo no nos despedimos, al menos no en los términos que se esperan en un adiós convencional. Cuando llegamos caminando a la puerta de mi hotel, tras una larga tarde de confidencias y reflexiones, nos dimos un par de amistosos besos en la mejilla, un suave y buscado roce de nuestros labios y un fuerte abrazo, sentido, como si al día siguiente fuésemos a quedar de nuevo para continuar con nuestras agotadoras maratones parisinas. O para cualquier otra cosa: porque estaba segura de que su compañía me resultaría igual de grata en cualquier otro destino o ciudad del planeta y en cualquier circunstancia o etapa vital.

Sabíamos que seguramente no volveríamos a vernos, pero tampoco era conveniente hacer un drama de algo previsible desde el mismo momento en que uno se cruzó en el camino del otro en la pequeña frutería de Pier. La casualidad nos había unido por unos días, pero el devenir de los acontecimientos nos devolvería a cada uno a nuestras ciudades de origen.

Pese a ello me sorprendí cuando subí a mi habitación, bastante afectada por la separación, y volqué el contenido del bolso que había utilizado en mi última jornada parisina para empezar a organizar el equipaje. Encontré una dirección de Madrid escrita de forma rápida e imprecisa en una arrugada servilleta de papel de nuestro café favorito. En un descuido, seguramente en una de mis visitas al cuarto de baño, Hernán había depositado ese papel en el interior del Hermés.

Quizá algún día, pulsaría el timbre de la puerta que me indicaban esos garabatos, pero ahora no podía saberlo.

Mis últimos días en París también sirvieron para tener a Jack presente con mayor insistencia. Pero desde la mejor perspectiva posible para mis intereses: conforme se acercaba el momento de abandonar la ciudad, también se alejaba la figura de un hombre que quería olvidar cuanto antes. Se iba haciendo muy pequeñita en mi cabeza, como si quisiera relegarle al último rincón de mis recuerdos.

Al principio, puede que durante la primera semana, apenas me acordé de nada que tuviese que ver con él. La admiración que me invadía ante semejante espectáculo arquitectónico y la suerte con la que tropecé de cara al coincidir con Hernán comprando manzanas en aquella coqueta frutería que permanecería en mis recuerdos, neutralizó los pensamientos negativos que me machacaban en Nueva York.

Y luego, conforme pasaban los días en tierras francesas, mi añoranza por él se hizo latente cuando lo eché de menos en algún café, entre los pasillos de la Sorbona, en alguna cena, mientras contemplé la felicidad de alguna pareja desconocida, cuando navegué al atardecer por el Sena y desde lo alto de la Montparnasse, cuando una increíble mezcla de sensaciones se apoderó de mí en esa famosa torre de la Ciudad del Amor.

Mi cabeza se preguntaba por qué no era él la persona que me hacía reír a cada minuto, el hombre con el que debatía acerca de cualquier asunto, desde el más controvertido hasta el más

intrascendente, el chico travieso con el que echaba peleas de camisetas mojadas o la personalidad férrea que guardaba en su interior la certeza de quién era y hacia dónde quería dirigirse.

Pero fueron sensaciones efímeras, afortunadamente. Porque conforme se acercaba el momento de regresar a la realidad, mi mente pareció ordenarse por completo, como cuando encajas la última pieza de un puzle después de infinitas combinaciones previas. Entonces comprendí que había llegado el momento de desprenderme de todo lo negativo, de recuerdos tóxicos, de alejarme de tonterías, de comportamientos inmaduros, de conformistas vocacionales, de seres acomplexados, de almas grises y de atormentados niños de papá.

En Manhattan había dejado las riendas de la relación en manos de un desequilibrado sentimental y me había adaptado sin rechistar a su modo de hacer las cosas, tan incomprensible como absurdo. Mi actitud pasiva, más por comodidad que por dejación, había relegado algunos de mis principios básicos, como la iniciativa o la espontaneidad. Tenía que cortar de raíz ese error. Debía de pasar página a una historia dolorosa y desagradable que no me había aportado nada bueno.

Y lo más importante es que durante mis últimos días en París me concentré en mí misma: en decidir lo que quería despojándome de todo lo que no tuviese que ver con mis verdaderos deseos. No me costó dilucidar lo que deseaba para mi futuro; al menos, lo que iba a afrontar en mi futuro más próximo. Fui capaz de enfocar con claridad en mi mente (hasta entonces mi entendimiento había estado entre anestesiado y nublado) cómo iba a actuar de ahí en adelante. Reflexioné y tomé las decisiones que hasta entonces no había sido capaz ni siquiera de plantearme en el Upper East Side.

Me desprendí de los comportamientos egoístas e individualistas que no conducen a ninguna parte, impuse a mi rígida forma de ser más dedicación y generosidad hacia los demás, flexibilidad, una gran dosis de predisposición para dedicar mi tiempo a iniciativas productivas — la enología y la cultura eran el mejor punto de partida— y por primera vez en mi vida me volví empática con las circunstancias ajenas, en vez de intentar salirme con la mía a toda costa.

Estaba absolutamente satisfecha de este novedoso planteamiento, con el convencimiento pleno de ponerme manos a la obra en cuanto pisase tierra firme. El resultado final del viaje a París había sido excelente, se habían cumplido los objetivos y superado con creces mis expectativas: salí de allí con las fuerzas renovadas, la autoestima recuperada, mis ideas aclaradas, con propósitos firmes, un optimismo generalizado y con la determinación innegociable de retomar algunas iniciativas y proyectos que habían quedado en un segundo plano durante los últimos meses.

Sin descuidar el hecho de estar abierta y receptiva a todo lo que el destino tuviese preparado para mí: fuese lo que fuese me sentía capacitada para enfrentarme a un nuevo horizonte vital.

Y me prometí a mí misma que de ahora en adelante, la última decisión acerca de todo cuanto estuviese por venir, iba a depender únicamente de mi voluntad.

III PARTE

Amanecer en la Toscana

Capítulo X

El Manhattan Medieval

Paz interior y armonía. Esas eran las dos palabras que definían a la perfección mi estado de ánimo desde que pisé esta región de Italia. Una inmensa calma era lo que ahora gobernaba mi mente y presidía mi espíritu. La Toscana fue el destino elegido cuando decidí que había finalizado mi etapa en París. Desde la primera noche que pernocté allí, percibí que tenía ante mí un mapa de emociones por descubrir, que había llegado a un lugar que fusionaba un sinfín de sensaciones y todas eran buenas. Confiaba en que me estaba enfrentando a mi particular oda a los nuevos comienzos.

Durante mi estancia en Italia tenía que conocer a fondo todo el patrimonio que atesoraba esta región, aunque a lo largo de las carreteras y caminos que me habían conducido hacia nuestras propiedades desde Florencia, ya me había empapado de sus icónicas colinas perfiladas por viñedos y cipreses, de sus campos salpicados de girasoles y rematados en la línea del horizonte por pequeños montículos ondulantes. Podía sentir que quizá estaba a punto de saborear mi porción vital de dulce vida. De lo que sí estaba segura era de que tenía por delante un tiempo precioso para aprender y para contemplar con mucha calma la belleza más genuina que se mostraba frente a mis ojos.

No deseaba regresar todavía a Nueva York y tenía claro que quería conocer a fondo los secretos de la enología y la viticultura para comenzar a formar parte, de una manera activa, de los negocios de la familia. Había llegado mi momento. Cuando más adelante volviese al bullicio de la Gran Manzana, también tenía decidido que iba a colaborar con mi madre en la Casa de la Cultura y en todo lo que rodeaba a la Feria del Libro de los Mountbatten, un evento que cada año se engrandecía y estaba adquiriendo relevancia a nivel mundial.

Pero ahora tenía por delante unos meses entre viñedos, vides, uvas, cepas, barricas, podas, vendimias, fermentaciones y campos coloridos. Nuestra finca vinícola, inmensa, con cientos de hectáreas, se encontraba a menos de una hora de la ciudad de Florencia. En el área norte, estaba la bodega; y más allá, los terrenos que acogían esas miles de vides que, año tras año, nos regalaban buenas cosechas. En el área sur, se erigía orgullosa la residencia toscana de la familia, el que iba a ser mi hogar durante las próximas semanas. Del mismo modo que partí de Nueva York hacia París con solo el billete de ida, tampoco había comprado los boletos de vuelta antes de recalar en la Toscana. Desconocía por cuánto tiempo iba a permanecer allí. No me había impuesto planes de antemano ni fechas en el calendario.

La villa era una mansión preciosa. A mí me fascinaba su fachada rosa, de estilo neoclásico, rodeada de coloridos jardines, cipreses y olivos. Detrás del edificio se extendían un pequeño bosque y tras él, las hectáreas cuajadas de viñedos. Contaba con ocho dormitorios, varios salones, biblioteca, un comedor con una mesa en la que tenían cabida hasta veinte comensales,

piscina interior y exterior, y dos pequeñas casitas independientes situadas en el jardín posterior para acoger a invitados.

La estancia de la que siempre había estado enamorada, desde la primera vez que visité la Toscana, era un pabellón acristalado, situado en un lateral de la residencia y decorado con decenas de macetas de orquídeas blancas. A través de sus ventanales se podían contemplar unas vistas sobrecogedoras de los campos de alrededor; era el lugar donde se servía el desayuno y se cenaba de manera informal.

La villa había sido decorada con mucho gusto por mi abuela Rosemary —todos alababan sus dotes como anfitriona, pero a mí me parecía que su principal don era la capacidad innata que tenía para crear espacios inolvidables: podía haber sido una de las mejores interioristas del mundo si se lo hubiese propuesto—. El suelo era de madera antigua —a veces sentías un crujido bajo tus pies mientras caminabas— y algunos de los techos conservaban sus frescos originales. Una auténtica delicia.

Mi abuela me contó que ella había dejado en las estancias principales numerosas piezas heredadas de los propietarios originales —unos aristócratas italianos que la construyeron a finales del siglo XVIII— y que había completado la decoración con muebles adquiridos en anticuarios de Italia y Francia, así como con numerosos objetos, obras de arte y reliquias de distintas épocas conseguidos en subastas internacionales. En cualquier caso, me parecía uno de los lugares más bonitos que yo había visto. Tenía alma y personalidad. Y aunque ya había visitado esta residencia en anteriores ocasiones, era ahora cuando la sentía más esplendorosa que nunca.

Seguramente porque la percepción de mis ojos estaba influenciada por el optimismo que reinaba en mi alma en esta nueva etapa.

* * *

La organización de la residencia estaba al cargo de Bianca, una dona enérgica y bondadosa, de edad indeterminada —yo suponía que rondaba los sesenta— de formas rotundas, ojos azul turquesa y pelo canoso que recogía en un moño bajo. Era una mujer que inspiraba confianza, de esas personas que cuando las tienes al lado piensas que nada malo puede pasarte. Se encargaba de supervisar que todo estuviese perfecto y de organizar al personal que trabajaba allí de manera permanente —jardinero, cocinera, chófer, doncella y responsable de mantenimiento—, así como de subcontratar a otras personas de confianza cuando la villa recibía invitados o varios miembros de la familia a la vez.

Era entonces cuando se requería de otro chófer adicional para ayudar en los desplazamientos, un par de asistentes en la cocina y una o dos doncellas más. Durante mi estancia, no eran necesarios más empleados que los habituales.

—¿A qué hora quiere que le sirvamos el desayuno, señorita Victoria?

—Por favor, llámeme Victoria, a secas. Nada de señorita. Y me puede tutear.

—No sé si eso del tuteo está bien, señorita...

—Lo está, se lo aseguro. Respecto al desayuno me lo podéis servir temprano. Voy a colaborar en los asuntos de los viñedos y la bodega. He venido aquí a aprender y trabajar, no de vacaciones. Creo que entre las ocho y las ocho y media será una muy buena hora.

—De acuerdo. ¿Y los almuerzos y las cenas?

—Las comidas las iremos viendo sobre la marcha, Bianca, porque van a depender de la actividad del día a día. Para las cenas creo que me voy a adaptar a los horarios mediterráneos y las vamos a dejar para las ocho y media o las nueve.

—Muy bien, así lo haremos. ¿Tiene alguna preferencia con los platos y los alimentos?

—¡Ninguna!

—¿Ninguna?

—Perdón, me refiero a ¡todas! Lo que quiero decir es que deseo probar la gastronomía toscana al completo: las recetas tradicionales, los platos de siempre y los productos autóctonos tan deliciosos que hay en esta zona de Italia. Pero lo dejo a vuestra entera elección. Lo que me sirváis, estará bien.

—Entendido. Le aseguro...

—Bianca, el tuteo...

—Perdón, te aseguro, que te vas a chupar los dedos con las especialidades de la cocina toscana.

—No me cabe ninguna duda. También quiero dejar claro desde el primer momento que no deseo ser una molestia para nadie. Como ya te he explicado esto no son unas vacaciones ni una visita de cortesía: estoy aquí para colaborar en la bodega. Y de paso, no me importaría aprender también todo lo relacionado con la organización de esta casa.

—Lo comprendo. Pero, en cualquier caso, la organización de la casa es nuestro trabajo. Y estamos aquí para hacerte lo más agradable posible tu estancia entre nosotros. Tenemos un gran cariño y estima a la familia Mountbatten. No tienes más que pedir lo que necesites.

—Muchas gracias. Ah, y una cosa más, Bianca.

—Adelante.

—Mañana y pasado no voy a comer aquí y no sé si llegaré a tiempo para la cena. Dante se ha ofrecido a ser mi guía en un pequeño tour por los alrededores. Me ha dicho que antes de profundizar en las tierras de mi familia, tengo que conocer a fondo todo lo que la Toscana puede ofrecer. «De lo general a lo particular» me ha señalado...

—Dante sabe muy bien lo que hace y lo que dice. Procura hacerle caso porque suele tener razón en todo lo referente al mundo del vino. Y me parece un razonamiento impecable: antes de comenzar por las propiedades privadas y los negocios familiares, hay que dominar la región donde se ubican.

—Yo también lo creo.

—Victoria, te advierto que todo lo que vas a descubrir en esta parte de Italia es de una belleza sublime.

—Estoy deseando que llegue mañana porque sé que me va a maravillar cada rincón que visite. Si finalmente llegamos antes de la cena, te avisaré por teléfono para que me preparáis cualquier cosa. Unos bocados fríos estarán bien.

—De acuerdo, así lo haremos. Los embutidos toscanos son deliciosos y acompañados de los panes que horneamos a diario en el horno de leña de la cocina, se convierten en bocado de dioses.

—En cualquier caso, puedo ir yo misma a la cocina y prepararme cualquier cosa.

—Mientras esté en esta casa, las cenas son responsabilidad mía.

—Entendido, Bianca. Es solo que no quiero molestar.

—Hacer bien mi trabajo nunca será una molestia.

Dante era el máximo responsable de nuestras bodegas toscanas. Las dirigía junto a Jon; era un hombre en quien mi hermano confiaba y en el que delegaba las decisiones importantes. Yo no le conocía personalmente y cuando lo vi por primera vez, me impresionó. Por la responsabilidad que atesoraba imaginaba que sería un hombre maduro, alguien que se acercaría al medio siglo tal vez, pero lo que me encontré fue a un joven de no más de treinta y cinco años con un porte impresionante.

Italiano, nacido en Milán, alto, fibroso, con la tez bronceada, un rostro anguloso, nariz irregular, el cabello del color de la miel y unos expresivos ojos verde oliva. Cuando acudió a recogerme en la mañana del sábado para hacerme de guía por los campos y pueblos toscanos, vestía unos pantalones de pinzas azul oscuros, mocasines del mismo color, camisa azul celeste y un fular de cashmere alrededor del cuello en tonos pastel.

Al tenerlo cerca me resultó palpable comprobar que lo que se afirmaba en el mundo de la moda, era cierto: no hay hombres más estilosos que los italianos. Saben combinar tejidos y colores como nadie, y el corte de las prendas que se confeccionan en el país alpino, es inmejorable.

Pero todavía me esperaba una sorpresa más antes de comenzar mi particular tour guiado por las localidades vecinas: en el camino que daba acceso a la residencia había un descapotable, un modelo clásico de color amarillo estaba esperando por mí.

—Es mi coche especial para las grandes ocasiones —me dijo Dante—. Descubrir la Toscana en toda su plenitud pasa por atravesar sus senderos serpenteantes en un vehículo sin capota.

—Es una maravilla, Dante. Muchas gracias por ofrecerte a enseñarme la región y por hacerlo de una forma tan especial. Qué coche tan bonito, es una maravilla.

—Desde mi punto de vista, es uno de mejores cabrios de la historia. Pero qué voy a decir de mi pequeña joya...

—¿Qué modelo es?

—Un Mercedes-Benz 190 SL; se fabricaron unas 26.000 unidades y solamente se produjo desde el año 1955 hasta 1963. Me costó conseguirlo y ahora es mi capricho más querido.

En cuanto subí a ese automóvil tuve claro que iba a disfrutar de un fin de semana inolvidable, repleto de sorpresas. Y así fue. Antes de comenzar el recorrido ya sabía cuál iba a ser la primera parada porque, en cuanto me acomodé en mi asiento, Dante me dijo:

—En honor a una neoyorquina creo que lo más acertado es que te lleve a conocer lo que por aquí denominamos nuestro Manhattan Medieval.

—¿¿¿El Manhattan Medieval??? —pregunté completamente asombrada—. ¡Jamás lo había escuchado!

—Me estoy refiriendo a San Gimignano. Su estampa se puede equiparar a un skyline de otra época. Aunque ahora no caigas, seguramente habrás visto alguna vez su imagen más típica, la que aparece en todas las postales: los viñedos en primer plano y el pueblo al fondo con sus imponentes torres. Esas torres dispares y de cierta altura, son las que precisamente le han otorgado el título de Manhattan Medieval. Lo comprenderás en cuanto lo veas.

—Uff, suena de maravilla. Estoy deseando descubrirlo.

—Además, la carretera que lleva hasta el pueblo va mostrando alguna de las mejores vistas de la Toscana.

Dante tenía razón en sus apreciaciones. No podíamos haber comenzado por un mejor punto de partida. San Gimignano era una impresionante villa de otra época en cuyo centro urbano se concentraban hasta trece torres construidas en el Medievo. Las panorámicas antes de acceder al

pueblo daban esa impresión: estar viajando en el tiempo para visualizar frente a ti lo que debía ser un skyline de antaño.

El centro del pueblo también era precioso: palacetes, torreones, estrechas y empinadas calles empedradas, y sus dos plazas principales —conocidas como el Duomo y la Cisterna—. Era justo allí donde se ubicaban la mayoría de esas torres, erguidas a modo de pétreos rascacielos medievales, a cada cual más alta. Precisamente ese era el objetivo perseguido por las familias rivales que las levantaron a lo largo de los siglos XII y XIII: que la torre construida por ellos fuese más alta y vistosa que la de sus adversarios.

Antes de marcharnos nos acercamos hasta el mirador que se encuentra a espaldas de la plaza de la Cisterna para contemplar unas panorámicas inolvidables de los paisajes toscanos.

Cuando subimos al coche camino de la siguiente localidad que íbamos a visitar, Dante me fue explicando las características de los principales vinos de la región. Mientras lo hacía, resultaba fácil comprobar que le apasionaba su trabajo. Me di cuenta de que Jon —toda la familia, en realidad— contábamos con un magnífico aliado en tierras italianas. Y un buen representante para los intereses de la familia.

—¿Cuánto sabes de los vinos de la zona?

—Mucho menos que Jon, me temo... —dije, mientras notaba cómo me ruborizaba por mi ignorancia—. Precisamente por eso he venido: para aprender. Y tengo intención de permanecer aquí una temporada.

—Y con todas las bodegas que tenéis los Mountbatten alrededor del mundo, ¿por qué nos has elegido a nosotros?

—Napa y Jerez son puros «territorios» de Jon. Me refiero a que él las dirige personalmente y es buenísimo en lo que hace.

—Sí que lo es, sí.

—Así que he preferido decantarme por otras bodegas que no cuenten ya con la dirección de un Mountbatten. Sudáfrica está demasiado lejos y Chile relativamente cerca; cerca de Nueva York, me refiero. En Francia he pasado las últimas semanas; no en nuestras bodegas de Borgoña y Burdeos, pero sí en París. Así que me quedaba Italia por experimentar. Además, esta región siempre ha atraído poderosamente mi atención.

—Has hecho una buena elección y no te vas a arrepentir.

—Eso creo yo.

—Bien, entonces voy a comenzar dándote unas breves pinceladas sobre la zona de Chianti.

—¿La que da nombre al vino que se llama igual?

—La misma. Los vinos Chianti están elaborados con, entre un 75 % y un 100 % de uva Sangoviese, que es una de las mejores uvas italianas. Las normas de producción difieren según los distintos tipos de vino que van desde el más común, el Chianti a secas, al más exclusivo que se conoce como Chianti Superiore. En algún momento te llevaré a conocer Montefioralle, una de sus localidades más representativas.

—Me parece perfecto. He leído que es otro de los tesoros imperdibles de la Toscana.

—Así es. Te encantará. ¿Conoces algún otro de los vinos que se elaboran por aquí?

—Sí, el Nobile de Montepulciano.

—Ajá, ese es el que elaboramos nosotros.

—Por eso lo conozco, qué remedio. Pero solamente lo más básico, no te creas...

—La zona donde se ubican nuestros viñedos es la más adecuada para cultivar la uva Sangoviese; esa es la que se convierte en el vino Nobile de Montepulciano. Para conseguir la

calidad que deseamos, el vino tiene que contar con un mínimo del 70 % de Sangoviese o Prugnolo. Se mezcla con Cannailo y pequeñas cantidades de otras variedades locales, como la Mammolo. Para comercializar el vino con nuestras etiquetas y con la calidad que nos caracteriza, lo hacemos reposar en barrica durante un mínimo de dos años.

Mi cara debió delatarme porque antes de preguntarme, Dante me miró de reojo con una expresión divertida.

—¿Demasiada información?

—Bueno... puede... En cualquier caso, voy a tener que conocer todas y cada una de esas uvas. Y de esos procedimientos...

—Por supuesto, pero poco a poco. No te agobies.

—Lo intentaré.

—También tengo que hablarte del Brunello de Montalcino, característico de los terrenos ubicados más al sur. En los campos que rodean Montalcino nace la uva que da lugar al Brunello. Un vino 100 % uva Sangoviese que procede de cosechas que tienen que pasar al menos cinco años en barriles de roble.

—De roble... —repetía yo mecánicamente, abrumada por tantos datos y cifras...

—Eso es. Si permanecen en las barricas por menos tiempo, entonces son conocidos como Rosso di Montalcino. Y no lo intentes memorizar todo, es mucho mejor que vayas conociendo los detalles con la experiencia y a pie de campo.

—Haré caso a todos tus consejos, no lo dudes. ¡Tú eres el experto!

—A veces me equivoco, ¿eh? No soy infalible...

—En todo lo referente al vino toscano eres una eminencia y así te pienso tratar —bromeé, mientras sentía cómo el aire del campo acariciaba mi cara. Olía a fresco, a puro, a cipreses...

La siguiente parada de una jornada tan especial para mí, tuvo lugar, precisamente, en Montalcino. De origen etrusco, estaba emplazado en una colina, como la mayoría de los pueblos de los valles de los alrededores y rodeado por unas magníficas murallas. Una de sus principales atracciones era la abadía benedictina de Sant Antimo.

—Se dice que fue fundada por Carlomagno en el siglo IX —me indicó Dante.

—Voy a tener que ponerme al día con tantas cosas...

—Empezaremos con uno de los principales atractivos de este pueblo y que tienes que conocer obligatoriamente. Tómatelo como unas clases prácticas —me guiñó un ojo para decir a continuación—: Vas a probar su famoso vino Brunello, que está, sin duda, entre los mejores de Italia, y se produce con las uvas de los viñedos que cubren estas colinas.

—¡Me gustan este tipo de clases!

—Y lo vamos a probar en el café del nieto de uno de los pioneros en la elaboración de este tipo de vinos: Ferruccio Biondi, conocido como Florian di Montalcino, es el dueño del Café Fiaschetteria L'italiana. Es un establecimiento muy famoso en la zona; hasta el mismísimo príncipe Carlos de Inglaterra ha pasado tiempo entre sus muros.

En cuanto traspasamos su puerta, descubrí un café histórico de estilo Art Deco, uno de mis favoritos, que conservaba la mayoría de la decoración original. Unos bonitos espejos, mesas de mármol amarillo del siglo XIX y sofás de terciopelo rojo, eran sus principales señas de identidad.

—¿En la Toscana todo es extraordinariamente bello?

—Me temo que sí, Victoria.

No pude dejar de exclamar mi admiración porque todo lo que había visto hasta ese instante, era hermoso. Parecía que cada lugar que pisábamos formaba parte de un lienzo trazado con

líneas y combinaciones perfectas de colores, pintado por una mano maestra del buen gusto. Y en cada momento sobrevolaba una sensación de armonía, de paz y tranquilidad.

La última parada del día fue el famoso Montepulciano. Situado entre dos valles, el de Chiana y el de Orcia, era otro pueblo medieval suspendido en una colina y rodeado de murallas. Aunque todos tenían características parecidas, cada localidad estaba dotada de una personalidad propia y de un encanto único. Subimos caminando hasta la Piazza Grande mientras yo me empapaba de cada detalle, para contemplar el palacio municipal y la catedral, dedicada a Santa María de la Asunción. Antes de proseguir con la visita decidimos parar a comer.

—¿Alguna sugerencia? —le pregunté a Dante.

—Sí, me gustaría que conozcas el Caffè Poliziano. Además de unos increíbles techos de estuco y una decoración acogedora repleta de piezas y mobiliario de otras épocas, tiene un restaurante panorámico con vistas al valle de Orcia. Te vas a recrear con estos paisajes mientras disfrutamos de la auténtica cocina toscana.

—Suenan fenomenal.

—Este lugar era uno de los favoritos de Federico Fellini.

—¿Y qué me recomiendas que pidamos?

—Una tabla de embutido toscano para comenzar y risotto con trucha como plato principal; por supuesto, ambos regados por un vino de nuestras bodegas. En el restaurante tienen todas las etiquetas Mountbatten, son buenos clientes. Y para finalizar, no puedes privarte de un capuccino coronado con mucha espuma y polvo de cacao, acompañado de alguno de los dulces del día.

Hice caso de las recomendaciones de Dante, palabra por palabra. Y no me arrepentí. Estaba todo delicioso. De entre los embutidos me enamoró el salami ahumado; tenía que pedirle a Bianca que hubiese siempre salami en casa para incluirlo en mis desayunos. El risotto con trucha estaba para aplaudir y las vistas que teníamos alrededor —nuestra mesa estaba en la terraza, a los pies del valle— convirtieron la comida en el Caffè Poliziano en una de las más memorables de mi vida.

Por la tarde, antes de emprender el camino de regreso, visitamos el palacio renacentista de Bucelli, del que me llamaron mucho la atención sus urnas etruscas y las inscripciones romanas; tanto como el crucifijo de madera de la iglesita de San Agustín, atribuido a Donatello, y la iglesia de la Madonna di San Biagio, inspirada en el proyecto del Vaticano.

Regresamos cuando ya estaba cayendo el sol y quedamos a primera hora del domingo para proseguir con nuestras visitas por la zona. El día había resultado espléndido y Dante, además de un hombre atractivo y un gran experto en vinos, era una persona agradable. Y buen conversador.

Con el paso de las semanas comprobé que era muy hermético respecto a su intimidad y a su vida personal. Pero a la larga terminé por enterarme que tenía mucho éxito con las mujeres, aunque rehuía del compromiso. En cualquier caso, como anfitrión era estupendo. Un hombre cuya compañía merecía la pena. Mi primer contacto con la Toscana no podía haber sido mejor.

Antes de caer rendida en la cama y dormir como un bebé durante más de nueve horas, no pude evitar hacerme una pregunta que me rondaba por la cabeza: ¿acaso mi lugar se encontraba lejos de Manhattan? París había resultado una escapada espléndida cuando más lo necesitaba, pero la Toscana me estaba fascinando. Todo era hermoso en estos rincones de Francia e Italia; cada lugar parecía más bello que el anterior y cada uno de ellos tenía alma. Además, yo jamás me había encontrado tan plena, serena y llena de paz interior. Quizá debía interpretar las señales que el destino parecía estar poniendo en mi camino.

Capítulo XI

Entre vides y barricadas

A la mañana siguiente Dante ya me estaba esperando en su particular reliquia sobre ruedas y descapotada cuando asomé la cabeza por el sendero que daba acceso a la residencia familiar.

—Has madrugado más de lo que pensaba.

—Victoria, has de saber que me tomo la puntualidad muy en serio. Una persona que ni siquiera cumple su palabra en algo tan simple como estar a tiempo a la hora que se ha comprometido, no es de fiar.

—Mmm... Interesante deducción. Tomo nota de tu consejo.

Ese día él llevaba unos pantalones claros a juego con una sahariana de color crema. Como tenía el rostro bronceado, esos colores tan tenues le sentaban fenomenal y realzaban su buen color. Calzaba unos Oxford de piel en tono camel.

—¿Preparada para tu segundo día de aventuras toscanas? —me preguntó.

—Como sea tan bueno como el primero, la jornada promete —respondí—. Y mucho.

—¿Has dormido bien?

—Fenomenal. Desde que aterricé en Europa me he dado cuenta de que descanso mucho mejor que en Nueva York.

—Es normal. Las grandes ciudades tienen algunas ventajas, pero no dejan de ser un imán para la polución, la contaminación acústica, el estrés y la angustia.

—¿De dónde eres?

—Yo nací y crecí en Milán, que tiene una población cinco veces inferior a la ciudad donde tú vives. Y, sin embargo, no dudé en trasladarme aquí en cuanto tuve la oportunidad. No me quiero imaginar cómo me sentiría yo en una ratonera como la Gran Manzana... ¡Atrapado es poco!

—Supongo que podrías acostumbrarte. Nueva York también tiene mucho que ofrecer. Cuando nos visites en Manhattan, voy a tener la obligación de hacer de guía para ti. Aunque no sé si seré tan buena como tú en las labores de cicerone...

—El problema no radica tanto en el guía como en los rincones que se visitan: por mucho que te empeñases, en la ciudad de los rascacielos no encontrarías tesoros tan auténticos, genuinos y con tanta historia detrás como los que hoy vamos a disfrutar.

—Posiblemente, eso no te lo puedo rebatir.

—¡Ni lo intentes, neoyorquina!

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Más de siete años. Desde que me marché de Milán. Los tres primeros estuve trabajando en otra bodega, la de los Agnelli, muy cerca de Siena. Desde hace cuatro años trabajo para los Mountabatten.

—Cuando hablas de los Agnelli, ¿te refieres a la famosa familia aristocrática italiana? ¿A los

propietarios de Fiat?

—A ellos mismos, sí. Históricamente han sido muy influyentes en el ámbito político, económico, financiero e industrial de este país. Trabajar a su lado me abrió muchas puertas y una excelente agenda de contactos, la verdad.

—¿Por qué te decidiste a cambiar?

—Porque Jon me propuso mayor libertad en la toma de decisiones y gran nivel de responsabilidad. Incluso cierta autonomía en la dirección de la bodega. Y ha cumplido a rajatabla cada uno de los puntos a los que se comprometió.

—Eso quiere decir que estás contento trabajando con nosotros.

—Sí, lo estoy.

—¿Cambiarías lo que actualmente tienes?

—Depende.

—¿De qué?

—No estoy buscando nada ahora mismo y me gusta lo que hago y donde estoy, pero siempre hay que estar atento a las oportunidades que surgen a tu alrededor. Y receptivo con los cambios y las señales que la vida te va ofreciendo, aunque a veces no sean claramente perceptibles.

—¿Por qué podrías llegar a cambiar esta etapa que tanto te gusta?

—Por un nuevo reto, por comenzar un proyecto desde cero y hacerlo crecer hasta el infinito, por cualquier nueva oportunidad que presienta que me puede hacer muy feliz...

—¿No te dan miedo los cambios?

—En absoluto. La vida es puro cambio. Y una gran parte del éxito de saber exprimirla al máximo, consiste en ser flexible y adaptarse a todo lo nuevo que está por llegar.

—A veces no es tan fácil, Dante...

—Lo que ocurre es que los seres humanos nos acostumbramos a nuestras rutinas: cuando nos acomodamos nos sentimos más seguros. Si eres una persona sensata, los cambios pueden imponer cierto respeto, incluso temor. Eso es incuestionable. Pero el riesgo bien calculado suele terminar siendo ventajoso.

—Supongo que tienes razón. Para mí Nueva York era mi panacea, mi reino particular. Cuando salí de allí lo hice por pura inercia. Pero estoy descubriendo que aventurarme en lo desconocido, primero en París y ahora en la Toscana, me está resultando completamente enriquecedor. Casi liberador.

—Y estoy casi convencido de que lo mejor para ti está por llegar, Victoria. Eres todavía muy joven y la vida te va a sorprender.

La primera parada del día tuvo lugar en Pienza, ejemplo perfecto de los cánones urbanísticos del Renacimiento. Aunque no llegaba a los tres mil habitantes, a lo largo de sus calles y plazas acogía numerosos tesoros: la catedral con sus enormes ventanales, el palacio episcopal o la concatedral de Santa María Assunta —también conocida como Duomo de Pienza— en la que llamaba la atención el equilibrio de formas góticas y renacentistas.

También me impresionó el palacio Borgia, llamado así porque fue donado por Pío II —el famoso papa nacido en Pienza— al cardenal Rodrigo Borgia, uno de sus estrechos colaboradores que también llegaría a ser a su vez a ser papa con el nombre de Alessandro VI.

La segunda parada del día la hicimos nada más salir de allí, porque a tan solo diez kilómetros se encontraba San Quirico, otro precioso pueblecito repleto de historia. Aunque antes de adentrarnos en sus calles, Dante paró el coche en medio del camino y me señaló con la cabeza una pequeña edificación.

—Mira hacia allá —me dijo con una sonrisa en los labios—. Nos encontramos ante uno de los enclaves más fotografiados de la Toscana. Hay imágenes de la campiña y de nuestros paisajes que se replican una y otra vez en todo tipo de soportes gráficos y visuales; el que tenemos enfrente es uno de ellos.

Efectivamente, tal y como me indicaba Dante, estábamos delante de uno de los lugares más fotografiados de la Toscana, cuya imagen todos hemos visto en cientos de ocasiones: la Cappella of Vitaleta. Era una pequeña capilla enmarcada por cipreses a ambos lados, una joya en miniatura construida en piedra blanca, y rodeada de colinas verdes y onduladas. Parecía demasiado idílica para ser de verdad. No pude evitar sacar el iPhone, tomar instantáneas desde todos los ángulos y subir una de las fotografías a Instagram. La luminosidad del día y el cielo despejado, convirtieron mis fotos en estampas de postal.

—Además de bucólica, esta capilla también tiene su historia —me informó Dante, quien parecía saberlo todo sobre la región—: Fue construida a lo largo del siglo XII en el lugar donde cuenta la leyenda que la Virgen María se le apareció a una pastorcilla.

San Quirico, como no podía ser de otra manera, también me enamoró. El pueblo debía su nombre a un niño mártir de tres años a quien el emperador Diocleciano envió a morir por confesar reiteradamente su fe en el cristianismo. Su centro histórico estaba rodeado, —cómo no —, por murallas, a la que vez que se encontraba repleto de torreones, tejados picudos y otras regias edificaciones de piedra. También ofrecía bonitas panorámicas sobre todo el valle de Orcia: desde el volcánico monte Amiata a las localidades vecinas de Montalcino y de Pienza.

Sus calles empedradas se encontraban llenas de restaurantes y tiendecitas. La Via Dante Aligheri, la calle principal, llegaba a la Piazza della Libertà, el corazón del pueblo, donde se ubicaba la pequeña iglesia de San Francesco. Pero la verdadera protagonista era la colegiata de Santa Maria Assunta, construida para conmemorar el centenario del sacrificio del mártir. También visitamos Horti Leoni, un jardín del siglo XVI de estilo renacentista que llamaba la atención por ser cuadriculado en cada rincón.

Después de pasear durante largo rato por San Quirico y disfrutar de dos deliciosos helados artesanales —de pistacho para él y de stracciatella para mí—, nos acercamos hasta la aldea cercana de Bagno Vignoni, el paraíso termal de la Toscana. Era un pueblo rodeado de rocas y castillos, famoso por sus aguas sulfurosas.

—Están a más de cincuenta grados y son aguas que, supuestamente, lo curan todo.

—¿Las has probado, Dante?

—La verdad es que no.

—Pues en algún momento tendremos que venir a sumergirnos —me aventuré a decir.

En la plaza principal había una gran piscina de la época romana donde los edificios se reflejaban en sus aguas. Era otra estampa de postal; tampoco pude resistirme a compartir la hermosa instantánea en Instagram. Desde esa plaza salían unos canales rebosantes del agua milagrosa que recorrían todo el pueblo y que documenté debidamente a través de los stories.

—Utilizas mucho las redes.

—No puedo evitarlo. Puro vicio, supongo. Dime tu nombre de usuario para seguirte.

—No tengo Instagram.

—¿¿¿En serio??? ¿No tienes Instagram? En el Upper East Side eso es pecado mortal.

—No me gusta estar monitorizado en todo momento y en tiempo real. Además, ¡estamos en la Toscana! ¿Por qué ver a través de la pantalla las maravillas que pueden contemplar nuestros ojos con solo echar un vistazo a lo que nos rodea?

* * *

Después de algunos días dedicados a las actividades turísticas, históricas y culturales, llegó lo verdaderamente importante para mí: aprender cómo se elaboraban nuestros vinos y todos los secretos acerca de cómo se dirigía una bodega. Sabía que me iba a tener que emplear a fondo y esforzarme mucho, pero me sentía preparada. De hecho, la etapa vital que atravesaba después de esos últimos meses tan convulsos en Nueva York y esa especie de renacer vital que creía estar afrontando y cuyo punto de partida fue mi viaje a París, me hacían sentir más capacitada que nunca.

Enseguida Dante se encargó de que me pusieran al corriente de los procesos más importantes que íbamos a afrontar en la bodega a lo largo de los próximos meses. A veces lo hacía él personalmente y en otras ocasiones me ponían al tanto las personas de su equipo, como Pier, el hijo de Bianca, un enólogo muy reconocido en Italia que trabajaba para nosotros. Era tan buena persona como su madre y uno de los colaboradores del equipo más cercanos a Dante.

Todos los que formaban parte de nuestra bodega toscana se mostraban receptivos ante mi presencia y hacían lo posible para que yo me sintiese bien recibida. Algunos de ellos llevaban toda su vida laboral trabajando en esos viñedos, así que, en parte, los consideraban suyos. Yo pensaba que eran tan suyos como nuestros porque sin su esfuerzo ninguno de los éxitos conseguidos con nuestros vinos italianos hubiese sido posible.

Como había llegado a Italia a finales de agosto, lo primero que iba a presenciar era la vendimia que estaba a punto de comenzar. Cuando llegaban las primeras uvas (y estaban a punto de hacerlo), en la bodega se comenzaba a elaborar el vino con un proceso de despallado que consistía en separar los granos del fruto del raspón.

—¿El raspón? —pregunté a Pier con interés, puesto que jamás había escuchado esa palabra.

—Sí, así se llama a la estructura herbácea del racimo.

—¿Y luego?

—Después se prensan las uvas y se dejan en maceración; ese es el momento en el que las pieles se dejan en contacto con el vino para extraer el color, aromas y taninos.

—Ay, Pier, perdona mi ignorancia, pero ¿qué son los taninos?

—Sabía que me lo ibas a preguntar —respondió sonriendo. Cuando lo hacía su expresión me recordaba al rostro risueño de Bianca—. Los taninos son los elementos que producen el sabor áspero y ese amargor característico al tomar un vino. También aportan complejidad al sabor.

A lo largo del mes de octubre, el mosto comenzaba la fermentación alcohólica que era un proceso clave en toda la elaboración: el mosto se convertía en vino cuando las levaduras convertían el azúcar en alcohol. Luego se producía la fermentación maloláctica en la que el ácido málico se convertía en láctico. Este proceso es el que redondeaba el carácter de los vinos. Todas las personas con las que conversaba también me dejaron muy claro que de noviembre a junio los bodegueros no parábamos de trabajar: trasegar, clarificar, envejecer, embotellar...

Clarificar consistía en «limpiar» el vino puesto que contenía materias sólidas en suspensión como células de levaduras, partículas de hollejos y de pulpa. Si no se retiraban a tiempo, el vino podría estropearse. El trasego se realizaba para trasvasar el vino de una bodega a otra, y se hacía después de la clarificación. También servía para airear el vino. Luego había que filtrarlo para

retirar las partículas de un tamaño específico y otras materias sólidas para evitar una segunda fermentación.

Otro de los procesos clave en la elaboración de los vinos era el centrifugado —que consistía en girar el vino en el interior de un tambor— para expulsar las materias sólidas hacia la periferia y luego extraerlas.

—Pero se trata de un procedimiento que requiere mucha atención porque si se abusa de ese centrifugado, pueden llegar a estropearse los aromas del vino —me explicó Pier.

También me detalló en qué consistía la pasteurización:

—Es otro método para eliminar las bacterias y las levaduras y evitar una segunda fermentación. Se realizaba calentando el vino a altas temperaturas durante unos pocos segundos o durante más tiempo si se hacía a una temperatura menor.

Y aprendí in situ acerca del atestamiento: en las barricas, el vino se evaporaba dependiendo de la temperatura y el porcentaje de humedad de la bodega. Para evitar la oxidación, el vino evaporado se sustituía rellenando la barrica con vino procedente de otra. Fue Dante quien me contó los vinos más jóvenes salían de las bodegas a principios de año. Mientras que los vinos envejecidos, los que eran sometidos a una crianza, podían tardar años en ver la luz.

Sabía que el procedimiento de elaboración del vino no era sencillo porque lo había escuchado en casa desde que era una cría, pero jamás imaginé que fuese tan complejo. Era una metodología que duraba todo el año, porque durante el invierno y la primavera los equipos que trabajaban en la bodega se encontraban ocupados. Y en cuanto llegaba el verano había que poner de nuevo la bodega a punto y prepararla para la siguiente vendimia. Eran meses de mucho esfuerzo y dedicación en los que intervenían una gran cantidad de personas a las que había que escuchar, motivar y apoyar en todo momento.

—Y todos estos procedimientos que estás aprendiendo son la parte más teórica —me indicó Dante con una expresión severa; se ponía serio cuando hablaba de todo lo relacionado con la bodega. A mí me gustaba que lo hiciese porque demostraba que se tomaba muy en serio su trabajo—. Pero no te preocupes, porque son los expertos y los técnicos quienes se encargan de ejecutarlos: es su responsabilidad y lo hacen bien.

—¿No intervenimos?

—Sí, aunque no directamente. Los que dirigimos solo supervisamos. Aunque hay que hacerlo bien, estar al tanto de todo, ser meticuloso y tomar decisiones cuando hay problemas.

—Que imagino que siempre terminan por aparecer...

—Así es. En cualquier trabajo los imprevistos están a la orden día: ser un buen profesional consiste, en parte, en saber afrontarlos y resolverlos de manera rápida y eficaz.

—Y supongo que ahora me vas a explicar otros asuntos que solo competen a los bodegueros, directivos y propietarios...

—Hay una parte importantísima del negocio que recae sobre nosotros, Victoria.

—Te escucho.

—Me refiero a la comercialización, la venta y la fidelización de los compradores y clientes principales. A lo largo de todo el año debemos estar en contacto con ellos e incluso viajar a menudo para visitarlos en sus lugares de origen. Hay que dominar las nuevas tendencias, saber qué etiquetas están funcionando mejor o cómo recibe el mercado los nuevos vinos que vamos lanzando.

—¿Eso tendré que hacerlo yo?

—Sí, y además sé que lo harás bien. Tienes aptitudes y actitud en las relaciones

interpersonales. Y que una Mountbatten visite a sus clientes será un honor para ellos. Siempre les agrada que los propietarios de las bodegas les otorguen la importancia que merecen. Cuanto mejor les cuidemos, mejor expondrán, venderán y recomendarán nuestros vinos.

—Sí, supongo que sabré hacerlo. Desde pequeños mis hermanos y yo hemos visto en casa cómo mis abuelos y mis padres han ejercido con maestría el arte de las relaciones públicas. Si hay alguien en Manhattan que ha sabido tratar a todo tipo de clientes, autoridades, medios de comunicación y a otros públicos de interés, ese ha sido Patrick Mountbatten.

—Sin duda. Él siempre ha tenido un talento especial para saber cuándo, cómo y con quién relacionarse.

—Le vengo observando desde que era una niña, así que te puedo asegurar que hay cosas que tengo más que aprendidas.

—Pero también tienes que dominar el arte de la negociación: saber qué precios poner según volumen, cuándo se puede escalar por ventas, en qué porcentajes, a qué clientes...

—Eso ya me parece más complicado.

—Y lo es. Pero no te preocupes porque es algo que se aprende con el tiempo y con la experiencia. Aunque es cierto que hay que tener un cierto olfato para reconocer quiénes pueden llegar a ser grandes compradores y con quienes no merece la pena perder el tiempo.

—Estaré muy atenta a todo —respondí enérgicamente, aunque con una ligera preocupación. Era mucho lo que debía aprender en un corto período de tiempo.

—En cualquier caso, a partir de hoy me acompañarás a todas las reuniones que cierre de ahora en adelante. Y también viajarás conmigo para conocer a nuestros mejores clientes.

—Estaré encantada de ir contigo allá donde precisés.

—También te llevaré de visita a otras bodegas de la zona y te presentaré a sus propietarios. Aquí mantenemos buenas relaciones entre todos los viticultores de la región y hacemos piña cuando hay intereses comunes de la región que resolver.

—Y seguro que me será de una gran ayuda conocer a fondo a la competencia...

—Es importantísimo saber en todo momento qué avances y novedades está introduciendo nuestra competencia nacional e internacional. Pero también es conveniente intercambiar opiniones con otros bodegueros de los alrededores porque te transmitan sus experiencias y sensaciones, y eso siempre es enriquecedor.

—Será un placer acompañarte, así como conocer a cuantos productores de la zona me sea posible. Intentaré estar atenta y absorber todo el conocimiento que me transmitáis. ¿Hay algo más que deba conocer?

—¡Por supuesto!

—¿En serio? ¿Hay más? —pregunté resoplando.

—¡Mucho más! Un aspecto fundamental es estar al tanto de las novedades tecnológicas que afectan a nuestro negocio, así como de las necesidades hídricas de la vida.

—¿Necesidades hídricas? —había comprado una libreta e iba anotando todos los términos y expresiones que desconocía. Por la noche los releía y memorizaba.

—El riego y sus sistemas porque están en permanente evolución.

—Comprendo. Y por tu cara me parece que todavía no has terminado con el listado de tareas en este interminable proceso que conlleva elaborar vino.

—Efectivamente.

—Lo sabía..., dispara.

—Falta el etiquetado, embotellado, packaging, campañas de comunicación, marketing, redes

sociales... Es cierto que contamos con un gran equipo de profesionales en este ámbito en la sede principal de Estados Unidos; ellos nos dan apoyo a todos los países, coordinan de manera centralizada las grandes campañas y están al tanto del trabajo de nuestros empleados especializados en dichas disciplinas de cada región bodeguera.

—Pero tendré que conocer qué se está haciendo en cada momento y participar en los procesos...

—Así es. Veo que aprendes rápido, Victoria. Sobre todo, es importante nuestra intervención en estos temas cuando vamos a lanzar un nuevo vino.

—¿Por qué? —Creía saber la respuesta, pero prefería que Dante me lo confirmase. Y efectivamente el motivo era el que yo sospechaba.

—Porque somos nosotros los que conocemos mejor que nadie el producto durante su fase de lanzamiento y los que tenemos que dar las directrices precisas, acordes a sus características y personalidad. Cuando el vino ya está consolidado en el mercado, se puede delegar en el equipo de la central. Saben muy bien lo que se hacen y negocian de maravilla a escala global.

* * *

Ese fue el inicio de un otoño y un invierno en el que apenas paré de trabajar. Me gustaba lo que aprendía y la gente que me rodeaba. Dante se convirtió en un aliado, un buen compañero y una persona con la que me sentía muy segura. Era generoso transmitiendo sus conocimientos y divertido en las pocas horas de ocio de las que disponíamos.

A lo largo de las siguientes semanas y tal como él me había advertido, visitamos a algunos de nuestros principales clientes europeos. Eran viajes rápidos; la mayoría de las veces solamente dormíamos una noche fuera y no disponíamos de tiempo suficiente para disfrutar de las ciudades que frecuentábamos: aeropuerto, cliente, hotel, aeropuerto. Esa solía ser la rutina.

También conocí a los bodegueros más relevantes de la región y con algunos llegué a establecer una relación más que cordial. Incluso la mayoría me invitó a almorzar o cenar en sus residencias privadas, me dio a probar sus vinos (poco a poco iba conociendo a fondo los Chianti, Montepulciano y los Brunello) y yo devolvía inmediatamente su hospitalidad del mismo modo. Aunque los platos que preparaba Bianca cuando había huéspedes en casa, resultaban insuperables. Utilizaba muchos ingredientes —incluidas plantas aromáticas y especias— cultivados en nuestras propias huertas: tomates, calabacines, berenjenas, rúcula, calabaza, puerros, apio, pimientos, tomillo, alcachofas, endivias, patatas cilantro, salvia, romero...

—Ningún sabor es equiparable al que sacas de la tierra para meterlo directamente en los fogones —me decía a menudo—. Y la satisfacción de ver crecer y convertirse en fruto lo que has plantado con tus propias manos, no tiene comparación.

—Bianca, en cuanto pase el frío tengo que aprender a cultivar. En Nueva York los tomates saben a plástico y la mayoría de las verduras son insípidas...

—Cuando te acostumbres a alimentarte con los frutos que dan tus tierras, ya no quieres otra cosa.

Ella también horneaba el pan en casa; unos panes que además de contar con una corteza extra crujiente y una miga esponjosa, impregnaban todas las estancias cercanas a la cocina de un olor tan apetecible que abría el apetito.

Tampoco dejé de intercambiar todas opiniones que pude con los agricultores, ganaderos, jornaleros, comerciantes y gentes de la región con los que me iba cruzando. Además de ser amigables y hospitalarios, constituían una fuente de sabiduría impagable sobre las costumbres, la historia y el vino toscano. Y también sabían mucho sobre la vida y cómo disfrutar de ella. Viniendo de una ciudad como Nueva York en la que todo el mundo va con prisas y a su aire, me resultaba increíble que todos te saludasen, se interesasen por ti y te dedicasen generosamente gran parte de su tiempo.

Bianca era la persona que me cuidaba y con la que mantenía conversaciones más cercanas; ella tenía una habilidad especial para saber (con solo echarme un simple vistazo) si yo estaba agotada cuando regresaba de la bodega, si añoraba a los míos, si necesitaba unos mimos o simplemente tenía que alimentarme con alguno de sus contundentes guisos toscanos.

Desde que había llegado a Italia estaba disfrutando de unos festines culinarios como nunca antes. Hasta había ganado dos kilos de peso. Pero me veía con un aspecto más saludable; incluso mi rostro se había tostado por el sol, mis piernas se encontraban más torneadas por mis frecuentes caminatas a través de la campiña, y yo me sentía mucho mejor debido al contacto diario con el aire libre y la naturaleza.

También había cambiado mi forma de vestir. Obviamente los campos italianos no requerían de la formalidad, los trajes de fiesta, los estilismos de última moda o los taconazos de las firmas de calzado de lujo con los que salía por Manhattan. Sin descuidar mi aspecto porque yo era una mujer coqueta, ahora prefería los trajes pantalón de lino o algodón, fulares de cashmere, los colores suaves o pastel, los zapatos de cáñamo, las cuñas, y los vestidos ligeros y amplios con estampados finos y florales.

Algunos días, cuando me miraba al espejo, mi aspecto me recordaba al estilo informal —pero chic— que adoptó Carolina de Mónaco cuando vivió unos años en la Provenza francesa tras el trágico fallecimiento de su segundo marido. Se me había pasado por la cabeza cortarme mi larga melena rubia, pero al final nunca me decidía: era una de mis señas de identidad.

Hablaba a menudo con Tessa que no paraba quieta en ningún país; a pesar de su ímpetu viajero estaba mucho más centrada que hacía unos pocos años. Antes de cumplir los veinte fue rebelde, caprichosa y problemática; no dejaba de dar quebraderos a mi madre... Ahora meditaba, ayudaba al prójimo, era aventurera, intrépida y viajera, pero dominada por un espíritu zen. Eso sí, no se privaba de escapadas a destinos exóticos y mantenía efervescente su punto frívolo en cuanto pisaba Manhattan.

También conversaba frecuentemente con mis padres, con Jon y con mis amigas, especialmente con Alexa quien se había propuesto visitarme en algún momento, aunque nunca encontraba la fecha adecuada para desplazarse hasta Italia; al igual que mi padre, quien durante aquellas semanas pretendía pasar unos días conmigo, pero no podía viajar debido a que no dejaba de cerrar lucrativas operaciones inmobiliarias.

Desde el punto de vista más íntimo y personal, yo estaba satisfecha: desde que llegué la Toscana apenas recordaba el sufrimiento y la angustia que me había provocado Jack no hacía tanto tiempo. Parecía como si mi mente hubiese desterrado los recuerdos desagradables en cuanto me instalé en aquella zona tan bucólica que daba la impresión de estar diseñada para alcanzar la felicidad.

De quien sí me acordaba a menudo era de Hernán. Me preguntaba frecuentemente qué estaría haciendo, cómo se encontraría o si estaría ya organizando su próximo tour por las calles y ciudades de Europa durante los meses más cálidos que estaban a punto de llamar a nuestra

puerta. Siempre que recordaba nuestros días en mutua compañía en París y la cantidad de momentos que compartimos juntos, asomaba una sonrisa sincera a mi boca. Y entonces me sentía en paz. Llevaba a menudo colgado el pez koi: cuando lo hacía era como si él estuviese junto a mí, acariciando mi piel.

* * *

—Menos mal que hablamos de vez en cuando porque ya he perdido la esperanza de que vengas a hacerme una visita.

Alexa acababa de telefonearme y yo hablaba con ella a través del manos libres mientras disfrutaba de un limoncello Villa Massa. Estaba sentada en una mecedora ubicada en el jardín posterior, bajo un olivo centenario. La temperatura era agradable y los arbustos comenzaban a florecer. Yo me había aficionado a beber a media tarde este famoso licor elaborado con los limones del pequeño huerto de esta legendaria residencia amalfitana. Lo producían desde hacía décadas y de manera artesanal exclusivamente con la piel de limones Sorrento.

—Se me ha complicado un poco el invierno, Victoria, pero ahora que se acerca la primavera tengo que intentar hacer esa escapada pendiente a la bella Italia.

—Ya no sé si creerte...

—Que sí, créeme. Y más te voy a decir: si sigues ahí en verano, podemos hacer un tour por la costa de Amalfi y pernoctar en Capri durante un par de noches. Incluso cruzar a Croacia en velero a través del Mediterráneo si disponemos de más días.

—Pues esto que me estás contando es un planazo, Alexa. Pero he estado tan ocupada que ni siquiera he podido pensar sobre viajes o escapadas estivales...

—¿En serio? ¡Pero si va a comenzar la primavera! Si estuvieses en Manhattan ya tendríamos organizados dos o tres. ¿Tan explotada estás en tus propias bodegas? Pero si eres la dueña, querida.

—Precisamente por eso. Tengo que dar ejemplo de comportamiento y dedicación. Cuando yo llegué aquí no sabía nada acerca del vino y su elaboración, más allá de haber disfrutado de divertidos fines de semanas en las residencias de la familia que se encuentran entre viñedos. O de haber acudido a sus respectivas fiestas de la uva.

—O de bebértelo...

—Obvio. Pero ahora todo ha cambiado y me estoy tomando muy en serio cómo se dirigen los negocios familiares.

—¡Vaya! No sabía que estaban tan comprometida. ¿Y te gusta?

—La verdad es que sí. Estoy descubriendo una vocación más que una obligación. Cuando finalmente te dejes caer por la Toscana, te voy a enseñar todo lo que estoy aprendiendo. Y visitaremos los rincones con más encanto de la región, que son infinitos.

—La segunda parte me gusta más, pero me alegro mucho de que estés tan entretenida y ocupada. ¿Alguna novedad más personal? Ya sabes...

—Ninguna. Si a lo que te refieres es a si estoy manteniendo alguna tórrida aventura con un italiano apuesto que me corteje entre viñedos y cipreses...

—Uff, eso suena de maravilla. Y sí, es exactamente lo que te estaba preguntando. ¿Pero no te habían hecho amiga de un milanés muy atractivo?

—Sí, de Dante. Pero es mi jefe.

—Un empleado nunca puede ser el jefe de un propietario...

—Bueno, al menos es el hombre que dirige con éxito nuestra bodega. Me cae muy bien y nos llevamos estupendamente, pero eso es todo.

—¿Acaso actúas así porque crees que no es conveniente mezclar trabajo y placer como todos afirman?

—Lo creo, sí. Y, sinceramente, con la etapa sentimental tan complicada que dejé atrás en Nueva York, lo que menos me apetece ahora es otra aventura embarazosa.

—Podría llegar a comprenderlo, pero un romance en la Toscana con un italiano guapo debe ser toda una experiencia.

—Si no te lo discuto, pero entre los millones de hombres que residen en Italia no me conviene fijarme en el hombre de confianza de Jon.

—Por cierto, desde que te fuiste a París no hemos vuelto a ver a Jack. Resulta que desde que te marchaste apenas coincidimos con él en Crystal. Y en las últimas semanas tampoco vamos allí demasiado porque nos estamos aficionando a los nuevos sitios de moda de la temporada. Este año Manhattan es un hervidero de inauguraciones.

—No es una persona que me preocupe, Alexa. Ya no. Ni siquiera me interesa en absoluto. Desde que me marché a París es como si mi mente lo hubiese ido relegando a mi baúl de los recuerdos más lejano y pequeñito. Y ahora en Italia creo que habré pensado en él como máximo un par de veces.

—¿Y cuándo has pensado en él qué has sentido?

—Absoluta indiferencia.

—Eso está bien. ¿Sabes? Creo que tu viaje a París fue un acierto. Me da la sensación de que te sumergiste en una catarsis vital muy beneficiosa.

—Posiblemente. Sin duda fue un punto de inflexión definitivo. Y decidir venir a la Toscana con el objetivo de aprenderlo todo sobre los vinos de la familia, ha sido una de las mejores decisiones de mi vida. Estoy convencida de que será clave para mi futuro.

—¿Cuánto tiempo vas a permanecer allí? ¿Lo has pensado? Ya llevas varios meses entre pueblecitos con murallas, callecitas empedradas, vides y olivos.

—De momento no lo sé. Pero sí te puedo adelantar que quiero disfrutar de la primavera toscana. Ya me han advertido los lugareños que es un auténtico espectáculo. Y no descarto quedarme en Italia este verano. Además, quiero conocer a fondo Florencia y Siena, puesto que todavía no he tenido la oportunidad. Y como bien has apuntado, será imprescindible una escapada por la costa amalfitana.

—Como estás tan ocupada, esa déjamela a mí. Voy a organizar un tour por Positano, Ravello, Capri, Minori y Amalfi. Y no descartes el salto a Croacia.

—Bueno, bueno, tú prepara el itinerario que más te provoque que ya veremos luego si podemos llevarlo a cabo...

—Por cierto, no te lo he contado, pero la semana que viene Angie y yo nos marchamos una semana a la selvática Tulum. También se ha apuntado su hermano y un amigo.

—¿Ves? Eso sí me da un poquito de envidia, Alexa. Europa tiene muchos encantos, pero ningún enclave remotamente parecido al exótico Tulum. Echo de menos sus playas, despertar sobre la arena del Caribe y desayunar contemplando frente a mí todas las tonalidades de azul reflejándose en el agua.

—A nuestra vuelta del paraíso hablamos.

—Pasadlo bien.

—Nos daremos un baño por ti en tu cenote favorito, descuida. Y brindaremos con tequila por el éxito de tu aventura toscana en una de las cabañas de La Zebra.

—O al atardecer en uno de los nidos elevados de Azulik...

Capítulo XII

La Fiesta de la Uva

Al domingo siguiente de mi conversación con Alexa recibí una llamada de mi madre un tanto especial. Mantenerme en permanente contacto con Nueva York me hacía estar informada sobre todo cuanto acontecía en Torre Mounbatten y alrededores. Y me ponía al corriente sobre las novedades que afectaban a mi familia.

Ese día Dante, el hijo de Bianca —el simpático joven que trabajaba en la bodega como enólogo— y yo, habíamos pasado el día en Pienza. Solíamos organizar un plan gastronómico cada dos fines de semana. Ahora, con la llegada de la primavera, disfrutaba todavía más de estas escapadas debido a la explosión de luz y color; la combinación de verdes, azules, dorados y los campos en flor resultaba cautivadora.

Nos acercamos hasta allí para comer en la trattoria Latte di Luna. Nos apetecía saborear su famoso pato con olivas, el ragù de jabalí con trufa negra y sus postres caseros. Este acogedor restaurante era muy popular entre locales y visitantes, porque además de ser uno de los mejores del casco histórico de Pienza, contaba con un pasado cinematográfico. Allí acudieron a cenar en varias ocasiones los protagonistas de *El Paciente Inglés* mientras rodaban algunas escenas de la película en este pueblecito.

Era mediodía en Nueva York y pasaba la media tarde en Italia cuando cogí el teléfono.

—¡Hola, mamá! ¿Cómo va todo en la Gran Manzana?

—Como siempre, cariño: a un ritmo frenético y con la agenda completa para los próximos dos meses.

—Pues yo tengo que confesarte que cuanto más tiempo paso aquí, menos echo de menos el bullicio, el frenesí urbano y la hiperactividad...

—No me extraña. Esa zona de Italia es pura calma; a veces no me importaría dejarlo todo para vivir en Europa. Aunque yo elegiría el sur de España.

—Pues ya sabes, te lo puedes permitir.

—En este momento de mi vida, bien sabes que no me lo puedo permitir. Otto apenas lleva dos años dirigiendo el *Times Today* y se está consolidando como uno de los líderes de opinión más prestigiosos del país.

—Me alegro por él de corazón. Realmente se lo merece.

—Gracias, cariño. Estoy muy orgullosa de él. Pero no lo hago solo por él... La Casa de la Cultura Mountbatten jamás había tenido tanto prestigio a nivel internacional ni tantas nuevas actividades en marcha. Por no nombrar nuestra Feria del Libro. La edición de este año va camino de romper récord de asistencia.

—Lo sé y eso es porque se están haciendo las cosas muy bien. Y gran parte del mérito es tuyo. Siempre lo fue. Eres el alma de los proyectos culturales y solidarios de la familia. Aunque

ese retiro dorado español por el que tanto suspiras, tenga que esperar... De momento.

—¿Tú sigues tan bien como la última vez que hablamos hace un par de semanas?

—Mejor. Es decir, no paro de trabajar y hay días en los que termino rendida. Pero todo lo que estoy aprendiendo sobre el mundo del vino y acerca de cómo dirigir una bodega, me encanta. Estoy empezando a valorar que mi dedicación al vino no sea algo pasajero. Y esta región me tiene cautivada.

—Estoy muy feliz por ello, Victoria. Precisamente de la promoción de nuestros vinos toscanos quería hablarte... Aunque te advierto antes de desvelarte nada que lo que tengo que plantearte es algo un tanto inusual.

—Vaya, qué intriga. Tú me dirás...

—¿Te acuerdas de la portada que protagonizó tu abuela en Mallorca para la revista española SEMANA? ¿Y la que hice yo unos cuantos años después en Marbella?

—Como para no recordarlas, mamá. No solo las hemos visto decenas de veces y están enmarcadas en Torre Mountbatten, sino que tu dormitorio de Los Hamptons está presidido por una fotografía inmensa de aquella sesión de fotos: tú de espaldas al Mediterráneo en plena puesta de sol vestida de Elie Saab.

—Siempre te ha gustado ese vestido.

—Desde que lo vi. Es un modelazo de alta costura bordado mano, vaporoso y con cola incluida que me tiene fascinada... Pero espera porque me estoy perdiendo... ¿Qué tienen que ver esas portadas con La Toscana, con nuestros vinos y conmigo?

—Que creo que ha llegado la hora de que tomes el relevo de lo que comenzamos tu abuela y yo.

—¿Me lo explicas mejor?

—Me han contactado recientemente de la misma revista para ver si sería posible hacer un reportaje con mis hijas gemelas, o al menos con una de ellas. Al principio iba a rechazar la propuesta porque suponía que a tu hermana y a ti no os iba a apetecer.

—Supones bien...

—Pero luego recapacité y caí en la cuenta de que podría ser el momento perfecto para darle un empujón a nuestros vinos en España. Allí funcionan fenomenal nuestras etiquetas jerezanas, pero no tanto las toscanas. Podía tener todo el sentido aceptar esa portada si no la focalizamos en ti, sino en la bodega y en la belleza de un entorno tan icónico. Aunque irremediablemente tendrás que protagonizarla tú y posar para la cámara...

—Estoy en shock, mamá. ¿Una portada?

—Hija, que a nosotras este tipo de acciones no nos pilla de sorpresa ni sería la primera vez que tú sales en un medio de comunicación. En las revistas y periódicos estadounidenses —y otros tantos del resto de América— aparecemos una semana sí y otra también...

—Tú mucho más, sin duda. Eres la estrella mediática de la familia.

—Sí, de acuerdo. Pero vosotras nunca habéis sido ajenas a los medios.

—Pero eso es algo diferente: nos fotografían cuando asistimos a algún acto o evento social y muchos de ellos están vinculados a los negocios familiares. Esto que me planteas es muy distinto: se trata de un posado profesional y de una entrevista personal.

—Como te he dicho desde el primer momento, la decisión es tuya. Pero por experiencia te digo que en SEMANA son muy profesionales y te van a cuidar. A tu abuela y a mí nos trataron fenomenal y ya has visto el resultado de los reportajes. A toda la familia nos encantaron.

—Sí, mamá, pero siempre se valora cualquier tema desde una perspectiva diferente cuando

una misma va a ser la protagonista...

—Lo entiendo. Pero también tienes que tener en cuenta que un reportaje de varias páginas acompañado de una portada bien hecha, podría ser un impulso importante para nuestro negocio de vinos toscanos en España. No se trata de una acción para alimentar tu ego. Es una gran oportunidad de relaciones públicas para la bodega.

—Está bien, sé que tienes razón. Pero déjame que lo consulte con Dante y con el resto del equipo y te respondo algo lo antes posible.

—Por supuesto, hija. Me parece razonable. Y estará muy bien saber qué opinan ellos. Pero tengamos en cuenta que estamos a las puertas de la primavera y la Toscana florecida puede ofrecer un marco incomparable para un reportaje gráfico.

—Te respondo esta misma semana. Un beso. Y otro para Otto. Tengo muchas ganas de veros.

—Y nosotros a ti. Buscaremos un hueco para viajar a Italia en breve. Antes de lo que crees estaremos brindando junto a los viñedos con nuestro mejor Nobile.

Como yo me temía resultó que tanto Dante, como el equipo de comunicación local y la dirección de relaciones públicas internacional, estuvieron de acuerdo en que no se podía desaprovechar una oportunidad como aquella. Yo era consciente de que tenía que aceptar desde la conversación que mantuve con mi madre al respecto, lo que ocurría es que me frenaba mi pudor. Pero adquirir ciertas responsabilidades implica que tienes que tomar decisiones que benefician al bien común, aunque sean difíciles para uno mismo.

Así que apenas tres semanas después, un equipo de diez personas entre directora, peluquero, maquillador, fotógrafo, estilista, iluminador, dirección, asistente y personal de apoyo, estábamos trabajando a destajo en la producción de la portada. Elegimos tres localizaciones distintas para las fotografías: la residencia familiar toscana, con la bodega y nuestros viñedos; San Gimignano, el Manhattan medieval y su skyline pétreo; y Montepulciano en honor a nuestros vinos Nobile.

Y desde que accedí tuve claro que los estilismos correrían a cargo de diseñadores italianos como homenaje al país que nos acogía: elegimos moda de Ferragamo —amigos de mi familia desde hacía décadas—, Prada, Versace y Giambattista Valli, cuyos diseños a mí me fascinaban. Solicité específicamente que uno de los modelos que yo iba a lucir en la sesión fotográfica, se inspirase en el impresionante vestido rojo de su creación que lució Beatrice Borromeo en el Baile de la Rosa del año 2016.

La producción nos ocupó tres jornadas completas, una para cada localización; y pese a mis temores iniciales, he de confesar que me resultaron de lo más agradables. Como ocurrió con mi madre años antes y con mi abuela mucho tiempo atrás, el resultado de las fotografías me impresionó gratamente.

Como ella me había advertido, todo el equipo de SEMANA se había comportado con gran profesionalidad, me facilitaron las cosas y me hicieron sentir cómoda en todo momento. Aunque me había costado tomar la decisión, estaba muy satisfecha por haber aceptado protagonizar esa portada y el correspondiente reportaje interior. Conmigo ya éramos tres las generaciones de mujeres de la familia Mountbatten que habíamos posado para la revista española a lo largo de los años.

Se había convertido en una especie de tradición familiar que quizá con el tiempo yo tuviese que transmitir a mis futuras hijas. Si llegaba a tenerlas...

Después de la lógica resaca emocional que siguió a la postproducción de la portada, yo llevaba varios días dándole vueltas a la cabeza y al final me decidí a llamar a mi abuela para proponérselo. No estaba convencida de que fuese a darme su aprobación, pero tenía que intentarlo. Además, durante los últimos meses había trabajado duro en la bodega, ahora conocía la Toscana mejor que ningún otro miembro de la familia y me consideraba la persona indicada para ponerme al frente.

En cuanto cogió el teléfono fui directa al grano porque Rosemary no es de las mujeres a las que les gusta perder el tiempo con conversaciones banales. Si quieres algo de ella, se lo tienes que plantear directamente. También detesta la adulación de quien pretende obtener algo a cambio de lisonjas y piropos forzados. Así que tenía que ser franca y mostrarme muy segura.

Eso sí, había ensayado varias veces lo que quería decirle y cómo hacerlo antes de cursar mi petición para no fallar. Y sopesando previamente pros y contras por si ella decidía someterme a un interrogatorio. Mi abuela era muy impredecible: con el paso de los años había afilado su ingenio y se había convertido en una interlocutora correosa que sabía escabullirse de la controversia o salirse con la suya a su antojo.

—Querida, ¿cuándo vas a regresar a Nueva York? Ya tenemos muchas ganas de volver a verte.

—Pues de visita iré en breve porque a mí también me apetece unos días de inmersión intensiva en Manhattan, abuela. Sobre todo, echo mucho de menos los Hamptons. Pero creo que todavía voy a permanecer una temporada en Italia.

—Aunque ya te lo he dicho en varias ocasiones, no me importa repetirlo, Victoria. Estás haciendo un excelente trabajo allí: todos los implicados en nuestra bodega alaban tu actitud y estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, abuela. Precisamente de la labor que estoy desarrollando en la Toscana quería hablarte.

—¿Hay algún problema?

—Al contrario... Voy a hacerte una propuesta.

—Vaya, qué interesante. Sabes que admiro a las mujeres proactivas y con iniciativa.

—Bueno, no te precipites en tus conclusiones porque quizá al principio no la asimiles del todo bien, pero creo que estoy preparada. Y también estoy convencida de que puedo hacerlo fenomenal. Tengo la capacidad, el conocimiento y las ganas. También nuevos enfoques e ideas. Además, llevo años a tu lado viendo cómo tú lo pones en práctica rozando la perfección. Lo que te quiero decir con esto, es que he tenido a la mejor maestra posible. E intentaré estar a su altura. Prometo poner el máximo empeño por mi parte.

—Victoria, dime exactamente qué es lo que quieres hacer.

Tomé aire, respiré hondo varias veces, apreté con fuerza el iPhone de manera instintiva y se lo planteé a mi abuela. No era fácil decirle a Rosemary Borgia que quería formar parte y como protagonista principal de su obra más personal.

—Me gustaría organizar este año la Fiesta de la Uva en la Toscana.

Hacía ya muchos años que mi abuela instauró este evento como uno de los encuentros sociales más importantes de la temporada. Precisamente el primer baile, el original que desencadenó todos los demás, lo celebró en esta región de Italia, para inmediatamente después y debido a la buena acogida y repercusión que tuvo, replicar el formato de esa fiesta en Burdeos, Borgoña, Jerez y Napa.

Los eventos consistían en la celebración de un gran baile en los terrenos adyacentes a cada una de nuestras bodegas para agradecer la llegada de las cosechas de la uva y también para agasajar a todas las personas de interés vinculadas a nuestro negocio: clientes principales, compradores en alza, viticultores de los alrededores de cada una de las respectivas regiones donde crecían sus vides, distribuidores, empleados y proveedores.

Con el paso de los años esas fiestas adquirieron tal relevancia, que tampoco faltaban representantes de los principales medios de comunicación de los países donde se celebraban —photocall mediante—, así como un buen puñado de celebridades y socialités del panorama internacional.

Se contrataban orquestas, animadores y a los mejores artistas para amenizar las veladas; se diseñaban una decoración e iluminación espectaculares en las que se trabajaba durante semanas; se organizaban cenas exquisitas en las que se servían los más delicados productos gourmet y en los que no faltaban jamón ibérico importado desde España, embutidos trufados, caviar del Caspio, salmón y skrei noruego, quesos y patés franceses, patas de cangrejo real del mar del Norte o langosta y bogavante del Cantábrico —los bocados favoritos de mi abuela—; y se regaban generosamente todas estas exquisiteces con las mejores etiquetas de los vinos Mountbatten.

También se solían contratar a los artistas del momento para que actuaran después de la cena, se organizaban subastas cuyas recaudaciones eran destinadas a obras benéficas vinculadas a causas locales y se finalizaba con grandiosos espectáculos pirotécnicos cuyos fuegos artificiales teñían el cielo, las colinas y los campos adyacentes de destellos multicolores. Después los invitados bailaban, bebían y se divertían hasta bien entrada la madrugada. Estas fiestas suponían una inversión importante, pero se rentabilizaban sobradamente puesto que de allí salían algunos de los mejores acuerdos y contratos de cada año.

Lo que comenzó siendo un evento vinculado al mundo vino y a los principales representantes del negocio, terminó por convertirse en uno de los actos sociales imprescindibles en cada temporada social en curso. En Europa, las respectivas Fiestas de la Uva de Francia, Italia y España eran tan importantes como el Baile de la Rosa de Montecarlo, el Baile de Debutantes en Viena o la fiesta en el Palacio de Invierno de los zares durante el Festival de las Noches Blancas.

Y todo ello gracias al buen hacer de Rosemary Borgia, mi abuela. Esas celebraciones eran algo implícito a su personalidad, formaban parte de su vida, y por eso me aterraba hacerle esa propuesta, por si se lo tomaba a mal. O por si pensaba que yo no estaba a la altura... Mi intención era mantener la esencia de su obra —me parecía imposible hacerlo mejor; el único cambio que posiblemente podría atreverme a hacer —en caso de que ella me permitiese ponerme al frente—, sería rejuvenecer (en parte) el listado de invitados. Las relaciones públicas de nuestros vinos también eran necesarias entre las nuevas generaciones.

Sin embargo, pese a mis temores y reticencias, la respuesta de Rosemary no pudo ser más sorprendente.

—Alabado sea el Señor.

—¿Cómo dices, abuela? —pregunté anonadada tras escuchar sus palabras.

—Que llevo años esperando que tu madre, tu tía Rubí (Rubí Zunzunegui era la esposa de mi tío Edward) o alguno de mis nietos tuviese el valor de coger las riendas de las fiestas de la uva, que son muchas y se celebran en varios países. Aunque cuento con un equipo excepcional que lleva años a mi lado para organizar y ejecutar, yo siempre he sido la persona que ha estado al frente de todo supervisando cada detalle, pero...

—¿Pero qué, abuela?

—¡Pues que tengo casi ochenta años, Victoria! Y a ninguno de vosotros se os ha ocurrido antes plantearme lo que tú acabas de hacer. Ya hace mucho tiempo que yo debería asistir a esas celebraciones solamente para divertirme, para saludar a unos y otros o para brindar sin parar, no para estar al cargo de un evento de semejante envergadura.

—¿Eso es un sí?

—¡Por supuesto que lo es!

—Pero, abuela, no lo comprendo del todo...

—¿Qué es lo que te inquieta?

—Si tantas ganas tenías de delegar en nosotros esta tarea, ¿por qué no nos lo has pedido antes?

—Porque estaba esperando a lo que tú acabas de hacer: que saliese de alguno de vosotros la iniciativa, no que yo os lo impusiese. Tu proposición me demuestra que tienes verdadero interés en perpetuar las fiestas de la uva y de ponerte al frente de ellas, sin que ese cometido te haya sido impuesto como una obligación familiar. Me lo has preguntado porque es tu deseo, porque es lo que anhelas. Y esa es la mayor garantía de que convertirás en un éxito lo que te has propuesto.

—Ni te imaginas la satisfacción que me acabas de dar. Llevo días y días dándole vueltas porque no sabía cómo planteártelo.

—No soy una bruja malvada, querida...

—Por supuesto que no. Pero las fiestas de la uva siempre han sido como una extensión de tu persona... Algo muy, muy... Rosemary Borgia.

—Me alegro de que lo interpretes de esa manera.

—No solo yo. El mundo entero identifica esos eventos contigo, con tu personalidad y con esa manera tan especial que tienes de hacer las cosas. Pero yo te prometo que voy a perpetuar tu legado de la mejor manera posible y que no te vas a arrepentir de haberme cedido el testigo.

—Victoria, tienes que mantener la esencia de lo que esa celebración es y de lo que significa. Pero a partir de ahora también puedes —y debes— imprimir tu sello, tu impronta y tu personalidad. Los tiempos van cambiando y hay que saber adaptarse a los gustos de las nuevas generaciones para que estos eventos sigan siendo un símbolo, un referente de la familia Mountatten. Sabrás cómo hacerlo y me tendrás a tu lado para todo lo que necesites. Pero no intervendré directamente a no ser que tú me pidas ayuda.

—De momento, el único cambio que pretendo implantar es rejuvenecer una parte del listado de invitados.

—Y no me parece mal. Al contrario, creo que será positivo y que llevará nuestros vinos a públicos más jóvenes y a localizaciones de vanguardia en las que aún no estamos presentes.

—Efectivamente, abuela. Eso creo yo.

—Siempre y cuando mantengas en la lista a todas las personas que están verdaderamente vinculadas al negocio y a los principales compradores y clientes.

—Por supuesto, ellos son intocables.

—Respecto a los invitados del ámbito social, solamente te pediré que en Italia cuentes con los Ferragamo —que tanto han hecho por la región de la Toscana y que nos han apoyado desinteresadamente a lo largo de los años en estas celebraciones—; y también con los Hohenlohe, los Das Borro y a los Medici Tornaquinci, amistades de la familia que siempre han estado a nuestro lado en los festejos celebrados en suelo italiano. Los Hohenlohe tampoco suelen dejar de acudir a la Fiesta de la Uva de Jerez.

—Contaré con ellos, faltaría más. Y cualquier otra cosa que desees preservar, no tienes más que decírmelo.

—Lo haré, lo haré. Pero únicamente si compruebo que te descarrías...

—Espero que eso no ocurra, abuela.

—No sabes lo feliz que me haces al haberme planteado esta iniciativa, Victoria. Y el tiempo que llevo esperando, diría que más de un lustro, para ceder el testigo a otra Mountbatten.

—Bueno, ya sabes: a una Battenberg Mountbatten.

—Lo sé, lo sé. No me olvido de tu querido padre, pero para los asuntos de la familia siempre serás una Mountbatten.

—Abuela, quiero que sepas que tú a mí también me haces muy feliz por permitirme seguir adelante. ¡Y, además, con tanto entusiasmo por tu parte!

Ella enfatizaba mi apellido materno porque estaban muy sensibles respecto a su perpetuación para las generaciones venideras. Mi abuelo Patrick era hijo único y mi tío Edward no había tenido descendencia. El primer apellido de mi hermano Jon era Amery, puesto que su padre era uno de los herederos de una poderosa dinastía dedicada al petróleo. Pero en su familia paterna el apellido iba a conservarse por varias ramas, por lo que él estaba valorando cambiarse el orden para poder mantenerlo a través de sus futuros hijos.

Mi abuelo se encontraba entusiasmado con la idea y yo estaba segura de que su nieto favorito se iba a decidir en breve a tomar la decisión y darle esa gran alegría.

Jon era tan espabilado, resolutivo y listo en los negocios como buena persona en la intimidad. Por eso yo adoraba a mi hermano.

* * *

La organización y los preparativos de la Fiesta de la Uva me llevó varias semanas de intenso trabajo, mucho estrés, infinitos quebraderos de cabeza y algunos errores inevitables debido a mi inexperiencia, pero que fui capaz de solventar sin mayores contratiempos. Todo estaba a punto y además de reunirme hasta en seis ocasiones con los expertos para diseñar un entorno y una ambientación cuidada al detalle, la convocatoria de invitados iba a ser impresionante y ya estaban acreditados los medios más influyentes.

Eso si no fallaban en el último momento los asistentes confirmados, porque en cualquier evento que se precie no se puede respirar tranquila hasta que los allí presentes no se han marchado a sus casas. En cualquier celebración no hay que presuponer nada de antemano porque hay muchos factores externos que no dependen de ti, por más que tu trabajo y el del resto de personas implicadas haya sido impecable. Era una de las advertencias que me había hecho mi abuela: nada está bajo control hasta que el evento ha terminado.

Ella no iba a asistir, puesto que el vuelo desde Nueva York a Italia era largo. Pero acababan de aterrizar en Florencia los invitados más especiales para mí: mi madre Alice con su gran amor Otto, y mi hermano Jon con su novia Grace, la hija de Otto. Precisamente el inicio de la relación entre ambos fue lo que propició el acercamiento de mi madre con el gran amor de su vida veintiocho años después de su ruptura. La suya era una historia envidiable de las que inspiran las tramas de las novelas románticas.

Desde su reconciliación ambos eran muy felices. De hecho, yo no había visto jamás a mi

madre tan dichosa, serena y plena. Y no solo habían sido capaces de reconstruir desde su madurez (ambos habían sobrepasado el medio siglo de vida) la relación que los marcó para siempre y que mantuvieron en su juventud, sino que juntos habían levantado la nueva Casa de la Cultura Mountbatten y habían impulsado la Feria del Libro con más crecimiento de Estados Unidos.

La Fiesta de la Uva iba a tener lugar la noche siguiente, pero ellos habían decidido llegar el día anterior para disfrutar de una cena tranquila en familia. Por supuesto se alojaban en nuestra residencia toscana; aunque la villa tenía ocho dormitorios, las dos parejas decidieron ocupar las casas de invitados exteriores, con sus saloncitos de estar privados, su porche y sus cuartos de baño independientes con bañeras victorianas con patas de cobre. Yo había organizado para ellos una cena tipo buffet en el pabellón acristalado: de esa manera podíamos servirnos nosotros mismos a nuestro gusto y disponer de la máxima privacidad prescindiendo de los miembros del servicio, a quien había dado la noche libre.

Pedí a Bianca —quien se había convertido en mi mano derecha y en una especie de abuela postiza que me cuidaba y consentía— que iluminase el pabellón con una docena de velas encendidas y que colocase algunos jarrones con girasoles para recrear un ambiente muy toscano. También me encargué de que descorchasen unos minutos antes de marcharse tres botellas de nuestras mejores etiquetas, así como que ubicase una mesa redonda en el centro para cinco comensales.

Mis siguientes instrucciones fueron que dejasen preparada una gran mesa auxiliar rectangular situada al fondo y vestida con un mantel blanco de lino con los siguientes platos: unas tablas de embutidos de la zona con gran cantidad de salami ahumado —me había hecho adicta a su sabor—; distintos tipos de panes caseros —de los que Bianca horneaba en el horno de leña centenario que había en la cocina— y varios aceites de oliva para mojar; brochetas de mozzarella con tomates y albahaca de nuestro huerto; una selección de los mejores quesos pecorinos —el Mature Pecorino de Pienza, con leche fresca y un chorrito de aceite de oliva; el maduro condimentado con trufa negra; y el fresco, dulce y cremoso que lleva hierbas y nueces.

Pedí expresamente que no faltasen los típicos crostini di fegatini, que son unas rebanadas de pan tostado con una capa de paté con aceitunas y alcaparras; dos bandejas de tagliata, un plato de carne muy típico de la Toscana que me encantaba: se elaboraba cortando en tiras ternera asada y añadiendo rúcula, romero, escamas de parmesano, aceite y pimienta. Y para finalizar elegí unos dulces: biscottini y pan dulce de Lucca con un toque de anís y pasas de moscatel.

El pabellón acristalado ya de por sí era una maravilla con sus altos techos, sus ventanales de varios metros de altura, las orquídeas en flor en su interior y unas vistas infinitas a la campiña y los valles de los alrededores. Pero a la luz de las velas y con el toque dorado de algunos girasoles, resultaba todavía más hermoso.

En cuanto Jon vio la puesta en escena y la cantidad de comida típica local que había preparado para ellos, lo primero que dijo fue:

—Hermanita, definitivamente te ha sentado fenomenal la Toscana.

—Lo sé —bromeé dejando los ojos en blanco.

—Victoria —era Grace quien hablaba—, ¿sabes que Dante no hace más que alabar tus avances del conocimiento sobre el vino y el funcionamiento de la bodega? ¡Pero nadie nos había informado acerca de tu maestría en el arte de recibir invitados!

—Hija —replicó mi madre a continuación—, todo esto es una maravilla. ¿Desde cuándo eres tan buena anfitriona?

—He aprendido tantas cosas aquí, mamá...

—Definitivamente tu aventura europea, al igual que le ocurrió a tu abuela hace más de treinta años, cuando estuvo viviendo en el Viejo Continente durante unos meses, está resultando todo un acierto.

Ella (como resultaba habitual en cualquier situación) estaba espléndida y tal y como era su costumbre, se había aplicado un maquillaje muy tenue, apenas perceptible. Desde que había vuelto con Otto —ya hacía seis años de eso— parecía haber rejuvenecido. Pasaban los años y seguía siendo una mujer atractiva, pero sobre todo estilosa: para mí —y para la mayoría de los grandes maestros de la moda y de los críticos de las revistas que marcaban tendencia— era una de las mujeres más elegantes del mundo.

Esa noche vestía un traje de chaqueta oscuro de Armani que parecía haber sido diseñado especialmente para su cuerpo. Completaba el look con una camisa blanca de seda, unos stiletos de Jimmy Choo y una gargantilla finísima de diamantes. En uno de sus dedos lucía un anillo chevalier, el estilo de sortijas favorito de mi abuela; era de los años 40, realizado en oro, diamantes talla brillante antigua y rubíes de la época en talla carré.

—Estoy orgullosa de tus logros y absolutamente convencida de que la fiesta de mañana será todo un éxito. Así que, antes que nada, vamos a hacer un brindis.

Otto rellenó las copas de todos nosotros con una de nuestras mejores etiquetas de Montepulciano Nobile y a continuación las elevamos. Entonces mi madre dijo:

—Por la primera Fiesta de la Uva que va a organizar Victoria. Todo saldrá a la perfección y será el comienzo de una nueva etapa en los grandes eventos de los Mountbatten. Victoria, por ti, por tu éxito. Y por todos nosotros y nuestros reencuentros.

—Solo añadido un deseo más por mi parte: que en el próximo reencuentro nos pueda acompañar mi hermana Tessa.

Había invitado a mi gemela, por supuesto, pero ella se había incorporado hacía apenas tres semanas a un proyecto solidario en el Tíbet y no podía alejarse durante tantos días siendo una recién llegada. Aunque no éramos de las hermanas que estábamos siempre juntas y cada una vivía la vida a su manera, comenzaba a echarla de menos. No la había vuelto a ver desde antes de irme a París y ya me apetecía compartir algún tiempo con ella para ponernos al día sobre nuestras respectivas novedades, que precisamente en esta etapa de mi vida, eran muchas. Había prometido que vendría a visitarme a La Toscana en unas seis semanas, cuando finalizase su programa.

La cena transcurrió de lo más animada mientras devorábamos todo el buffet que había preparado Bianca con la ayuda de una de las doncellas. Durante la primera parte de la velada todas las conversaciones versaron alrededor de mí y de mi vida en la Toscana durante estos últimos meses. Intentaron sonsacarme detalles sobre la Fiesta de la Uva, pero me contuve: quería que fuese una sorpresa.

Al llegar a los postres, afortunadamente, la atención se fue repartiendo entre el resto de comensales. Otto nos puso al día acerca de las últimas novedades de la dirección Times Today; mi madre nos informó que iba a ser la próxima portada de Vanity Fair USA y Grace nos adelantó que las peticiones de participación para la próxima edición de la Feria del Libro se habían disparado. Y mientras nos servíamos la última copa de vino antes de irnos a dormir —yo tenía que estar despejada y descansada para la dura jornada que me esperaba al día siguiente—, Jon me soltó el bombazo.

Ni lo vi venir ni me lo esperaba, pero la primicia resultó tan impactante que me quedé boquiabierta.

—Victoria, tengo una propuesta que hacerte. Ya que teníamos a viajar hasta aquí para asistir a tu primera Fiesta de la Uva, he considerado que lo mejor era comunicártelo personalmente. Y ya que estamos presentes la mitad de la familia, considero que es el momento ideal para hacerlo.

—¿Y cuál es esa propuesta tan misteriosa que deseas hacerme y que no me podías comunicar por teléfono o por Google Meet? —pregunté intrigada sin tener ni idea de que lo que Jon estaba a punto de comunicarme iba a cambiarme la vida.

—Verás, Victoria. Dante se marcha a dirigir nuestra nueva bodega de Sudáfrica.

—¡Ay, no! ¿Dante? ¿Por qué? Es un magnífico profesional y lleva nuestro negocio toscano como si fuese suyo. Me ha enseñado prácticamente todo lo que sé sobre el vino, domina cada detalle no solo de la enología y la viticultura sino también de la comercialización, la comunicación y el marketing; por si todo esto no fuese suficiente, es respetado por cuantos le conocen y sabe dirigir a los empleados. Además, siente pasión por lo que hace y es alguien en quien tú confías plenamente. Y ahora que lo conozco a fondo, yo también.

—De sobre lo sé y estás en lo cierto. Y precisamente por todo lo que acabas de enumerar, Dante es el candidato perfecto para dirigir nuestro negocio en el continente africano.

—No te comprendo, Jon.

—Él es la persona idónea para llevar a cabo ese cometido. Nuestra bodega toscana ya está en la cumbre y nuestros vinos italianos tienen prestigio y un mercado consolidado, al igual que todas las etiquetas que salen de los viñedos europeos propiedad de la familia. Su buen hacer ha ayudado, y mucho, al importante crecimiento de las cifras de negocio y a los beneficios que hemos obtenido en los últimos años. Y sí, confío en él plenamente. No es fácil encontrar a alguien que además de ser un experto en su ámbito de actuación y de saber dirigir, sea de tu total confianza.

»Pero los vinos de Sudáfrica están en alza, se han puesto de moda, y es un mercado estratégico para nosotros, aunque complicado de manejar. Sudáfrica produce vino desde hace más de tres siglos, pero sus productos nunca han tenido tanto prestigio internacional como en la última década. Para alcanzar nuestros objetivos allí es más seguro delegar la fase de crecimiento en una persona como Dante —resuelta, eficaz, experta, honrada y confiable— que en un completo desconocido; alguien que puede hacerlo bien, no tan bien o fatal. Y no podemos fallar en la elección. Por eso será él quien a partir de ahora dirigirá nuestra bodega en la región del Cabo.

—¿Pero Dante ya está al tanto de todo esto que me estás contando? —pregunté confundida, puesto que no me hacía ninguna gracia perder a un aliado tan valioso. Un hombre a quien yo admiraba profundamente y que en los últimos meses se había convertido también en un buen amigo. Desde que llegué a Italia me había ayudado mucho y me había hecho compañía algunos fines de semana.

—No solo está al tanto, sino que ha aceptado la propuesta. De hecho, está entusiasmado con ella. Dante es un hombre a quien le gustan los retos y que no deja de lado ninguna aventura.

—Lo sé —murmuré bajito intentando procesar la información, la situación y las nuevas perspectivas.

—Además de su amor por el mundo del vino, es una persona que adora el aire libre, la naturaleza, las experiencias intensas que le aportan novedades y que agitan su adrenalina. Por ello el continente africano y la región del Cabo, en Sudáfrica, son perfectos para él, para su estilo de vida y hasta para sus ambiciones.

»A Dante esta propuesta le interesa a nivel profesional porque es un mercado en crecimiento

que puede llegar a liderar en el corto plazo: tiene la capacidad y la aptitud para lograrlo. Y a nivel personal porque le va a permitir vivir en una de las regiones del mundo con más riqueza paisajística, natural y geográfica. Ciudad del Cabo no difiere demasiado de una ciudad europea, pero sus alrededores regalan la auténtica vida salvaje africana. Y un entorno natural impresionante, de los más asombrosos del mundo.

Estaba claro que ambos lo tenían todo bien atado.

—¿Pero desde cuándo sabéis esto Dante y tú?

—Es muy reciente, la verdad.

—¿Y me lo habéis ocultado premeditadamente?

—Al contrario, hemos esperado el mejor momento para comunicártelo porque la marcha a Sudáfrica de nuestro director en la Toscana es solo la primera parte de lo que te tengo que comunicar.

—¿Es que todavía hay más? —pregunté tan confusa como temerosa.

—Sí, y lo que viene a continuación tiene que ver contigo.

—Me estás asustando, Jon...

—No tienes por qué. Al contrario. Lo he meditado mucho y creo que lo que voy a decirte es lo mejor para todos, pero la decisión es tuya, por supuesto. Y respetaremos tu determinación final, sea cual sea...

—Suéltalo ya, Jon, me estás poniendo nerviosa.

—Victoria, tras todo lo que has aprendido en los últimos meses en la Toscana de la mano de Dante, después de lo que has colaborado en cada uno de los procesos del negocio, de tus conocimientos en finanzas, de tus habilidades con las relaciones públicas —que ya sabemos que son heredados de tu rama Mountbatten—, tras haber tomado la iniciativa de ponerte al frente de la Fiesta de la Uva, y teniendo en cuenta que eres un miembro de la familia, considero que eres la persona idónea para sustituir a Dante al frente de esta bodega. Ahora mismo ninguno de los que estamos sentados en esta mesa sabe tanto sobre nuestros vinos toscanos como tú.

—Antes de que digas nada —fue mi madre quien tomó la palabra— quiero decirte que Jon ha compartido con nosotros esta decisión durante el vuelo que nos ha traído hasta Florencia.

—¿¿¿Y??? —pregunté tan expectante como desencajada. Por un momento sentí como me temblaban las manos levemente. Demasiadas emociones en apenas unos minutos tenían la culpa.

—Yo estoy de acuerdo con la idea de tu hermano. Has madurado, has aprendido, tienes coraje, iniciativa y eres una Mountbatten. ¿Por qué contratar a una persona externa para desarrollar esta labor teniendo a un gran tesoro en la familia? Además, si te quedas en Europa, también puedes echar un ojo personalmente y de manera regular a las bodegas de España y de Francia.

—Pero yo no sé tanto como Dante, apenas llevo unos pocos meses a su lado...

—Unos meses en los cuales te has tomado muy en serio todo lo referente a este negocio. En los que has trabajado duro, preguntado, colaborado, aprendido y en los que has crecido personal y profesionalmente.

—Yo estoy muy agradecida por la confianza que depositáis en mí y muy honrada porque me tengáis en tan alta estima, pero con toda honestidad debo confesaros que no sé si estoy preparada...

—Victoria, soy consciente de que la noticia te puede impresionar. Pero tú no tienes que hacerlo todo. Ni ser como Dante desde el minuto uno. La experiencia y el dominio del negocio que él atesora (y de cualquier otro negocio) se van adquiriendo con el paso del tiempo. Tu labor

será supervisar, coordinar y estar al tanto de todo. Los aspectos más técnicos se delegan en los profesionales de cada área a quienes ya conoces.

»Y las decisiones importantes las tomaremos juntos tú y yo, hermana: Dante no dirigía todo esto solo; los aspectos más delicados o trascendentales los solucionábamos entre los dos y de manera consensuada. Si es preciso durante los primeros meses yo estaré más pendiente de ti. Pero ya verás como en poco tiempo desde que tomes las riendas volarás sola...

Mi madre volvió a tomar la palabra; Otto y Grace seguían muy atentos el desarrollo de la conversación, pero no intervenían puesto que se trataba de un asunto de índole familiar.

—Cariño —me dijo—, no tienes por qué darnos una respuesta ahora. Puedes tomarte un tiempo para pensarlo, pero no debes demorarte en la toma de tu decisión puesto que Dante se marcha a Ciudad del Cabo dentro de diez días.

—¿¿¿Diez días??? —exclamé sorprendida. Eso sí que no me lo esperaba. Suponía que su partida se acometería en el corto plazo, pero resultaba que era inmediata.

—Sabemos que se trata de una proposición que, en caso de aceptarla, no solo afecta a las importantes responsabilidades que vas a adquirir; también te alejará de Nueva York durante, al menos, una larga temporada.

Alejarme de la Gran Manzana durante un tiempo era lo que menos me importaba en aquel momento. Los últimos meses que había pasado allí y el sufrimiento que me había provocado mi fallida (y a estas alturas ya sabía que tóxica) relación con Jack, todavía estaban demasiado recientes; aunque, afortunadamente, había olvidado por completo lo que alguna vez sentí por ese indeseable. Y a la gran ciudad podía regresar en cualquier momento: Manhattan y la planta 57 de Torre Mountbatten iban a permanecer en el mismo sitio y a recibirme con las puertas abiertas siempre que deseara volver.

Me había acostumbrado a la vida pausada de la Toscana. A despertarme en contacto con la naturaleza. A caminar entre los viñedos. A su clima agradable. A la campiña, los cipreses, las colinas ondulantes, las calles empedradas de pueblos medievales, el cielo soleado, los horizontes perfilados por murallas y los girasoles. A los deliciosos sabores toscanos, el pan recién horneado, los capuchinos humeantes espolvoreados con cacao o canela, y a la cocina casera.

No era el cambio de residencia lo que me paralizaba sino el miedo a fracasar. A no estar a la altura de la confianza que mi familia depositaba en mí. A no hacerlo bien teniendo en cuenta que la persona que ahora dirigía nuestras bodegas era un fuera de serie. Dante dejaba el listón muy alto y su prestigio consolidado como uno de los mejores profesionales en el mundo de la enología contemporánea.

La voz de Jon respondiendo a las palabras de mi madre me sacó del ensimismamiento en el que me encontraba, puesto que una cantidad indeterminada de pensamientos bullían a toda velocidad en mi cabeza.

—En realidad, mamá, yo sí que había pensado que la decisión de Victoria fuese un poco más rápida.

—¿Más rápida de diez días? —dije yo con los ojos abiertos como platos y las palpitaciones del corazón aceleradas.

—¿Por qué dices eso, Jon? Aunque creo saber tus motivos y me parecen perfectos... —preguntó mi madre.

—Os lo voy a explicar a todos y me vais a entender. ¿No os parece ideal que comuniquemos mañana, durante el transcurso de la Fiesta de la Uva, que su flamante organizadora, la anfitriona de la noche —Victoria Battenberg Mountbatten— será la persona que se hará cargo de la bodega

tras la marcha de Dante?

—¡Por supuesto que lo es! —gritó entusiasmada mi madre. Jon prosiguió con sus argumentos.

—Estarán presentes todos nuestros principales compradores, clientes potenciales, proveedores, viticultores muy influyentes de esta zona y de otras regiones de Europa y del mundo, algunas autoridades, empleados, medios de comunicación, personalidades relevantes del ámbito social... ¡No existe un mejor momento para comunicarlo ni otro lugar donde estén presentes a la vez todos los públicos que a nosotros nos interesan! Sería el colofón perfecto para la velada tan inolvidable que nos aguarda mañana.

Desconozco lo que me impulsó a tomar la decisión. La razón no fue, porque no tuve tiempo para analizar ni para sopesar pros y contras. Pero algo inexplicable en mi interior, puede que alguna energía de esas que no se pueden verbalizar con palabras, una intuición, el subconsciente, qué sé yo... habló por mí. Quizá el deseo se antepuso al temor; o la ilusión al sentido común. Pero la principal sorprendida cuando me escuché pronunciando las palabras mágicas con soltura y convicción, fui yo misma.

—No se hable más, Jon. Está todo dicho. Sustituiré a Dante en la dirección de la bodega.

—¿Estás segura, Victoria?

—Completamente. Pondré todo mi empeño en ser una digna sucesora de su extraordinaria labor. Y lo más importante: focalizaré mis esfuerzos para no defraudaros ni deshonestar la confianza que estáis depositando en mí.

En cuanto dije esas palabras en voz alta supe que jamás me iba a arrepentir de la decisión que acababa de tomar. Y que estaba comenzando una nueva etapa en mi vida tan fascinante como enriquecedora. E imprevisible... Un tiempo en el que iba a trabajar como nunca antes lo había hecho y en el que tendría la oportunidad de conocer lo que significaban los términos responsabilidad y compromiso en toda su extensión. Todavía me quedaba mucho por aprender del negocio y Dante se marchaba en diez días. Desde que finalizase la celebración de la Fiesta de la Uva hasta el día de su partida, debía aprovechar cada minuto a su lado. Y acribillarlo a preguntas sin piedad.

Capítulo XIV

El cielo de medianoche

Pasé toda la tarde revisando cada uno de los detalles un buen número de veces. Y no eran pocos... Desde la señalética, al camino de acceso, personal subcontratado, la decoración, la animación, la iluminación o el escenario; me entretuve durante un buen rato inspeccionando el catering —había pedido que se sirviesen las delicatessen favoritas de Rosemary porque se habían convertido en una tradición en estos eventos y porque estaban buenísimas— y las estaciones especiales en las que se iban a servir bocados gourmet toscanos; también revisé el espacio destinado al photocall; y no me olvidé de repasar el seating de las mesas, las acreditaciones para la prensa, los objetos que iban a ser subastados, las actuaciones estelares de la noche, el repertorio que iba a pinchar el DJ a última hora, los regalos que se llevarían los invitados a casa, los técnicos que se iban a encargar del espectáculo final de luz y sonido, la pirotecnia... Organizar un evento de tal magnitud implicaba no dejar nada al azar.

Tenía un equipo extraordinario a mi lado que se había ocupado de que todo funcionase a la perfección; además, ellos contaban con la experiencia previa de los eventos que ponían en marcha desde hacía años bajo las directrices de mi abuela. Pero pese a su reconocida profesionalidad, no pude evitar supervisar e inspeccionar por mí misma cada detalle unas cuantas veces.

Era la primera Fiesta de la Uva que se iba a celebrar bajo mi responsabilidad y tenía que salir perfecto. La revisión de todo lo referente al evento lo había hecho la mayor parte del tiempo junto a Dante, a quien no pude dejar de increpar con una pequeña reprimenda en cuanto llegó a primera hora al pabellón acristalado de la residencia. Le había invitado a desayunar en una fecha tan señalada. Y porque quería echarle en cara su silencio ante el cambio tan importante que se avecinaba en nuestras vidas y del que él formaba parte.

—Era algo que debía comunicarte tu hermano —me confesó—. A él le correspondía darte esa noticia, no a mí.

—Pero quizá deberías haberme dado alguna pista... —protesté.

—Las noticias se comunican o no; lo contrario solo trae como consecuencia equívocos y rumores.

—Tienes razón, Dante. —Tuve que rendirme porque él llevaba razón. Contar las cosas a medias suele provocar malentendidos.

—Pero quiero que sepas que en cuanto me planteó su idea acerca de que fueses tú quien asumieses la dirección de esta bodega, le dije que era la mejor opción posible.

—¿De verdad? Temo no estar preparada.

—Créeme, lo estás. Además, no hay nadie externo a quien se puede contratar que ame estas tierras tanto como tú. Y lo que no sepas de antemano —nadie conoce todo sobre su profesión

durante los primeros meses— lo irás aprendiendo en el día a día. La experiencia entre cepas, vides y la convivencia con las gentes del campo, es el mejor aprendizaje. Escucha siempre a quienes trabajan la tierra: son los verdaderos expertos. Aunque tú ya sabes mucho más sobre el mundo de lo que crees.

—Yo no estoy tan segura...

—Lo estás; en cualquier caso, Jon siempre estará a tu lado cuando tengas dudas. Es uno de los mejores estrategias que conozco. Es un placer trabajar a su lado. Y aunque sea desde el hemisferio sur...

—Desde la puntita de África —le interrumpí.

—Bueno, y aunque sea desde la puntita de África, estaré en todo momento a tu disposición. Al fin y al cabo, tú y yo seguimos en el mismo equipo. Aunque sea con muchos kilómetros de por medio nuestro objetivo común es mantener a los vinos Mountbatten (producidos en cualquiera de sus regiones) como un referente mundial.

—Así es, Dante.

—Ahora la distancia física es solo eso, Victoria: kilómetros de por medio. Con la tecnología de la que disponemos se puede trabajar codo con codo desde cualquier parte del mundo.

Yo sabía que Dante estaba en lo cierto, así que sus palabras y predisposición me tranquilizaron. Tampoco se habían producido cancelaciones de asistencia relevantes a lo largo de la jornada y el cielo había lucido claro y luminoso durante todo el día, a pesar de que a primera hora de la mañana había refrescado. Así que todo parecía desarrollarse según lo previsto.

Además, la primavera se encontraba en su máximo esplendor y en pocos lugares del planeta lucía tan hermosa como en la Toscana. Durante estos meses se producía una explosión de colores y flores a lo largo de todos los campos, montañas y valles. El aire olía a fresco, a puro, a vida, y el romanticismo eclosionaba a la par que lo hacía la naturaleza. Si la región me resultó arrebatadora en otoño, definitivamente me había cautivado con la llegada de la primavera.

Conforme se acercaba la hora en la que iba a dar comienzo la Fiesta de la Uva, todo parecía estar en orden. Me había despertado nerviosa, inquieta, con las pulsaciones aceleradas, aunque con el paso de las horas me fui calmando. Sobre todo, al comprobar que la interminable escaleta estaba siendo ejecutada siguiendo mis instrucciones al pie de la letra. Pero a pesar de haber intentado controlar cada detalle al milímetro, a lo largo de aquella jornada me aguardaba otra sorpresa inesperada. Una sorpresa que estuvo a punto de conseguir que se me saliese el corazón del pecho. Porque en la vida hay muchas cosas que se escapan a nuestro control. Y la mayoría de ellas, afortunadamente, son muy bienvenidas.

* * *

Toda la fiesta iba a tener lugar en una enorme carpa abierta habilitada alrededor de los viñedos, en una gran explanada ubicada detrás de la residencia principal. También se podía bailar y pasear entre las vides, que se encontraban tan iluminadas que cuando estabas en medio de ellas parecía pleno día, aunque ya estaba cayendo el sol. Había dado unas instrucciones muy precisas respecto a la decoración: tejidos de seda y terciopelo en tonos del color de las uvas maduras, el verde de los cipreses, y el amarillo del sol, el trigo y los girasoles de la Toscana. Un puro homenaje a la tierra que nos acogía.

Tapices antiguos, así como grabados y cuadros rendían homenaje a los viñedos de la región y la uva aparecía como motivo recurrente de la decoración en todo momento, tal y como hiciera mi abuela en su primera celebración. Como a mí me gustaba, las antorchas y las velas hacían acto de presencia en cada rincón. Me había decantado por las flores silvestres que cubren los campos toscanos para rellenar medio centenar de jarrones y decorar las mesas: amapolas, girasoles y violetas emulaban esa explosión de color característica de la primavera toscana. También me había tomado la licencia de colocar tulipanes porque me resultaban unas flores alegres y con mucha personalidad.

Mientras el centenar de invitados iba llegando, varios tenores y sopranos estratégicamente situados, interpretaban en directo arias de Puccini. Quise que su música estuviese presente en nuestro evento puesto que el gran compositor era originario de la región, había nacido en Lucca. La cena iba a ser amenizada por Andrea Bocelli y el fin de fiesta por Coldplay. Se me ocurrió contratar al grupo inglés, uno de mis favoritos, al recordar la conversación con Alexa, aquella en la que mi amiga me recordó que Chris Martin había actuado en la boda de Marta Ortega: yo conseguí que actuase el grupo al completo.

Como maestro de ceremonia durante la subasta había seleccionado a David Gandy, el hombre que saltó a la fama gracias a la icónica campaña de Light Blue de Dolce & Gabbana. Sí, el modelo que elevó a otra categoría el bañador slip de color blanco.

El photocall estaba abarrotado de redactores, fotógrafos y cámaras a la espera de que hiciesen acto de presencia las personalidades más mediáticas de la noche. Una de las primeras en posar fue Chiara Ferragni, la influencer y bloguera italiana que llegó del brazo de su marido, Fedez, el conocido —y tatuado— rapero. Llevaba un seductor vestido cóctel de Dior en tonos dorados en el que destacaba una falda con varias capas de tul. También pasaron por el photocall varios miembros de la familia Ferragamo; mi abuela mantenía una relación estrecha con ellos desde hacía décadas y admiraba su implicación con la Toscana.

El pueblo de Il Borro quedó inhabitado tras ser destruido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Pero a principios de la década de los 90, lo compró Ferruccio Ferragamo y decidió devolverlo a la vida. Su mujer, Ilaria, se encargó de las tareas de restauración y en pocos años lo convirtió en el que fue bautizado como Salvatore Ferragamo Hotel, un establecimiento repleto de lujo y encanto que ahora formaba parte de los Relais & Châteaux más representativos del mundo. El hotel estaba situado en una propiedad en la que se producía buen aceite, nueces y cereales, aunque su gran tesoro eran las cuarenta hectáreas de viñedo que producían unas doscientas mil botellas de vino al año que se exportaban a todo el mundo.

También se dejaron fotografiar por los medios presentes una Carla Bruni vestida con un sobrio, pero elegante vestido negro firmado por Roger Vivier, y Matt Damon junto a su esposa, la argentina Luciana Barroso. Los fotógrafos y los cámaras se volvieron locos cuando hizo acto de presencia Cristiano Ronaldo: el futbolista llegó del brazo de su pareja, la española Georgina Rodríguez. Iba embutida en un llamativo vestido rojo del diseñador Ali Karoui con transparencias y una gran abertura lateral que dejaba su pierna derecha al descubierto. Georgina era una mujer despampanante que tenía un estilo propio muy bien definido y sabía cómo sacarse partido.

Finalmente llegó la invitada más especial de la noche cuya asistencia me había costado semanas de trabajo: Carlota Casiraghi, quien casualmente acababa de ser nombrada nueva embajadora de Chanel. La hija de Carolina de Mónaco apareció impecable con un vestido negro

que había sido utilizado en la campaña fotográfica recién difundida por la marca de alta costura a los medios de comunicación. Aunque su belleza era incuestionable, me impresionó conocerla en persona puesto que todavía era más hermosa al natural que en las fotografías. Carlota llegó acompañada de dos de sus mejores amigas: Margherita, la heredera de la conocida casa de moda Missoni, y Eugenie Niarchos, una de las herederas del emporio de armadores griegos.

Después del posado las acompañé hasta su mesa, aunque antes de alcanzarla nos salió al paso mi madre puesto que quería saludar a Carlota personalmente. Había coincidido con ella varias veces; la última tuvo lugar un par de años atrás en el Baile de la Rosa. Mi familia tenía cierta amistad con los Grimaldi; una relación que comenzó muchos años atrás, cuando Grace y Rainiero habían convertido al Principado en el centro internacional del glamour. Se conocieron a través de Oliver, el marqués de Gadea, un aristócrata español íntimo amigo de mi abuela. Un hombre al que todos en mi familia teníamos mucho cariño y que era una de las personas mejor relacionadas de Europa. Aunque sobrepasaba los ochenta, todavía se sentía con fuerzas para asistir a eventos y mantener cierta vida social. Él también había acudido a la Toscana desde la isla de Mallorca para acompañarnos en una noche tan especial para mi familia: el relevo generacional en la organización de la Fiesta de la Uva.

—Mamá, estás realmente espléndida.

No pude evitar piroppearla cuando la tuve frente a mí. Su vestido rosa empolvado de la diseñadora Pamella Roland, con los hombros al descubierto, cuajado de lentejuelas y discretas plumas de marabú de cintura para abajo que otorgaban gracia y movimiento a cada uno de sus pasos, era uno de los más impresionantes de la noche. Se había peinado con un moño trenzado y lucía unos pendientes de diamantes como única joya.

—Gracias, hija. Tú tampoco estás nada mal esta noche.

Yo me había decantado por un vestido clásico de Valentino confeccionado en seda y en varios tonos azul degradados destacando el turquesa. Llevaba el pelo suelto, completamente alisado y adornado por una diadema joya que me habían diseñado para la ocasión los Ferragamo; calzaba unos zapatos con tacones de vértigo y me había puesto una llamativa gargantilla de brillantes y aguamarinas regalo de mi padre.

Justo antes de salir de mi vestidor saqué del joyero el pez koi que me regaló Hernán y me lo puse en la muñeca a modo de pulsera dando dos vueltas a la cadena de plata. De alguna manera sentía que aquella noche estaba protagonizando mi propia leyenda de superación personal: había nadado contra la corriente y superado muchos obstáculos para reinar en mi pequeño feudo toscano. No me iba a transformar en un dragón real a la medianoche, pero me estaba convirtiendo en la mujer que quería llegar a ser.

—Hija, quiero decirte que aunque esta noche estás guapísima, tu aspecto pasa a un segundo plano porque todo el protagonismo se lo lleva tu talento y saber hacer —me recalcó mi madre—. El evento es técnicamente perfecto. La organización, impecable. Y la convocatoria impresionante, al alcance de muy pocos, Victoria.

—Gracias, mamá.

—Has sido capaz de conservar la presencia de los invitados habituales —claves para nuestro negocio por su fidelidad y sus inversiones—; pero también has atraído a personajes muy influyentes entre los públicos más jóvenes. Rostros, por otra parte, que resultan muy jugosos para la prensa. Su presencia esta noche nos conseguirá una importante repercusión en los principales medios de comunicación, tanto de Europa como de Estados Unidos.

—Ese era justo uno de mis principales objetivos: rejuvenecer a parte de los invitados sin

prescindir de los habituales. Hay que hacer llegar nuestros vinos a las nuevas generaciones.

—¿Sabes que estoy retransmitiendo el evento prácticamente en directo a tu abuela a través del móvil?

—Lo sé. Me llamó esta mañana para desearme que todo saliese bien y para que le explicase —por enésima vez— los últimos detalles; fue entonces cuando me advirtió de las instrucciones precisas que te había dado: WhatsApp, vídeos y audios permanentes a lo largo de toda la noche.

—Pues te puedo asegurar que lo que ha visto hasta el momento le ha encantado. Ha alabado tu buen gusto en la decoración. Original, atrevida, pero muy chic, han sido sus palabras textuales. Y ya sabes lo exigente que es Rosemary, especialmente con sus asuntos personales. Y la Fiesta de la Uva para ella siempre será «su fiesta», una de sus grandes obras y una parte importante de su legado.

En ese momento se acercaron hasta nosotros Grace y Jon. Observé que Otto se encontraba un poco más alejado de nuestra posición, hablando con unos y con otros. La novia de mi hermano estaba preciosa con un traje pantalón de fantasía de Gucci en tono verde oliva.

—Victoria, enhorabuena por este éxito —me dijo ella mientras me daba un abrazo; manteníamos una excelente relación y nos profesábamos un afecto sincero—. No es fácil conseguir lo que tú has hecho esta noche. ¡Y además en tu primer intento! Me fascina cómo has preparado todo, con un gusto exquisito. La convocatoria ha sido de máxima categoría. Y la ambientación es una de las más bonitas que yo haya visto en una fiesta.

—Gracias, Grace. Eres muy generosa y siempre me miras con buenos ojos...

—Es la verdad. Esta fiesta es una maravilla desde cualquier perspectiva.

—Tú bien sabes que he contado con la mejor maestra posible, mi abuela. Tan solo he tenido que prestar mucha atención a su buen hacer y replicar lo que ella lleva haciendo más de treinta años. Y respecto a la decoración, lo cierto es que el entorno ayuda muchísimo. Los viñedos y la campiña que nos rodean, son una auténtica maravilla.

—No te restes méritos, hermana —interrumpió Jon—. Esta noche has hecho muchas cosas bien y hay que felicitarte por ello. Pero te advierto que no siempre será así. A veces te equivocarás y allí estaré yo: primero para reñirte e inmediatamente después para ayudarte —dijo, a la vez que me daba un cariñoso beso en la mejilla.

Antes de que pudiese responderle apareció Dante acompañado de un camarero que portaba una bandeja con cuatro copas de champán. Mi madre ya se había perdido entre los invitados de la mano de Otto, así que había una copa para cada uno. El recién llegado se dirigió en primer lugar a Jon.

—Ya te dije que tu idea de poner a Victoria al frente de esta bodega era muy acertada. Y hoy estamos asistiendo a la primera demostración de que no hay un candidato mejor que ella para sustituirme. Incluso sé que en poco tiempo será capaz de hacerlo mucho mejor que yo.

—Eso es casi imposible y lo sabes —le respondí completamente ruborizada, aunque agradecida.

—Pero tu obligación es intentarlo —replicó Jon—. Hay que aspirar al máximo y buscar la excelencia. En el trabajo y en la vida.

Dante tomó su copa y la elevó al cielo.

—Por Victoria y esta nueva etapa en la bodega de la Toscana.

Antes de repetir el mismo gesto con nuestras copas, tomé la palabra. Era de justicia reconocer su labor. Iba a echar de menos su compañía, sus consejos y sus conocimientos. Me había acostumbrado a su presencia y era un hombre con el que me sentía cómoda y a quien admiraba

profesionalmente.

—Y por ti, Dante. Por el excelente trabajo que has realizado aquí durante cuatro años y por la nueva etapa que estás a punto de emprender en Sudáfrica. Te irá tan bien o mejor que en Italia.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, Victoria. Creo que la Fiesta de la Uva de la región del Cabo de la próxima temporada la vamos a delegar en ti. Si Rosemary nos da su consentimiento, por supuesto. ¿Qué te parece, Jon?

—Si mi abuela y Victoria lo creen conveniente, yo estaré completamente de acuerdo.

—Mmm, creo que voy a aceptar esa propuesta —no podía negarme—. Y algo me dice que mi abuela estará encantada de dejar de responsabilizarse de otro evento más... Pero me haré cargo siempre y cuando vosotros me acompañéis el día de la celebración. Será una ocasión excelente para que nos reunamos en uno de los rincones más bellos del continente africano.

Con una inmensa satisfacción pude comprobar cómo el resto de la noche se desarrollaba según lo previsto. O eso pensé yo casi hasta el final...

La cena estaba exquisita y todos disfrutaban de las delicatessen habituales y también de las exquisiteces toscanas que había introducido como novedad; los invitados charlaban animadamente y se mezclaban los unos con los otros; las actuaciones musicales fueron un éxito; Coldplay elevó los ánimos y disparó la adrenalina; en la subasta benéfica se recaudó más de lo esperado y estaba a punto de comenzar la parte más festiva del evento: copas, DJ, baile, espectáculo de luz y sonido, pirotecnia que iluminaría el cielo a la vez que dibujaba formas de colores junto a las nubes...

Fue entonces cuando cogí una copa de champán rosé bien fría y me alejé del bullicio para dirigirme hacia los viñedos más cercanos. Solo había que caminar unos pocos metros por un sendero cubierto por una alfombra e iluminado por antorchas.

Necesitaba un momento en soledad para mirar hacia el horizonte y recapacitar sobre todo lo que me estaba ocurriendo: hacerme cargo de la Fiesta de la Uva —un hito vinculado irremediablemente a la figura de Rosemary Borgia; para mí era mi abuela, pero para el resto del mundo era una de las damas más distinguidas e influyentes de la sociedad estadounidense—; cambiar mi residencia de Nueva York a la Toscana durante un tiempo indeterminado; convertirme en bodeguera o, al menos, ponerme al frente de la bodega familiar de esta región, una de las más rentables para la familia...

Pero apenas pude disfrutar de unos instantes conmigo misma porque una voz amable y conocida me sobresaltó.

—¡Menos mal! Ya pensaba que no iba a poder saludarte esta noche ni felicitar a la mejor anfitriona que haya conocido nunca. Menudo evento has organizado, qué barbaridad. Y mira que he intentado varias veces a lo largo de la noche acercarme a ti para transmitirte mi admiración, pero no había manera de abordarte. Siempre rodeada de gente, siempre ocupada, sin parar de brindar con unos y con otros, dando instrucciones al personal sin descanso... En cualquier caso, me alegro de tu éxito de corazón. Te lo mereces.

No podía ser verdad, aunque si lo era me alegraba de verdad. Cerré los ojos, apreté los puños, acaricié a mi pez koi que ya se había convertido en mi amuleto más preciado, y respiré hondo varias veces. Me di la vuelta despacio, muy lentamente, temiendo que al girarme por completo no hubiese nadie al otro lado y mi mente —o mis deseos— me hubiesen jugado una mala pasada.

Pero no había sido una alucinación ni un espejismo. Allí estaba él. Y mucho más guapo de lo que lo recordaba, si eso era posible. Además, el esmoquin que lucía le sentaba estupendamente. No era su estilo habitual de vestir, pero debería usarlo más a menudo porque estaba

impresionante.

—Pero, pero... ¿¿¿qué estás haciendo aquí??? No recuerdo haberte visto en la lista de invitados... Y eso que la he hecho yo misma —Fue lo primero que atiné a decir debido a la conmoción.

—¿Te desagrada mi presencia?

—¡Al contrario! Es la mejor sorpresa de la noche. Incluso me atrevería a decir más... ¡Es la mayor sorpresa en lo que llevo de año! Y acumulo unas cuantas ya, te lo puedo asegurar.

—Me alegra oír eso. Temía que pudieses considerar una intromisión por mi parte haberme presentado aquí sin previo aviso.

—Eso jamás. Pero todavía no me has respondido ¿qué estás haciendo aquí, Hernán? —Y mientras se lo preguntaba, no pude evitar darle un abrazo tan fuerte como me fue posible. Cuando lo tuve tan cerca de mí, piel con piel, me sentí serena y reconfortada.

—En una larga historia, Victoria...

—Tenemos lo que nos queda de noche para que me la cuentes. Y podemos permanecer despiertos hasta altas horas de la madrugada si fuese necesario. Estamos en mi casa y el camino de regreso es fácil y rápido. Si esa historia se alarga más de lo debido, te puedo ceder uno de los dormitorios. Hay ocho...

—La casa es preciosa, pero tengo alojamiento. Menos sofisticado y de unas dimensiones bastante más reducidas, ya sabes —dijo guiñándome un ojo con picardía.

—Venga, luego si quieres te metes un poquito con mi estilo de vida, pero empieza por contarme qué estás haciendo aquí.

—Todo comenzó cuando te vi en la portada de la revista SEMANA. Menudo reportaje tan bonito, por cierto.

—Lo hice porque es una especie de tradición familiar que ya te explicaré en otro momento... Pero principalmente para promocionar nuestros vinos toscanos en España.

—Lo imagino, pero también te promocionaron a ti y de qué manera...

Me sonrojé al escuchar ese piropo sutil y agaché la cabeza en un gesto inusual de timidez mientras Hernán continuaba hablando.

—Fue cuando me enteré de que estabas viviendo en la Toscana, un destino mucho más cercano a España que Nueva York, tu residencia habitual. Y entonces tuve claro que podía volver a verte. Que quería volver a verte. No he podido dejar de pensar en ti durante todo el invierno. Nuestras semanas en París fueron increíbles. ¡Inolvidables! Bueno, al menos lo fueron para mí.

—Estoy de acuerdo contigo. Fueron memorables por muchas razones. Y te confieso que yo también he pensado mucho en ti a lo largo de estos meses. —No me dio vergüenza reconocerlo. Se lo confesé con tanta naturalidad como él lo acababa de hacer conmigo.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Eres adivino? ¿Tienes telepatía?

—La respuesta es mucho más sencilla: me lo ha chivado un pajarito encantador. Diría que absolutamente entrañable. Esa es la segunda parte de la historia.

—Estás tardando en contármela...

—Compré un vuelo a Florencia.

—¿Has venido desde España?

—Sí. No me lo pensé demasiado. Simplemente sabía que tenía que hacerlo. Y lo hice. Ya sabes que me dejo guiar por mi instinto.

—Y sueles acertar.

—Eso creo; de momento no me ha fallado... Llegué aquí hace tres días. En cuanto aterricé alquilé un coche y me presenté en la residencia familiar por la mañana, pero tú estabas en la bodega.

—Viniste directamente a buscarme...

—Así es. Y tuve mucha suerte porque, aunque no di contigo a la primera, me atendió una señora encantadora que parecía conocerlo todo sobre mí... ¡Ella sabía quién era yo y también un montón de cosas acerca de mi vida!

—¡Bianca! —respondí.

—La misma. Es adorable.

—Lo es. Desde que la conozco me recuerda a la típica imagen que tenemos en la cabeza de una nonna italiana. Además, ella se ha convertido en mi confidente italiana. Y en un apoyo los días que regreso a casa reventada, que suelen ser la mayoría.

—Creo que no podías haber elegido mejor.

—Cuando intuye que lo necesito (y siempre acierta) me da buena conversación, consejos, me reconforta, y me cocina los mejores platos que yo haya probado. Su ribollita con verduras y alubias, el cacciucco que elabora con diferentes tipos de pescado, pulpo, calamar y salsa de tomate casero o la carabaccia, que es la más contundente sopa de cebolla que conozco, son un verdadero goce para el estómago y el espíritu. Pura delicia.

—Veo que no has perdido el tiempo por aquí.

—Te aseguro que no...

Yo le había hablado a Bianca en numerosas ocasiones de Hernán, de nuestros días parisinos y de la increíble persona que era, de su especial forma de ser y de vivir. Ella simpatizó enseguida con ese español desconocido, seguramente por las cosas que yo le contaba sobre él y porque comprendió que era un hombre que me había venido muy bien conocer y cuya compañía añoraba desde que estaba residiendo en la residencia familiar toscana.

A Jack ni se lo nombré —ni merecía la pena perder el tiempo hablando sobre él ni a mí me apetecía hacerlo—. Desde que llegué a Italia apenas lo había recordado. Se había convertido en una especie de espectro desdibujado en mi mente; un ente con el que me había cruzado en otra vida, alguien que ahora permanecía ubicado en algún punto indeterminado de mi memoria como un recuerdo difuso, casi inapreciable.

Sin embargo, a Hernán lo había tenido muy presente a lo largo de mi estancia en la Toscana.

—¿Puedo decirte que te veo espléndida?

—Puedes y debes... —era la segunda vez que él conseguía ruborizarme en apenas unos minutos; para disimular mi azoramiento, intenté retomar los detalles de su llegada—. Pero, Hernán, todavía no me has contado qué pasó con Bianca...

—Pues que en cuanto le dije quién era yo, me dio una buena tanda de besos y abrazos, me preguntó si tenía hambre después de mi viaje para prepararme un tentempié y me confesó que te ibas a poner muy contenta al verme, aunque inmediatamente reculó.

»Al principio me preocupé por si no era bienvenido a pesar de su efusivo recibimiento. Pero enseguida me contó lo de tu primera Fiesta de la Uva como anfitriona, la importancia que tenía ese evento para tu familia, lo que significaba para ti tomar el relevo de tu todopoderosa abuela y que ibas a hacerte cargo de la bodega en pocos días, puesto que su actual director se marchaba a consolidar las bodegas Mountbatten de la región del Cabo, en Sudáfrica.

»Cuando escuché todo aquello me alegré mucho por ti. ¡Ya no ibas a vivir de la fortuna de la

familia! —bromeó, rememorando nuestro primer día juntos en París—. Eso significaba que habías encontrado el camino que estabas buscando cuando nos conocimos y también todas esas respuestas que no tenías claras en la capital francesa. Me di cuenta de que era tu momento: justo ahora estabas tomando iniciativas, estrenando nuevos retos y hasta inaugurando un futuro prometedor.

»Bianca y yo convinimos que a falta de tan solo setenta y dos horas para la celebración de la Fiesta de la Uva y con la responsabilidad que tenías encima, no convenía distraerte. Sería mejor esperar a que se celebrase el evento para comunicarte mi llegada. En ningún caso pretendía ser un estorbo o un incordio en un momento tan importante para ti. Ella hizo una llamada y me encontró un alojamiento estupendo en una casa rural a pocos kilómetros de aquí. Se encargó de todo. ¡Qué mujer tan fascinante! Tan tierna y resolutiva al mismo tiempo.

»Aunque al día siguiente me llamó para decirme que lo había pensado mejor, y que una vez que diese comienzo la fiesta y todo estuviese en marcha, ya no habría problema para que yo hiciese acto de presencia. Que no hacía falta esperar al día siguiente, vaya. Me confesó que me había incluido en la lista de invitados compinchada con la jefa de tu equipo de relaciones públicas, que me habían ubicado en la mesa de no sé qué aristócratas amigos de la familia —ahora sé que son los Hohenlohe puesto que acabo de cenar con ellos, son encantadores—. Y hasta se encargó de que los Ferragamo me hiciesen llegar un esmoquin, camisa y calzado a mi pequeño hotel rural.

—Menuda intrigante está hecha doña Bianca —murmuré con admiración mientras sonreía para mis adentros. Mi particular nonna italiana no podía haberlo hecho mejor.

—He de confesarte que esta noche me siento como un Ceniciento contemporáneo y hasta dispongo de mi propia hada madrina: la señora Bianca. Únicamente me falta la carroza.

—Un carruaje ostentoso no es necesario entre viñedos...

—Visto así tienes razón.

—Pues ya que nombras el cuento de los Grimm debes saber que faltan muy pocos minutos para la medianoche. Así que espero que no salgas corriendo ni desaparezcas como su famosa y escurridiza protagonista... Por estos terrenos sería muy complicado encontrar tu zapato.

—No pretendo esfumarme. No he volado hasta aquí desde España para escabullirme recién llegado. Solamente me marcharía si tú me lo pidieses.

—No lo haré. ¡Al contrario! París se nos quedó corto y hay mucha Toscana por descubrir, querido Hernán... Ahora me toca a mí hacer de cicerone.

—Es que justamente, y si ti a ti te parece bien, había pensado pasar los meses de verano en esta región. Si tenía que elegir este año un destino de entre todos los que Europa ofrece, prefería quedarme en el mismo en el que ahora estás viviendo tú.

—Me parece una decisión de lo más acertada. ¿Has traído el violín?

—Por supuesto. ¿Tienes alguna idea?

—El Ponte Vecchio de Florencia. Con sus casas y tiendas colgantes, es el puente de piedra más antiguo del Viejo Continente y uno de los más animados del mundo. Supongo que lo sabes de sobra porque eres un trotamundos, pero al atardecer, es típico que la gente se siente por los alrededores para ver la puesta de sol mientras escucha a los numerosos artistas callejeros que con su arte amenizan uno de los lugares más bellos de la ciudad.

—Ya lo había pensado. El Ponte Vecchio está en mi lista. Además, ahora que sé que tienes que dirigir una bodega, me pongo a tu disposición para echarte una mano en todo lo que necesites durante el tiempo que permanezca aquí.

—Lo podemos hablar mañana. Dante, el antiguo director, es una persona en la que confío mucho, un auténtico aliado en los asuntos de la bodega. Ahora que se marcha voy a necesitar a mi lado a alguien de mi completa confianza.

—¿Y ese podría ser yo?

—Podrías, sí. Pero como te acabo de decir, de esos asuntos hablaremos mañana.

—¿Por qué quieres que lo dejemos para mañana?

—Porque justo ahora es medianoche —dije señalando con la mano un resplandor brillante que empezaba a colorear el cielo. Coincidiendo con el cambio de día, y tal y como estaba programado, acababan de dar comienzo los fuegos artificiales de la Fiesta de la Uva de los Mountbatten.

—¿Y qué debe hacer un recién llegado a la Toscana a las doce en punto de la noche? Además de disfrutar de esos hipnóticos reflejos de fantasía que están iluminando la campiña... —me preguntó Hernán clavando sus pupilas en las mías.

—Besar a su acompañante puede ser el mejor de los comienzos en esta región italiana mágica y vibrante.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Puedo empezar ya a besarte?

—Lo estoy deseando.

Mientras Hernán fundía sus labios con los míos y mi cuerpo temblaba por la emoción, tuve la certeza de que se iniciaba la mejor etapa de mi vida y que nos esperaban días muy felices en la Toscana. Y no me equivoqué.

Biografía



Carmela Díaz, que firma esta colección bajo el seudónimo de Kate Austen, tiene una excelente formación —doble licenciatura y doble posgrado— y cuenta con una extensa trayectoria en el ámbito de la comunicación y las relaciones públicas. Actualmente dirige una prestigiosa agencia de comunicación.

Colaboradora habitual de diversos medios, entre ellos *Semana*, en los últimos años ha publicado miles de artículos y columnas de opinión. Está especializada en estilo de vida, gastronomía y viajes. Escribe el blog «La Dolce Vita» en *Clara*, reportajes gastro en *El Confidencial*, artículos sobre ocio y tendencias en *Diario Abierto*, en el suplemento de viajes de

El Economista, y Boulevard Style en Marie Claire.

Es autora de catorce novelas, entre ellas la colección Damas de Manhattan —best seller en España—, editada por la revista Semana; la trilogía Princesas de Hollywood, editada por la revista Semana; Amor es la respuesta, editada con éxito por La Esfera de los Libros; y Tú llevas su nombre, publicada también en México y otros países de Latinoamérica.

@CarmelaDfx

: @CarmelaDf

@CarmelaDf

Un beso en la Toscana

Serie Damas de Manhattan III

Carmela Díaz bajo el seudónimo Kate Austen

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, equipo de diseño Semana

© Carmela Díaz, 2023

© Sociedad Semana, S. L., 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2023

ISBN: 978-84-08-27211-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

■

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

■

Table of Contents

Cover Page

Portada

Portadilla

I PARTE. Tempestad en Nueva York

Capítulo I. Una fiesta en Los Hamptons

Capítulo II. Después del primer beso

Capítulo III. No es lo que parece

Capítulo IV. Un cumpleaños para olvidar

Capítulo V. Hay reencuentros que matan
JACK

II PARTE. Bajo el sol de París

Capítulo VI. Soñar con manzanas

Capítulo VII. La frutería de Pier

Capítulo VIII. París contigo

Capítulo IX. El pez koi

III PARTE. Amanecer en la Toscana

Capítulo X. El Manhattan Medieval

Capítulo XI. Entre vides y barricadas

Capítulo XII. La Fiesta de la Uva

Capítulo XIV. El cielo de medianoche

Biografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!